

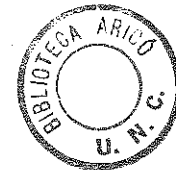
**anibal ponce: ¿el
marxismo sin nación?**

oscar terán

98

CUADERNOS
DE
PASADO Y
PRESENTE

**BIBLIOTECA
José María Aricó**



ÍNDICE

ANÍBAL PONCE: ¿EL MARXISMO SIN NACIÓN?, *por* OSCAR TERÁN 7

1. El difícil marxismo latinoamericano, 7; 2. Un busto de Voltaire sobre el libro de Taine, 11; 3. Entre el 80 y la revolución rusa, 23;
4. El marxismo y el exilio: ¿La muerte de Sarmiento?, 29

ANTOLOGÍA

EL AÑO MIL NOVECIENTOS DIECIOCHO Y AMÉRICA LATINA	53
HIPÓLITO TAINÉ EN EL PRIMER CENTENARIO DE SU NACIMIENTO	57
EXAMEN DE CONCIENCIA	63
JOSÉ VASCONCELOS: "INDOLOGÍA"	78
HENRI BERGSON Y EL PREMIO NOBEL DE LITERATURA	83
HIPÓLITO TAINÉ, CLÁSICO ARGENTINO	86
ALEJANDRO KORN: "LA LIBERTAD CREADORA"	89
EL MOMENTO ACTUAL DE LA FILOSOFÍA	92
LA PIEDRA DE SÍSIFO	96
DE FRANKLIN, BURGUÉS DE AYER, A KREUGER, BURGUÉS DE HOY	115
LAS MASAS DE AMÉRICA CONTRA LA GUERRA EN EL MUNDO	126
ELOGIO DEL "MANIFIESTO COMUNISTA"	135
ENSAYO GENERAL EN ASTURIAS	151
ALEJANDRO KORN: "HEGEL Y MARX"	156
CONTRA EL FASCISMO ESPAÑOL	158
ALEJANDRO KORN: "APUNTES FILOSÓFICOS"	163
CONDICIONES PARA LA UNIVERSIDAD LIBRE	165
BUENOS AIRES-PARÍS	169
EL HUMANISMO PROLETARIO	173
POR EL FRENTE POPULAR ANTIFASCISTA	223
BOLÍVAR Y MARX	224
EL PRIMER AÑO DE AIAPE	228
CARTA ABIERTA AL MINISTRO JORGE DE LA TORRE	234
LA CUESTIÓN INDÍGENA Y LA CUESTIÓN COLONIAL	237
BIBLIOGRAFÍA	249

primera edición, 1983
© ediciones pasado y presente
impreso y distribuido por siglo xxi editores, s.a.
av. cerro del agua 248, méxico, 20, d.f.

ISBN 968-23-1193-4

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en méxico
printed and made in méxico

OSCAR TERÁN

ANÍBAL PONCE: ¿EL MARXISMO SIN NACIÓN?

A mi padre, porque el Padre es la Ley pero está muerto, y sólo el hijo tiene la posibilidad de la Escritura.

I. EL DIFÍCIL MARXISMO LATINOAMERICANO

Dentro de una tradición teórica innegablemente exigua como la acumulada por el marxismo latinoamericano, la producción de Aníbal Norberto Ponce (1898-1938) constituye una fuente de eventuales aportes pero especialmente de reflexiones difícilmente subestimables. Magra tradición teórica, es cierto, pero sobre todo difícil de profundizar en esos años de la década del treinta en que el intelectual argentino definía su adscripción y sumaba su contribución al marxismo, quebrada por una muerte prematura a la que la precedió ese otro estremecimiento más sutil de los exilios. Pero tradición teórica exigua, además, porque sobre sus posibilidades creativas pesaban una serie de obstáculos mucho más que epistemológicos. De allí que la comprensión del marxismo de Aníbal Ponce no pueda prescindir de un primer conjunto de circunstancias teóricas e institucionales que operaron como reglas de producción de su discurso: carencia de una tradición intelectual más atendida a las peculiaridades latinoamericanas, por un lado, así como presencia de una organización comunista internacional cuyas definiciones funcionarán como genéricamente orientadoras de una serie de caracterizaciones teóricas para los intelectuales que orgánica o inorgánicamente —como sería el caso de Ponce— se nucleaban en sus zonas de influencia. Y si ya particularmente en los escritos de Marx sobre Bolívar o en los más “marxistas” de Engels sobre la guerra mexicano-norteamericana pueden detectarse los efectos de halo de una conjetural asimetría de “epistemes”, en el caso de los intelectuales que hacia 1930 manifestaban su “voluntad de marxismo” esas dificultades

se hallarían sobredeterminadas no sólo por la frecuente relación de exterioridad históricamente demostrable entre la teoría marxista y el movimiento obrero latinoamericano, sino también por una presencia más sólida de la III Internacional en la escena política y cultural del subcontinente. El bienio 1928-1929 es en este último aspecto una fecha miliar, a la que la trayectoria de Mariátegui —en tantos aspectos contrastante con la de Ponce— permite dotar de un contenido ejemplificador. Efectivamente, es en 1928 cuando el peruano publica el texto con justicia más célebre del marxismo latinoamericano —los *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*— pero también el de la realización del VI Congreso de la Internacional Comunista, cuyos efectos sectarios se harán sentir en Latinoamérica en los congresos de Montevideo y Buenos Aires del año siguiente. Y si el mencionado libro de Mariátegui actúa en un clima de producción intelectual donde es posible todavía desarrollar una serie de tesis originales explícitamente inspiradas en vertientes ajenas al venero oficial del “marxismo-leninismo”, esas mismas tesis mariateguianas serán condenadas por “populistas” —uno de los peores estigmas con que contaba entonces el archivo satanizador de la Comintern— justamente en las mencionadas reuniones comunistas sudamericanas de 1929.

Pero esta necesidad de afinar el análisis de un contexto institucional y general no puede en modo alguno oscurecer sus condicionamientos nacionales, y por ejemplo si Mariátegui ha sido designado —con una expresión que ha hecho fortuna— como “primer marxista de América”, no podrá carecer de significación que en la obra de más de dos mil páginas de Aníbal Ponce aparezca una sola referencia absolutamente marginal al intelectual peruano.¹ Este vacío de referencias no debe ser visto bajo la lente de las presuntas deudas intelectuales no saldadas, sino que revela que entonces Mariátegui no era una figura intelectual a la que *el otro* marxista latinoamericano se viera obligado a remitirse como referente con el cual se compartía una

¹ “Si a ratos —escribe Ponce—, siguiendo a Mariátegui, el señor Montovani parece ver en el conflicto una lucha entre la vida burguesa desecada y los avances de otra clase que brega por imponer sus ideales [...]”, en “Juan Mantovani: ‘El problema cultural Oriente-Occidente’”, artículo del 21 de noviembre de 1930, en *Obras completas de Aníbal Ponce*, Buenos Aires, Editorial Cartago, 1974, 4 tomos. Salvo indicación en contrario, todas las referencias a los escritos de Ponce remiten a esta edición recopilada y prologada por Héctor P. Agosti. Posiblemente, la cita de Ponce se refiera al artículo de Mariátegui “Oriente y Occidente”, incluido en *La escena contemporánea* y que Mariátegui publicó en 1925.

misma trinchera teórica. Esta circunstancia se hallaba sin duda apuntalada por la tradición formativa dominante —pero no exclusiva— entre los intelectuales argentinos, cuyo punto de referencia privilegiado iba a estar mucho más centrado en Europa —y especialmente en Francia— que en países latinoamericanos incluso geográficamente cercanos. Todo lo cual no hace sino ilustrar hasta qué punto eso que llamamos “el marxismo latinoamericano” aparece más como una construcción retrospectiva que como un suelo de reflexión común para sus reales protagonistas, que recorrieron una serie de caminos heteróclitos y no un sendero de coincidencias que sus propias realidades nacionales —no menos heterogéneas— tenían la virtud de negarles.

Un artificio útil para la disolución de esa imagen unitaria de las ideologías consiste, en nuestro caso, en mantener alusiva y recurrentemente el hilo del discurso mariateguiano como trasfondo productor de un notorio efecto contrastante con respecto al marxismo de Aníbal Ponce. Porque si en este último dicha producción se realiza a partir de categorías tenazmente adheridas a la matriz positivista, en Mariátegui se construye desde el cuestionamiento al modelo de racionalidad científicista, a través del surrealismo o del psicoanálisis freudiano pero también de la adhesión a las vanguardias estéticas, mientras que en Ponce nos sorprende un pensamiento notoriamente ligado a las expresiones más clásicas en materia artística. Para ilustrar esta última contraposición contamos con una preciosa referencia intertextual: mientras es de Ponce el consejo de tener a la vista “el busto de Voltaire sobre ese libro de Taine” como símbolos y garantes de una comprensión ajustada de lo real, casi en la misma época Mariátegui afirmaría que “sobre la mesa de trabajo del crítico revolucionario un libro de Joyce será en todo instante un documento más valioso que el de cualquier neo-Zola.”² De modo que si en el peruano vanguardia estética y vanguardia política describen un movimiento acompasado, en Ponce los proyectos de transformación social conviven con modelos en otros terrenos decididamente más conservadores. Y si, paradójicamente, es a partir de categorías que muchos no vacilarían en calificar de “irracionalistas” como Mariátegui escribe esos *7 ensayos* que se abren con una cita nada menos que

² Respectivamente, en Aníbal Ponce, “Hipólito Taine en el primer centenario de su nacimiento”, mayo de 1928, *op. cit.*, t. II, pp. 282, 284 y 285; y José Carlos Mariátegui, “Populismo literario y estabilización capitalista” en *El artista y la época*, vol. 6 de las *Obras completas de José Carlos Mariátegui*, Lima, Biblioteca Amauta, 5a. ed., 1973, p. 35.

del mismo Nietzsche al que tiempo después el Lukács de *El salto a la razón* condenaría al rubro ominoso de los "precursores" del nazismo, nada comparable a esa preocupación por las especificidades nacionales podemos hallar en cambio en la obra de Ponce, caracterizada por otra parte por una información realmente excepcional para el marxismo latinoamericano de la época. Y si podría considerarse perversa cualquier obstinación por leer los textos de Aníbal Ponce a través de la cuadrícula del problema nacional —puesto que es allí donde sus carencias pueden resultar más clamorosas—, es preciso adelantar que no faltaban estímulos ni un contexto problemático adecuado para el análisis sobre el problema de la nación en el decenio y en el país en que Ponce llevaba a cabo la constitución de su discurso marxista.

Esa producción teórica de Aníbal Ponce, entonces, se ha desplegado desde un suelo teórico premarxista cuyas líneas esenciales es preciso recomponer para datar aquella tradición intelectual y las posteriores adherencias o rupturas que se operarán a partir de su expresa adhesión al marxismo. Con esa finalidad podemos establecer la siguiente periodización de los escritos ponceanos: a) Una primera etapa cuyo espacio teórico está ocupado por categorías provenientes del liberalismo positivista de la "generación del 80" argentino; este período abarca desde los escritos más juveniles hasta 1927 con *La vejez de Sarmiento*;³ b) Un momento donde se percibe el desplazamiento hacia nociones de corte marxista, así como la adopción de posiciones político-intelectuales socialistas; incluye los años 1928-1932, o sea, desde "Examen de conciencia" hasta *Sarmiento, constructor de la nueva Argentina*; c) La etapa de asunción expresa y sistemática del marxismo que —dentro de la realidad de estas periodizaciones— cubre desde 1933 (con el "Elogio del Manifiesto Comunista") hasta el final de su vida en 1938. Las líneas generales de estos diversos momentos, y dentro de ellas la visualización de la realidad nacional, es lo que ahora es necesario describir con mayor detenimiento.

³ El primer escrito conocido de Aníbal Ponce data de 1908, pero su primer texto importante es un ensayo de 1916 sobre Eduardo Wilde, luego incorporado a *La vejez de Sarmiento*. En esta introducción prescindimos en general de los escritos de Ponce sobre psicología, salvo cuando contribuyen a iluminar algunas líneas ideológicas relevantes para el tipo de lectura que aquí proponemos. Para un listado completo de los libros y artículos de Aníbal Ponce, véase en *Obras completas de Aníbal Ponce*, cit., t. IV, pp. 693-724. Hemos incluido un listado cronológico de sus principales obras en la bibliografía final.

2. UN BUSTO DE VOLTAIRE SOBRE EL LIBRO DE TAINÉ

La adhesión incluso pasional de Aníbal Ponce al modelo liberal-positivista argentino se torna expresa en el prólogo a *La vejez de Sarmiento*: "Durante muchos años —escribe— he vivido así con los hombres del 80, entremezclándome a su historia, compartiendo sus pasiones, alentándolos con mi entusiasmo."⁴ Y si bien desde el título mismo del libro se advierte hasta dónde Ponce atribuye una continuidad excesivamente lineal a proyectos que en rigor obedecen a un sistema de relaciones mucho más complejo, no es menos cierto que esta identificación no hacía más que practicar una operación difícilmente eludible aún en 1927 en el campo cultural argentino incluso para quienes se ubicaban en sus espacios de izquierda.

Porque 1880 es efectivamente un año en muchos aspectos fundacional de la Argentina moderna, pero además el de la cristalización de un proyecto cuya exitosa viabilidad no aparecerá cuestionable hasta que la crisis mundial de 1929 se encargue de desquiciarlo objetivamente. En 1880 se resuelve, en efecto, mediante la federalización de Buenos Aires, el viejo conflicto entre las autoridades nacionales y las fuerzas porteñas y del interior, plasmándose el modelo de nación proyectado desde 1862 y sustentado económicamente en la incorporación del país al mercado mundial a través de la exportación de bienes agropecuarios. Este proceso se desarrolló bajo la hegemonía de la gran burguesía terrateniente (la clásica "oligarquía" argentina) mediante una estrategia que implicó la incorporación y/o eliminación de los sectores nativos precapitalistas —dentro de la cual la "conquista del desierto" fue una pieza clave, mientras que los "gauchos" se vieron enfrentados a la disyuntiva de plegarse a prácticas de producción más acordes con los nuevos requerimientos o sufrir una marginalidad definitiva. Por lo demás, los enfrentamientos armados que escondieron todas estas fases fueron dejando como precipitado la constitución de un ejército centralizado cuyo papel político asumiría de allí en más diversas formas de manifestación y que desde 1930 se tornarían directamente protagónicas. Por su parte, el déficit de fuerza de trabajo fue cubierto merced a una activísima política de inmigración, que extrajo excedentes poblacionales especialmente de Italia y España, lo cual generó profundas alteraciones en la composición demográfica de la población argentina, así como

⁴ Aníbal Ponce, *idem.*, t. I, p. 214; originariamente publicado en 1927.

una serie de problemas políticos y sociales difícilmente separables del aluvión de extranjeros, hasta el punto de que en la Argentina finisecular "la cuestión social" se fusionó con el problema inmigratorio.

Junto con las mitologías de larga duración que difundían la imagen de una Argentina "granero del mundo" y "crisol de razas", el sistema de ideas y representaciones de las fuerzas sociales dominantes —que penetraría profundamente toda la sociedad argentina— partía de una matriz laicizada donde el liberalismo y el positivismo desempeñaron el papel central. Esta ideología modernizante extraía de dichas fuentes una definida impronta cosmopolita, antihispánica, anticatólica a veces, anticlerical casi siempre, como quedó claro en sus enfrentamientos con la Iglesia en el primer lustro de esa década de 1880 y con motivo de la implantación de la enseñanza laica y de las leyes de registro civil, mucho más contrastantes con los lineamientos eclesiásticos en una época todavía signada por la encíclica *Quanta cura* y el *Syllabus*, en las cuales los sectores ultramontanos hallaron nuevas motivaciones para su tradicional antiliberalismo. Por el contrario, la ideología liberal se abroqueló en un cientificismo dentro del cual el evolucionismo biológico funcionó como ariete de los ataques contra el dogma bíblico, al par que producía sus primeras extensiones hacia las categorías jerarquizantes del darwinismo social. Así, ese liberalismo elitista y autoritario culminó por ser la racionalización de una dominación política que no dejó de creer también —con inspiraciones renanianas— en una pretendida "aristarquía del espíritu" que debía repudiar expresamente el sólo formalmente aceptado sufragio universal.

En suma, este derrotero siguió los cauces generales del liberalismo latinoamericano de la época, caracterizado por una centralización autoritaria del estado destinada a consumir la construcción de la nación y limitar los efectos disgregadores de una realidad que se percibía como irremisiblemente centrífuga. Surgían así esas "dictaduras liberales" de fines del siglo XIX, para las cuales las minorías poseedoras de los bienes y del saber debían tutelar los intereses de la nación con una considerable autonomía respecto del común de los ciudadanos. Pero esta misma situación irá no obstante royendo las bases de legitimidad del núcleo gobernante argentino, especialmente a partir del momento en que —coincidente con la crisis económica de los años 1890— surjan nuevas fuerzas políticas opositoras, como el Partido Socialista y sobre todo la Unión Cívica Radical. El

abstencionismo electoral como táctica y los alzamientos cívico-militares alentados por esta última fuerza política, sumados a la intensa agitación anarquista de la primera década de este siglo sobre todo en la ciudad de Buenos Aires, agudizarán este problema de legitimidad al que se intentará responder mediante la reforma electoral de 1912, que abrió la participación política a sectores desplazados de la vieja élite pero también a las emergentes capas medias, en un proceso cuyo "plebeyismo" no dejó de ser denunciado con alarma por los sectores conservadores. De modo tal que si hacia 1880 el triunfo correspondía al estado centralizado, para el Centenario nuevas fuerzas sociales demandaban una participación en la sociedad política que las fracciones gobernantes encararán de diversas maneras, antes de avenirse a la mencionada reforma electoral.

Sobre este suelo político-cultural tan rápidamente expuesto se desplazarán pues los primeros movimientos de quien en principio compartirá —y en buena medida nunca abandonará— algunos de los lineamientos más acendradamente ligados a aquella tradición del 80 argentino. Porque tanto en los registros de la economía como de la cultura, el joven Ponce reconoce dos dimensiones igualmente logradas del modelo citado: lo mismo la exportación de cereales en 1878 que "los primeros frutos verdaderamente nuestros" en ciencia y literatura se le aparecen de tal modo como éxitos mancomunadamente estimables de la generación de 1880. Pero nótese que, además, si Ponce reconoce en estos últimos logros culturales la consecución de productos autóctonos, ello se debe a que su representatividad nacional —y la paradoja es sólo aparente— es directamente proporcional al triunfo obtenido en la adopción del ejemplo europeo y, más específicamente, francés. Este paradigma dejaría de ser exterior para devenir simplemente "humano" en la medida en que es concebido como requisito universal para el ordenamiento lógico de toda reflexión racional, dentro de aquella línea expresada por Renan ("El francés... jamás será la lengua del absurdo") y según la cual este idioma se identificaba con la lengua misma de la Razón. En Ponce, semejante creencia conduce en sus extremos a renegar del idioma español, máxime porque la antítesis del galicismo en su sentido cultural estaría representada por la entera tradición hispánica. Esta hispanofobia en la que Ponce se introducía no era entonces un dato novedoso, ya que más recientemente esta desconfianza por la lengua española había sido enunciada —también paradójicamente— por Rubén Darío, pero contaba igualmente con una

tradición más arcaica representada por propuestas lingüísticas análogas y aún más extremas de Juan María Gutiérrez o del Alberdi de 1837. En este mismo registro, Aníbal Ponce dirá que la lengua española es “un hecho absurdo que nos violenta y nos humilla”, escarnio lingüístico al que un típico representante de la generación del 80 —Miguel Cané— habría hallado feliz solución al buscar “en nuestra afinidad natural con el francés el secreto de la prosa anhelada”.⁵

Puede ya empezar a verse cómo, en el mismo ademán con que Ponce tan gustosamente se inscribía en esa tradición correctamente filiada en el 80, se instalaba simultáneamente dentro de un campo cultural atravesado por polémicas cruciales en la cultura nacional. Ya que —por aquella fusión referida entre problemas sociales y políticos con el tema de la inmigración— las amenazas sobre la hegemonía conservadora fueron visualizadas a veces como una consecuencia de la disolución de pretendidas esencias nacionales preexistentes al aluvión inmigratorio. No faltaban en rigor elementos que denotaban tanto la capilaridad de la nueva sociedad cuanto el carácter cosmopolita de una ciudad como Buenos Aires, que llevaban al viajero Jules Huret a observar que allí no sólo se tornaba ineludible la pregunta “¿qué es un argentino?”, sino que además “el inglés, el alemán, el italiano, el francés, el eslavo, el turco y el armenio se encuentran como en su casa, y prosperan”. Ante este fenómeno, las capas gobernantes parecen doblemente obsesionadas por la búsqueda de un *who's who* que permita implementar una taxonomía precisa, así como por la denuncia de una suerte de atomización “materialista” y mercantilista de la sociedad argentina. Los discursos de la época aparecen recorridos por la imputación —ya anticipada por el viejo Sarmiento— contra ese “Eldorado” conosureño en donde el progreso económico es tan espectacular como escasa la conversión de sus habitantes de productores en ciudadanos. Nada menos que en uno de los mensajes de apertura del entonces presidente de la república se encuentran, en 1912, los ecos de esta problemática: “lo que he temido para nuestro porvenir —decía entonces Roque Sáenz Peña— es representarme a la República debilitada en su nacionalismo, es concebir una nación sin ciudadanos, ni soberanía interior, neutralizada por el cosmopolitismo [...]”. Denuncia sin duda elusiva de los males que designaba, puesto que en favor de semejante reticencia para la “nacionalización

⁵ Artículo del año 1927, en *op. cit.*, t. I, pp. 328 y 329.

de las masas” actuaban tanto un sistema económico que excluía a los inmigrantes del acceso a la posesión de la tierra, como un estilo político que les vedaba la participación en las decisiones del poder. Estos llamados de alerta contra el cosmopolitismo invasor se tornaban lisa y llanamente cínicos cuando se intentaba oponer al alud inmigratorio un dique de contención mediante la revitalización de aquellas mismas fuerzas étnicas con las que no se había tenido la misma conmiseración al aniquilarlas físicamente. Así, en 1886 el ministro de Relaciones Exteriores argentino manifestaba en la Cámara de Diputados la necesidad de mantener “el germen de esa raza americana primitiva”, como elemento de “nuestra nacionalidad”, “para no ser absorbidos totalmente por las fuerzas productoras que nos invaden”.

Que este problema era empero parte de una preocupación más vasta lo demuestra la aparición de una literatura que abordaba la cuestión en una clave cercana a la de la generación del 98 española, especialmente si se repara en los intentos de Ricardo Rojas o de Manuel Gálvez, que hacia 1910 propugnaban la búsqueda de las raíces nacionales en “la emoción de la tierra y la conciencia de su unidad espiritual”. Pero en la medida en que este nacionalismo no cuestionaba el modelo de desarrollo del 80, iba a resultar condenado a moverse en un registro moralizante y educativista, abocado a la recuperación de la autotonía en “el espíritu territorial” y en un paisajismo rencontrado por el hispanismo en el interior provinciano más tocado por el hispanismo y por ende menos contaminado por los males del progreso, los “gringos” y el materialismo cosmopolita que aquejaban al cuerpo del país moderno.

Por lo demás, aquella lectura excesivamente poco matizada de Sarmiento había conducido a esa generación liberal —y con ella a Ponce, para quien ya el sanjuanino era “el eje alrededor del cual giraba todo”— a cristalizar la oposición “civilización/barbarie”, encarnada en la contradicción que opondría a las corrientes europeístas *versus* las defensoras de una autoctonía construida en torno de la imagen del gaucho. Pero he aquí que aquel tipo rural al que la estructuración de un mercado capitalista había condenado a la extinción, y cuyas desventuras alcanzaron en el *Martín Fierro* una expresión insuperada, era el que se convertiría hacia el Centenario en un arquetipo de la nacionalidad dentro de un movimiento en varios aspectos conectado —aunque no exclusivamente— con la reacción ante el aluvión inmigratorio que tan violentamente había modificado

la composición demográfica argentina, pero al que igualmente se identificaba con las conmociones sociales de inspiración anarquista que habían poblado la primera década del siglo. Quien fijará, en este sentido y con más éxito, una programática de larga duración será Leopoldo Lugones a partir de una serie de conferencias pronunciadas en 1913 ante un selecto auditorio del que no estará ausente aquel presidente Roque Sáenz Peña tan preocupado por el cosmopolitismo derivado de esas masas inmigrantes a las que ahora en *El payador* el poeta argentino catalogaba de "plebe ultramarina, que a semejanza de los mendigos ingratos, nos armaba escándalo en el zaguán".

Quizás obnubilado por el éxito del "operativo Lugones" —que en sus extremos conducirá a una mitología reaccionaria—, Aníbal Ponce subestimaría otras eventuales propuestas de nacionalización de las masas, de cuya posible imaginabilidad daban cuenta por ejemplo el intento de captura del objeto gauchesco por parte de un anarquista como Ghiraldo y también el hecho —recordado irónicamente por Halperin Donghi— de que "el último payador" se apellidara Bettinotti... Lo cierto es que aún en 1923 encontramos a Aníbal Ponce afirmando la persistencia en el país de "esas dos civilizaciones en conflicto: una indio-gaucha-mulata; otra, blanca-euro-argentina. La primera, destinada a desaparecer por su nulidad evidente, mantiene con algún vigor sus tradiciones oscuras, sus gustos plebeyos, su odio al extranjero, sus estrechos sectarismos [...] Blancos, europeos y argentinos nos sentimos, *et pour cause*, herederos de la tradición greco-latina, magnífica en su claridad y en su elegancia. Frente a los resabios de la primera colonización del país —concluía—, seguimos creyendo que hoy, como en tiempos de Sarmiento, el más fundamental de los problemas se halla en la total europeización de la cultura con las modificaciones que impone el nuevo ambiente".⁶

Cerrando así el círculo inaugurado con la tesis en pro de la adopción del modelo de la lengua francesa, vemos ahora cómo para Ponce la nacionalización de la cultura argentina debía coincidir con la plena incorporación al mundo europeo ya que, en definitiva, con los hombres del 80 "Buenos Aires empezaba a ser Europa". Esta propugnación chocaba con la subsistencia de una porción considerable de la Argentina no incluida en el paradigma modernizante impuesto en el Litoral.

⁶ En *Nosotros*, julio de 1923. Cit. por H. P. Agosti, en "Aníbal Ponce, memoria y presencia", introducción a las *OC*, cit.

Ante ese país con un fondo racial notoriamente menos indígena que el de otras regiones latinoamericanas, pero que algunos siempre gustaron imaginar más "blanco" de lo que en rigor era, e identificando sus zonas "oscuras" con los resabios del pasado, el propio Aníbal Ponce realizará una operación previsible: la elisión del Interior argentino y la subsunción de todo el país real bajo la imagen de su Capital. Porque, en verdad, más que de la Argentina correspondía hablar de Buenos Aires como ciudad-metáfora de esa modernización de la estructura nacional: "Quien dice Buenos Aires dice, naturalmente, la nación [...]"⁷

Y sin embargo, dicha operación no correspondía al solo registro de lo imaginario, ya que el tipo de desarrollo económico escogido para el país habían conducido necesariamente a esa macrocefalia que será una de las obsesiones de algunos intelectuales argentinos de la década de 1930, pero que en el decenio anterior fundaba un orgullo urbano que no dejarían de avalar los variados y prestigiosos viajeros que entonces la visitaron. Por ello, más bien se trataba también en Ponce de una opción político-cultural más o menos conscientemente adoptada y que finalmente veía realizarse en Buenos Aires el ideal programado desde hacía unos ochenta años en el *Facundo*. Y decimos bien que en el *Facundo* —donde obviamente aún no aparece la adhesión sarmientina al modelo estadounidense— ya que mediante otra cita del mismo tiempo teórico de Ponce podemos concluir que la fusión de modernidades que propone tiene la forma de un símbolo inclusive más parisiense que francés: ya desde su infancia en el pueblo bonaerense de Dolores, lo que de Buenos Aires lo fascinaba era "el prestigio de su pasado liberal; un pasado a través del cual yo me complacía en ver a Buenos Aires como a un París revolucionario [...]"⁸

Esta construcción del discurso ponceano está excesivamente apoyada en algunas matrices teóricas del 80 argentino como para no haber incorporado ciertos mecanismos ideológicos propios de aquella *Weltanschauung* liberal. Y si ya su maestro José Ingenieros había mostrado que entre una concepción positivista y la adhesión al ideario socialista no tenía por qué plantearse un conflicto irresoluble, para el Aníbal Ponce de esta etapa —como recordaba E. Giúdice— no caben dudas de que el socialismo es más un movimiento de complementación que de rup-

⁷ Aníbal Ponce, *José Ingenieros. Su vida y su obra*, publicado en 1926 y tomado de las *OC*, t. I, p. 141.

⁸ A. Ponce, *La vejez de Sarmiento*, t. I, p. 214.

tura con aquel legado liberal. “Los fenómenos sociales —dice por caso Ponce en una incursión sociobiologista—, en cuanto son fenómenos biológicos, obedecen a un riguroso determinismo.”⁹ Esta interpretación —que evoca la influencia de Aquiles Loria también sobre el Ingenieros de fines del siglo XIX— se le ocurre a Ponce mucho más apta para definir la idea de nación que las vaborosas recurrencias a la “Argentinidad”. Con ello, y mediante un proclamado cientificismo, se oponía a los ya aludidos intentos de Gálvez o Rojas, que en cierto sentido resultaban análogos de algunas propuestas indigenistas que circulaban en la literatura latinoamericana y que en México hallarían en Vasconcelos a uno de sus exponentes más significativos. De aquí en más, pues, será importante atender al rechazo casi permanente de Ponce hacia estas corrientes, para hallar de paso otro punto de conflicto con el Mariátegui que tanta atención prestara al desarrollo de toda la temática indigenista peruana, hasta el punto de que la originalidad teórica del fundador de *Amauta* bien podría describirse en torno de la fusión que propugna entre categorías socialistas y la captura del objeto indígena.

Pero si ahora queremos seguir remarcando aquel discurso de más larga duración que ya en este periodo conducía a Ponce al rechazo de teorías o prácticas que ubicaba en los extramuros de la cientificidad, podemos rememorar aquel artículo de 1923 sobre Freud donde muestra su desdén por el psicoanálisis en términos no sólo descomedidos, sino que cobran su sentido más sintomático cuando se recuerda que la psicología debía formar parte de la principal actividad teórica del entonces estudiante de medicina orientado hacia la psiquiatría.¹⁰ La clave de que Ponce detecte en Freud a “la más alta figura del humorismo contemporáneo” y desconfíe tan marcadamente de “la jerigonza del psicoanálisis” debe buscarse en su natural adherencia a la “psicología biológica” que se trasluce en *La gramática de los sentimientos*, de 1929, y que un par de años antes había resumido al opinar que “la psicología científica se ha apartado resueltamente de la psicología literaria”.¹¹ Una crónica de esta fascinación científica de Ponce la hallamos igualmente con motivo de su primer viaje a Europa, entre 1926 y 1927, donde su atención privilegia los “retratos” de personajes pertenecientes al mundo de la psiquiatría, de la física y de la biología. Esta

⁹ *Idem.*, p. 304.

¹⁰ A. Ponce, “La divertida estética de Freud”, de enero de 1923, en *op. cit.*, t. II, p. 138.

¹¹ “Henri Pieron”, en *Un cuaderno de croquis*, t. III, p. 19.

actitud —que será relativizada en textos posteriores como *Ambición y angustia de los adolescentes*— es relevante para medir la gran distancia que separa también en este aspecto las consideraciones sobre el mismo tema en escritos de Mariátegui tales como “Freudismo y marxismo”, donde se afirma la estrecha vinculación entre ambos cuerpos teóricos.¹² Cientificismo y antiintelectualismo se revelaban así portadores de cuadrículas categoriales excesivamente definitorias como para que no generaran efectos discursivos divergentes aun en pensamientos igualmente adscritos a una misma voluntad de socialismo.

Pero apresurémonos a ubicar en términos más justos aquella “voluntad de socialismo” del primer Ponce, para señalar que entonces se produce el viraje político que lo irá conduciendo desde un muy juvenil rechazo del socialismo hasta una progresiva y genérica adhesión al mismo. En una nota de 1916 manifestaba, por ejemplo, que el ideario de Esteban Echeverría “nada tiene que ver con el que hoy pedantescamente se titula ‘socialismo científico’”,¹³ pero sabemos que posteriormente se ligaría estrechamente al Ingenieros que había saludado el triunfo de la revolución rusa en su célebre discurso de 1918 en el Teatro Nuevo. Tal vez sean los ecos de aquella intervención los que resuenan todavía en un escrito de 1920 donde Ponce confía en que “sobre los escombros de la sociedad destruida se ha de levantar muy pronto la arquitectura de otro mundo con más verdad, con más belleza, con más amor, con más justicia”. Sucesor del mismo Ingenieros al frente de la *Revista de Filosofía* luego de la muerte de aquél, Ponce ingresaba así en una senda que no sería infrecuente entre los intelectuales progresistas de la época, que entremezclarían sus afanes socializantes y antimperialistas con la prédica de la Reforma Universitaria nacida en Córdoba en 1918. No obstante, puede resultar simbólico que —dentro de esta dialéctica entre la voluntad de saber y de justicia social— en el ensayo que escribió en 1926 sobre Ingenieros, Ponce salude el nacimiento del socialismo en la Argentina con una frase matrizada por la justificable fusión entre el socialismo, la ciencia y la inmigración: “Media docena de hombres estudiosos: Payró, Justo, Malagarriga, Molina y Vedia, Ghirardo, Bunge, reunidos a unos cuantos obreros extranjeros, empezaron a agitar, en el ambiente de la ciu-

¹² En J. C. Mariátegui, *Defensa del marxismo*, *op. cit.*, t. 5, pp. 79-83.

¹³ A. Ponce, “Homenaje a Esteban Echeverría”, en *El Eco Social*, 4 de junio de 1916. En *OC*, t. IV, p. 687.

dad burguesa, el estandarte rojo de los ideales socialistas.”¹⁴ Y es muy posible que el propio Ponce fuera consciente de las implicaciones de esta fusión que promovía, dado que para él —como se ha dicho— existía en ese momento más continuidad que ruptura entre liberalismo y socialismo: “Y como mi precoz liberalismo —confesaba en 1927— no perdía momento de afirmarse, la obra debía concluir mostrando lo que los hombres del 80 no supieron ver: el significado profundamente humano del movimiento socialista.”¹⁵

No obstante, este pasaje sin fracturas comenzaría a ser desanudado a fines de la etapa que consideramos, siguiendo el ritmo de un proceso de lo que el mismo Ponce en su ya mencionado viaje europeo interpretaba como un dilema difícilmente eludible: “Los tiempos posteriores a la guerra han llevado a los extremos; no hay partidos de equilibrio, de discreción o de prudencia: o la derecha del ‘facio’ o la izquierda de la hoz y el martillo.”¹⁶

Y, en síntesis, durante este primer período teórico es perceptible que este viraje hacia posiciones políticas socializantes podía inscribirse sin excesivas tensiones en una herencia cultural filiada expresa y correctamente en el 80 argentino. Y si esto lo conducía a suscribir desmesuradamente una interpretación historiográfica y un modelo de nación que poco después se descubriría que albergaba definidas vulnerabilidades, no debe perderse de vista que aquella confianza era compartida míticamente por todos los que vivieron o presenciaron el crecimiento de la Argentina de entonces.

Lo cierto es que todas estas posiciones de Ponce funcionaban dentro de un universo de discurso alimentado por nociones positivistas y científicas excesivamente insensibles al idealismo entonces afincado en la Argentina y en Latinoamérica en general en vastos sectores de la intelectualidad. En la década de los veinte, estas tendencias —especialmente de raigambre bergsoniana en el caso de la filosofía— se desplegaban no solamente sobre el público imaginablemente reducido que podía receptor los mensajes emitidos desde las cátedras de Filosofía y Letras por Alejandro Korn o Coriolano Alberini, sino que en definitiva constituían una problemática abierta en toda la cultura occidental tanto a niveles estéticos cuanto filosóficos. Incluso el ideario del partido Radical compartía en lo cultural algunas

de estas connotaciones espiritualistas —muchas veces antiintelectualistas e incluso fideístas— a través del vago krausismo que animaba intervenciones peculiares del equipo gobernante, todo lo cual haría sus relaciones con el catolicismo más fluidas que las sostenidas por el liberalismo laicizante y también por la izquierda argentina. Pero en otro nivel es indudable que, por fin, el triunfo de la Unión Cívica Radical en las elecciones presidenciales de 1916 bajo el régimen de sufragio universal amplió la participación política y alentó cierta redistribución de los beneficios de la expansión económica, sin considerar necesaria la alteración de las estructuras más globales de apropiación de la riqueza. Y si bien existieron ciertos estímulos a la industrialización, éstos nunca desbordaron su subordinación al sector primario de la producción ni cuestionaron la adhesión al modelo de crecimiento económico anterior, aunque contribuyeron naturalmente el incremento de un proletariado ya tempranamente agremiado, y cuya conciencia habíase constituido hasta entonces bajo las influencias socialista, anarquista y últimamente sindicalista.

Proceso democratizador en la redistribución del poder y de los bienes durante el lapso en que este modelo funcionó con aquella fluidez que ninguno de los sujetos sociales dejó de percibir como indefinida a pesar de crisis pasajeras, el período de los gobiernos radicales (1916-1930) cubrió así la etapa en que Aníbal Ponce ingresó en la actividad intelectual y fue definiendo su acercamiento al marxismo. Y si ya en estas condiciones previas a la recepción de la doctrina marxista son evidentes —como ya consignamos— las disparidades entre Mariátegui y Ponce, éste es el momento indicado para observar que esta contrastación entre ambos marxistas latinoamericanos no debe abroquelarse en una misteriosa confrontación de capacidades “personales”. Porque si en Mariátegui se condensan una serie de temáticas anticientíficas provenientes tanto de tendencias juveniles esteticistas y religiosas como posteriormente socialistas sorellianas, no debe echarse en saco roto que esta fusión de lineamientos de origen tan heteróclito tiene todo que ver no sólo con la mayor permeabilidad de Mariátegui hacia la “crisis de sensibilidad” de la primera posguerra, sino también con que en la constitución de la nación peruana el proyecto oligárquico-liberal resultó seriamente cuestionado desde fines del siglo pasado como consecuencia de la derrota en la guerra del Pacífico, hacia la misma época en que dicho proyecto se imponía hegemónicamente en la Argentina. Esta hegemonía

¹⁴ A. Ponce, *J. Ingenieros...*, op. cit., p. 142.

¹⁵ *La vejez de Sarmiento*, op. cit., p. 215.

¹⁶ *Un cuaderno de croquis*, op. cit., p. 30.

había promovido considerablemente un modelo de racionalidad que hallaba sus fuentes de sustentación no sólo en las formaciones ideológicas sino también en el éxito material de un proyecto de nación que desde entonces sólo admitía críticas parciales y correctivas. En el caso de la introducción y carácter de las vanguardias estéticas, por ejemplo, un tratamiento que no exagerara las variables personales en la confrontación Mariátegui-Ponce debería atender a la disparidad que se observa entre el Perú y la Argentina en ese aspecto en la década de 1920, tomando para dicha asimetría emblemas tales como Borges y la revista *Martín Fierro*, por un lado, y a Vallejo y *Amauta* por el otro.

Ya que no es que a partir de aquellas matrices teóricas a Ponce se le tornara invisible el problema de la nación, sino que su campo de visibilidad se superponía ajustadamente en la misma geografía acotada por el proyecto del 80. Y si algo puede aquí señalarse como un fenómeno no necesariamente inevitable es que esta adhesión lo impermeabilizaba frente a las interrogantes por la nación que desde otros sectores se formulaban, y que Ponce no podía plantearse por cuanto para él esas cuestiones habían sido resueltas por el éxito del modelo 1880. Que la percepción de esos desafíos se haya formulado desde perspectivas que en algunos casos conducían tarde o temprano a la elaboración de alternativas de derecha sin duda tampoco ha de ser casual, pero lo significativo reside en la verificación de que Ponce no intenta recuperar al menos esa *temática* para constituir la con otro tipo de categorías. De aquí en más, la "doble serie" de lo "real" y lo "imaginario" irá marcando el derrotero de un pensamiento al que sólo nos hemos asomado en sus primeros momentos. En el primer aspecto porque, en el fondo, sólo la modificación de esta visión sobre un capitalismo con capacidad para soportar tareas progresivas podrá ir desestabilizando un conjunto definido de categorías liberales en el pensamiento de Ponce. Y en el otro sentido es donde la figura de Taine —que junto con Renan configura una definida influencia para el 80 argentino— adquiere por ello un legítimo sentido de símbolo. De allí que aunque se trate de un escrito de 1928, sus opiniones sobre el autor de *Los filósofos clásicos* resulten ilustrativas no sólo para dibujar el perfil de un aspecto de esta primera etapa de Ponce, sino que se extienden hasta una lejanía que permite dudar de si alguna vez el argentino relativizó de veras el señalado consejo de

mantener sobre la mesa de trabajo un busto de Voltaire sobre ese libro de Taine.

3. ENTRE EL 80 Y LA REVOLUCIÓN RUSA

Si éste es el espíritu general que impregna la producción de Aníbal Ponce a la altura de su primera obra teóricamente representativa, resulta lícito postularla como punto de partida para observar el posterior despliegue de sus escritos. Inclusive en ese año de 1927 escogido como momento de cierre de su primer período intelectual, Ponce ya había introducido en su discurso algunos elementos novedosos que no cesarían de desarrollarse. El punto de diferenciación inicial se centra en la evaluación de la Reforma universitaria, de la que cuestiona las injerencias juvenilistas y "novecentistas" con que habríase nutrido ideológicamente la rebelión estudiantil,¹⁷ y como contrapartida postula un criterio de lectura "clasista" de dicho fenómeno, dentro de lineamientos de análisis análogos a los contemporáneamente utilizados por Julio Antonio Mella en su conocido artículo de abril de 1928 sobre el APRA. Y si Ponce tiene al menos el buen tino de no incurrir en las simplificaciones antiintelectualistas del cubano,¹⁸ no deja por eso de introducirse en un cuestionamiento al *ordo* capitalista según un esquema de bipolarización de la sociedad en términos exclusivos de burguesía *versus* proletariado, visión que, si era dudosa en los países capitalistas avanzados, también debía revelarse insuficiente para analizar una sociedad que como la argentina presentaba una estratificación social caracterizada por la densidad de sus capas medias y una complejidad difícilmente encuadrable en un simplificado "modelo Manifiesto Comunista".

El momento donde esta variación en el pensamiento de Ponce comienza a definirse como expresión de una manifiesta voluntad de marxismo debe ubicarse más precisamente en "Examen de conciencia", la conferencia que pronunció en 1928 en un aniversario de la revolución de mayo y por ende propicia para "meditar sobre los problemas de la nacionalidad en cuanto

¹⁷ Prólogo a *La Reforma Universitaria* de Julio V. González En OC, t. IV, p. 538.

¹⁸ Para quien, por ejemplo, "los intelectuales en conjunto son reaccionarios"; véase Julio Antonio Mella, *Escritos revolucionarios*, México, Siglo XXI, 1978, "Qué es el ARPA", p. 191.

son solidarios con los destinos de la familia humana".¹⁹ Esta meditación recorre un doble registro en donde se mantienen intocadas las anteriores categorías eurocéntricas, pero acompañadas ahora por la irrupción de una temática abiertamente anticapitalista. En el primer aspecto, si la Argentina puede postularse como "la encrucijada de América", ello es posible por la doble condición de haber sido la menos española de las colonias americanas y a que la constitución de su nacionalidad se produjo al margen de componentes indígenas. No es preciso reiterar que aquí tocamos nuevamente un espacio, particularmente contrastante con los intentos teóricos de Mariátegui, pero sí agregar dos tipos de aclaraciones. Primera, que aquellas intervenciones de Ponce se producían bastante después del quiebre civilizatorio desatado por la primera guerra mundial, o sea, cuando el modelo eurocéntrico se había debilitado considerablemente contribuyendo en la cultura latinoamericana a ese conocido retorno —como ha escrito Jean Franco— "al indio, al negro y a la tierra, en busca de raíces". Por ejemplo, un texto como "El suicidio de los bárbaros", de quien como José Ingenieros no podría ser precisamente tachado de "criollista", es revelador de un estado de ánimo sólo concebible entre la intelectualidad argentina como consecuencia de dicha crisis cultural, estado de ánimo que habría de fusionarse luego —según las circunstancias nacionales— con los procesos de las revoluciones mexicana y rusa, así como de la reforma universitaria. El éxito del clásico libro de Spengler ilustra por lo demás suficientemente la convicción sobre el fin de la hegemonía europea entre amplios sectores de la opinión pública latinoamericana, y figuras como Vasconcelos en México expresan también cabalmente la revitalización de un americanismo que hasta entonces había contado con expresiones menos orgánicas. Con respecto a la Argentina, ya el mismo autor de *La raza cósmica* había considerado la función relevante de este país en su esquema de regeneración continental, pero no hay dudas de que para Ponce, por el contrario, aquellas raíces debían seguir buscándose en las para otros agostadas fuentes europeas. Así, en un artículo periodístico de 1928 comparaba la obra de Ricardo Rojas con la *Indología* de Vasconcelos, a la que en otro lugar había caracterizado como un producto trivial, barroco y típico del tropicalismo latinoamericano.²⁰

¹⁹ "Examen de conciencia", en *El viento en el mundo*, OC, t. III, p. 154.

²⁰ "Ricardo Rojas: 'El Cristo invisible'", del 5 de octubre de 1928, OC,

No obstante, por irritativas que estas opiniones pudieren resultar —especialmente después de que cierta prédica tercermundista ha hecho su trabajo—, es inocultable que el proyecto indianista de un Ricardo Rojas era en la Argentina de los años veinte ya tan extravagante como los arrebatos del más encendido exotismo. ¿Pero ocurría acaso lo mismo con el criollismo, entendido no como la apelación a un modelo de lo real —de cuya inexorable desaparición daba cuenta en el espacio literario Ricardo Güiraldes en su novela *Don Segundo Sombra* sino como subsistencia de una operación literaria constitutiva tanto de un sistema significativo propio como de un mito nacional? Porque ciertamente para Ponce este movimiento de exclusión no segrega solamente a los sectores sociales prehispanicos, sino que retorna una y otra vez sobre la figura del gaucho, según una estrategia que incluirá en su cuestionamiento al *Martín Fierro* de José Hernández como piedra angular de la literatura nacional, con lo cual Ponce revelaba una comprensión tan ajustada como incapaz de escapar del círculo interpretativo abierto por Lugones y desplegado en la enfatización de los "contenidos" antiliberales del poema gauchesco. Más aún, si es cierto que la ruptura operada por la revista *Martín Fierro* de los años 1924-1927 en el sistema literario argentino consistió en la creación del criollismo urbano de vanguardia,²¹ mal podría advertir esta modificación quien como Ponce había sostenido en 1921 un juicio masivamente desfavorable sobre la "literatura del suburbio" de Evaristo Carriego. Significativamente, el motivo de ese pronunciamiento había sido un escrito de José Gabriel sobre aquel poeta argentino, texto al que diez años más tarde Borges calificará de "libro servilísimo" en su *Evaristo Carriego*, donde precisamente se teoriza aquel neocriollismo en el que el propio Borges desempeñó el papel protagónico. Y si Ponce se mantiene también refractario a este fenómeno es porque se revela ante lo que estima una continuidad del gauchismo simplemente trasladado del ámbito rural al urbano y que esconde la restauración de un interés por aquella "raza" tan exótico como el que podría sentirse por los etruscos.²²

t. IV, p. 68, y "José Vasconcelos: 'Indología'", del 23 de noviembre de 1928, *op. cit.*, t. IV, pp. 281 y 284.

²¹ Para esta tesis, véase Beatriz Sarlo, "Sobre la vanguardia, Borges y el criollismo", en *Punto de vista*, Buenos Aires, año IV, núm. 11, marzo-junio de 1981, pp. 3-8.

²² "José Gabriel: 'Evaristo Carriego. Su vida y su obra'", marzo de 1921, *op. cit.*, t. IV, pp. 269 y 270.

Pues lo más importante es que estos juicios tan poco complacientes no sólo siguen siendo sustentados en el período que ahora consideramos, sino que sobre ellos está operando igualmente aquella mirada sociodarwinista que lo había conducido a tratar de desmitificar "la leyenda del gaucho" en una definición no destinada precisamente a la popularidad: "Mestizo de india y de español —que es decir doblemente mestizo en razón de las impurezas africanas de la sangre paterna— el gaucho representó, durante la Colonia, la servidumbre feudal en su acepción vigorosa. Inconsciente a fuer de ignorante y dócil al patrón como buen siervo, entró con él a las guerras de la independencia". Habría por eso que aguardar al impulso inmigratorio para presenciar el renacer de los ideales de la revolución contra las clases conservadoras, ya que el extranjero aportaba además "el ferrocarril y el telégrafo, el alambrado y el libro, la máquina y la higiene", junto con garantizar el predominio de la sangre europea y "la extinción gradual del elemento gaucho".²³

Si esta lectura hubiese estado acompañada por el mismo anterior reconocimiento de la legitimidad de las fuerzas sociales dominantes para hegemonizar aún en la actualidad este proceso modernizante, sin duda que obviamente el sistema teórico de Ponce habríase visto escasamente modificado. Si ello no ocurre es porque aquí se condensa la línea de ruptura ya percibida en el escrito sobre la Reforma universitaria, ya que si bien la generación del 80 habría planteado un proyecto civilizatorio que define un ideal nacional deseable, el capitalismo como modelo de desarrollo económico y la burguesía como clase motora de ese proceso ya no están en condiciones de sustentar aquellas tareas que en varios sentidos siguen siendo las definidas por la política liberal-racionalista del siglo XVIII europeo, pero que ahora deben ser asumidas por el proletariado como heredero de la tradición clásica liberal, tal como lo demostraría el ejemplo del movimiento bolchevique. De tal modo, ni la adhesión política a la revolución rusa, ni la convicción de la crisis burguesa y del carácter revolucionario de la clase obrera, ni el reconocimiento expreso del marxismo como "ideología del proletariado", son suficientes para quebrar algunos valores y categorías liberal-positivistas fuertemente enraizados en el pensamiento de Ponce. Y para que ambas líneas discursivas no entraran en contradicción, ha sido menester que se aceptara

²³ "Examen de conciencia", *op. cit.*, p. 157.

un tránsito entre capitalismo y socialismo implícitamente anidado por hilos conductores anudados en una concepción lineal del progreso. Dado que si la burguesía ha formulado un proyecto cuyas raíces se hunden en definitiva en el Renacimiento, su incapacidad para seguir asumiéndolo no contamina la valoración de sus productos culturales pasados.

Mediante una rápida traslación, este mismo esquema se diseña sobre la historia argentina, donde se detecta una burguesía defensora de auténticos valores avanzados frente a las rémoras hispánicas y feudales. Por ello aún en 1932, es decir, en el cierre del período que consideramos, el panteón ponceanco puede seguir poblado por la misma galería de héroes y anti-héroes de la historiografía liberal.²⁴ Por todo lo anterior resultaba lógico —siempre según Ponce— que luego de Pavón (la batalla donde se afirma el intento porteño) la organización nacional se realizara bajo la hegemonía natural de Buenos Aires, ya que en dicha ciudad confluían las tradiciones francesas y se dibujaba, a través de la mediación sarmientina, el proyecto del 80. Ponce persistía de tal modo en autoincluirse en uno de los polos del sistema dicotómico trazado por la cultura argentina, cada uno de cuyos elementos se encontraría en una sorprendente oposición biunívoca con los del otro campo ideológico. Y así como para él, por ejemplo, la ciudad de Buenos Aires es el receptáculo de una modernidad europeizada y progresista, un representante del otro polo cultural como Manuel Gálvez había relatado en *El diario de Gabriel Quiroga*, de 1910, la penosa impresión que le producía esa horrible metrópoli corrompida por el cosmopolitismo. Por el contrario, el mérito que Ponce le atribuye al autor del *Facundo* reside en que el sanjuanino se había propuesto erradicar las influencias perniciosas del gaucho y del español, y le fue dado a Groussac demostrar "cómo podía hacerse obra argentina con disciplina de Europa y claridad de Francia".²⁵ Y aplicando la misma cuadrícula pero ahora sobre su presente, que ha llegado para la Argentina el momento de concretar una transformación socialista es algo de lo que Ponce parece no dudar, en la medida en que percibe que la soberanía popular ya no puede hallar cabida dentro del desgastado engranaje de la república burguesa y que mal puede convivir la justicia social con las formas imperantes del privi-

²⁴ Véase *Sarmiento, constructor de la nueva Argentina*, publicado en 1932, en *OC*, t. I, pp. 353, 361 y 378, y "Juan Canter: 'Sarmiento, Groussac y Lainez'", 9 de enero de 1931, t. IV, pp. 93-95.

²⁵ "Páginas de Groussac", 12 de octubre de 1928, t. IV, p. 81.

legio económico. Estas creencias que abstractamente podrían resultar si no convincentes al menos fundamentadas, se revelan sin embargo concretamente desatinadas cuando se recontextualizan en ese mismo año de 1928 que presenciara el segundo ascenso a la presidencia de Yrigoyen, cuya gestión no estará exenta de algunos de los males que había enrostrado al antiguo régimen conservador, pero que había sido elegido democráticamente por una abrumadora diferencia de sufragios y cuando el país alcanzaba uno de los mayores índices de ingresos globales hasta entonces conocidos. Por diferentes motivaciones quizás, Aníbal Ponce resultaba con estas últimas apreciaciones solidario con las posiciones de la izquierda argentina en sus virulentos ataques al régimen del radicalismo. En los extremos de la desubicación, el Partido Comunista argentino —con cuyas posiciones será notorio el acercamiento de Ponce— declaraba en agosto de ese mismo que “el gobierno de Yrigoyen es el gobierno de la reacción capitalista, como lo demuestra su política represiva, reaccionaria, fascitizante, contra el proletariado en lucha, contra el cual aplica cada vez más los métodos terroristas”. A través de sus referencias ideológicas, es claro que Ponce contempla en el radicalismo sólo una continuidad de la inorganicidad caudillesca del siglo XIX. De ahí que al referirse a Ricardo Rojas —uno de los intelectuales sumados al movimiento radical— podrá decir que algo hay en él “del hombre que va tras una banda”.²⁶

Pero que el riesgo reaccionario se hallaba centralmente localizado en fuerzas que también hacían gala de un antirradicalismo acérrimo iba a demostrarlo dramáticamente el golpe militar del 6 de septiembre de 1930. Un día antes de la asonada uriburista Ponce escribía refiriéndose a Yrigoyen: “La curiosa personalidad que preside en estos momentos los destinos del país y que ha hecho girar en torno suyo la historia de los últimos veinte años sólo ha inspirado hasta ahora laudatorias hiperbólicas y diatribas exageradas, como si contagiara a sus aduladores y a sus críticos la misma falta de medida de su pensamiento y de su gesto.”²⁷ Al día siguiente, esa “curiosa personalidad” era desalojada del gobierno por un golpe reaccionario que, andando el tiempo, obligaría al exilio al propio Aníbal Ponce.

²⁶ “Ricardo Rojas: ‘El radicalismo de mañana’”, 25 de mayo de 1932, t. IV, p. 71.

²⁷ “Carlos Sánchez Viamonte: ‘El último caudillo’”, 5 de septiembre de 1930, t. IV, pp. 421 y 423.

4. EL MARXISMO Y EL EXILIO: ¿“LA MUERTE DE SARMIENTO”?

El “Elogio del Manifiesto Comunista” y *Educación y lucha de clases* son los textos fundamentales que, en los años 1933-1934, permiten fechar la plena adscripción al marxismo por parte de Aníbal Ponce. Adscripción expresa que, empero, señalará mucho más un punto de viraje dentro de un arco conceptual que una ruptura abrupta con respecto a ciertos objetos teóricos determinantes para su visión del proceso nacional. Así, mientras se despliega la línea discursiva referida a la crisis y decadencia capitalistas, permanece invariablemente la adhesión emblemática al sarmientismo y la oposición al criollismo como perspectivas antagónicas desde las cuales organizar la visión del pasado nacional y comprender un presente cuya crisis remitía al cuestionamiento real de la programación oligárquico-liberal del siglo XIX. Asistiremos por ello en estos escritos a una adhesión al marxismo que no conlleva el replanteamiento del problema nacional, y que persiste en desplazar hacia la penumbra el relevamiento de aquellas zonas nacionales que desde otras perspectivas la intelectualidad argentina comenzaba a reconocer.

Y en verdad, los marcos político-institucionales desde los que Ponce observará de allí en más los procesos sociales no se prestaban para una revisión crítica de aquellos supuestos, que en algunos casos —como el del “obrerismo”— habían caracterizado desde su constitución en 1918 al que sería el Partido Comunista argentino. Y aunque Ponce —como él mismo lo señalará—²⁸ no estuvo orgánicamente incluido en dicha organización, tanto sus orientaciones ideológicas cuanto sus actividades políticas se inscribieron dentro de proyectos acordes con los de aquella estructura partidaria. En el *Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina*, redactado y publicado en 1947 por la comisión del comité central de dicho partido, se habla así de Aníbal Ponce como la aquella “extraordinaria fuerza intelectual argentina” que “a través de la crítica del pensamiento argentino llega al marxismo-leninismo”, y sin duda su viaje a la URSS en 1935 contribuirá a delinear más entusiastamente estas adhesiones, hasta el punto de que en una carta a un amigo compara la emoción que lo embarga ante la inminencia de dicha visita con una de las experiencias más caras de que disponía su archivo sentimental: “como la de aquella noche en Boulogne —escribe— en que los dos nos aprestábamos a conquis-

²⁸ “No he pertenecido jamás a ningún partido político”, en “Carta abierta al ministro Jorge de la Torre”, OC, t. IV, p. 632.

tar París". Este es precisamente el momento en que se produce —como ha señalado Reissig— la traslación de su modelo hacia "la tercera ciudad", ya que "este sordo rumor de las multitudes de París, que turbaba y seducía las lecturas de mi juventud, ha adquirido al fin en la muchedumbre de Rusia el ritmo generoso de los himnos triunfadores".²⁹

Ese pequeño partido comunista argentino —que en las elecciones de 1930 no alcanzaba a reclutar el uno por ciento de los votos emitidos— se iba a caracterizar tempranamente por una nunca desmentida flexibilidad para plegarse a los lineamientos fijados por la III Internacional, lo cual seguramente debe de haber influido para que se le reconociera un papel muchas veces directivo dentro del comunismo latinoamericano. Ese papel ya se percibe por cierto en los congresos sindical y de los partidos comunistas latinoamericanos, de Montevideo y Buenos Aires respectivamente, celebrados por primera vez en 1929 y reveladores de la mayor presencia de la Internacional Comunista en América Latina. Pero si esta presencia ya se había dejado sentir con motivo del VI Congreso de la Comintern —efectuado en la Unión Soviética en 1928 y al que asistió por primera vez una delegación latinoamericana realmente significativa—, lo que nos interesa remarcar es que esta mayor inserción institucional se traducirá en un condicionamiento hasta entonces desconocido sobre los esquemas interpretativos de las realidades latinoamericanas. Puesto que si el VI Congreso de la III Internacional muestra ya en efecto un funcionamiento dominado formalmente por el stalinismo —con lo cual se definía un clima hostil que no cesará de enrarecerse y de bloquear todo debate pluralista—, en el terreno de los contenidos dicho conclave sancionará la liquidación de la línea frentista del "segundo período" y su remplazo por la sectaria política de "clase contra clase". Como dice Aldo Agosti en uno de los volúmenes de su muy documentado *La Terza Internazionale*, una lectura simplista y economicista de las vicisitudes del capitalismo llevó a la Comintern a visualizar sólo dos alternativas de resolución de los conflictos: o la dictadura terrorista de la burguesía —con lo que se caracterizaba al fascismo—, o bien la dictadura comunista del proletariado, todo esto contra quienes descreían de la inevitabilidad de la antinomia bolchevismo-fascismo. Esta convicción se veía reforzada por la crisis capitalista mundial de 1929, que obviamente fue interpretada por la Internacional Co-

²⁹ *Apuntes de viaje*, t. III, p. 105.

munista en clave catastrofista y utilizada como convalidación de uno de los temas centrales de la política del tercer período de la III Internacional: la inminencia de una agresión militar imperialista contra la Unión Soviética, que demandaba el apoyo de todos los partidos comunistas para la defensa de —son palabras de Ponce— "la patria proletaria". Sin ir más lejos, en la conferencia que pronunció como presidente de la comisión organizadora del Comité Latinoamericano contra la Guerra Imperialista, denunciaba al capitalismo como ese sistema bárbaro y belicista cuyo objetivo se centraría en asestar un golpe artero contra la URSS.³⁰

Por otra parte, la perspectiva tercerinternacionalista señalaba a los partidos comunistas locales la necesidad de combatir en el frente interno contra ese enemigo principal —en tanto confusionista de la conciencia del proletariado— que la prédica del VI Congreso ubicará en los partidos socialistas. Entonces es cuando se difunde la ominosa caracterización de "socialfascista" para designar a los movimientos socialdemócratas, así como también —extrayendo lo que se consideraban las lecciones de la operación anticomunista de Chiang Kai-shek de 1927— la más cerrada oposición al establecimiento de frentes interclasistas que atentasen contra el proceso de proletarianización y bolchevización que hasta mediados de 1930 se considerarán ejes fundamentales de la acción de los partidos comunistas. En su informe al XIII Pleno de la Comintern, Kuusinen afirmaba aún en una fecha tan avanzada como diciembre de 1933 que "la fascistización de la socialdemocracia se está cumpliendo a ritmo acelerado", y no es extraño que quienes desde esta parte del mundo se ceñían voluntariamente a esas perspectivas debieran hallar la traducción nacional de los actores sociales que en otras latitudes se satanizaban con tanto empeño. Porque si bien el VI Congreso había colocado el horizonte imperialista como marco del movimiento comunista en los países atrasados y dependientes, la "bolchevización" de los partidos comunistas conducía a caracterizar no sólo a la burguesía nacional sino también a la pequeña burguesía de dichos países como aliados irremisibles del imperialismo, al par que sujetos a ese proceso de fascistización que tan bien encarnaba ante sus ojos el movimiento liderado por Haya de la Torre, al que se le dirigía la calificación inapelable de "aprofascista". En esa misma orientación, y proclamándose leninista dentro de una ortodoxia que afirmaba la continuidad desde

³⁰ "Las masas de América contra la guerra en el mundo", del 12 de marzo de 1933, t. III, pp. 200-201.

Marx hasta Lenin,³¹ el pensamiento de Ponce expresaba cabalmente la violenta oposición a los sectores considerados reformistas. No sólo critica por ello el carácter "vacilante" de la pequeña burguesía, sino asimismo la cuña introducida dentro del proletariado por la "aristocracia obrera". En el campo nacional, esas denuncias debían conducir al cuestionamiento del Partido Socialista argentino, y es así como Ponce critica por envejecido al libro *Teoría y práctica de la historia*, escrito a principios del siglo por el fundador de este último partido y a quien compara con el "marxista legal" Struve, mientras califica de revisionistas, académicos y en definitiva "liberales" a miembros prominentes de la misma agrupación como Enrique Dickmann, Arturo Orgaz y Jacinto Oddone.³²

De manera que si —persistiendo en una contrastación ya conocida— el de Mariátegui puede ser comprendido como un pensamiento socialista que se despliega dentro del espacio político-cultural abierto por la línea del "frente único", el de Aníbal Ponce se halla profundamente penetrado por una serie de convicciones definidas en el período de "clase contra clase" y que tendrán en su discurso una perdurabilidad más allá de las incluso radicales rectificaciones de línea de la Comintern a mediados de la década de los treinta. Esta perdurabilidad es un rasgo también reconocido autocríticamente por el propio partido comunista argentino, que si bien ya en 1929 adaptaba su situación nacional a los lineamientos internacionales citados, aún en 1934-1935 seguirá adherido a estas concepciones que el citado *Esbozo* no dudará en caracterizar como "extremistas", sobre todo cuando ya existían "una serie de ejemplos internacionales de lucha en común de radicales, socialistas y comunistas". Pero que, mientras tanto, esta política no estaba condenada necesariamente a aislar al partido de sectores obreros, lo demuestra el hecho de que durante ese período ultraizquierdista en que se luchaba por "la instauración inmediata de los soviets" —y en medio de la severa represión de que fueron objeto durante la década los partidos populares— los comunistas ganaron una evidente influencia en el movimiento obrero. Esta mayor

³¹ "Alejandro Korn: 'Hegel y Marx'", del 27 de enero de 1935; t. iv, p. 313.

³² "Juan B. Justo: 'Teoría y práctica de la historia'", del 27 de abril de 1932, t. iv; "Enrique Dickmann: Formas de gobierno", 5 de octubre de 1932, t. iv, p. 446; "Arturo Orgaz: 'Ensayos liberadores'", 15 de agosto de 1934, iv, p. 468; "Jacinto Oddone: 'Historia del socialismo argentino'" 23 de mayo de 1934, iv, pp. 480-481.

inserción debía sin duda resultar atractiva para algunos intelectuales progresistas, máxime cuando esa situación se iluminaba con el contraste entre la crisis capitalista mundial por un lado y lo que se percibía como los éxitos de la construcción del socialismo en la Unión Soviética por el otro. Aquella atracción hacia el mundo popular se hallaba sobredeterminada ideológicamente por un clima obrerista que en sus extremos conectaba con el repudio de la función misma del intelectual, clima que llevará a Koestler a hablar de los intelectuales como de los "no-arios" —en tanto marginados y vilipendiados— dentro de las filas comunistas europeas. En Latinoamérica idéntica actitud habría de inspirar por ejemplo afirmaciones de Mella en donde el carácter revolucionario de Sandino era prácticamente asimilado a sus orígenes de "obrero manual", así como a Martínez Villena a identificar su adhesión a la causa del proletariado con el abandono de la práctica poética, o a Vallejo a desconfiar —con incrustaciones bergsonianas— de la facultad misma del pensamiento.³³ Y si Aníbal Ponce afortunadamente nunca se desbordó por estos extremos, a ello no debe de haber resultado ajeno ese intelectualismo que aún hacia 1933 le hacía saludar "la supremacía de la inteligencia aun en el momento de la rebelión y del gesto ejecutivo".³⁴

Por el contrario, que el catastrofismo dominante en los análisis del tercer período de la Internacional Comunista era compartido por el intelectual argentino queda suficientemente documentado en "De Franklin, burgués de ayer, a Kreuger, burgués de hoy", de agosto de 1932, donde la burguesía es visualizada en una caída irremisible "bajo la inmensidad de la crisis".³⁵ En una serie de conferencias de 1934, luego publicadas con el título de *Educación y lucha de clases*, Ponce cree verificar esa decadencia burguesa en uno de los aspectos caros al liberalismo: la educación. Esta incapacidad puntual remite empero a una impugnación mucho más abarcadora, puesto que

³³ "No es una simple casualidad el que Sandino sea un obrero manual" (J. A. Mella, *Qué es el ARPA*); "yo no soy poeta [...] yo destrozo mis versos, los desprecio, los regalo, los olvido" (en Introducción de R. Roa a Martínez Villena, *La pupila insomne*, La Habana, 1960, p. 41); "el pensamiento es la facultad que más se presta a los resortes del fraude y mala fe, de truco y tinterillaje" (C. Vallejo, "Obreros manuales e intelectuales", en *Varietades*, Lima, 2 de junio de 1928).

³⁴ "Nota preliminar al 'Marx y Engels' de D. Riazanof", en *OC*, t. iv, p. 543.

³⁵ "De Franklin, burgués de ayer, a Kreuger, burgués de hoy", en *El viento en el mundo*, t. iii, p. 190.

así como ya no puede difundir democráticamente la instrucción, "lejos de ser como en otro tiempo un factor de progreso, la burguesía se ha convertido en un obstáculo".³⁶ Y significativamente, hacia la misma época en que Gramsci escribía *Americanismo y fordismo*, Ponce personificaba en Henry Ford el símbolo no de la recomposición sino de la crisis capitalista final.³⁷ En el plano político, aquel inminente derrumbe del capitalismo tendría su expresión en el fascismo, definido como un fenómeno centralmente coercitivo. "En el momento actual —dice— la burguesía agonizante sabe que no tiene sino en el terror, es decir, en el fascismo, la manera de prolongarse durante algunos años." Imperialista, religiosa y fascista, la burguesía contemporánea abandona tareas que, sin reformulaciones considerables de contenido, deben pasar a ser defendidas por la clase obrera. Es lo que ocurre, de manera ejemplar, con el humanismo, así como con todo un conjunto de valores culturales racionalistas. Frente a las corrientes místicas representadas por caso en el bergsonismo, el proletariado tiene que retomar los estandartes de la ciencia y, en una misma línea de razonamiento, todas las corrientes estéticas no acordes con las tesis del "realismo socialista" —sancionado como estética oficial en el I Congreso de Escritores de la URSS en ese mismo año de 1934— resultan igualmente desestimadas como idealistas y reaccionarias. El propio marxismo es reafirmado entonces como reducto de la racionalidad científicista, operación que permite seguir describiéndolo como una continuación del iluminismo, hasta el punto de que el mérito de Feuerbach habría residido en alejar a Marx del idealismo hegeliano para hacerlo retornar al "cauce realista de la Enciclopedia".³⁸

Mas si resulta relativamente sencillo reconocer en estas posiciones la declinación de un discurso ajustado a las coordenadas generales establecidas entonces por la política comunista, semejantes tesis arrojaban —en su traducción nacional— efectos particularmente cegadores para una lectura productiva del fenómeno argentino. Porque si bien los datos de la crisis económica no dejaban dudas sobre sus repercusiones más manifiestas

³⁶ *Educación y lucha de clases*, t. III, p. 429.

³⁷ *Ibid.*, p. 427. "Está [...] en la entraña misma de la burguesía, cada vez más fascista, el veneno que da colores sombríos al crepúsculo del teatro", y "en el momento actual [...] la burguesía sacrifica la cultura y ahoga la actividad creadora de sus más altos espíritus" ("Lenormand y el crepúsculo del teatro", enero de 1935, t. III, pp. 117-118).

³⁸ "Elogio del Manifiesto Comunista", *op. cit.*, p. 209.

(caída de exportaciones, recesión, desocupación), al mismo tiempo con la recaptura del estado por la élite conservadora, y especialmente luego del desplazamiento de la "dictadura de depresión" de Uriburu por el ala liberal del ejército, se planteaban interrogantes inusitadamente novedosas acerca de la reinserción de la economía argentina en el mercado mundial, con las consiguientes repercusiones que esto podía producir en una eventual recomposición de las fuerzas sociales en el interior de la nación. No está de más recordar que, junto con una reincidencia en los pactos económicos con la metrópoli británica, aquel mismo sector de la fracción más concentrada de la burguesía terrateniente ahora nuevamente a la cabeza del estado será la que promoverá una política sustitutiva de importaciones que generará una considerable expansión industrial, cuyos efectos sociales y políticos se pondrían de manifiesto en los primeros años de la década siguiente. No se estaba pues ante una "crisis de derrumbe" que reivindicara para esta parte del mundo la autoctonía de una fascinante *Zusammenbruch*, pero es lícito reconocer que los efectos de superficie de la crisis del 30 eran de tal magnitud que la intelectualidad progresista argentina en general se inclinó hacia el relevamiento de sus aspectos más disolventes o a la denuncia de las medidas que, como el pacto Roca-Runciman de 1933, gravaban más pesadamente la economía argentina. Pero es igualmente cierto que las más productivas elaboraciones del momento fueron las que se hicieron cargo de la crisis en que había ingresado el "modelo 1880". Precisamente, era aquella funcionalidad del esquema agroexportador ahora cuestionado por la realidad la que había configurado una de las dificultades centrales para la emergencia de un horizonte de visibilidad teórico alternativo con respecto al problema de la nación. De manera tal que por primera vez en medio siglo este desquiciamiento del modelo de crecimiento económico y de nación se deslizó hacia el cuestionamiento del tipo de sociedad y de cultura hasta entonces hegemónico, y la fractura del bloque histórico liberó así un conjunto de objetos teóricos que hasta entonces habían funcionado como un universo discursivo dador de sentido de las representaciones y las prácticas de las fuerzas dominantes pero también de las clases subalternas. La muestra de ello es que sólo la crisis del 30 permitirá, ahora sí, una tematización casi salvaje del objeto nacional. Tematización por lo demás suficientemente notable, y cuyas expresiones fundamentales se definirán en el interior de diversos registros ideológicos: o bien de un pensamiento na-

cionalista restaurador, católico y maurrasiano que recogía los tintes más ambiguos del fascismo italiano; o bien de sectores nacional-populares como el conformado por FORJA sobre la base del ala izquierda del derrocado partido Radical; o bien de intelectuales de diversa procedencia que abordaron con mayor o menor originalidad el tema nacional, como en los textos de Martínez Estrada, Mella o Arlt, por no citar sino una parte de los más significativos y sin apelar a algunas contundentes expresiones del folklore urbano. Todas estas manifestaciones, a pesar de sus evidentes divergencias, mantenían empero un hilo de continuidad en la búsqueda de una realidad que se percibía relativamente impermeable a los esquemas acuñados hasta entonces y en el espacio escritural recogerían esas temáticas de la tristeza, la soledad o aquella desesperanza tan perceptible en *Radiografía de la pampa* y que permitirá leer en *Historia de una pasión argentina* que este país era "un desierto lleno de palabras". En síntesis, así como el modelo triunfante en 1880 había sido apenas atacado por corrientes cuya derrota o inconstancia no estaban lejos de revelar su ausencia de alternativas reales para otro paradigma nacional, a partir de 1930 los argentinos descubrían carencias estructurales que los llevaron a replantearse las causas de males cuyos orígenes ubicaron en el proceso de constitución misma de la nación y desembocaron en muchos casos en la negación de aquel modelo decimonónico. Fueron dichos males los que, finalmente, incitaron a la oposición al régimen a identificar esos años de 1930 con el calificativo de "década infame", adjetivación que si bien resultó exitosa como denuncia sobre todo de la política antipopular y del fraude que la vició en sus prácticas electorales, terminó no pocas veces por obnubilar otros registros en los que el ascenso reaccionario podía resultar acuciante para una reflexión renovada sobre la realidad.

En el caso latinoamericano, las demandas para un análisis original provenían de la crisis capitalista mundial con que dicho decenio habíase inaugurado, y en la Argentina de Aníbal Ponce dichas crisis venían a cancelar nada menos que medio siglo de una considerable estabilidad política y de un formidable desarrollo económico. Esta Argentina arcádica cantada en el Centenario de los versos broncíneos de Darío y Lugones, con un significativo desarrollo cultural y a la que aún podrían admirar los "viajeros del intelecto" que pudieron visitarla en la década de 1920, se hallaba empero asentada sobre un modelo de desarrollo económico agroexportador que, constituido desde

la segunda mitad del siglo XIX, debía desestabilizarse severamente junto con el *ordo* capitalista de la metrópoli inglesa con la que las fuerzas sociales dominantes argentinas habíanse asociado. Pero esta misma crisis era precisamente la que abría una posibilidad hasta entonces impensada para la reflexión de la izquierda argentina, puesto que entonces se desensamblaban aquellos elementos que hasta entonces se habían acoplado en la diagramación de un bloque histórico cuyos éxitos habían sido tan clamorosos otrora como desazonantes en el Buenos Aires de las "ollas populares" que Aníbal Ponce conoció y que Arlt recogería en una de sus *Aguafuertes porteñas* justamente titulada "La tragedia del hombre que busca empleo"...

Como se ve, no faltaban pues ni estímulos ni un contexto problemático adecuado para la reflexión sobre el tema nacional en la década en que Aníbal Ponce consumaba su adscripción al marxismo. Y sin embargo —lo que torna aún más evidentes sus cegueras al respecto—, las referencias al problema de la nación o aun a la situación de la Argentina en el terreno social o cultural sorprenden por su remisión constante a parámetros que pretenden ser internacionales pero que se desdibujan en un cosmopolitismo abstracto. Porque si la fractura epocal arrastrada por la crisis podría haberle permitido a Ponce repensar la ubicación de la Argentina dentro de la circulación de las mercancías y de las ideas en el contexto mundial, el esquema que lo anima rezuma una extrema simplicidad al postular un universo de dos dimensiones en donde se enfrentarían sin descanso las frescas fuerzas proletarias contra una burguesía agotada y decadente. Las burguesías latinoamericanas en su conjunto se le aparecen entonces como "atrasadas, indolentes, sin ninguna de las capacidades que las nuevas formas de producción exigían en el mundo", habiéndose convertido a poco andar "en pasivos instrumentos de Inglaterra". Son estas mismas burguesías las que han perdido incluso la capacidad de sustentación de los intereses nacionales y de tal modo "traicionan sin rubor sus propias 'patrias'". Y culminando en una línea que resultaría cancelada por el VII Congreso de la Comintern, podía afirmar que "el enemigo está en las propias burguesías nacionales que secundan con su servilismo y su venalidad los designios imperialistas de las grandes potencias".³⁹

Más conflictivas debían resultar las consecuencias de estas tesis sobre la visión de Ponce en lo referido a aquel modelo

³⁹ "Las masas de América...", *op cit.*, pp. 202, 203 y 204.

liberal al que en tantos aspectos lo hemos percibido adherido. Dado que obviamente el catastrofismo antiburgués trajo de la mano un innegable efecto relativizador sobre aquel modelo nacional liberal, pero ese replanteamiento se apoya en un esquema alternativo que parece contentarse con una especie de cuadrícula obrerista a cuyo través sería preciso releer todo el pasado argentino. Por ejemplo, la figura "barométrica" de Sarmiento es ahora definida desde un punto de vista clasista al designárselo como "el teórico más genial de la burguesía entre nosotros". Análogamente, se produce cierta relativización del francesismo, dentro de un movimiento contradictorio que nunca llega a la fractura global de dicho modelo. En 1933, Ponce ya se había referido al carácter imperialista de Francia,⁴⁰ y la actitud de este país ante las secuelas de la insurrección asturiana refuerza su juicio negativo: "La 'hospitalaria' Francia, 'tierra de libertad', rechaza horrorizada a estos perseguidos [...]." ⁴¹ Pero —y en esto reside la ambivalencia— de tierra de la cultura Francia va a pasar a ser vista como el espacio privilegiado de las multitudes antifascistas. Y es que, hacia esa época, la antinomia democracia-fascismo comienza a penetrar en el discurso ponceano, y con ello la alternativa frentista que alcanzará su nítida definición en el VII Congreso de la Internacional Comunista.

Pero —como es sabido— esas importantes modificaciones analíticas y programáticas fueron precedidas al menos desde 1933 por desplazamientos políticos e ideológicos que apuntaban en la dirección luego consagrada en 1935. Ya en marzo del primero de esos años la Internacional Comunista hizo un llamamiento conjunto "a los trabajadores de todo el mundo" contra el fascismo, iniciando un cambio que, sin embargo, no tendría por el momento contrapartida en cuanto a la visualización del derrotero de la crisis capitalista mundial. Porque aún en diciembre de 1933 —y a pesar del comienzo de una recuperación de la economía capitalista, que había alcanzado su punto más bajo durante el año anterior—, la Comintern sigue aferrada a la tesis derrumbista de "la crisis general del capitalismo" sin ima-

⁴⁰ "Una nación imperialista como la Francia actual [...]", en "Roberto Nóvoa Santos: 'Diagnóstico espiritual del pueblo argentino'", del 23 de agosto de 1933. El antimperialismo es una de las notas del pensamiento de Ponce durante el período, como puede verse en un artículo de junio de 1936 donde ataca a la Standard Oil ("Astronomía y petróleo", t. IV, pp. 413-421).

⁴¹ "Ensayo general en Asturias", enero de 1935, en *Apuntes de viaje*, t. III, pp. 126-131.

ginar aún como alternativa viable la posibilidad de una recomendación económica ya en ciernes. Aquella línea de acercamiento con otras fuerzas de izquierda recibirá prácticamente su sanción en Francia, hasta el punto de que se puede fechar en el 12 de febrero de 1934 —cuando se realizó una gigantesca manifestación antifascista en París convocada unitariamente por socialistas y comunistas— el punto preciso de ruptura con la línea del VI Congreso, y de allí en más la entera política de la Internacional Comunista ingresará en un período de modificaciones que desembocará en el VII Congreso, de agosto de 1935.

El señalamiento del fascismo como el enemigo principal y la defensa de las conquistas democráticas como patrimonio inalienable del movimiento obrero y popular redefinieron entonces todo el campo de alianzas imaginable dentro del universo comunista. Puesto que si con ello se denunciaba "el sectarismo de izquierda" del tercer período de la IC, también se ponía fin a la tesis del "socialfascismo" y, en su extensión al terreno social, el carácter antifascista y democrático de la lucha posibilitaba la inclusión de sectores medios de la sociedad en el arco de renovados pactos populares. En los países latinoamericanos, estas modificaciones —que revalorizaban la "democracia burguesa" y hacían pasar a un segundo plano el objetivo de "la dictadura del proletariado"— trajeron de la mano una nueva relación con las burguesías nacionales y la pequeña burguesía progresista de los países sujetos al imperialismo, en el marco del propugnado frente nacional y popular antifascista.

Mientras tanto, el comunismo argentino ingresaba no sin contradicciones en los postulados de la nueva programática tercerinternacionalista, aunque sólo en 1935 se inició la crítica de los "errores sectarios" del período anterior, y dos meses después del VII Congreso se produjo la conocida *Declaración de Avellaneda*, según la cual "el camino argentino para llegar a ese gran frente nacional antimperialista es llegar ya ahora a un acuerdo entre todos los partidos de oposición sobre la base de un programa común de defensa de las más amplias libertades democráticas". Y en el acto unitario convocado por el movimiento obrero para el 1 de mayo de 1936, el orador comunista Paulino González Alberdi invitaba consecuentemente a la concreción del "frente popular" que en ese acto de masas consideraba con excesivo optimismo ya virtualmente alcanzado.

La nueva configuración del espacio político diseñado de esta manera es por cierto registrable en la escritura de Aníbal Pon-

ce, quien ya a principios de 1933 proclama la necesidad de una alianza que agrupe a "obreros y campesinos, estudiantes y empleados, indios y negros, escritores y artistas", pero todavía dentro del esquema de oposición a la presuntamente inminente guerra interimperialista.⁴² Pero esta concepción va a seguir desarrollándose al calor de dos experiencias ahora sí inscritas en la corriente del frente popular: las citadas jornadas obreras de París en 1934 y la insurrección asturiana del mismo año. Refiriéndose a las primeras, reafirmará la necesidad de esa unidad que concibe como la única posibilidad de detener la marcha del fascismo.⁴³ Igual convicción surge de la lectura de *Examen de la España actual*, el texto de 1936 donde se recogen los testimonios y opiniones de la experiencia asturiana, ya que si aquella línea halló un terreno apto en España, fue en los sucesos asturianos donde la unidad se soldó más firmemente con ocasión de la insurrección y la república asturianas prontamente aplastadas. Paulatinamente las proclamas de Ponce van aceptando pues la apertura de un espacio político-social donde resultan admisibles otros actores sociales que fracturan de hecho el mundo unidimensional del obrerismo anterior. Y si es cierto que en 1933 de dicho frente resultan explícitamente marginados los líderes obreros reformistas y las burguesías nacionales, es igualmente indudable que en 1935 dicho espacio se ha visto enriquecido por la admisión teórica del campesinado, las clases medias y nuevamente los intelectuales.⁴⁴

El señalamiento de este último sector resulta por cierto doblemente significativo, ya que por una parte define un ámbito autorreferencial y, por la otra, recorre un desplazamiento homogéneo con el verificado dentro de las corrientes comunistas en su relación con los intelectuales. El Partido Comunista Francés será un auténtico adelantado en esta política de búsqueda de alianzas entre la intelectualidad, como lo había puesto tempranamente de manifiesto la conocida visita de Thorez a Barbusse en 1932. Esta táctica de vinculación con los intelectuales se acentuaría con la lucha antifascista, y además iría produciendo una serie de agrupamientos imbuidos de una política semejante, tales como la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios, el Comité de Intelectuales Antifascistas y el

⁴² "Las masas de América...", *cit.*, p. 205, y "Ensayo general en As-

⁴³ "Condiciones para la universidad libre", discurso pronunciado el 15 de julio de 1935, en *OC*, t. IV, p. 541.

⁴⁴ "Las masas de América..." *cit.*, p. 205, y "Ensayo general en Asturias", *cit.*, p. 130.

Movimiento Amsterdam-Pleyel o las Maisons de Culture —cuyos análogos latinoamericanos no tardarían en surgir en esta parte del mundo—, hasta desembocar dentro del período que nos interesa en los dos primeros congresos de escritores para la defensa de la cultura celebrados en 1935 y 1937. Empero, este acercamiento no era promovido solamente desde el campo comunista, sino que entre los mismos intelectuales progresistas el ascenso del fascismo iba a impulsar la tendencia a tomar partido y a ponerse al servicio de la lucha antifascista. Muchos de ellos compartirían seguramente los sentimientos recientemente revelados por Daniel Bell en el sentido de que "la victoria de Hitler y la rápida derrota del poderoso movimiento socialdemócrata nos daban el sentimiento de que se trataba en efecto del conflicto final, y de que cada uno debía tomar su lugar". Es cierto que en esta misma época se sustancian los procesos de Moscú, con su cadena de crímenes implacable y cínicamente consumados por el stalinismo, pero sólo para un reducido sector de la izquierda internacional resultarán entonces visibles y creíbles esos fenómenos represivos, prontamente recubiertos nuevamente por el estallido de la guerra de España, que actuó como un revulsivo generalizado sobre la intelectualidad latinoamericana, como ha quedado registrado entre otras producciones en las poéticas de Vallejo y Neruda. En un registro por varios motivos más cercanos al de Ponce, el argentino Raúl González Tuñón relata en *La literatura resplandeciente* la profunda movilización política e ideológica que la guerra española producía sobre los intelectuales, y es sabido que dicho conflicto conmocionó también profundamente a sectores mucho más amplios de la sociedad argentina, tanto por su situación política interna cuanto por la gravitación de la colectividad española en dicho país. Y es indudable que Ponce participó entonces en una serie de actividades atravesadas por esa polarización ineludible, como la de haber presidido a partir de 1935 la Agrupación de Intelectuales, Periodistas y Escritores.

Todo este vuelco político-ideológico iba a producir efectos que no tienen por qué suponerse vicarios en los escritos de Ponce, pero lo cierto es que de allí en más puede asistirse a un conjunto de tensiones difícilmente subestimables cada vez que se trate de abordar el tema de la nación. Hasta entonces, por ejemplo, la valoración del liberalismo por parte de Ponce venía recorriendo un curso ambivalente. Así, al hablar del logro central del sarmientismo —la educación popular— podía tomar sus distancias al señalarla como una condición necesaria de la

propia explotación de los sectores populares,⁴⁵ y llegar incluso a cuestionar la leyenda liberal de "las tinieblas del Medioevo", lo que no le impide sin embargo acusar a un connotado ideólogo de la derecha católica de "colaborador y cómplice [...] del más grave atropello reaccionario que se haya realizado en los últimos años contra la organización democrática y el pasado liberal de la Argentina [...]".⁴⁶ Y si no puede resultar extraña la defensa de Ponce de un liberalismo al que había cuestionado en el período anterior, ello se debe a que junto con el espacio abierto por la temática de los frentes populares —más adecuado para eludir las manifestaciones antiliberales de quien como Ponce nunca parece haberse cómodamente instalado en ese tipo de consideraciones—, aquella mencionada antinomia democracia-fascismo también comenzaba a penetrar y redefinir el discurso y las prácticas políticas del marxista argentino. Que esta polarización iba a operar de allí en más de manera especial en la Argentina lo revelan no sólo los acontecimientos históricos posteriores que desembocarán en el golpe militar de junio de 1943, sino también algunos hechos culturales contemporáneos del mismo Ponce. Porque no sólo se trataba de la continuidad de la prédica derechista de Lugones, ni de la enumeración de Manuel Gálvez de aquellos valores que "este pueblo necesita" y donde se enlazaban un conjunto de temas antiliberales y autoritarios como jerarquía, orden y disciplina, sino que también es preciso computar aquí el apoyo brindado por la Iglesia católica argentina al gobierno conservador de la década del treinta, que tuvo su expresión cultural en la línea de una revista como *Criterio*, dirigida por monseñor Franceschi, el mismo que haría gala de un antiliberalismo y anticomunismo consecuentes que hallarían ocasión de manifestarse con motivo del Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Buenos Aires en 1934, así como posteriormente a raíz de la guerra civil española. Este sacerdote católico va a pronunciarse entonces por "la Reyecía de Jesucristo" en contra de "la sombría dictadura del Soviet", y será asimismo el encargado de entregar al clero franquista el producto de la colecta realizada en la Argentina como parte de la cruzada pro iglesias devastadas de España. Con todo, estas manifestaciones eran al mismo tiempo expresión y motor de la expansión de influencias católicas que penetraban otras esferas oficiales —especialmente las educativas,

⁴⁵ *Educación y lucha de clases, op. cit.*, pp. 412 y 419.

⁴⁶ "La enseñanza religiosa en las escuelas", *OC*, t. iv, p. 555. El subrayado es nuestro.

como lo revelaba la implantación de la enseñanza religiosa obligatoria en las escuelas bonaerenses— hegemónicas por la derecha católica y también por militares nacionalistas entre quienes llegarían a confundirse políticas de autonomía ante el alineamiento mundial con otras de franca simpatía hacia las corrientes fascistas. Esa misma lucha, nuevamente en el plano cultural, se pondría de relieve en el I Congreso Gremial de Escritores, de noviembre de 1936, del que Ponce fue designado vicepresidente como acto de desagravio ante las medidas adoptadas contra él por el gobierno argentino al cesantearlo en las cátedras que entonces dictaba. Tampoco podrá resultar extraño, entonces, que en la carta con que responde al poder ejecutivo por esta persecución ideológica de que ha sido objeto, Aníbal Ponce confiese que sus libros más amados son las obras sobre Sarmiento, y proclame sentirse "enraizado con orgullo en la tradición liberal de mi patria nativa".⁴⁷

Y sin embargo, a pesar de textos y actividades que lo ubican en la renacida trinchera del antimperialismo, las posiciones del período revelan la manifiesta resistencia a incluirse en una temática latinoamericanista. En un artículo de 1935, la ignorancia generalizada existente en su país sobre la república del Ecuador le demostraría "todo lo que hay de falso y grotesco en nuestro pretendido latinoamericanismo";⁴⁸ pero en donde este "punto ciego" del discurso ponceano se devela más notoriamente es en sus comentarios al artículo de Marx sobre Bolívar. No es éste el sitio para referirse al escrito preparado por Marx en 1858 para *The New American Cyclopaedia*, mas de todos modos resulta innegable su particular ceguera teórica para percibir una serie de fenómenos específicamente latinoamericanos que se sintetizan en la figura de Simón Bolívar.⁴⁹ Resulta por ello más significativo que Ponce adhiriera a los postulados centrales del texto marxiano, especialmente en la caracterización de Bolívar como un aristócrata autoritario. "Terrateniente, hacendado, propietario de minas y de esclavos, Bolívar no sólo interpretó los intereses de su clase, sino que los defendió contra la pequeña burguesía liberal y las todavía inconscientes masas populares."⁵⁰ No obstante, por dudosa que esta interpretación

⁴⁷ "El primer año de la AIAPE", agosto de 1936, *OC*, t. iv, p. 625, y "Carta abierta al ministro Jorge de la Torre", *cit.*, p. 631.

⁴⁸ "Jorge Icaza: 'Huasipungo'", 12 de junio de 1935, *OC*, t. iv, p. 254.

⁴⁹ Para un reciente análisis de esta cuestión, véase José Aricó, *Marx y América Latina*, México, Alianza, 1982, *passim*.

⁵⁰ "Simón Bolívar", por Carlos Marx", publicado en marzo de 1936, *OC*, t. iv, p. 563.

historiográfica resulte —aunque sin dudar del centralismo estatalista inscrito en *todo* el proceso de fabricación de naciones en Latinoamérica—, no debe ocultarse que la cita de Ponce alberga un privilegiamiento de la “democracia material”, encarnada así sea “inconscientemente” por los sectores populares. Y esto resulta particularmente importante dentro de un pensamiento no poco proclive a derivar en ciertas posturas jacobinas, a través de las cuales su discurso se había comunicado bastante fluidamente con las fuertes tendencias iluministas del liberalismo argentino.

Es esta revaloración del fenómeno popular, así sea todavía en términos abstractos, lo que irá generando a partir de entonces, desde dentro de su esquema categorial, algunas condiciones de posibilidad para el posterior viraje con respecto a la cuestión nacional. Un sector sensible para la verificación de estas modificaciones es el referido nuevamente a la temática del gaucho. En este sentido, la descripción de la montonera de Facundo Quiroga en un texto de 1932 certifica de qué modo predominaba aún la identificación de ese fenómeno precapitalista con la barbarie, según el modelo sarmientino del *Facundo*: “Con tercerolas algunos, los más con lanzas, hechas de cañas y de tijeras, harapientos y roñosos todos, una pluma de avestruz en el chambergo raído, casi hasta los hombros los enormes guardamontes de cuero crudo, avanzaban en desorden, entre carcajadas e insolencias, con el alarde que da el vino y la esperanza del robo.”⁵¹ Sin ningún tipo de contextualización histórico-social, el gaucho sigue siendo remitido así, en nombre del modelo europeo de civilización, hacia las oscuras márgenes de una segregación necesaria para la constitución de la nación moderna. Pero hacia 1934 esta visión comienza a alterarse. Ahora ya no se discute el desafuero cometido contra el gaucho, sino que —cambiando de registro— se polemiza acerca de la culpabilidad por lo que se considera efectivamente un acto injusto cuya responsabilidad debe recaer inexorablemente sobre la oligarquía nacional. Cuando los extranjeros llegaron, dice, “con sus alambrados y sus máquinas, ya hacía rato que el gaucho había sido condenado a vivir en la vagancia”, condena que apunta a “la cuestión agraria”, puesto que la carencia de tierras de esos sectores no es más que la contracara obvia de su acumulación en manos de los latifundistas.⁵²

⁵¹ Sarmiento, *constructor de la nueva Argentina*, op. cit., p. 362.

⁵² “José María Salaverría: ‘Vida de Martín Fierro’”, 26 de diciembre de 1934, *OC*, t. IV, p. 149. En otro artículo del mismo año, denuncia la

Este desarrollo teórico —con las contradicciones o ambigüedades señaladas— no alcanzará sin embargo a desplegarse efectivamente en el último período de permanencia de Ponce en su patria, de la que se alejará en un autoexilio sin retorno en enero de 1937. Simbólicamente y sin saberlo, cuando el joven Marx abandonaba con un gesto de auténtico hastío su Alemania natal (“aquí uno se corrompe”), había incorporado de hecho la figura romántica del exilio a una tradición que llevaría su nombre y de la que no podrían sustraerse los primeros marxistas latinoamericanos. En octubre de 1919, por ejemplo, el gobierno peruano imponía el alejamiento de su patria a José Carlos Mariátegui, mediante una táctica que en nuestro tiempo de barbaries sin límite se nos ocurre ingenuamente benévola: el exilio-beca, destinado sin duda a formar parte de algún futuro museo botánico de la expatriación. Más infortunado, unos seis años más tarde el cubano Julio Antonio Mella emprendía un exilio del que no regresaría, como tampoco retornaría Aníbal Norberto Ponce, empujado al destierro mediante el cierre de todas sus fuentes de trabajo docentes y periodísticas.

Exiliado en México, será allí donde eclosionará un discurso que podía haber apuntado a una ruptura significativa con sus viejos parámetros liberal-cientificistas. Así, Alberdi y Sarmiento —los dos paradigmas del modelo de nación liberal— son relativizados en su vigencia, y remitidos a un estadio de configuración capitalista que el país ya habría superado: “Intérpretes ambos de la burguesía argentina en su etapa liberal, fueron excelentes para nuestra lucha contra el feudalismo poderoso aún en la Argentina; pero resultan insuficientes en la actual etapa de la revolución agraria y antimperialista, y totalmente superados desde el punto de vista de la revolución socialista.” E incluso el propio Ingenieros —el viejo maestro de su juventud— es caracterizado como un precursor magnífico pero “cuya ideología no podemos mantener”.⁵³ Una alteración análoga se produce también en la consideración del gaucho, en un artículo donde Ponce deslinda su posición de la de quienes como Lugones y Güiraldes idealizaron su imagen mansa para anteponerla a la protesta obrera de principios de siglo. Por el contrario, “símbolo del gaucho perseguido por la civilización que lo desplaza, *Juan Moreira* encarnaba las protestas todavía

superexplotación de los peones rurales (véase “Demetrio Buirra: ‘Dolor gaucho’”, *OC*, t. IV, pp. 488-489).

⁵³ Reportaje de Heliodoro Valle a Aníbal Ponce, en el periódico *El Nacional* de México, 1 de mayo de 1937.

inconscientes de las masas populares contra el capitalismo imperialista que las trituraba”, según dice en un artículo de mayo de 1937 refiriéndose a uno de los arquetipos de la literatura gauchesca.⁵⁴

Por fin, toda esta revisión de objetos y temas nacionales desemboca en una serie de notas, publicadas a fines de 1937 y principios del año siguiente, directamente destinadas a analizar la llamada “cuestión nacional” como un problema sustantivo. El razonamiento transita por canales entonces habituales dentro de la izquierda latinoamericana, según los cuales las tareas nacionales, al desplazarse de los países centrales a los dependientes, pasan a ser asumidas por el proletariado y a entrelazarse inextricablemente con la lucha antimperialista. Sin ir más lejos, recuérdese que en el I y II congresos internacionales de escritores antifascistas figura como punto expreso y relevante del temario el referido a “Nación y cultura”, relevamiento que respondía a una renacionalización del pensamiento de izquierda dentro del movimiento antifascista y de los frentes populares. Lo más importante, empero, reside en que mediante la introducción de esta postura Ponce parece desanudar por un momento la antinomia civilización/barbarie, antítesis en torno de la cual se había organizado una buena parte de su visión historiográfica anterior. Esto es más que evidente cuando llama la atención sobre la existencia de una cuestión nacional “incivilizada”, a la que —dice— habría que rescatar de su olvido eurocéntrico. Surge entonces una pregunta inquietante que es uno de los síntomas más nítidos de la emergencia de puntos de ruptura dentro del discurso ponceano: “¿Qué burguesía liberal con suficiente estima de sí misma se hubiera dignado levantar la voz por los indígenas ‘bárbaros’ o los negros ‘bestiales’?”⁵⁵ Estamos lejos —qué duda cabe— de aquella mirada sóciodarwiniana que abominaba de “la leyenda del gaucho”, y es legítimo suponer que un conjunto de categorías rectoras del pensamiento de Ponce se hallaban entonces, *de hecho*, inmersas en un proceso desestabilizador sobre el cual puede suponerse que operaba también el impacto de la permanencia en el México cardenista, pero cuyos alcances ya nos resultará imposible medir. Porque el 18 de mayo de 1938, víctima de un accidente, moría Aníbal Ponce en ese mismo México que lo había acogido durante su breve exilio.

⁵⁴ “Pepe Podestá”, en *OC*, t. iv, p. 647.

⁵⁵ “La cuestión indígena y la cuestión nacional”, *OC*, t. iv, p. 661.

En el instante pues en que la muerte interrumpe su escritura escrupulosa y meditada, la expresa voluntad de Ponce por abordar de una buena vez la cuestión nacional se detenía en los prolegómenos de lo que podría haber desembocado en la revisión de ciertas matrices teóricas desde las que acuñaba su marxismo. Pero más productivo debe resultarnos observar que si las reelaboraciones de Ponce tienen un marcado aire de exterioridad e incluso de sobreimposición de categorías no excesivamente adecuadas al objeto nacional que se pretende capturar, ello debe atribuirse a una pesada carga de obstáculos mucho más que epistemológicos. Porque si bien era muy endeble la tradición teórica clásica en la que los marxistas latinoamericanos podían reposar para el tratamiento del tema nacional, la presencia de Mariátegui desquicia de hecho una interpretación puramente teoricista de la cuestión y la remite al terreno de las premisas preteóricas que de algún modo debieron de haber operado para acotar las posibilidades o imposibilidades de visualización del objeto nacional. Semejante tratamiento implica atender a la particular inserción de las naciones argentina y peruana en el esquema capitalista mundial a fines del siglo pasado, así como a la especificidad de la configuración del movimiento social en ambos países sudamericanos y, especialmente, a la peculiaridad de la constitución de la nación en ambos casos. En este último sentido, es notable que la posibilidad de tematizar el objeto nacional desde un discurso como el de Mariátegui voluntariamente tendido al marxismo pudo producirse allí donde aparecía más notoria la fragmentación de la nacionalidad real, como tempranamente lo advertiría González Prada ante el fenómeno centrífugo arrastrado por la derrota en la guerra del Pacífico y la presencia de un mundo indígena desintegrado de la nacionalidad. Parece ser por el contrario que en la Argentina el éxito del “modelo 1880” bloqueó durante mucho tiempo la emergencia *objetiva* de un campo de visibilidad apto para el planteamiento de un paradigma nacional alternativo, permitiendo solamente recomposiciones parciales. Pero si esta contrastación Mariátegui-Ponce no puede ser absolutamente isomórfica,⁵⁶ ello se debe a que durante los ocho

⁵⁶ Aunque la presencia ausente de Mariátegui no dejará de frecuentar la vida de Ponce incluso en su exilio mexicano. En la misma página de *El Nacional* en que aparece un retrato-caricatura de Ponce bajo el título “Huésped de México” y el epígrafe de “Aníbal Ponce, profesor universitario argentino y uno de los escritores más destacados de aquella hermana República”, figura igualmente un extenso artículo de Luciano Casti-

años en que al argentino sobrevivió al fundador de *Amauta*, tanto la crisis capitalista mundial como la apertura de la línea de los frentes populares dentro de la Comintern parecían ofrecer un suelo teórico-material más propicio para la reflexión sobre el problema de la nación. No tiene de todos modos que sobrestimarse este último aspecto, ya que el cambio de línea fue muchas veces presentado como una simple variante táctica, y procesado inicialmente de manera confusa: piénsese no más que en el propio VII Congreso el informe del relator —el alemán Pieck— sigue hablando de “la putrefacción del capitalismo”, catastrofismo ciertamente atenuado por los informes de Dimitrov y Togliatti, indudablemente más representativos de los alcances del cambio de orientación de la Internacional Comunista. También es cierto por lo demás, y en una muestra puramente ejemplificativa entre otras, que si en 1936 el periódico comunista cubano *Bandera Roja* había alertado contra el desviacionismo consistente en “subestimar la importancia de una alianza entre la clase obrera y la burguesía revolucionaria contra el imperialismo”, ello revela que la programática antifascista y antimperialista de la Comintern había inaugurado marcos más adecuados para una reflexión sobre el objeto nacional que la posibilitada por el esquematismo del “tercer período”. Mas, sea como fuere, sólo en la breve etapa mexicana comienzan a ordenarse algunos nuevos datos en “la ideología argentina” de Aníbal Ponce. Datos confesados en lo que Marx llamaba “el lenguaje brutal de las cartas” o en las confidencias a los amigos, pero que nunca llegarían a producir una recomposición del sistema de ideas básico del marxismo de Ponce, de ese marxismo —reiteramos— dotado de una información excepcional para el caso latinoamericano. Mariátegui decía que por los caminos de Europa había descubierto el país sudamericano en el que hasta entonces había vivido como extraño y ausente. Quiso la ironía brutal de la expatriación que Aníbal Ponce entreviera los rostros hasta entonces ciegos de la nacionalidad y aún del indigenismo desde una América tan diversa de aquel Buenos Aires que identificara más de una vez con la civilización, el europeísmo y la revolución.

Por todo ello, los escritos que siguen no podrían ser un homenaje hacia esos textos que nos miran desde una tradición con la que nos resulta tan imposible la solidaridad como la sataniza-

llo con motivo de un nuevo aniversario de la muerte del autor de los 7 *Ensayos* y titulado “Mariátegui, intérprete de la conciencia revolucionaria latinoamericana” (véase *El Nacional*, México, 16 de abril de 1937, p. 1).

ción. Es preferible tal vez permanecer en aquel triple entrecruzamiento de caminos que define el carácter de lo trivial —como recordaba ese Roland Barthes a quien también hemos plagiado la dedicatoria inicial—, puesto que “trivial” es el adjetivo etimológico de la prostituta que aguarda en el entrecruzamiento de *tres vías*, que —según la ya evocada caracterización de Reissig— se halla definido por el influjo de esas tres ciudades que tanto tuvieron que ver en la conformación de la ideología de Aníbal Ponce: Buenos Aires, París, Moscú. Es preferible entonces permanecer en ese triple cruce para recoger allí toda la ambigüedad de lo real en un texto del propio Ponce donde precisamente relata cómo, desde un pueblo de provincias, entresus creencias infantiles habitaba la de poder divisar su amada ciudad de Buenos Aires atisbando hacia el norte en las noches serenas: “Como un ladrón —escribe—, trepé la escalera del molino, y una vez allá en lo alto, asido a los fierros, estuve largo rato con los ojos alucinados buscando en el horizonte el resplandor de mis propios sueños.” Ese resplandor irreal es lo que quisiéramos rescatar como metáfora final de aquella voluntad de marxismo de Aníbal Ponce que en más de un aspecto evoca todavía nuestros propios sueños alucinados.

México, otoño de 1982

ADVERTENCIA

La siguiente selección pretende recortar la visión del problema nacional por parte de Aníbal Ponce, y de qué manera ésta se va constituyendo sobre el fondo general de su acercamiento y posterior adscripción al marxismo. Para una mejor percepción del arco conceptual que los anima, dichos escritos han sido ordenados cronológicamente, con notas que indican en cada caso la fecha y el lugar de su publicación. Estos textos han sido tomados de la citada edición de las obras completas de Aníbal Ponce publicadas por la Editorial Cartago de Buenos Aires.

EL AÑO MIL NOVECIENTOS DIECIOCHO Y AMÉRICA LATINA *

Para los jóvenes que entrábamos a la vida entre el horror de la tragedia europea, la guerra fue, como quería Guesde, la gran "liberatrix", en su sentido más amplio. Todo lo que de nosotros quedaba atrás de ella eran adquisiciones pasivas de la infancia; hábitos dóciles de la educación; todo lo que habría de seguirle eran conquistas dolorosas de la adolescencia, asombro y entusiasmo de los tiempos nuevos.

Gracias a ella tuvimos, desde muy temprano, la desconfianza del pasado. Se nos había enseñado, entre muchas otras cosas de las cuales en breve renegaríamos, el desprecio de la política y la indiferencia por las cosas públicas. Y he ahí que entonces, a pesar de la neutralidad aparente de la República, la guerra vivía entre nosotros, en las calles, en las escuelas, en los hogares. Rompía amistades, desataba vínculos, enardecía pasiones. ¡Cómo permanecer extraños a aquel turbión que nos arrastraba y exigía una actitud! La tradición liberal de nuestra patria, el viejo amor casi filial hacia Francia, el aparente idealismo del presidente Wilson, decidieron, muy pronto, nuestra adhesión y nuestra simpatía. Creíamos ver en los aliados los defensores de principios que suponíamos mejores; los cruzados de las mismas ideas que habían presidido el advenimiento de nuestra revolución.

Con el oído tenso a los rumores lejanos pasábamos así los días y los días, junto a la urgencia inmediata de los libros de estudio, la preocupación indecible de lo que ocurría por el mundo. Voces extrañas nos llegaron muy pronto: Rolland, Barbusse, Russell... Con la palabra empañada de la emoción, los "precursores" nos revelaban todo el horror de la mentira inicua: nada de guerra por el derecho, nada de guerra por la justicia. Mercaderes de un lado, mercaderes del otro; hierro y carbón, hulla y petróleo... Nadie podrá contar jamás la indignación y el asco de nuestros corazones: una cólera sorda nos estremecía, y sólo la evidencia de una gran catástrofe aquietaba, un tanto, la sed ardorosa del castigo.

Habíamos aprendido a deletrear declamándonos los unos a

* Este escrito del año 1927 constituyó el Prólogo al libro *La Reforma Universitaria*, de Julio V. González.

los otros, desde los bancos del colegio, los primeros sermones laicos de Ingenieros, y el fervor idealista en que nos inflamara encontraba, por fin, la realidad propicia. Teníamos la seguridad absoluta de asistir al derrumbe de un viejo edificio carcomido y fuerza era, por lo tanto, empuñar el pico para preparar, sobre la limpieza de las explanadas, las construcciones futuras.

El colegio había quedado a nuestra espalda; vivíamos, ahora, en la Facultad. Para nuestros ojos, ya avisados, la casa universitaria debía parecer hostil y oscura. Extraña a la vida que en torno suyo rumoreaba; dócil instrumento de una clase que por ella pasaba para llegar al poder más fácilmente; tribuna poco sonora de profesores envejecidos, incapaces de auscultar las voces del tiempo, la Universidad se alzaba desafiante como un baluarte de ese mismo pasado contra el cual nos rebelábamos en la angustia de la guerra. De Rusia llegaba, mientras tanto, un sordo rumor confuso; enorme y vago como el pensamiento de las muchedumbres. La negra humareda anunciaría, en breve, la magnitud del incendio, y todos los hombres libres saludaron en ella a esa misma hoguera que, trece años atrás, había puesto una chispa de luz en los ojos moribundos de Reclus.

Las llamas que enrojecían a Oriente incendiarían, con nosotros, la vieja Universidad. Mil novecientos dieciocho es, para América Latina, el aniversario de dos revoluciones.

Lo que ocurrió después en la Universidad es casi historia de hoy. A las sesiones tumultuosas de los primeros días sucedieron, en breve, los triunfos parciales, las victorias, en apariencia decisivas: los seminarios, la extensión universitaria, la representación estudiantil. Con sospechosa unanimidad, decanos, consejeros y profesores se dijeron, muy pronto, "reformistas". En los discursos académicos, en las discusiones del Consejo, en las asambleas de estudiantes, no se oían más que profesiones de fe en la Reforma.

Cinco años después, en 1923, la Reforma estaba casi moribunda entre las manos de la reacción conservadora. Para los que seguían, con ojo atento, la marcha dramática de la Reforma, la restauración no fue ni siquiera una sorpresa. Un vicio originario había venido con aquélla, y ese vicio malograba sus frutos más hermosos. Porque si estaba de modo tan comprometida era porque había empezado siendo un movimiento a ciegas, un gesto de rebeldía casi inconsciente, un cambio de postura casi reflejo. Para destruir puede bastar el impulso; para edificar es necesario el método. Las revoluciones no se imponen en la imprecisión o en la incertidumbre, aunque pue-

dan comenzar en el desasosiego o en la inquietud. Pero para triunfar y convertirse en hechos, es necesario que cristalicen en las formas definidas de la idea directriz.

Las masas estudiantiles que tomaron por asalto la vieja universidad no carecían, sin duda, de banderas; pero las enseñanzas del "novecentismo", la "nueva sensibilidad", la "ruptura de las generaciones", no eran más que vaguedades que lo mismo podían servir —como quedó demostrado— a un liberalismo discreto que a una derecha complaciente. El estudiante argentino que acometió la Reforma sabíase arrastrado por el presentimiento de las grandes obras, mas no acertó a definir la calidad de la fuerza que lo impulsaba. Gustábase sin duda, fraternizar con el obrero, participar en el mitin de la huelga, colaborar desde las hojas de vanguardia. No se sentía, sin embargo, proletario; restos de la vieja educación teníanlo apresado todavía, y aunque a veces se le escuchaba el lenguaje de la izquierda, reconocíase muy bien que era aprendiz.

El obrero, por eso, lo miró con simpatía, pero sin fe; la burguesía con desconfianza, pero sin temor. Con una clara conciencia de sus intereses, la masa conservadora de la universidad lo sedujo con su política, lo conquistó con sus prebendas, lo corrompió con sus vicios. Clamorosos paladines de la Reforma fueron, así, llamándose a silencio; pasáronse otros a las filas enemigas con increíble impudicia, y la sana minoría de estudiantes que había puesto en la Reforma toda la ilusión de los veinte años, la vio de esa manera convertida en un fácil trampolín de oportunistas y adulones.

La dura lección había de serle provechosa. La guerra europea, que aceleró la decadencia de la sociedad capitalista, ha planteado los problemas actuales en términos extremos: o burgués o proletario. La nueva generación, que se formó en la calle tanto como en la escuela, y que sabe, por lo mismo, adaptarse mejor al ritmo de la vida, sólo conseguirá el triunfo de la Reforma en la inequívoca definición de sus propósitos.

La Reforma dentro de la universidad no puede ser más que un aspecto de esa otra transformación que está echando abajo las columnas de la sociedad en que vivimos. Toda otra interpretación le haría malograr, una vez más, el generoso impulso que la alienta.

Los hombres jóvenes que consagraron a la Reforma sus entusiasmos mejores, conocen ya cuáles son sus enemigos y cuáles sus aliados, y saben también que las menudas conquistas del reglamento o del estatuto no son más que instrumentos subal-

ternos ante la soberana belleza del propósito: preparar, desde la cátedra, el advenimiento triunfante de la democracia proletaria.

HIPÓLITO TAINÉ EN EL PRIMER CENTENARIO DE SU NACIMIENTO *

En esta moda muy reciente de los centenarios, el de Taine ha quedado en el olvido. Hace poco tiempo, con motivo del centésimo aniversario del nacimiento de Berthelot, el mundo entero se detuvo un instante para recordar a uno de los más puros espíritus del siglo XIX. ¿A qué se debe la actual indiferencia con respecto a ese otro hermano de Renan, tan estrechamente vinculado en la intimidad del pensamiento y de la influencia que no es posible referirse a uno sin aludir también al otro? Yo no sabría dar una explicación satisfactoria. Ni en las revistas francesas ni en las sudamericanas he encontrado la más mínima alusión a su memoria, y ha llegado así el 21 de abril de 1928, entre el silencio de todos.

Taine ha sido para mí —como para muchos de los hombres jóvenes que nos acercamos ya a los treinta años— una de las admiraciones más fervorosas de la adolescencia. El retrato famoso de Bonnat no ha faltado nunca en mi pieza de estudiante, y debo a *La inteligencia* y a *Los filósofos clásicos* las primeras voluptuosidades del razonamiento. Aun ahora podría repetir de memoria páginas enteras, y cuantas veces me toca hablar en mis clases de la Imaginación tengo siempre delante de mis ojos aquel capítulo famoso del libro segundo de *La inteligencia* que se inicia con la descripción extraordinaria de un crepúsculo: "Estaba ayer a las cinco de la tarde, junto al muelle que costea el Arsenal, mientras contemplaba del otro lado del Sena, el cielo enrojecido por el sol poniente."

¿Cómo no habría de recordar, entonces, desde mi cátedra de psicología del Instituto Nacional del Profesorado, a una figura que tuvo sobre mi generación y sobre varias anteriores a la mía, una especie de reinado intelectual? Historiador y crítico, ensayista y filósofo, Taine fue siempre un psicólogo por encima de todo. Él mismo se complacía en reconocerlo muchas veces, y dos años antes de morir, en una carta a Víctor Giraud, declaraba que desde hacía cuarenta años todos sus libros no eran nada más que psicología pura o aplicada...

* En la *Revista de Filosofía*, mayo de 1928.

Como todos los pensadores de verdad, Taine tuvo ideas directrices desde muy temprano. No había salido de la Escuela Normal y ya estaba definido casi todo su sistema. Si fuera posible simbolizar en tres nombres las influencias dominantes en su mentalidad, esos nombres no podrían ser otros que los de Espinoza, Condillac y Hegel. Los tres convenían admirablemente al espíritu científico que de todos lados empezaba a infiltrarse en el ambiente cerrado de la Monarquía de Julio.

En 1842, Emilio Saisset había traducido a Espinoza, y el panteísmo determinista de la *Ética* sedujo poderosamente a esos "anatomistas y fisiólogos" que Sainte-Beuve encontraría muy pronto en todas partes. Con el auxilio de Hegel, que él introdujo en Francia, Cousin creyó destruido para siempre el sistema comprometedor de Condillac. Pero lejos de morir, Condillac revivía, y Hegel no estaba muy lejos de prestarle un fuerte apoyo con esa magnífica concepción del "devenir" que inculcaba el respeto de los hechos y el amor entusiasta de la ciencia.

Con semejantes influencias es evidente que Taine muy poco tenía de común con ese positivista ingenuo y fanático que dan a entender algunos manuales de la historia de la filosofía. A Comte no lo leyó sino en la madurez y bajo las incitaciones amistosas de Stuart Mill.

Como a Renan, lo separaba de Comte todo lo que había en su prosa de obscuridad y de mal gusto; pero cuando pudo vencer esa primera repugnancia de artista, el pensamiento de Comte fortificó, sin duda, su ya vigoroso sistema juvenil.

Cuando un sistema de esa clase se aplica al hombre, obliga a considerar los sentimientos y los actos, las ideas y las creencias, como productos naturales y necesarios, tan encadenados entre sí como las transformaciones de una planta o las reacciones en un tubo de ensayo. De este modo, la filosofía lo llevaba a Taine hacia la psicología, y ante sus ojos la historia apareció como un vasto campo de experiencias psicológicas.

La crítica, la historia literaria y la historia del arte adquirieron así un aspecto original: en vez de detenerse en la retórica o la técnica, cada cual habría de contribuir en su medida a una gran encuesta sobre el hombre, a una verdadera historia natural de los espíritus. Frente a Tito Livio, como frente a Shakespeare o Balzac, el crítico debía buscar ante todo la "cualidad dominante" cuya acción uniforme se comunica a los diferentes rodajes del mecanismo mental e imprime a todos una serie necesaria de movimientos previstos. Desde su primer ensa-

yo sobre La Fontaine hasta sus *Nuevos ensayos de crítica y de historia*, fueron apareciendo así esos artículos magistrales de crítica literaria que le colocaron de inmediato al lado de Sainte-Beuve.

Pero Taine era demasiado ambicioso para contentarse con el ensayo. Necesitaba un amplio material sobre el cual trabajar en grande y corroborar sus doctrinas de una manera ruidosa. La *Historia de la literatura inglesa*, por un lado, la *Filosofía del arte*, por el otro, ilustraron muy pronto su sistema. Con la primera, Taine demostró esta hipótesis que habría de ser fecunda: la posibilidad de analizar la literatura de un pueblo como un indicio seguro de su psicología; con la segunda, el fenómeno estético dejaba de ser la creación milagrosa de que hablaba el romanticismo para convertirse en un simple fenómeno natural sometido a leyes. Con ambas obras, Taine agregaba a la teoría de la "cualidad dominante", la influencia vigorosa del medio y de la raza. Un poema, un cuadro, una estatua, estaban ya clasificadas cuando el historiador o el crítico conseguían colocar a ese poema, a ese cuadro, a esa estatua, dentro de cierta raza, de cierto medio y de cierto momento. Para alcanzar esas causas y seguirlas en la serie de sus desenvolvimientos, Taine inauguró un método que le es, en cierto modo, personal: el de las monografías. La monografía —decía— es el mejor instrumento del historiador; la hunde en el pasado como una sonda y la retira cargada de muestras auténticas. Se conoce una época después de veinte o treinta sondeos de esa clase.

Sus ensayos, su *Historia de la literatura inglesa*, sus cursos en la Escuela de Bellas Artes, le habían conquistado la atención del gran público. Pero Taine no se hallaba satisfecho. Aunque parezca paradójico, la crítica literaria o la historia no le interesaban por sí mismas sino en cuanto podían servir a la investigación psicológica.

A la elaboración de una psicología era pues adonde convergían todos sus esfuerzos. Desde muy muchacho venía pues pensando en ella, y una tesis juvenil que le fuera rechazada por demasiado hereje, era un estudio sobre las sensaciones. En 1870 entrega al público *De la inteligencia* y en la dedicatoria hacía constar que era aquella la obra en la cual más había meditado. Toda la construcción anterior de Taine tiene allí la clave de la bóveda. Era, en efecto, la coronación de un largo esfuerzo, y si Taine hubiera dejado de escribir al poner el punto final de su *Inteligencia* nada se habría perdido para la historia de su pensamiento. Con una fuerte influencia de Con-

dillac en su teoría de los signos, Taine traía esta concepción que le era propia: la necesidad de buscar en las enfermedades mentales el secreto del funcionamiento normal de nuestro espíritu. El método llamado psicopatológico es la gran contribución de Taine a la psicología científica.

A los dos meses de aparecer *De la inteligencia* la guerra franco-prusiana se iniciaba. Para Taine fue aquello un verdadero cataclismo. La realidad social que nunca le había preocupado, le aparecía de pronto y brutalmente. Porque este discípulo de Espinoza se había atrevido a hacer suya la divisa del maestro: "Vivir para pensar." Enamorado del razonamiento, ignoraba o despreciaba la inquietud política. Tenía veinte años cuando estalló la revolución de 1848, y en vez de mezclarse a los gritos de la plaza pública, prefirió encerrarse y trabajar en la torre inexpugnable de la Escuela Normal.

Ése fue, para mí, el gran pecado de su vida. Si a los veinte años no comprendió el alcance verdadero de la revolución de 1848, ¿qué de extraño tiene que tres años después se complacara con su silencio en el golpe de Estado del 1 de diciembre, y que escribiera entonces a su amigo Prevost-Paradol estas líneas que no he podido leer nunca sin sufrir como una humillación: "Callémonos, obedezcamos, vivamos en la ciencia"? ¿Y cómo habría mucho menos de entender, llegado a la madurez, el grito ronco de la Comuna? Todo lo que en él había de pequeño-burgués, se exacerbó ante aquella vida tumultuosa de la democracia, y uno tras otro fueron apareciendo así los volúmenes nutridos de *Los orígenes de la Francia contemporánea*. Engañándose a sí mismo, confesaba que el motivo de esa obra no era otro que el de formarse una opinión científica sobre la política de su tiempo. Pero esa "opinión" estaba ya en él mucho tiempo antes de escribir los *Orígenes*.

Lo que Taine defendía era el concepto romano de la propiedad, ese concepto que había adquirido en la educación de su familia, en las tradiciones mezquinas de su pequeño pueblecito de Vouziers. La revolución francesa se le presentaba así como un gran atentado a la propiedad de los franceses; el imperio napoleónico como un gran atentado a la propiedad de otros países.

Con la habilísima política de siempre, los elementos conservadores empezaron a batir palmas en su honor, y aunque él no disminuyó en nada el valor de su concepción determinista, es evidente que el problema moral lo perturbaba. Se hallaba trabajando en los últimos volúmenes de los *Orígenes*, cuando la

muerte lo llevó (5 de marzo de 1893). Pidió que se le hicieran modestos funerales protestantes y que no hubieran discursos sobre su tumba.

Sería redundante hablar de la influencia de Taine en el pensamiento europeo. En cierto momento, Taine llegó a ser lo más grande a que puede aspirar un escritor: la conciencia intelectual de su época.

Entre nosotros su huella fue profunda: desde Sarmiento hasta Ingenieros. Sarmiento y Alberdi conocieron, sobre todo, los *Orígenes*, y no sería exagerado decir que el *Facundo* escrito en 1849 venía a ser una aplicación anticipada de las teorías de Taine sobre el medio y el momento. Groussac ha confesado muchas veces que Taine fue su gran tutor intelectual hasta el momento definitivo de la mayoría de edad. José María Ramos Mejía lo cita a cada página, y desde las *Neurosis* hasta *Rosas y su tiempo*, es evidente que lo tiene por modelo. Juan Agustín García escribe *La ciudad indiana* con el pensamiento fijo en Fustel de Coulanges. ¿Y quién no sabe que Fustel de Coulanges, que fue compañero de Taine en la Escuela Normal, recogió en su *Tito Livio* las mejores ideas de su concepción sobre la historia romana? Y finalmente, esa obra maestra de humorismo y de crítica que se llama *Emilio Boutroux y la filosofía universitaria en Francia*, de José Ingenieros, ¿no recuerda de lejos las aguafuertes imborrables de *Los filósofos clásicos*?

Hemos dicho ya a la pasada, lo que debemos en esencial a Taine. Maestro de la historia y de la crítica, prosista admirable y pintor de una riqueza deslumbrante, ha sido además el creador de la psicopatología y un verdadero iniciador en estética y en psicología de los pueblos. Tiene con ello de sobra para merecer nuestra gratitud. Pero esas influencias sólo los especialistas las conocen. Al público culto de las generaciones que nos sucedan ¿qué podrá interesarle en la obra de Taine? Es siempre un poco ingenuo formular profecías, pero yo creo que ocurrirá con Taine algo parecido a lo que ya ocurre con Voltaire.

Entre el montón de las producciones ya envejecidas del patriarca de Ferney, *Cándido* conserva una juventud eterna. Sátira deliciosa del optimismo de Leibniz, aquellas pocas páginas tienen un significado profundamente humano. Sátira no menos deliciosa del eclecticismo, *Los filósofos clásicos* de Taine quedará como una obra maestra de honestidad intelectual, porque después de tal libro a nadie engañará ya el filosofismo hipócrita. Cambiando los nombres de sus retratados, ese libro se seguirá burlando de todas las filosofías a la moda, y quien quie-

ra conocer, por ejemplo, el secreto de la boga de Bergson, de Gentile o de Keyserling, que abra el capítulo XII que se llama "Por qué triunfa el eclecticismo"...

Cuando Taine terminó por vez primera la lectura de Hegel, tuvo la impresión de un deslumbramiento. Hegel, decía, es como una inmensa montaña. Cuando se llega hasta la cumbre, se tiene la impresión de dominar un panorama infinito, y estaríamos a punto de creer que hemos resuelto el enigma del mundo si no tuviéramos allí "sobre nuestra mesa de trabajo, un busto de Voltaire sobre un volumen de Condillac". En las charlas casi diarias con los estudiantes, el nombre de *Los filósofos clásicos* aparece muchas veces, y para ponerlos a cubierto de tanto engaño, les aconsejo siempre que tengan sobre sus escritorios el busto de Voltaire sobre ese libro de Taine.

EXAMEN DE CONCIENCIA *

Los aniversarios de la Revolución de Mayo invitan a meditar sobre los problemas de la nacionalidad en cuanto son solidarios con los destinos de la familia humana. Como harto bien sabemos la seriedad del momento en que vivimos, repugnaría a lo que hay en nosotros de más puro si nos diéramos a repetir ahora las habituales vaguedades de otros tiempos. La fecha que recordamos merece, sin duda, mucho más, y porque tenemos con el orgullo de nuestra Revolución la clara conciencia de hacerla efectiva, preferimos rendirle hoy, replegándonos sobre nosotros, el severo homenaje de un examen de conciencia.

Cada generación debería repetirlos muchas veces, compararse a sí misma en diferentes épocas, pues al fijar de esa manera el camino recorrido, registraría, dentro de la escala que va de la probabilidad a la certeza, el valor actual de las doctrinas con las cuales hizo la norma de su vida. Bástele para ello, el limpio cristal de la inteligencia ordenadora, la sinceridad en la expresión y en el análisis, la lealtad del investigador que no influye sobre sus propias opiniones. Deje a un lado, toda preocupación de originalidad o de belleza. Por buscar la una o la otra, nacen las teorías que seducen pero que no persuaden, y "hablar sin exactitud —ha dicho Sócrates en el *Fedón*— no es cometer tan sólo un error en el lenguaje, sino hacer, además, un grave daño a las almas".

I. LA HISTORIA PRECOLOMBINA

Sin minas y sin indios, las colonias del Río de la Plata fueron, por fortuna, las menos españolas de las colonias de América. Ese rasgo inicial les dio desde temprano una fisonomía propia que se fue acentuando con los años. La llanura inmensa que era todo su tesoro, no parecía propicia a la fortuna fácil, y mal podía tentar al indio bárbaro y al español aventurero.

* Esta conferencia fue pronunciada en la Universidad de La Plata el 19 de mayo de 1928 con motivo de un aniversario de la revolución independentista de 1810.

La humildad de los orígenes y el sentimiento del propio valer que se adquiere en el trabajo, evitó a esas colonias una ilusión peligrosa. Los pueblos que a duras penas luchaban por la vida en la cuenca del Plata, *no se creyeron nunca los herederos del Inca o del Azteca*. Los indios fueron, para ellos, extraños en absoluto a la nacionalidad en formación, y si algo representaban con sus costumbres salvajes, era el pasado precolombino, nebuloso y remoto, ajeno por completo al nuevo ritmo de la historia. Por razones políticas de pura circunstancia, las jóvenes burguesías rioplatenses fingieron alguna vez —frente al enemigo español que les era común— la solidaridad de sus aspiraciones con los intereses reales del indio aborigen. Pero el significado verdadero de tamaña asimilación no ha podido engañar sino a los ingenuos. Se trataba entonces de atraer para los ejércitos de la Revolución el concurso ciego de sus brazos armados¹ o de evitar por algún tiempo la irrupción de sus malones. Y esa actitud de “simpatía” hacia los indios —mientras se aguardaba el momento de “conquistar el desierto” y arrojarlos de sus tierras— se imponía con tanta más urgencia cuanto que la Iglesia, peligrosa enemiga, no cesaba en el propósito de fanatizarlos para sí.

El movimiento indianista, que señala en el aborigen la entraña auténtica de América, no tiene entre nosotros ninguna justificación en el pasado, y las tentativas de resurrección de su arte o de su música obedecen a los mismos caprichos pasajeros que pusieron de moda la música negra o la escultura egipcia.

II. LA DIVERGENCIA CON ESPAÑA

La obra de España en América ha sido juzgada con rara unanimidad por los historiadores argentinos. Con ingenuo rencor unos, con tolerante simpatía otros, llegaron todos a parecida conclusión: que siendo España, en tiempos de la Conquista, la más atrasada de las naciones de Europa, sus colonias no pudieron ser sino lo que fueron, imágenes mezquinas de la propia

¹ Puede servir de ejemplo el “parlamento” que don Alejo Nazarre celebró en 1812 con los indios pampas. Después de entregarles los presentes con que el gobierno de Mendoza les obsequiaba, díjoles, entre otras cosas: “Nosotros y vosotros, que hemos nacido en este suelo... seamos los gobernadores... restablezcamos la piedad y la justicia que distinguía el trono de nuestros Incas... y un odio eterno sea el glorioso blasón que nos separe para siempre de esos tiranos [los españoles] que con el oro y la plata nos han bebido nuestra sangre.” *Gazeta Ministerial*, junio 19 de 1812.

metrópoli. Cierta literatura apologética llegada después, intentó desfigurar los hechos, como si la comprobación de esa verdad —no negada por altos historiadores peninsulares— pudiera disminuir el respeto hacia los españoles que colaboran hoy en nuestro propio trabajo.²

Los vicios del mundo feudal atravesaron el mar sin las virtudes que en su hora lo justificaron, y si con el primer soldado que inició la Conquista nos vinieron el individualismo anárquico y el desprecio del trabajo, con el primer fraile que llegó a América en el segundo viaje de Colón nos vinieron también el dogmatismo teológico y la superstición medieval. A espaldas del Renacimiento, la Colonia y la Metrópoli siguieron idéntico camino, y fue entonces, y *únicamente entonces*, cuando tuvo un contenido real la humillante expresión de “América española”.

El siglo XVIII inició la divergencia profunda. La intensa renovación que agitaba a Europa entró en España durante el reinado “francés” de Carlos III y consiguió repercutir en las colonias dentro de los límites escasos de su cultura incipiente. Pero el llamado ardiente de la Enciclopedia encontró en España y en nosotros, acogidas bien distintas.

Como si la nueva concepción del mundo y de la vida hubiera enardecido en España la recia estructura de su mentalidad feudal, una reacción implacable sucedió al liberalismo momentáneo. Por accidentes políticos y económicos de todos conocidos, América entró en cambio por el camino de la Revolución, y en el espíritu de sus exiguas minorías directoras se reflejó límpidamente el pensamiento de la nueva era.³

No se trataba, pues, de una guerra civil con aspiraciones al separatismo; era la oposición clara y terminante de dos culturas, de dos mentalidades, de dos filosofías. No era un triunfo militar sobre España lo que la Revolución perseguía, y después que los ejércitos fueron vencidos, aún se continuaba luchando contra sus ideas, contra sus instituciones, contra sus costumbres. Cada derrota de la Revolución siguió siendo así una victoria de España, y el más doloroso de los fracasos argentinos —la tiranía de Rosas—, fue un triunfo tan ruidoso del feudalismo espa-

² Elocuente expresión de esa “historia” es el libro del señor Roberto Levillier, titulado *Los orígenes argentinos*: francamente antiespañol en la edición francesa, pero tan antifrancés en la española, que mereció el premio Raza...

³ En el primer capítulo de *La Revolución Española*, Madrid, Cenit, 1932, Joaquín Maurín ha destacado con acierto esa divergencia fundamental.

fiol que aparecieron en el Río de la Plata, con el poder absoluto y la Compañía de Jesús, las corridas de toros y los autos de fe.⁴

La crisis socialista del 48, con el vigoroso despertar de la conciencia revolucionaria que le sucedió, y que trajo entre nosotros la caída de Rosas y la organización nacional, no mereció en España ni siquiera el auge superficial que en otros tiempos alcanzó la Enciclopedia. Si alguna duda quedaba aún, no podía buscarse prueba más palmaria: educadas por otras ideas, corregidas por otras influencias, las antiguas colonias del Plata habían dejado de ser españolas.

III. LA LEYENDA DEL GAUCHO.

Mestizo de india y de español —que es decir doblemente mestizo en razón de las impurezas africanas de la sangre paterna— el gaucho representó, durante la Colonia, la servidumbre feudal en su acepción rigurosa. Inconsciente a fuer de ignorante, y dócil al patrón como buen siervo, entró con él a las guerras de la independencia, y siguiéndolo a él decidió sus simpatías. Guerrero de la Revolución las más de las veces, fue también otras enemigo de los “insurrectos”.⁵

Frente al número exiguo de europeos puros o de casi europeos que hicieron la Revolución, el gaucho formaba mayoría en proporción aplastante, y dentro de la nacionalidad prolongaba los hábitos y las costumbres de la Colonia. Los elementos conservadores del país tuvieron en él su aliado natural, y frente a la sociedad “civil” por la cual se venía luchando desde Vértiz a Rivadavia, la barbarie gaucha echó las bases de una sociedad “militar”: el caudillismo y la tiranía. Incapaz de trabajo por inveterada indolencia, pendenciero y anarquista por hábito de guerra, no pudo hacer de la Nación sino un conglomerado de pequeños señoríos.

La caída de Rosas, y la llegada posterior de la ola inmigrato-

⁴ Al ministro Anchorena, socio de Rosas, se lo designaba en Buenos Aires con el apodo significativo de “Torquemada”.

⁵ Para no aludir a las traiciones de los *gauchos* argentinos durante la Revolución —que las hubo a montones, especialmente entre los “homéricos” de Güemes—, preferimos recordar que con los mejores *llaneros* de Venezuela el terrible Boves defendió la causa de España contra los americanos. Véase: José M. Salaverría, *Bolívar, el libertador*, Madrid, Espasa-Calpe, 1930, p. 109.

ria, señalaron el impulso renaciente de la Revolución. La influencia española, que formara primero la Colonia y el gaucho y afianzara después la tiranía y la restauración, empezó a perder terreno paso a paso, frente a esa otra definitiva y verdadera colonización de la República. La lucha implacable de las dos civilizaciones en contraste, creó una atmósfera propicia a la leyenda del gaucho. Para la sociedad conservadora que se batía en retirada, el gaucho adquirió el significado de un símbolo viviente, y aquel humilde ser bastardo que Ribot recordara en uno de sus libros como ejemplo elocuente de repugnancia para el esfuerzo voluntario,⁶ fuese transformado —por obra y gracia de los mismos que no dejaban de explotarlo— en algo así como un sombrío caballero perseguido a quien los dioses extraños arrebataban la tierra.

Una literatura copiosísima empezó a fructificar en torno suyo, y satisfacía de tal modo los apetitos colectivos que casi convirtió en semidiós a un delincuente vulgar, fullero y asesino. La ausencia poco menos que absoluta del elemento indígena, dominante en otras nacionalidades de América, favoreció la consagración del gaucho como representante genuino de la patria vieja. El poema, la novela y el teatro contribuyeron con eficacia innegable a esa curiosa formación de la leyenda, pero en el verso doliente o en la narración pintoresca continuaba vibrando el alma derrotada de la Colonia, el encono no disimulado del mestizo frente a Europa.

Bajo la indiferencia o el ridículo, el extranjero nos daba sin embargo el ferrocarril y el telégrafo, el alambrado y el libro, la máquina y la higiene. En poco tiempo, hombres trabajadores y honestos transformaron la faz de la Nación, y lo que es aun más importante, el predominio de su sangre trajo la extinción gradual del elemento gaucho. Desaparecido éste o refugiado en regiones que son vergüenza del país, las clases conservadoras —obligadas a manejar colonos con más clara conciencia de los propios derechos— hicieron de la raza muerta el arquetipo ideal. Todo culto enternecido a su memoria tiene, pues, una honda raigambre antiargentina.

IV. FRANCIA, ENCRUCIJADA DE EUROPA

Libertadora de América, Francia siguió marcando el norte,

⁶ Ribot, *Psicología de la atención*, trad. de Ricardo Rubio, Madrid, 1910, p. 69.

cuando ya el proceso de la separación política se había asegurado para siempre. Con ideas de Francia se hizo la Revolución; con ideas de Francia se volteó la tiranía. Lleva fecha de 1810 la reimpresión argentina del *Contrato social* por orden de Moreno, y al anotar el profundo simbolismo de esa fecha y de ese nombre, pláceme imaginar al estudiante porteño de la Universidad de Chuquisaca inclinándose sobre las mismas páginas del libro sobre el cual se inclinara, veinte años atrás, aquel otro estudiante glorioso del Liceo Luis el Grande, Maximiliano Robespierre, a quien sus profesores llamaban el Romano.

Herederas legítimas de la tradición greco-latina, Francia ha sido en el mundo moderno madre fecunda de humanidades. Para los pueblos anhelosos de un panorama amplio, Francia fue la encrucijada de Europa, y más que a su especial situación geográfica, debió tamaño privilegio a las cualidades esenciales del genio de su raza: la claridad, la precisión y la lógica. Casi directamente para muchos, con algún desvío para otros, lo cierto es que todos los caminos del mundo llevaban hasta Francia. Influencias propias o influencias ajenas adquirían allí un carácter de universalidad, y era tan fuerte la huella de su espíritu, tan honda la marca de su cuño, que a veces difícil fue reconocerlas.

A la burguesía argentina, y en un momento decisivo de su vida, la cultura francesa abrió de par en par las puertas de la Europa. Lo que fue aquel primer contacto con el mundo culto ha sido dicho en páginas magníficas. La emoción del descubrimiento —en Echeverría, en Alberdi, en Sarmiento— tuvo algo que estremece todavía. Era, en efecto, el final de una larga angustia, la quietud satisfecha de un deseo exasperado. Sabían que estaba ligada a Francia la suerte de nuestra Revolución, y con motivo de las ruidosas polémicas levantadas en Chile por el paso de Sarmiento, un diario conservador lo había enunciado en términos de una claridad meridiana: "El partido conservador tiene por principal misión la de establecer en la civilización y en la sociabilidad de Chile el espíritu español, para combatir de esa manera el espíritu socialista de la civilización francesa."

V. ARGENTINA, ENCRUCIJADA DE AMÉRICA

El reconocimiento de esos hechos no significa aprobar, de nin-

gún modo, la existencia de un vasallaje espiritual. Por el camino de Francia hemos entrado al mundo, y recordar esa deuda no implica nada más que una lealtad del sentimiento.

Signos inequívocos permiten afirmar la existencia de nuestra realidad como pueblo, y si en francés hemos formado la cultura de nuestra adolescencia, circunstancias especiales van haciendo de nosotros la encrucijada de América. Viajeros infatigables, hemos traído de todas las culturas los elementos que pudieran entroncarse con la nuestra. Pero a medida que íbamos creciendo y levantando nuestro propio hogar, hombres a su vez de todas las razas y de todos los pueblos empezaron a trabajar junto a nosotros. ¿Cómo habría de sernos suficiente la influencia espiritual de un solo pueblo, por más generoso que fuera, cuando las voces de todos los pueblos dicen bajo nuestro cielo sus inquietudes y sus esperanzas? La visión de totalidad que en otro tiempo fuimos a buscar a Francia, nos empieza a parecer más nítida desde nuestro Buenos Aires, Prejuicios y odios que nos son comunes tienen en Europa una intensidad mayor, y frente al mismo desfilar de los sucesos, la interpretación europea nos resulta muchas veces más estrecha que la nuestra.

Se ha señalado, sin embargo, la sujeción del idioma como un vínculo español que nada podrá destruir. Los argentinos tenemos, en efecto para afianzar nuestra personalidad, este obstáculo muy grave: el idioma que usamos no es la creación de la comunidad que lo habla. Cada idioma constituye con respecto al Lenguaje en abstracto, algo así como un punto de vista personal. Marca a la vez una limitación y una elección, es decir, un nivel mental, un momento del desarrollo de la civilización y del espíritu. Y ahora bien, por razones históricas poderosas los argentinos estamos obligados a tener con respecto al idioma el punto de vista de los españoles; a expresar nuestro nivel y nuestra hora con las formas envejecidas de un idioma en retardo. La reforma de la ortografía emprendida por Sarmiento fue el primer gesto, un poco ingenuo sin duda, para afirmar el carácter no español de la cultura argentina. Vicente Fidel López añadía por entonces que el idioma castellano mal podía servir como instrumento de progreso, puesto que para nada había intervenido en los trabajos que han rehecho las ciencias modernas.⁷

⁷ Casi un siglo después de las palabras de López, Eugenio D'Ors dice de pasada: "Y al visitante español, que es, por español, un sobrevenido a la vida científica, etc." Véase: *Grandeza y servidumbre de la inteligencia*,

Con documentación más segura, el problema de un idioma nacional ha reaparecido últimamente, en paralelismo al vigoroso florecimiento de nuestras letras. Sin necesidad de formular vaticinios que tendrían que cumplirse a largo plazo —pues la formación de un idioma argentino que fuera con respecto al español lo que éste a su vez fue con respecto al latín, sería la obra lenta y laboriosa de muchos siglos— puede afirmarse desde ya que poseemos en lo referente a la literatura castellana una independencia que no admite dudas. Tómese al azar cualquier capítulo de los más prestigiosos escritores españoles actuales, y compárese con cualquiera de los nuevos escritores argentinos. Al pasar de uno a otro se tiene la impresión de un mundo nuevo, y aunque muchos de aquéllos han dado en perseguir la naturalidad y la sencillez, es tan solemne el genio de su idioma que el estilo se les escapa de la mano.⁸ Sin tener un idioma propio en el sentido riguroso del concepto, nuestra originalidad reside en la elección de las palabras, en la agilidad de los giros, en lo nervioso de la sintaxis, en la riqueza de nuevas expresiones. Hay adjetivos y modismos españoles que un argentino no empleará jamás, y basta a veces la presencia de uno de ellos para dar a la conversación o el ensayo un fuerte sabor de humorismo...

Europeos modificados por el medio y por la variedad de las sangres que afluyeron, sentimos que se levanta con nosotros una nueva esperanza, aunque no alcanzamos a definir sus formas precisas. Ni indios, ni españoles, ni gauchos a buen seguro; pero tampoco franceses. Sin comprometer la línea dominante que permite reconocernos desde la Revolución, salimos al encuentro de todos los pueblos y aspiramos a forjarlos en una nueva unidad. El futuro radiante nos parece cercano y vienen ya hasta nosotros los caminos del mundo.

VI. EL PENSAMIENTO DE MAYO

Esa marcha confiada no es una marcha a ciegas. Un pensamiento vigoroso y de claridad ejemplar nos dirige y nos sostiene. Echeverría lo ha dicho con palabras que merecen recordarse:

publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 1919, p. 25 [El subrayado es de Ponce. E.]

⁸ Azorín, en *Una hora de España*, edit. Caro Raggio, 1924, p. 56, comenta por lo menudo cómo los españoles carecen de la "noción y el gusto de la claridad en el estilo".

"La única tradición legítima para nosotros, y la única que debemos adoptar, es la de Mayo, porque de ella nace la fuente de nuestra vida social, y porque su pensamiento no es más que el resultado remoto del movimiento emancipador de la humanidad, iniciado en el siglo xv y que continúa todavía." No podría resumirse con más exactitud el itinerario de nuestra evolución. Heredero lejano del Renacimiento y heredero directo de la Revolución Francesa, el pensamiento de Mayo renovaba en esta parte de América la profunda convulsión política y social, económica y filosófica que *intentaba sustituir el derecho divino por la soberanía popular y el privilegio feudal por la justicia social*.⁹ Urgido por la solución de problemas inmediatos, Moreno no llegó a formular el alcance verdadero de su pensamiento. Pero en la unidad armoniosa de su acción ejecutiva y de su propaganda educadora, se lo ve identificado de tal modo con la gravedad de la hora histórica que no nos es dado pensar en los orígenes de la nacionalidad sin que aparezca delante de los ojos aquel grupo magnífico de nuestros jacobinos: acompañando ejércitos, fundando bibliotecas, fusilando enemigos, mientras a sus espaldas, como en una visión de aurora, ascendía hasta el cielo la llamada de la Revolución.

Pero el mundo feudal no se resignó a morir. La autoridad de los siglos le seguía sosteniendo, y era tan poderosa su armadura económica que en muchas ocasiones hasta tuvo por defensores a sus propios oprimidos. La historia del siglo xix no fue, entre nosotros, como no lo fue en Europa, más que las alternativas dramáticas de esa larga batalla, y cuando en un momento de victorias parciales el pensamiento liberal dio constituciones a los pueblos, se vio a poco andar que la ideología revolucionaria había sido bastardeada. Al chocar contra viejos intereses, compromisos ineludibles la torcieron, y entre la soberanía popular de Rousseau y el constitucionalismo de Benjamín Constant hay toda la diferencia que media entre el ideal político y la realización mezquina.

Casi sesenta años después de la Revolución Francesa, la revolución socialista del 48 reafirmaba los mismos ideales, corrigiendo con un concepto más firme de la asociación el individualismo burgués de los *Derechos del Hombre*. Echeverría y Alberdi, Sarmiento y Mitre, comprendieron de inmediato la magnitud del suceso, pero el fracaso político de la revolución de febrero, entibió el ardor de sus primeros entusiasmos, y mientras

⁹ Véase Ingenieros, *La evolución de las ideas argentinas*, Buenos Aires, Rosso, 1918, t. I, *passim*.

unos se alejaban de la filosofía de Leroux como de simples sueños generosos, otros se entregaban a perseguir sobre la realidad fugitiva de los hechos un reflejo siquiera de aquella grande ilusión.

Frente a la sociedad feudal que se mantuvo vigorosa, la actual organización de nuestra patria representa, por lo tanto, una etapa momentánea que es necesario superar. Los principios de la Revolución de Mayo no se han realizado totalmente. La soberanía popular, en efecto, se aviene mal con el enmohecido engranaje de nuestra república burguesa; y peor se aviene la justicia social con las formas subsistentes del privilegio económico. Recordar los aniversarios de la Revolución Argentina no significa, pues, un simple homenaje de gratitud a una gran fecha del pasado. El pensamiento que echó a andar por América en una lluviosa mañana de mayo, no ha detenido su marcha. Contemporáneo de los hombres de la Primera Junta, sigue siendo contemporáneo de nosotros, y seguirá siéndolo de los que vengan hasta el día quizá no muy remoto en que la Soberanía Popular no sea un mito y la Justicia Social se haga efectiva.

VII. LA REVOLUCIÓN RUSA

Sin desconocer la legitimidad de las reivindicaciones sociales, la burguesía gustaba confirmarlas en esa vaga ciudad de la Utopía hasta donde suelen llegar los movimientos generosos de la juventud y las declaraciones inofensivas de los insatisfechos. Hace diez años, sin embargo, entre el horror de la guerra europea y el desquicio moral de la humanidad civilizada, un pueblo, tenido entonces por bárbaro y extraño, echó abajo en un gesto magnífico el más tremendo de los imperios feudales, y se puso a cavar con heroísmo ejemplar los futuros cimientos de esa ciudad del ensueño.

El asombro producido por tamaña empresa no ha pasado todavía. Pero la simpatía instintiva de todos los hombres libres la saludó al día siguiente de iniciarse como el comienzo de un nuevo gran capítulo en la historia. Las causas determinantes del movimiento ruso, ¿obedecían a condiciones peculiares de ese pueblo? La generalización de su programa ¿era injustificada? Las líneas dominantes de su pensamiento, ¿representaban acaso formas genuinas de la mentalidad asiática, incompatibles y absurdas para la mentalidad occidental? Sería una vergüenza

para nosotros mismos si a los diez años de la Revolución Rusa nos atreviéramos a repetir las calumnias de la burguesía aterrada o los sofismas de sus intérpretes más tímidos.

Con palabras que no se prestan a dos interpretaciones, Marx y Engels afirmaron que el socialismo moderno no era nada más que el desarrollo ulterior y consecuente de los principios fundamentales del siglo XVIII. "Así como el materialismo cartesiano —decían— conduce directamente a las ciencias naturales, así también la otra corriente del materialismo conduce directamente al socialismo comunista."¹⁰ Y antes que Mathiez demostrara con la prueba terminante de la documentación hasta dónde había llegado el pensamiento social de la Revolución Francesa, Marx y Engels ya habían sospechado que el secreto del odio a Robespierre —que fue sin duda alguna un revolucionario de verdad— derivaba del hecho de que el gran jacobino no sólo combatió los cimientos del antiguo Régimen, sino también los de la burguesía que medró con la Revolución y que substituyó a la tiranía feudal del guerrero afortunado, la tiranía moderna del industrial y del financista.¹¹

Los ideales de la Revolución Rusa son, de esa manera, los mismos ideales de la Revolución de Mayo *en su sentido integral*;¹² y si Echeverría hubiera presenciado su advenimiento, lo habría reconocido con el mismo alborozo con el cual setenta años atrás vio, en el movimiento socialista del 48, "una de esas revoluciones fásticas —son sus palabras— que inician una nueva Era en la vida de la humanidad".

VIII. LA NUEVA GENERACIÓN

Por no haberlo ignorado, la Nueva Generación latinoamericana ha salvado ya su alma en la historia. La recia marejada de la guerra la había sacudido fuertemente, y ante el espectáculo trágico de la lucha homicida, empezó a meditar sobre problemas que hasta entonces la tenían sin cuidado. Fue al principio una emoción vaga y entusiasta, una inquietud turbulenta. El con-

¹⁰ Marx y Engels, *La Sainte Famille*, en: *Œuvres philosophiques* t. II, trad. de J. Molitor, París, Costes, 1927, p. 234.

¹¹ Marx y Engels, *op. cit.*, pp. 218-220.

¹² De más está decir que esta filiación debe entenderse en el mismo sentido de que Marx afirmaba que el comunismo derivaba de la Enciclopedia, o en que Babeuf aseguraba en 1796 que la revolución francesa no se había realizado "plenamente".

flicto del pasado con el mundo naciente le saltaba a los ojos en el ambiente frío de la vieja Universidad. Extraña a la vida que en torno suyo rumoreaba; dócil instrumento de una oligarquía que por ella pasaba para alcanzar el poder más fácilmente; de aubuna poco sonora de profesores envejecidos, incapaces de auscultar las voces de su tiempo, la Universidad se erguía desafiante como un baluarte de ese mismo pasado contra el cual llegaba de todas partes un sordo rumor confuso. ¿Cómo no habría de rebelarse contra ella si no encontraba allí la solución que buscaba? Hay siempre inquietudes estudiantiles en los comienzos de las revoluciones. Cada vez que se avecina una gran transformación, las facciones rivales se disputan por eso el dominio de la escuela.

La huelga estudiantil de mil novecientos dieciocho, con la vasta repercusión americana que alcanzó en seguida, señaló la existencia de una inquietud fecunda a la cual sólo faltaba la orientación segura de la idea directriz. He tratado de explicar en otra parte —y perdóneseme la cita—¹³ en virtud de cuáles causas la ideología reformista sólo fue al principio una mezcla caótica de intereses encontrados; y cómo después de dolorosas sorpresas fue adquiriendo la clara conciencia de su destino. Las masas estudiantiles que tomaron por asalto la vieja Universidad no carecían, sin duda, de banderas; pero las enseñanzas del “novecentismo”, la “nueva sensibilidad”, la “ruptura de las generaciones” no eran nada más que vaguedades, que lo mismo podían servir —como quedó demostrado— a un liberalismo discreto que a una derecha complaciente. El estudiante argentino que acometió la Reforma sabíase arrastrado por el presentimiento de las grandes obras, mas no acertó a definir la calidad de la fuerza que lo impulsaba. Gustábale fraternizar con el obrero, participar en el mitin de la huelga, colaborar desde las hojas de vanguardia. No se sentía, sin embargo, proletario; restos de la vieja educación teníanlo apesado todavía, y aunque a veces se le escuchaba el lenguaje de la izquierda, reconocíase muy bien que era aprendido.

El obrero, por eso, lo miró con simpatía pero sin fe; la burguesía, con desconfianza pero sin temor. Con una aguda noción de sus intereses, la clase conservadora de la Universidad lo sedujo con su política, lo conquistó con sus prebendas, lo corrompió con sus vicios. Clamorosos paladines de la Reforma fueron así llamándose a silencio; pasáronse otros a las filas

¹³ En el prólogo a *La Reforma universitaria*, de Julio V. González.

enemigas con increíble impudicia, y la sana minoría de estudiantes que había puesto en la Reforma toda la ilusión de los veinte años, la vio de esa manera convertida en un fácil trampolín de oportunistas y adulones.

La dura lección habrá de serle provechosa. La Revolución Rusa, que aceleró la decadencia de la sociedad capitalista, ha planteado los problemas actuales en términos extremos: o burgués o proletario. La nueva generación que se formó en la calle tanto como en la escuela y que sabe por lo mismo adaptarse mejor al ritmo de la vida, sólo conseguirá el triunfo de la Reforma en la inequívoca definición de sus propósitos. Y es que al lado del aspecto técnico de la Reforma, cuyas aspiraciones pueden formularse en los cuatro puntos conocidos, hay otro sentido más generoso y más amplio que incluye a la Reforma dentro de la Revolución. Para el primero, el problema es una cuestión casi interna, una modificación de planes y estatutos; para el segundo, no es más que un aspecto de esa otra transformación que está echando abajo las columnas de la sociedad en que vivimos. Dos interpretaciones distintas, dos estados de espíritu diversos. Una es la actitud prudente del que no mira nunca más allá de la hora; otra es la actitud resuelta del que piensa que en determinadas épocas el ritmo de la historia parece acelerarse y que sería traicionar las convicciones más hondas —son palabras de Moreno en la *Gazeta*— “si se malograran momentos que no se repiten en muchos siglos”.

Es inútil decir cuál es en realidad la interpretación más exacta. La historia misma del movimiento estudiantil lo está diciendo: no se dirige un manifiesto vibrante “a los hombres libres de la América del Sur”, si no ha de ser para invitarlos a llevar la llamada de la revolución cada vez más alto y cada vez más lejos. Reintegrada a la realidad social la Reforma se convertirá en la más segura garantía de la Universidad y de los estudiantes. Rejuvenecida sin cesar por la inquietud de la sangre moza, la Universidad podrá llegar a ser el vigía siempre alerta de la conciencia social; colaboradores responsables en el gobierno de la Universidad, los estudiantes aprenderán que *no se es defensor legítimo de la Reforma cuando no se ocupa al mismo tiempo un puesto de combate en las izquierdas de la política mundial.*

La Universidad será así la mejor escuela de civismo, y ser reformista o no serlo implicará decidirse por Mañana o por Ayer.

IX. LA RESTAURACIÓN CONTEMPORÁNEA

Los días que vendrán han de ser rudos. Como en los años siguientes a la Revolución Francesa, la Revolución Rusa tiene también su Santa Alianza: a la "liga del Trono y del Altar" ha respondido la alianza de la Burguesía y de la Iglesia. Con excepción de Rusia, están de lado suyo todas las fuerzas efectivas: las instituciones, las leyes, las agencias noticiosas. Pero tienen aún un aliado más fuerte: el temor al desorden, el miedo a lo nuevo, la rutina en las almas, todas esas turbias cosas, en fin, que arrancaron a los españoles de Fernando VII aquel grito inaudito en la historia del mundo: "¡que vivan las cadenas!"

Triunfante una y cien veces, Rusia ha celebrado el décimo aniversario de su democracia proletaria entre el respeto profundo de los hombres libres. Pero si el foco mismo de la revolución no ha sido arrasado, y nada induce a creer que lo sea, lo cierto es que en el momento actual la llama revolucionaria ha disminuido en el mundo. Al espectáculo emocionante del año 19, cuando la Revolución corría vencedora a lo largo de Europa y parecía por momentos que nadie podría detenerla, ha sucedido la violenta reacción de la Roma fascista con el séquito de sus tiranías similares. Como nada hay más convincente que el éxito apoyado por las armas, una mansa resignación ha contagiado a los espíritus. Los momentos de restauración perjudican al pensamiento revolucionario, no tanto porque ataquen o destruyan conquistas liberales, sino porque entibian o corrompen a los que podrían liberarse.

En una metáfora exactísima que Renan gustaba repetir, la marcha de la humanidad aparecía como un sendero de montaña. Sube en zigzag y por momento da la ilusión de volver al punto de partida; pero se trepa siempre. Para los que defienden la Revolución y la sirven con lealtad, sus retrocesos momentáneos son como las vueltas de ese camino de montaña. En la labor de siglos de un proceso histórico, ¿qué interés pueden alcanzar las menudas peripecias para quien se sabe el instrumento de un sistema de fuerzas cuya dirección no es imposible sospechar? Y en el caso especial de los hombres jóvenes de hoy, ¿cómo no habría de acrecentarse la confianza en las propias ideas, cuando a través de los años un examen de conciencia les revela la exactitud de la marcha y les pone al habla, por encima del tiempo, con los espíritus preclaros que fundaron la República? Encontrarse a sí mismo muchas veces sin sentir la humillación de un reproche, da una firmeza que las influencias

exteriores no podrán jamás destruir. La causa que se defiende es entonces la carne de nuestra carne, y aunque todo parezca conjurarse para aplastarla, una voluntad oscura nos seguirá sosteniendo.

Al día siguiente de la derrota de Lavalle, cuando Rosas parecía más fuerte que nunca y la Revolución de Mayo vencida para siempre, Alberdi repetía desde Montevideo con una confianza magnífica estas palabras que podrían ser el mejor resumen de nuestro examen: "Aun cuando vuestras esperanzas hubiesen sido engañadas, no siete veces, sino setenta veces siete, no reneguéis jamás de la esperanza."

JOSÉ VASCONCELOS: "INDOLOGÍA" *

Entre las muchas cosas que no he comprendido nunca, y que sospecho que no comprenderé del todo, se halla el renombre de don José Vasconcelos como maestro y pensador. Desde el curioso *Pitágoras* hasta los no menos curiosos *Estudios indostánicos*, su producción no puede ser ni más trivial ni más barroca. Si su prestigio no hubiera pasado las fronteras de la patria, estaríamos quizá frente a alguna de esas eminencias aldeanas tan comunes en ciertas regiones de la América tórrida, y que recuerdan un poco a aquel personaje de Bernard Shaw, cuya celebridad no pasaba más allá de la isla Madera... Pero en el caso de Vasconcelos la solución no es tan sencilla, y si se recuerda la frecuencia con la cual se oye su elogio en tierras tan alejadas como las nuestras, es necesario buscar en otras causas el secreto de tamaña celebridad de pensador.

La actuación del Ministro de Instrucción Pública en un período resonante de la historia de México debe haber contribuido, sin duda, a la valorización excesiva de su obra, en igual forma a como nuestro propio entusiasmo creyó ver en el proceso revolucionario de su patria algo equivalente a la repercusión americana del movimiento ruso del año 17. El tiempo fue poniendo después las cosas en su sitio, y si ya a muy pocos ilusiona el significado verdadero del "socialismo" mexicano, la figura del ex ministro Vasconcelos continúa siendo inseparable, para muchos, de la emoción generosa de aquel momento americano.

No es, por tanto, la gloria del ministro lo que aquí se va en seguida a discutir. Podrá negársele la eficacia de alguna iniciativa más preocupada de la propaganda extranjera que tal beneficio real: esas costosas ediciones de Homero y de Plotino, por ejemplo, que cayeron en manos de los indios mexicanos como cayó Virgilio entre los chacareros argentinos por luminosa inspiración del ministro Le Bretón. Pero cualesquiera que sean las objeciones a todo eso que sus adversarios políticos llaman los "derroches" de Vasconcelos, es justicia reconocer en él a uno de los obreros más ilustres de la educación en México. Su último libro, titulado *Indología*, y que pretende ser nada

menos que una interpretación de la cultura iberoamericana, pone de actualidad los otros títulos de pensador y de filósofo que habitualmente se le otorgan. No sería imposible que el estudio minucioso de ese libro nos suministre los materiales necesarios como para alcanzar la solución del "problema" Vasconcelos.

En un prólogo muy sobrio de sesenta páginas, el señor Vasconcelos cuenta los orígenes del libro. Como gusta tomar las cosas muy desde el principio, la narración comienza al día siguiente de su caída del ministerio, en un ambiente poblado de hostilidad y de recelo. Se queja con palabras amargas de la deslealtad que le acechaba hasta en sus propios amigos, y como si aún no fuera bastante, nos dice que conoció también la traición de una mujer hermosa, "vestida de claridad y dulce como son de violines"...

En contraste elocuente, el señor Vasconcelos opone después a la incompreensión de su país, la acogida triunfal que le dispensó el extranjero cuando resolvió buscar en otras patrias la quietud espiritual que no encontraba en la suya. En Madrid, por ejemplo, "fui banquetado, dice, desde el Ritz hasta los merenderos del Manzanares". Pero fue en Puerto Rico en donde el homenaje adquirió proporciones de apoteosis.

Desde la banda de música que le esperó en el puerto hasta los agasajos en casa de Conchita Muñoz, el señor Vasconcelos conoció los máximos honores que pueden tributarse a un paladín de la raza: "De la casa de don Federico me mandaban frutas y golosinas; los ramos de flores llegaban a diario, llenando mis habitaciones; en el hotel preparaban los mejores platos." A los agasajos sociales se añadieron después emociones más puras. Invitado por la Universidad, que le pidió consejo para lograr un buen entendimiento de la cultura americana, el señor Vasconcelos dictó, bajo tan altos auspicios, las nutridas conferencias que constituyen los seis capítulos de la *Indología*.

A juzgar por las palabras del autor, su curso alcanzó un triunfo clamoroso, y tan profunda fue la atención del auditorio que el conferenciante, "envuelto en ráfagas de luz", sufrió "una especie de deslumbramiento que debe ser ni más ni menos lo que el mundo llama gloria".

En contra de lo que el título llevaría a pensar, la *Indología* está muy lejos de ser una exaltación fervorosa de las razas aborígenes. Con el deseo de restituir nuestra América a la visión profética de su descubridor, que creyó alcanzar en ella a la

* Artículo aparecido en la revista *El Hogar* el 23 de noviembre de 1928.

India fabulosa y demostrar así la redondez de la Tierra, indología quiere significar "ciencia de Indias, unidad de la especie y concierto de las culturas". Porque al demostrar Colón que el universo se gobierna por la esfera, "ya no sólo la fantasía, sino también la realidad podía girar y ensancharse dentro de los ritmos vastos, profundos y recurrentes de la radiosa esfericidad". Al período de segregación y aislamiento de los pueblos correspondía la rivalidad y divisiones de las razas; al período "planetario", iniciado por el ensueño colombiano, debe corresponder la "raza cósmica", resumen de todas las razas del mundo. De esa mezcla armoniosa no saldrá, sin duda, el superhombre de Nietzsche; pero surgirá, en cambio, el verdadero "Totinem, el hombre todo, el hombre síntesis, el prototipo y tipo final de la especie".

El germen de esa raza futura lo encuentra el señor Vasconcelos en la población contemporánea de la América Latina. Gústete o no a la aristocracia blanca, que es la dominadora de nuestros tiempos, el hecho es que la hora del mestizo se acerca. Ser mulato es, en opinión del señor Vasconcelos, "la carta de ciudadanía más ilustre de América"...

Si alguna esperanza de salvación pueden tener nuestros pueblos, estaría precisamente en eso: en no pertenecer a una raza pura, en no ser ni blancos ni europeos. La civilización nació en el trópico y a él ha de volver. Después de haber pasado por el período materialista, debe superar al estado intelectualista en que se encuentra, preparando el advenimiento del período estético que se caracterizará por la concepción emotiva, religiosa y artística de la vida. Nadie mejor que una raza emotiva como la nuestra para realizar tan magna empresa; "convertir lo físico al ritmo de la emoción y al propósito inmaterial: he ahí la dinámica de una filosofía iberoamericana". Ese concepto religioso de la vida permitirá hacer en América el más serio ensayo de la ley de Cristo, en su interpretación fuerte y sincera. La tarea del ciclo iberoamericano de la civilización le aparece así al señor Vasconcelos como un intento audaz de consumir en la tierra el reino del Padre. La raza cósmica y el Totinem vendrán a ser de esa manera la revelación de un modo divino de la energía. "El mundo y la carne, si fuesen tan desdeñables, ¿se habría dignado venir a redimirlos Jesucristo? He aquí por qué yo digo que el ciclo iberoamericano, el ciclo de lo universal, debe ser el ciclo del connubio."

Sin abandonar ese tiempo de *allegro maestoso*, el señor Vasconcelos se acuerda, a esta altura de sus conferencias, de que

fue invitado a la Universidad para orientar y aconsejar. Y por eso, como conclusión en cierto modo práctica, entrega en manos del pueblo portorriqueño, y por su intermedio al pueblo de América Latina, este mensaje estupendo: "La raza mejor del futuro será la que mayor acierto instintivo revele para la elección de los genes del mendelismo que hoy flotan en el plasma de las generaciones, revelándose a nuestra sensibilidad por el lenguaje misterioso de la simpatía y por el signo indescifrable, pero inconfundible de la belleza."

He ahí, en pocas líneas tan clarísimas, el programa admirable de toda una raza. Si a estas horas el pueblo de Puerto Rico ha encontrado ya "los genes del mendelismo", un futuro radiante nos espera, porque en virtud de aquel hallazgo, la raza cósmica que creó el Totinem alcanzará el ciclo del connubio, y realizará sobre la Tierra la doctrina del Padre...

Por el espíritu y por las conclusiones, la *Indología* del señor Vasconcelos viene a colocarse así, junto al *Cristo invisible* del señor Ricardo Rojas. Tan inesperada aproximación nos deja entrever por lo menos la mitad del secreto que buscábamos. Hay líneas isotérmicas en las mentalidades como las hay en las temperaturas, y la línea que pasa por Puerto Rico o por Colombia puede ser la misma que corresponda a Santiago del Estero. La *Indología* del señor Vasconcelos es el producto lógico de ciertos climas tropicales de la América Latina. En perfecta armonía dentro de su medio, resultaría absurdo o grotesco en otro clima. Cuando se refiere a América Latina, el señor Vasconcelos habla siempre de "nosotros". Pero a ese "nosotros" es necesario aclararlo. Aspirar a que América Latina logre constituirse como unidad política —y ojalá lo alcance alguna vez— no implica reconocer al mismo tiempo la unidad de su cultura y la homogeneidad de su raza. Circunstancias bien conocidas han dado a Buenos Aires, por ejemplo, una fisonomía absolutamente diversa de la casi totalidad de "nuestra" América; y contra los ideales mestizos del señor Vasconcelos han luchado en la Argentina los que son hoy nuestros próceres. "Europeos en América", al decir de Aberdi, nos reconocemos como un gajo desprendido del viejo tronco caucásico, y en vez de soñar con hegemonías del Cosmos, preferimos ir corrigiendo con sangre de blancos los resabios que aún nos quedan del indio y del mulato. Por razones de "isotermia", de que ya hablamos, en ellos puede encontrar todavía el señor Vasconcelos un eco naturalmente simpático; pero con ser una minoría que sin cesar disminuye, sus

intérpretes más altos significan en nuestra cultura algo así como los representantes dispersos de un pasado extinguido.

Comprobar ese hecho elemental no es orgullo ni jactancia; pero puede ayudarnos a explicar el hecho curioso de un gran ministro de América que, siendo además pensador y filósofo en el trópico, no puede llegar a serlo en Buenos Aires...

HENRI BERGSON Y EL PREMIO NOBEL DE LITERATURA *

Al difundir la noticia de que se había concedido a Bergson el premio Nobel de literatura, las agencias noticiosas se creyeron obligadas a explicar que no existiendo un premio especial para la filosofía se le otorgaba por eso el de la literatura. Si alguna filosofía, sin embargo, puede ser considerada casi en exclusivo por sus valores literarios, sería, precisamente, esa deliciosa y sutil filosofía bergsoniana, que ha conseguido realizar en las postrimerías del siglo XIX el ideal casi imposible del filósofo artista que Guyau prometió ante sus contemporáneos deslumbrados.

Bienvenido, pues, el premio de literatura para Bergson en los momentos en que el mundo culto celebra todavía el centenario del romanticismo.

Aprehensión de un misterio inexpresable que el instinto alcanza y que la inteligencia no comprende, el bergsonismo no fue nunca un sistema, ni siquiera un método. Como la realidad móvil en la cual se instala y de la cual se posesiona con estrecha auscultación, la filosofía de la *durée* es fugitiva por esencia, y por esencia también intraducible. Al curioso que se acerca hasta ella con la intención de comprenderla, le exige el sacrificio de lo que tenemos por más noble: las reglas inviolables de la lógica, los cuadros severos de nuestra inteligencia. Contra la ciencia clara y distinta, exalta en cambio al ímpetu irracional y soberano; contra el lenguaje preciso y el adjetivo ceñido, la metáfora fulgurante y la fluidez sugestiva. Pero una vez aceptada la catástrofe de nuestra inteligencia, ¿cómo resistir al encanto de una filosofía en espiral que partiendo de los hechos se convierte en poesía, y que nos hace escuchar a través de las variaciones más inesperadas el mismo ritmo insinuante de una melodía?

Geómetra en un principio, Bergson vivió algunos años entre los conceptos enrarecidos de que alardean los matemáticos, demasiado satisfechos de su propio lenguaje para prestar atención, según palabras de Gauss, a esas gotas de barro que se llaman los

* Publicado en *El Hogar* el 30 de noviembre de 1928.

planetas. Pero artista mucho más que geómetra, su fina sensibilidad lo llevó a creer que había demasiada petulancia en ese esquematismo, y que para asir la compleja diversidad de la vida en su devenir infinito, de nada valían las mallas groseras de las nociones científicas. Su educación anterior le resultaba, por tanto, una verdadera esclavitud; y como el sacerdote de Nemí, Bergson se liberó de las matemáticas asesinandolas. El yo profundo, original, hermético, le pareció de pronto como la realidad verdadera que las ciencias deformaban.

Y desde entonces, con el arrebató de un Plotino que hubiera leído a Spencer, Bergson empezó a desarrollar junto a la crítica implacable de la inteligencia y la medida, esos temas esenciales del *élan* y la *durée* que desde los juveniles *Datos inmediatos* hasta la *Evolución creadora* de la madurez, habrían de dar a la obra entera el aspecto inspirado de una sinfonía.

Ningún momento más propicio para una filosofía de tan seductora intimidad que ese tercio final del siglo pasado, en el cual comenzó a diseñarse con contornos cada vez más firmes la reacción vigorosa contra la democracia triunfante y las ciencias en auge.

En un cálido ambiente de penumbra a la cual habían contribuido de manera diversa desde el *Aeterni Patris* de León XIII hasta el simbolismo de Verlaine, desde la música de Debussy hasta el evangelismo de Tolstoi, desde los silencios de Maeterlinck hasta el desasosiego de Barrés, la voz empañada de Henri Bergson empezó a descender como de un púlpito sonoro desde la cátedra elocuente del Colegio de Francia.

Intérprete afortunado de las confusas aspiraciones de la hora, su filosofía apareció desde entonces como la inicial máxima que inaugura un gran capítulo. Se le ha reprochado muchas veces la calidad mundana de su auditorio en éxtasis. Pero es justicia decir que nada hizo por buscarlo. Pensador solitario y digno, no se entremezcló jamás a las preocupaciones de la plaza pública, y una de las fallas más graves de su filosofía reside tanto en la ausencia de sentido histórico como en la incapacidad para deducir una moral. Sin recurrir a otras influencias que si las hubo no acrecentaron su renombre, Bergson mantuvo un reinado intelectual sobre los jóvenes de entonces por el solo hechizo de su pensamiento undoso y la gracia un poco decadente de su prosa. Y si las mujeres también se le acercaron en un impulso espontáneo, fue por cualidad ineludible de su filosofía, como está en la esencia del ámbar la atracción de los cuerpos ligeros. Satisfechas éstas, por encontrar en el elogio del instinto una jus-

tificación de no pensar; orgullosos aquéllos, por tener en la intuición algo así como ese tiro de pistola de que hablaba Hegel, capaz de traspasar el Absoluto...

El ritmo implacable que preside la marcha de la filosofía hace ya algunos años que retiró a Bergson la boga radiante de otros tiempos. Después de haberla conocido durante un largo plazo, el filósofo la vio alejarse sin dolor y quizá con regocijo.

Durante la gran guerra su patria le confió algunas misiones, que supo cumplir como un deber sagrado; pero Bergson embajador o Bergson en la Sociedad de las Naciones resultaba por demás una figura artificial. Para sus preocupaciones más queridas, el rumor de las cosas del mundo no podía interesarle.

Categoría del saber más que saber concreto, la filosofía ha sido siempre para él un problema original y subjetivo que cada pensador debe replantear a su manera.

La revolución rusa, que ha conmovido al mundo, no mereció de Bergson ni siquiera la mirada sorprendida de Kant ante el derrumbe de un trono, y únicamente el estrépito que Einstein levantó al voltear muchos andamios de la vieja física, le obligó a salir de su retiro más que con el deseo de alcanzar el sentido verdadero de la simultaneidad relativista, con la secreta esperanza de imponer a su *durée*... El premio Nobel viene a traerle ahora en su crepúsculo algo de la bulla de los grandes días. Pero para los que le aman casi tanto como le admiran, el silencio de antes ha de parecerles mejor. Menos sensible a las virtudes del estilo que hicieron de sus libros un vasto poema del tiempo y de la vida, el porvenir no respetará su obra. De la armazón científica con la cual tanto gustaba impresionar, es de creer que nada dejará muy pronto. Y el espíritu íntimo de su filosofía, tan reñido con la tradición francesa, ha de pedirle cuenta estrecha por esas "lluvias místicas" al decir de Gourmont, en las cuales se resolvían siempre sus nubes metafísicas y que dejaban, al secarse, el humus nocivo en que crecen los errores.

HIPÓLITO TAINÉ, CLÁSICO ARGENTINO *

La Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires ha clausurado los cursos del presente año sin haberse adherido en una sola oportunidad al homenaje con el cual el mundo latino celebraba el primer centenario del nacimiento de Taine. Si se añade a esta indiferencia su idéntica actitud con respecto a la memoria de Espinoza, no sería excesiva suspicacia suponer que hay por debajo de tales olvidos una intención inconfesable y reprimida.

Las proporciones desmesuradas que adquirieron entre nosotros los recientes festejos en recuerdo de Goya, tan ridículos en el ditirambo que el señor embajador de España, don Ramiro de Maetzu, se atrevió a decir sin pestañear que "La gallina ciega" le provocaba una emoción que llegaba hasta el sollozo, hacen aun más irritante el silencio culpable en que ha pasado el centenario de uno de los más altos espíritus del siglo XIX. Ciertamente es que el recuerdo de Taine no tiene entre nosotros para defenderlo y avivarlo el apoyo de una colonia extranjera numerosa a la cual sea necesario adular de cuando en cuando. Pero si falta para su gloria el refuerzo subalterno que es a veces necesario como la aleación vil para el metal noble, posee en cambio de sobra, en lo más puro de nuestras tradiciones, la garantía segura de su perennidad. Todo período de nuestra cultura lo tuvo por modelo, y comparte con Renan en los alrededores del 80 la dirección espiritual de la más hermosa de las generaciones argentinas. Con anticipación de algunos años, Sarmiento había aplicado, *avant la lettre*, las teorías del medio y del momento.

Y desde Sarmiento y Alberdi, que conocieron más tarde sus *Origenes*, la influencia de Taine, descendiendo hasta los jóvenes, se fue entremezclando de tal modo a las preocupaciones más altas de la cultura naciente, que Groussac resumió el pensamiento de una generación cuando dijo que Taine había sido su tutor hasta el instante de la emancipación intelectual.

Adherirse al centenario de Taine no era, pues, para la universidad argentina uno de esos tantos homenajes académicos,

cortes pero fríos. Por la honda influencia de su talento y su doctrina, que se reconoce todavía a través de las páginas mordaces del *Boutroux* de Ingenieros, Taine ha adquirido entre nosotros el significado de un clásico.

Una vez más la simpatía instintiva que nos acerca a Francia nos revela también una manera de reconocernos. Para nuestra cultura juvenil, se necesita sin cesar la disciplina de los más altos espíritus, la urgencia de los estudios clásicos ha encontrado siempre un primer obstáculo gravísimo: los clásicos españoles que se nos quieren imponer repugnan a nuestra mentalidad y a nuestros gustos. Admitido ese hecho, que nadie podrá negar no obstante las habituales hipocresías del hispanoamericanismo, justo es también reconocer que hemos encontrado siempre en los clásicos franceses esa afinidad fundamental sin la cual sería absurdo someterse a la peligrosa hegemonía de los clásicos. Quevedo, con ser quien fue, nos interesa infinitamente menos que su admirado Montaigne, y en idéntica forma también Taine está mucho más cerca de nosotros que su contemporáneo Castelar.

Gran escritor francés, que casi es como decir gran escritor latino, Taine tiene la simetría armoniosa y el ajustado equilibrio de los clásicos. Se había propuesto, ante todo, explicar y demostrar, y gustaba como pocos el placer de las abstracciones, de los desarrollos progresivos, de las ideas laboriosamente entretejidas. Pero mientras perseguía las sucesivas transformaciones de su razonamiento, no desdeñaba el apoyo concreto de la imagen, la súbita iluminación de la metáfora, el comentario continuo del ritmo vivaz. El pensador austero se completaba así con un poeta conmovido, y las ideas en apariencia más alejadas de las cosas adherían a sus flancos la emoción solidaria por poco que el razonamiento las dramatizara bajo el calor de aquella alma vibrante.

Latino por la forma de su espíritu ávido de claridad y precisión, Taine había recogido de la sensibilidad moderna todos esos nuevos matices del ritmo y la expresión que enriquecieron la prosa. Su estilo adquirió así una personalidad sin precedentes, y desde Sarcey hasta Faguet muchos fueron los que no lograron comprender a este desconcertante pensador a lo Espinoza que contemplaba el mundo con los ojos de Rubens...

Para los hombres jóvenes enamorados del razonamiento y de la vida, la prosa masculina de Taine no ha perdido a través de los años su encanto irresistible. Hasta en las obras más graves de la madurez, cuando ya el espectáculo de la guerra y la Co-

* En *El Hogar*, 7 de diciembre de 1928.

muna había mordido en su fuerte corazón, el estilo conserva, sin embargo, el ímpetu alborozado de las obras primeras. Los que tuvieron la dicha de encontrarse con él en plena adolescencia no podrán olvidar jamás el soplo poderoso de sus páginas, la claridad del lenguaje que transmite convicciones sin dobleces. Cómo olvidar, en efecto, aquel brioso desfile de sus pensamientos a los cuales el lujo de la metáfora y la imagen agregaba un colorido deslumbrante que no comprometía, sin embargo, su robustez viril; aquellas fórmulas sintéticas en las cuales venían a apretarse las observaciones desparramadas de un capítulo para readquirir un brillo nuevo en su concisión luminosa; y por debajo del pensamiento grávido y del estilo fastuoso, aquella honestidad insospechable para quien la expresión inexacta corrompe la verdad, y que no tolera por tanto una licencia en la prosa porque sabe que es al mismo tiempo un grave error en la lógica.

Desde su primer *Ensayo sobre Tito Livio*, Taine había escrito que el arte de filosofar no es otra cosa que el arte de componer, y ya que es imposible aprender de nadie los secretos del estilo superior, búsquese en Taine, con la seguridad que han de encontrarse los secretos menores de la construcción y la medida. A los jóvenes argentinos que reciben a diario los ejemplos nocivos de la elocuencia sin freno y del pensamiento sin gracia, Taine puede servirles en el momento decisivo de la iniciación como un maestro y un guía incomparable. Su obra entera no fue, en efecto, más que un elogio entusiasmado de la inteligencia. Tan sincero y tan puro que casi ya agonizante le rogó a su hija que leyera una página de Sainte-Beuve, porque "quería morir, dijo, bajo la impresión de un pensamiento claro y ordenado".

ALEJANDRO KORN: "LA LIBERTAD CREADORA" *

Un libro de filosofía —de filosofía auténtica, segura de sí misma y consciente de sus límites— no es cosa habitual entre nosotros. La inquietud por los problemas superiores no puede, en efecto, aparecer sino en la madurez de las culturas; cuando ya hay por debajo muy sólidos cimientos y cuando diversas especializaciones anteriores han ido afianzando fuertemente la construcción que se eleva. Carecemos por eso en el país de tradición propiamente filosófica, y sólo de manera circunstancial y encarnándose en representantes casi siempre obscuras nos sería dado remontarnos no sin pena hasta la fuente originaria de la escolástica colonial. En los últimos veinte años, sin embargo, algunos signos elocuentes vienen anunciando, repetidamente, la inminencia de la maduración. Una curiosidad más amplia, una sujeción menos estrecha, una disciplina más firme, han ido formando en los espíritus un "clima" propicio a la filosofía. Lo que no era hasta ayer más que la devoción o el pasatiempo de muy pocos, empieza a tomar en muchos los mismos caracteres de las otras especialidades. Última en alcanzar semejante dignidad, la filosofía ha dejado de ser ya una especulación ociosa o una simple reflexión al margen de otros estudios.

Libro de filosofía que no aspira a ser más que de filosofía, *La libertad creadora* de Alejandro Korn, tomo primero de los "Ensayos filosóficos", viene a atestiguar ahora, con la autoridad de su prestigio, la difusión y la intensidad de la cultura filosófica. Respetado maestro de historia de la filosofía, Alejandro Korn ha hecho conocer desde la cátedra y la revista las más esenciales direcciones del pensamiento contemporáneo. Sensible a algunas de ellas, puso por eso en su enseñanza el tono emocionado que sólo alcanzan las convicciones profundas. Supo también prolongar esa enseñanza más allá de las aulas, y afirman quienes frecuentan su intimidad que el maestro no se disminuye para nada en la prueba peligrosa del comercio diario. Retirado recién de la universidad, cuando aún nada en él indicaba la fatiga, el doctor Korn no se ha despedido sin embargo de la

* En *El Hogar*, 19 de septiembre de 1930.

cátedra. El Colegio Libre de Estudios Superiores ha contado con él desde el comienzo y bajo sus auspicios ha iniciado en los primeros días de este mes el segundo ciclo de sus enseñanzas.

Parte de los trabajos dispersos por revistas y folletos aparecen ahora en un volumen. Su autor no ha querido corregirlos y darles unidad. Aparecen así como otros tantos capítulos de un libro un poco descosido, con repeticiones y redundancias, pero en el cual la unidad está asegurada algo más que por el tono. Un estilo preciso y sobrio, a menudo irónico, da al volumen un aspecto cortés poco frecuente en estos temas. Y si se añade que el autor ha tenido el buen gusto de no emplear sino por excepción la jerga habitual en los filósofos, se comprenderá con cuánto placer es posible acompañarlo a través de las páginas hermosas de su *Libertad creadora*.

Arremetiendo contra el concepto mecanicista que dominó en soberano la filosofía del siglo XIX, el doctor Korn da a su pensamiento una marcada orientación moral en conformidad con las corrientes actuales más en boga. Ya no se trata de adaptarse pasivamente a un medio exterior que nos impone sus leyes, sino de adaptar ese medio exterior a nuestros anhelos de justicia y de belleza. Frente al mecanismo físico, la autonomía del yo y la dignidad de la persona. La libertad económica, que es dominio del medio, y la libertad ética, que es dominio del yo, constituyen unidas la libertad humana, y forman entre ambas las bases del desarrollo de la personalidad. Por la libertad luchamos desde que nos desprendimos de la animalidad; por ella seguimos en demanda. Cuando la conquista se realice, la necesidad y la libertad se habrán conciliado y la última duda callará. No es la lucha por la existencia el principio supremo, sino la lucha por la libertad: Korn la llama por eso "la libertad creadora".

Frente al mundo de las cosas exteriores está el hombre con sus afectos y sus anhelos. Cada una de sus reacciones ante los hechos son otras tantas maneras de atribuirles un valor. La expresión de todos los valores que ha afirmado es la cultura. Creación de la voluntad humana, la cultura se opone por eso a la naturaleza, creación de una energía extraña a nuestra voluntad. La ciencia es la interpretación cuantitativa de la realidad; todo en ella es causa y efecto; la filosofía es, en cambio, una teoría de los valores y todo en ella es finalidad y estimación.

Sería ridículo querer apretar en esas pocas líneas lo más importante de un libro que es él a su vez síntesis laboriosa de muchos años. Pero no creemos traicionar las líneas directrices en el rapidísimo esquema que antecede. *Élan vital* de Bergson,

idealismo de Cohen, historicismo de Croce, teoría de los valores de Rickert, inspiran en lo esencial *La libertad creadora*; pero si es difícil señalar en el volumen el aporte verdaderamente original, no es menos cierto que la síntesis aproximada de tantas fuerzas a veces enemigas constituye de por sí una hazaña suficiente. El mismo elegante desarrollo de la síntesis trabaja a veces por desgracia en su desmedro, y como el doctor Korn para mantener quizá el equilibrio de sus páginas rara vez desciende hasta las notas y mucho menos también se digna entrar en desarrollos, resulta así que más de una afirmación parece apresurada y más de una conclusión muy poco convincente.

Estos reparos, sin embargo, no le alcanzan. La edición restringida y reservada que ha hecho de su libro bien dice a las claras su intención. "A pocos ha de interesar —confiesa—, y estos pocos me entienden." *La libertad creadora* ha sido escrita, pues, para quienes de antemano la esperaban. Muchos son en efecto los discípulos, y para ellos va el libro en especial. Pero ya que ha tenido la amabilidad de hacerlo llegar hasta nosotros, queríamos decir aquí —aunque parta la voz desde un campo en cierto modo enemigo— con cuánto respeto es necesario leerlo y con cuánta profunda simpatía.

EL MOMENTO ACTUAL DE LA FILOSOFÍA *

Las verdades parciales que las ciencias alcanzan no satisfacen totalmente la avidez del hombre. Hay otra verdad, más plenaria y más alta, que la filosofía ha aspirado siempre a conquistar. Tres grandes caminos pretenden llevarnos hasta ella: la revelación, la razón y el sentimiento. Filosofías religiosas, filosofías racionalistas y filosofías románticas dividen siempre, en un momento dado, las opiniones de los pensadores y de los sabios. Sin perder de vista esa clasificación en cierto modo espontánea y natural, vamos a señalar ahora a grandes rasgos las manifestaciones más originales del pensar contemporáneo.

Dentro de las filosofías religiosas, el *catolicismo* afirma que la verdad revelada tiene la garantía de la Iglesia, en cuanto la Iglesia se declara sustento de esa revelación divina. La crítica y la duda son por tanto culpables, y se tiene de antemano como errónea cualquier conclusión científica no conforme a la revelación. Su metafísica, necesariamente realista, debe proporcionar las pruebas de Dios, la inmortalidad y el libre albedrío. No se concibe el pensamiento libre ni la "autonomía" en el sentido de Kant. Su moral conformista educa a las masas en la obediencia y el respeto. Los movimientos "modernistas" que tratan de renovarla están condenados de antemano. Para evitar todo acomodo en los dogmas, los dominicos exhumaron el tomismo y consiguieron de León XIII el apoyo de la más alta autoridad. Desde la encíclica famosa *Aeternis patris* (1879) quedó impuesta la filosofía de Tomás de Aquino como fundamento de la enseñanza eclesiástica. Decisiones posteriores no hicieron más que confirmarla, y en 1923 la encíclica *Studiorum ducem* de Pío XI proclamó que la doctrina de Santo Tomás es la doctrina de la Iglesia: *Thomae doctrinam Ecclesia suam propriam edixit esse*.

En más íntima conexión con la vida moderna, el *protestantismo* no pretende tutelar ni la ciencia ni la filosofía liberal. Su ética, menos conformista que la católica, no mira con malos ojos el progreso ni rehuye las investigaciones críticas. La con-

ciencia individual adquiere una importancia que la filosofía católica miraría con horror. La fe y la razón se aproximan, y el abismo entre lo finito y lo infinito tiende a disminuir. La apologética protestante no teme acercarse con Rodolfo Otto a la moderna psicología, ni tiene inconveniente en confesar con Wernle la posibilidad de que la interpretación religiosa de la experiencia pueda ser un craso error... Al admitir la certeza de la verdad, y al aproximarse tan resueltamente al hombre moderno, las filosofías protestantes —a pesar del lugar asignado aun a la fe—, tienden a confundirse cada vez más con las filosofías racionalistas que entramos a esbozar en su perfil.

Por reacción contra las filosofías naturalistas que impregnaron vigorosamente el pensamiento del siglo XIX, nuevas corrientes representadas en especial por Rickert tratan de oponer los "sucesos" cambiantes a las "leyes" invariables. El conocimiento científico no sería el único. Lo singular, lo intuitivo —que el concepto científico anula—, requieren también nuestro conocer. Frente al reino de la naturaleza, el reino de los valores: ni enemigos ni opuestos, pero distintos. La filosofía tendría así su campo propio en el problema de los valores, en el estudio de su validez y de su jerarquía. Y como estos valores alcanzan su realización en los bienes de la cultura, resultaría entonces que la historia de la cultura tendría un influjo dominante en la concepción del mundo y de la vida.

Íntimamente unida a la filosofía de los valores, aunque orientada más especialmente hacia la teoría del conocimiento, el *idealismo crítico* de Cohen y Natorp considera también como el problema de la filosofía la reflexión sobre la cultura. Pero heredero más directo de Kant, no subraya la hegemonía de la historia en el vigor sostenido por la escuela de Baden. Áspero y muchas veces obscuro, su filosofar se ha detenido en la lógica con especial predilección. Su doctrina del pensamiento creador aspira a ser al mismo tiempo una doctrina del conocimiento.

Arraigada en la lógica de modo parecido, la *fenomenología* de Husserl es, sin embargo, menos orgullosa. En vez de colocar el concepto en el centro de su reflexión teórica, trata de aproximarlo sostenidamente al hecho. Para conocer la validez de un concepto, la fenomenología se esfuerza en acercarlo hasta la intuición que le dio origen, para remontarse luego desde la "singularidad" de ésta hasta la "esencia" de aquél.

Y ya que hemos aludido más arriba al idealismo crítico de la escuela de Marburgo, bien podemos señalar ahora como otra

* En *El Hogar*, 23 de enero de 1931.

corriente dentro de las filosofías racionalistas al *realismo crítico* que es su opuesto. Tímido en un principio, más firme cada día, el realismo crítico de Stern, Messer y casi todos los hombres de ciencia, tiene en contra suya la peligrosa virtud de ser sensato. Para muchos eso sólo bastaría para invalidarlo: los filósofos han sido y seguirán siendo siempre como aquel barón de Münchhausen que ascendía hasta el cielo tirándose por los cabellos. Pero, ¿por qué ha de estar siempre la filosofía en abierta oposición con el "sano entendimiento"? Frente al idealismo que supone la realidad como pensada, el realismo afirma la existencia de una realidad independiente de nosotros y a la cual nosotros debemos ajustarnos. No supone que somos pasivos frente a ella, y que la reflejamos como en un espejo —según creencias del vulgo en el "realismo ingenuo"—, pero por grandes que sean las modificaciones que le imprimimos, algo hay que es y que existe por lo tanto "en sí".

Filosofías racionalistas y filosofías reveladas no agotan todas las aspiraciones a un conocimiento más alto. No muy lejos de las filosofías reveladas y hurañas con respecto a las racionalistas, las *filosofías de la intuición y de la vida* tratan de captar la parte de la realidad que la razón y el análisis dejan escapar entre sus mallas. Herederas de Pascal, en cuanto Pascal oponía a las rigideces de la geometría las sutilezas del "esprit de finesse", las filosofías de Bergson, de Müller y de Keyserling dan al sentimiento y al instinto un papel preponderante. Antiintelectualistas, afirman el valor de lo irracional y lo inefable, y dirigen lo mejor de sus críticas contra la ciencia y la razón. Si a la inteligencia no le es dado llegar sino a la superficie, quedaría a la intuición la posibilidad de sumergirse en lo más íntimo y profundo. Francamente míticas, representan, por lo tanto, una reacción de lo afectivo-ético contra lo lógico-crítico, y en el ambiente propicio de la posguerra han venido a reforzar las filas de los que veían en el progreso de las ciencias no sólo un peligro intelectual sino también social.

Señaladas así, a grandes rasgos, las corrientes más definidas en el momento actual de la filosofía, fácil es destacar el matiz original que da al pensamiento contemporáneo una expresión novísima. El escepticismo o la inquina de no hace muchos años contra la filosofía se han transformado en un vigoroso despertar. La crítica de las ciencias, magníficamente representada hoy por Meyerson, ha devuelto a los filósofos la nítida percepción de sus

problemas. Contra el positivismo estrecho que la negaba y contra el pragmatismo mezquino que le reconocía utilidad vital, la filosofía vuelve por sus gloriosos fueros. Ha renunciado, sin duda, a muchos de los ideales que fueron en otro tiempo sus más ardientes sueños; ha aprendido también a desconfiar de sí misma y a no adherir a lo que sabe con seguridad ilimitada.

Pero hay muchas divergencias en su entraña. Las corrientes que la atraviesan y la agitan, si obedecen en realidad a tenaces apetitos indestructibles, no dejan por eso de corresponder también a no menos tenaces aspiraciones irreconciliables. Cada una de las filosofías que hemos señalado son otras tantas maneras de encarar el universo y la vida; por eso también, a pesar de sus predominios momentáneos, no podrán llegar jamás hasta anular las otras. Y puesto que se me ha pedido hoy labor de profesor y no de crítico, yo repetiría, refiriéndome a todas ellas, la serena sentencia del Talmud al citar sobre la misma línea opiniones que se excluyen: "y todas son palabras de vida"...

LA PIEDRA DE SÍSIFO *

Por vez primera en la historia de las Repúblicas de América hispana un maestro de escuela alcanzaba la más alta dignidad reservada a un ciudadano. Con muy escasas excepciones, sus gobernantes habían adoptado siempre títulos pomposos: el *Libertador*, el *Protector*, el *Restaurador*. Con Sarmiento se iba a dar este acontecimiento extraordinario: un presidente que tenía a más honor su profesión de maestro que todos los entorchados y los títulos.

Estaba, al fin, en el sitio tantas veces anhelado por sus sueños. Cuanto había hasta entonces vivido y aprendido, iba a encontrar por fin la realización propicia. Sabía demasiado que no se cambia en pocos años la estructura de un país pero, como el albañil que construía la escuela de San Juan bajo la amenaza inminente de la invasión del Chacho, él también estaba dispuesto a levantar los muros de su gran edificio sin perder de vista los fusiles.

Pocas veces un estadista conoció mejor las necesidades de su pueblo. Lo había servido desde los puestos más oscuros, y tendero o soldado, periodista o maestro, no había dajado de aspirar un solo instante, en lo más secreto de su corazón, a la elevada magistratura que habría de darle, en la plena madurez de sus fuerzas, la oportunidad de trasladar a los hechos lo que tantas veces se tenía prometido.

La ceremonia de la transmisión del mando no fue, a decir verdad, para alentarlo. En el salón estrecho en que se realizó, más de dos mil personas se apretaban en pintoresca confusión: ministros extranjeros y sabandijas de los suburbios, policías curiosos y compadres burlones, oficiales del Ejército y chiquillos de la calle. Sobre las mesas de mármol que servían de base a los espejos, racimos de muchachos se estrujaban en confusa algarabía. Los vidrios de algunas ventanas estallaron; crujieron las puertas entre risotadas y dicharachos; y casi asfixiados por el tumulto, el presidente entrante y el presidente saliente pedían a gritos que los dejaran pasar.

* Se trata del sexto y último capítulo del libro *Sarmiento, constructor de la nueva Argentina*, publicado en 1932.

Como Posadas, primero, como Rivadavia, después, Sarmiento recibía una autoridad "vejada". Quejábase aquél, en 1814, que aún después de cuatro días de asumir el mando, los jefes de las reparticiones nacionales no se habían tomado ni siquiera la molestia de pasar a saludarlo; y como reacción a los mismos males, había impuesto el otro las rígidas ceremonias de las cortes europeas: tan esenciales para su ardor de novicio, que ni el artesano encargado de construirle un mueble se veía libre un solo instante del cargoso protocolo.

Humillado por el recuerdo de la escena vergonzosa, Sarmiento se propuso restablecer también, en 1868, con el respeto de la autoridad, el de los símbolos exteriores que la prestigian. El pedagogo que en él nunca dormía, le aconsejó que una carroza y una escolta no vendrían del todo mal. Pero la carroza de que pudo disponer, demasiado solemne, despertó en las gentes la sonrisa; y la escolta, a su vez, demasiado pintoresca, no llegó tampoco a convencer...

Como en los tiempos de gobernador en su insula sanjuanina, Sarmiento inauguraba la presidencia de la nación entre la tolerancia semiburlona del ambiente; como en San Juan también, las sonrisas preludiaron muy pronto la agresión. Para las familias tradicionales del Buenos Aires patricio, Sarmiento no era más que "un maestro pobretón". Apegadas a sus campos y talegas, considerando el trabajo de estanciero como el único propio de la gente decente, no disimulaban su aristocrático desdén por el provinciano advenedizo que lucía ahora la inmerecida suerte en un coche de gala con "baranda de plata". Algunas, las más osadas, daban a Sarmiento por no existente, y en casa de Juan Bautista Peña, por ejemplo, el nombre del señor Presidente figuraba entre las palabras que un hombre culto no debe pronunciar jamás...

En una carta a un amigo, escrita en la época en que aceptó su candidatura a presidente, Sarmiento comparaba su labor anterior al duro castigo de un pobre Sísifo que empujaba eternamente la misma piedra. "Pónganse ahora a mi lado, les decía, detrás algunos, espaldas con espaldas otros; sostengan mi debilidad y, por mi madre, prometo que he de levantar la piedra sobre la montaña." No imaginaba entonces lo ajustado del símil. Reconocíalo a poco de ceñir la banda, y comprobaba que mil veces más eficaces que el ataque descubierto son esas otras guerras sordas, de pequeñeces y de envidias, de difamaciones y de burlas, en que asoma siempre, mezquina como su vida, la angostura del alma aldeana.

La formación del Ministerio, sin duda alguna excepcional, como que se apoyaba en los firmes puntales de Avellaneda y Vélez Sarsfield, le trajo desde el primer día el resentimiento mitrista; y tan pronto como los alsinistas comprobaron que el señor Presidente los escuchaba de mal modo, le retiraron también su apoyo. Mitristas y alsinistas formaban las dos fracciones de la oligarquía porteña; más adinerada aquélla, más populachera esta otra. Alejado de ambas, Sarmiento tuvo a Buenos Aires de enemigo. Y el hecho era entonces mucho más grave de lo que hubiera sido hoy. Como la República carecía aún de capital, las autoridades de la nación eran consideradas como simples "huéspedes" de Buenos Aires, capital por entonces de la provincia de su nombre. Resultaba de ahí que en la misma ciudad coexistían el Gobierno nacional y el Gobierno provincial, tan poderoso este último que más de una vez debió concurrir con su dinero en apoyo de aquel otro. La extraña situación trajo necesariamente conflictos ininterrumpidos. Cuando el Gobierno nacional estuvo en manos de un porteño como Mitre las cosas se habían remediado; pero un presidente provinciano arrastrando pomposamente por las calles de Buenos Aires una escolta de sanjuaninos disfrazados de húngaros, era para la ciudad rencorosa una mortificación permanente, un agravio de todos los días.

Transacción momentánea entre intereses encontrados; sin partido político que lo apoyara; alejado casi de entrada de su vicepresidente, con quien cambió en seis años uno que otro saludo de cumplido oficial; atacado en todos los tonos por los resentidos y los descontentos, el pobre Sísifo trepaba a duras penas su montaña. La misma enemistad de todos le dejó más libres los brazos para actuar: sin presiones, sin ataduras, sin compromisos. Atacó de frente el mal de América con los únicos medios probados para vencerlo: la escuela, la inmigración y el orden. Más que la alta cultura de unos pocos interesaba a las incipientes democracias las primeras letras para todos. "Un pueblo ignorante —dijo— elegirá siempre a Rosas. Hay que educar por eso al soberano." Pero al mismo fin había que llegar desde otro flanco: infundiendo en sus venas sangre de Europa para corregir con el amor del trabajo la indolencia morisca que dejó el conquistador. El recuerdo de Estados Unidos, fuerte en su memoria, le empujó a construir con materiales más toscos una obra que en algo se pareciera a la de aquéllos. Europeizar América: he ahí su programa, y predicador, legis-

lador, ejecutor, no le arredró un momento la enormidad del propósito.

Fundó para eso escuelas a millares y bibliotecas por centenas; dio a la inauguración de cada línea férrea el justo significado de un acontecimiento nacional; prolongó el telégrafo hasta los confines de la República y lo estiró después con el primer cable transoceánico; clavó en el corazón de la Córdoba colonial el Observatorio Astronómico y la Academia de Ciencias; exploró la riqueza minera del país y levantó su primer censo; implantó en el Chacho la colonización agrícola y proyectó en Rosario la construcción de su puerto; echó las bases del Banco Nacional y abordó, después de Rivadavia, el problema vital de la cuestión agraria.

Cierto es que los libros cayeron a veces en aldeas oscuras que no los desembalaron jamás de los cajones o que arrancaron las hojas para armar cigarrillos y se *pitaron* así la biblioteca; cierto es que la Academia de Ciencias llevó durante un tiempo una vida miserable; cierto también que su proyecto sobre la cuestión agraria, con la guerra al privilegio que implicaba, fue detenido en el Congreso por los omnipotentes poseedores de esos mismos "extensos territorios que bastan en Europa para sostener un reino"; cierto todo eso y mucho más. Pero entre la indiferencia o la agresión, la incomprensión o la inquina, el constructor amasaba impaciente su barro informe.

Hombre de acción como hasta entonces no se vio ninguno entre nosotros, Sarmiento impuso a su manera su robusto lema: "Hacer las cosas, hacerlas mal, pero hacerlas." El país se convirtió bajo sus órdenes en un taller inmenso de artesanos revoltosos que se burlaban de su jefe y arrojaban a un dos por tres las herramientas; pero el impulso formidable que supo transmitirles levantó a la Argentina de su inercia, la impregnó de sangre y alma europeas, y le aseguró en América el mayorazgo indiscutible de la instrucción primaria.

Dominado, pero no vencido, el caudillismo comprometía a cada rato la realización de la gran obra. Taboada, en Santiago, empujaba a mostrarse fuerte; López Jordán, en Entre Ríos, lo imitaba. Extraños a todo lo que fuera autoridad y orden, aceptaban de mal modo un Gobierno que no admitía ni protectores ni aliados. El más poderoso de todos, el que había tenido en sus manos al país, le dio a Sarmiento, sin embargo, la enorme satisfacción de ser su amigo. Después de tantos años, cada cual en sus trece, Urquiza le hizo llegar la plena seguridad de su

adhesión, y cuando el señor Presidente quiso probarle a su vez con una visita oficial hasta dónde le había conmovido la lealtad de su gesto, el ex boletínero vio desfilar en honor suyo a quince mil soldados con el uniforme de Caseros.

Combatido rudamente por la oligarquía porteña, Sarmiento encontró en el apoyo de Urquiza la confianza que le era necesaria. La guerra del Paraguay terminó por ese entonces con la victoria decisiva de la Alianza. Libre así de los gastos enormes y la trágica sangría que le había tocado tan de cerca, el Presidente se dispuso a encauzar las energías redobladas, cuando una noticia terrible conmovió a la nación: en su residencia de San José, el general Urquiza y dos de sus hijos habían sido miserablemente asesinados. Su noble política le costaba la vida. El ejército que su nacionalismo habían puesto al servicio del Presidente fue sublevado en Basualdo por López Jordán, con la intención de separar a la provincia de Entre Ríos del "oprobio" de una nación dirigida por Buenos Aires. Responsable directo del crimen cobarde, López Jordán, se hizo proclamar gobernador por la legislatura aterrorizada, y pidió después con arrogancia el reconocimiento del Gobierno nacional. Sarmiento condenó el crimen con palabras descarnadas, y respondió a la insolencia del caudillo con el envío inmediato de un ejército.

Pero otro enemigo peor, desconocido e invisible, se presentó por entonces a las puertas de Buenos Aires. Durante cincuenta y cinco días, la ciudad paralizó sus actividades, huyó al campo enloquecida, dejó una lista interminable de cadáveres. Deficientes los hospitales, escasos los médicos, casi nulos los recursos, la fiebre amarilla encontró a la ciudad desamparada. Imposibilitado el Gobierno nacional, por carecer de jurisdicción en la ciudad; no muy diligente el Gobierno de la provincia; exhaustas las rentas de la municipalidad, quedó confiada a la espontánea acción del pueblo la defensa necesaria para contener de algún modo la epidemia. Iniciada en enero de 1871, con algunos casos importados por un buque del Brasil, la fiebre amarilla concluyó en mayo, después de haber dejado un total de quince mil víctimas y de haber ocasionado pérdidas incalculables en la economía.

Una profunda depresión siguió a los estragos de la fiebre. Conflictos con el Paraguay y con el Brasil ensombrecían además nuestras fronteras. Se temía por el porvenir financiero de la nación, y cálculos pesimistas encontraban en todas partes la acogida fácil. Sarmiento se propuso dar entonces al país una lección extraordinaria de energía. Planeó y llevó a cabo, con

tenacidad increíble, la primera Exposición que se efectuaba en el país. Eligió la ciudad de Córdoba como sitio del certamen e invitó a las provincias a concurrir con sus muestras. Sin comprender muy bien lo que se proponía, la gente tomó el proyecto como cosa de loco. Postergado varias veces, auguraba todo el mundo el fracaso del certamen. Pero el tesón y la fe pudieron más. Algunos factores concurren a darle animación: el reciente ferrocarril, por ejemplo, con el estreno, casi inverosímil, de un coche comedor... El viaje del Presidente, con sus ministros y su comitiva, se convirtió muy pronto en poderoso atractivo. El tren expreso que salió de Rosario a las siete y media de la mañana llegó a Córdoba al anochecer en el tiempo *record* de veinticinco millas... Las poblaciones del trayecto se agolpaban para ver pasar al Presidente, y, en contra de todo lo previsto y lo deseado, Córdoba dispensó a Sarmiento una recepción triunfal. Gobernadores de cuatro provincias habían concurrido; los niños de las escuelas formaban en las calles; desbordaban los balcones de familias; un batallón de línea presentaba armas.

Quince días de inacostumbrada animación vivió entonces el país. Tejidos, curtiembres, fundiciones, tintorerías, imprentas, productos agropecuarios, de todas partes de la nación habían llegado. El propio señor Presidente tuvo la alegría no pequeña de recibir en premio una medalla por haber introducido el mimbre en el país; y para asociarse de una manera aún más ostensible a aquella prueba elocuente de la industria criolla, se decidió a vestir, mientras duró la Exposición, un traje completo de vicuña elaborado con telas nacionales...

El Senado, mientras tanto, el baluarte más firme de la oposición, lo atacaba con violencia: se le reprochaba la lentitud de los ejércitos en Entre Ríos, la segunda rebelión de López Jordán, el estallido reciente de Mendoza. Preparábanse los partidos para la próxima contienda electoral y removían por eso con propósitos turbios cuantas cosas pudieran servir sus intereses. La caricatura zumbaba a Sarmiento sus burlas torpes; el populacho lo agredía en la calle algunas veces; los diarios enemigos no respetaban ni los detalles de su vida íntima. Despierto así su ardor de viejo polemista, Sarmiento no dejaba ni un insulto sin respuesta. Desde *El Nacional* y *La Tribuna*, el señor Presidente paraba los golpes con los golpes, asestaba a su turno formidables reveses o hacía resonar a pleno pulmón su carcajada ultrajante.

En esa atmósfera de rebeliones y de insultos, de sacudidas y de cuartelazos, llegó para Sarmiento el único detalle que en su vida faltaba y que no dejaba de encontrarse nunca en la historia de los grandes luchadores.

Un agente de López Jordán, llamado Aquiles Sesabrujo, contrató en un sucio fondín de la Boca a dos muchachos italianos, Pedro y Francisco Guerri, llegados al país hacía muy poco. Les ofreció diez mil patacones, a pagar en Montevideo, si cumplían a satisfacción un "trabajo" de algún riesgo, cuyos detalles más tarde les serían explicados. Durante más de una semana, un doctor Querencio, de Montevideo, envió, en efecto, a los dos hermanos, doscientos pesos cada día. Tentados por el negocio, los muchachos cerraron trato en algunas otras reuniones en la Boca. Quedó convenido que en el día y a la hora que se les designara, los Guerri cumplirían lo que Sesabrujo ordenara.

El sábado 23 de agosto de 1873, a las nueve de la noche, Sarmiento salió de su casa, en la calle Maipú, entre Tucumán y Temple —en donde vivía como huésped de la familia de Carrié—, y ordenó a su cochero conducirlo hasta la casa del ministro Vélez Sarsfield, que estaba por entonces en Cangallo. Al llegar a la esquina de Maipú y Corrientes, el cochero oyó un prolongado silbido que le llamó la atención, e inmediatamente después vio tres hombres que corrían en dirección al carruaje: dos adelante con trabuco y puñal, y uno más atrás que les gritaba: "Ése es. Tiren." El hombre de la izquierda se aproximó a la ventana del carruaje y, al disparar el arma, el trabuco le estalló en la mano. Despavorido, el cochero echó a escape los caballos, los detuvo recién en lo de Vélez, y, sin mirar siquiera al interior del coche, entró gritando que habían asesinado al Presidente. Segundos después, Sarmiento entraba como siempre a lo del viejo amigo con su robusto buen humor, ajeno por completo a lo ocurrido. La obscuridad de la noche, su sordera acentuada, la frecuencia de tiros en las calles, las preocupaciones sobre una monstruosa interpelación de diecisiete puntos que el Senado preparaba, se sumaron para mantenerlo totalmente ajeno al atentado. Cuando el jefe de Policía llegó poco después a dar detalles, Sarmiento se convenció recién de que no estaba ebrio el buen cochero. Por cumplir mejor con el contrato, Francisco Guerri tanto había cargado su trabuco, que necesariamente tenía que estallarle. Sin ningún disimulo, los dos delinquentes confesaron todo: dieron el nombre del instigador y de la persona que en Montevideo pagaría más tarde su "trabajo". Que en lo declarado nada había de novela se pudo

saber más tarde cuando la justicia exigió la comparecencia de Aquiles Sesabrujo. El mismo día, con sus propias manos, el doctor Querencio lo asesinó. Poco consiguió con ese crimen: no por haber evitado la declaración de su cómplice fue menos evidente, en la conciencia de todos, la orden superior a que el crimen respondía.

Al día siguiente del atentado se inició en la Bolsa una espontánea manifestación para saludar al Presidente. Pero ni en Diputados ni en Senadores una sola voz condenó lo sucedido. Poco tiempo faltaba para concluir su presidencia, y Sarmiento veía en aquel silencio hostil cuántos rencores había levantado con sus obras, cuántas resistencias con su sinceridad, cuántas envidias con su talento. Le quedaban todavía muchos tragos amargos que apurar. Pero tanta miseria no dejaba de ofenderlo. Durante días veíasele entonces el traje un tanto descuidado, revueltos un poco los escasos mechones, menos jovial el carácter, más adusto el semblante. Todo aquello lo esperaba, lo tenía previsto, sabía que era inevitable. En el tomo primero de sus *Viajes* tenía escrito que la Humanidad es una tierra dura e ingrata que rompe las manos que la cultivan. Pero al hombre tierno que había en él, sediento siempre de justicia ajena, le costaba reconocer a veces tanta incompreensión y tanto odio.

Para curarse el alma, el extenuado Sísifo gustaba pasar algunos días en su villa lacustre de Carapachay. "Cuando las vicisitudes de la vida os oprimen —aconsejó una vez—, buscad el espectáculo de las cosas que son superiores a las vicisitudes humanas: el curso de los grandes ríos, las costas del mar, el perfil de las montañas."

El paisaje de las islas que el Paraná forma al abrirse en delta le tenía cautivado desde hacía muchos años. Su belleza salvaje, su clima templado, sus canales silenciosos le conmovieron hondamente desde que los vio. Casi desiertas por entonces, las islas no tenían atractivos para nadie. Sarmiento sospechó en ellas el rico foco industrial que son ahora; pero se propuso elegir las además como el rincón solitario en que iría a desahogar sus nervios y a descargar el alma demasiado tensa. El primer día que las visitó disparó al aire los tiros de su carabina para imitar la ceremonia que los conquistadores realizaban al tomar posesión de nuevas tierras. Suyas y nada más que suyas fueron desde entonces. Con la carbonilla inservible de una lancha a vapor preparó los caminos; con viejas tablas de cajones levantó sus tres ranchos; con las caricaturas más sangrientas tapizó

sus paredes. Y para que el retiro nada tuviera de severo o de hostil: *Welcome to the shade*, escribió en un cartel.

Entregábase allí a las delicias de la vida rústica. Semidesnudo, removía como un isleño el limo amarillento; como un isleño se internaba también entre las espadañas y los juncos. Plantaba mimbres, hundía estacones, abría senderos machete en mano por entre el laberinto de las enredaderas, rojas las mejillas por el esfuerzo, sangrientas las manos por los rasguños, brillante el cuerpo por la transpiración. Sepultábase dichoso en la maleza de las islas, como en la niñez remota en la maraña de la selva puntana; y una vez concluido el merecido descanso, echábase a remar con su chalana por la Boca de las Palmas, haciendo fiesta de cualquier incidente, alegre de sentirse vivir, feliz de escuchar el ritmo de su propio organismo bajo las llamaradas rojizas del crepúsculo.

En los días de baja marea las islas le reservaban otro espectáculo para su regocijo: las aguas al descender dejaban en descubierta el banco inmenso del Toro, y por las canaletas, en que quedaba agua escasa, un río viviente de *dorados* se agitaba delante de sus ojos; la mitad del cuerpo fuera, desesperados por no poder respirar, estrujándose los unos a los otros, saltando de aquí y de allá, lanzaban los peces como ráfagas de fuego, refulgentes las escamas bajo la luz del sol. Deslumbrado por tanto color y tanta vida, Sarmiento se quedaba allí un largo rato. Años atrás, en una tarde como ésa, su buen Dominguito había descubierto aquel prodigio, y a fuerza de golpear la pesca al alcance de la mano había hecho pedazos la carabina que el padre le regaló. Encogíasele el corazón al recordarlo, y con ritmo menos vivaz volvía remando hasta sus ranchos.

La noche lo encontraba muchas veces desvelado. Pensaba en sus luchas, en sus afanes, en sus fracasos. Trepaba entonces a una glorieta que había hecho construir sobre la cima de los árboles, y desde allí, como un vigía en el más alto de los palos, parecía que el país era un gran buque que había confiado en él la responsabilidad de sus destinos. Como aquel Rodrigo Manrique, condestable de Castilla, él era también nuestro *vigilantísimo*: alerta siempre en la perpetua vigilia. Cada vez que entraba a su Carapachay pensaba tirar por la borda todos sus esfuerzos, dejar que los bárbaros siguieran viviendo en la ignorancia, que los bellacos continuaran revolcándose en sus infamias. Pero a los pocos días el delta le daba un alma nueva. El varonil consuelo de la soledad le devolvía la fe, le reencendía el entusiasmo, limpio lo dejaba de rencores. Con paso firme ba-

jaba entonces de su glorieta, se despedía por un tiempo de las islas y regresaba de nuevo entre los hombres.

Cuando terminó la Presidencia, Sarmiento no tenía con qué vivir. Su ex ministro Avellaneda, Presidente ahora, se ofreció a servirlo. El grande hombre pidió dos cosas: que le dejaran su edecán y que le permitieran seguir usando la franquicia del correo... Sonrió el Presidente de tanto candor, y propuso su ascenso a general para ayudarlo de algún modo.

Aquel generalato provocó no pocas burlas, y el Senado —enemigo siempre— encarpeté la propuesta por un tiempo. A poco andar, felizmente, lo eligió su provincia senador. Seis años enseñando a su pueblo como un maestro gruñón habían acumulado tantas rebeldías inconscientes, tantos deseos de venganza, que ni aun después de entregado su bastón le perdonaban las gentes su prestigio.

El primer informe en el Senado provocó un estallido. Al redactar en nombre de la mayoría el dictamen de la Comisión sobre la amnistía de 1874, subrayó con palabras vigorosas todo lo que tenía de criminal el enorme delito de alzarse contra la nación. Como el movimiento revolucionario de ese año había tenido en los porteños sus ejecutores primero, sus derrotados después, la ciudad entera se propuso vejear al senador como a nadie hasta entonces se le había vejado. La barra populachera del Congreso le gritó a sus anchas, le silbó con furia, le escupió a la cara los insultos más soeces, y para que no quedara a Sarmiento la más mínima duda sobre la unanimidad de la opinión, dos filas de jovencitos distinguidos lo esperó a la salida, y, entre burlas y risotadas, remataron con el estruendo de los pitos la miserable afrenta. Tanta debió de ser la excitación, que el senador Quintana, su enemigo, se ofreció a acompañarlo. Sarmiento no aceptó y tranquilo avanzó entre las filas. Ligeramente terrosa su palidez curtida, revueltas las cejas hasta metérselas casi en los ojos, totalmente rasurado el rostro, pulcra la camisa de cuello abierto, la gruesa cadena de reloj cruzándole el chaleco, un bastón de caña amarilla por toda defensa, el grande hombre caminaba impasible, mirando uno por uno el rostro de los insolentes, más desdeñoso que nunca su bello carnudo... ¡Los bárbaros, siempre los bárbaros en su camino!

A la sesión siguiente, Sarmiento denunció el escándalo de que había sido víctima, y defendió sus fueros de senador y su dignidad de hombre en el discurso más henchido de orgullo que el Congreso argentino escuchó jamás. "Yo soy don Yo" afir-

mó de entrada, y en revista pasó después los episodios de su noble existencia, las fieras luchas contra el Tirano, la incansable batalla contra la barbarie. "Todos los caudillos llevan mi marca", agregó; y volviéndose a la barra trajo el recuerdo de los grandes hombres que tuvieron razón contra su siglo. En medio de un silencio religioso, la voz de Sarmiento resonaba como si, pasando por encima de los contemporáneos que no lo merecían, el grande hombre se empinara para buscar en el porvenir lejano los discípulos devotos que lo comprendieran: "He querido, señor Presidente, que la barra me oiga una vez para que vea toda la libertad de que soy capaz. Y es una pérdida para el país que ustedes encadenen y humillen y vejen este espíritu que ha vivido sesenta años, duro contra todas las dificultades de la vida; que ha sufrido la tiranía, que ha sufrido la pobreza que ustedes no conocen, y las aflicciones que puede pasar un hombre que no sabía en la escuela sino leer y que desde entonces viene abriéndose camino con el trabajo, la honradez y el coraje."

El fiero orgullo de su propia vida, que en los momentos más difíciles había sido siempre su fiel aliado, lo protegía ahora una vez más; y debieron asomarse desde entonces a su espíritu las palabras casi sublimes que lanzó más tarde y que hombre alguno en la Argentina tuvo tanto derecho a pronunciar: "El día en que me echen mi última retreta podrán decir en justicia: Acompañad a ese cadáver; no volveréis a tributar iguales honores a un argentino más ilustre."

Sentíase ya el gran viejo de la patria; pero maestro y siempre maestro, aceptó como un honor dirigir otra vez las escuelas de Buenos Aires, a un año escaso de haber sido Presidente. Encontróse de nuevo en su elemento. Durante cuatro años compartió con aquella dirección sus tareas del Senado, y mientras apoyaba en la Alta Cámara la ley de tierras o defendía la paz con Chile, no perdía de vista en la enorme extensión de la provincia la marcha de la más humilde escuela o la feliz iniciativa del más oscuro maestro.

En septiembre de 1879 debió renunciar al Senado y alejarse de sus escuelas para prestar el apoyo de su altísimo prestigio al Presidente Avellaneda, que le rogó aceptara un ministerio. En peligro una vez más la autoridad de la nación, Sarmiento quiso contener con su habitual energía la grave amenaza de algunas provincias coaligadas. Preparábase otra vez las futuras elecciones, y los dos candidatos de mayor caudal, Roca y Teje-

dor, igualmente amenazados por el ministro incorruptible, se unieron ante el peligro común y provocaron la caída de Sarmiento.

El breve ministerio había durado escasamente mes y medio. Salía de él amargado por las intrigas, ofendido por la incultura, asqueado por los turbios manejos de los candidatos. Una alegría, sin embargo, le dio aquel ministerio. A los veinte años de destierro voluntario, enconada su ambición insatisfecha, mortificado más que nunca su pobre cuerpo, Alberdi regresaba al país como diputado de su provincia al Congreso de la Nación. Al llegar a Montevideo se enteró de que el viejo enemigo ocupaba el ministerio de Interior. Pusilánime como siempre, temió encontrar de parte del Gobierno un recibimiento glacial. Quedó unos días en Montevideo, hasta que un amigo le transmitió la absoluta seguridad de que Sarmiento había olvidado las ofensas. Para demostrárselo, el señor ministro dio las órdenes oportunas, y fue su saludo el primero que Alberdi recibió en la patria. Aún no tranquilizado lo bastante, Alberdi pasó por su despacho a saludarlo. Sarmiento conversaba con Aristóbulo del Valle, cuando le anunciaron el viajero. Púsose de pie con regocijo y se adelantó a recibirlo: "¡Doctor Alberdi, en mis brazos!"; y el de las *Quillotanas* y el de las *Ciento y Una* se estrecharon después de tantos años.

Un buen descanso en Córdoba y largas jornadas a caballo le consolaron muy pronto del ministerio infeliz. Vacante desde que renunció, la Dirección de Escuelas lo esperaba siempre. A ella volvió otra vez, y tuvo la satisfacción de presenciar que entre las candidaturas de Roca y Tejedor —heredero aquél del viejo urquicismo, intérprete este otro del localismo porteño— un puñado de hombres jóvenes, que eran ya la fuerza y la gracia de la patria, levantaban su nombre como una bandera. Aunque definido el triunfo de antemano en favor de Roca, la campaña electoral devolvió a Sarmiento su antiguo entusiasmo.

Federalizada la ciudad de Buenos Aires, como último acto de la larga lucha entre provincianos y porteños, la Dirección de Escuelas de la provincia pasó a convertirse en la Superintendencia de la Nación. Con carácter de tal fue designado Sarmiento en 1881; pero el Presidente Roca cometió el error o la perfidia de acompañar su nombramiento con el de un Consejo consultivo formado en su casi totalidad por enemigos. En la Dirección de Escuelas Sarmiento hacía y deshacía sin dar a nadie cuentas, y por eso la obra fue fecunda; en la Superintendencia, en cambio, debía discutir sus actos con subalternos figurones de

la política que nada entendían de educación, y el conflicto inevitable se presentó muy pronto. El motivo fue, sin duda, lo de menos: la elección de un vicepresidente a la cual Sarmiento no quiso asistir. Pero el secreto verdadero del conflicto residía en otro lado. Desde hacía varios años, una sorda guerra religiosa, como la que estalló en San Juan con motivo de la Carta de Mayo que impuso Del Carril, se venía preparando activamente para librar la violentísima batalla en contra de la escuela laica. La mayoría del Consejo, hostil a Sarmiento, la formaban elementos conservadores que respondían a la política fanática de un santurrón cordobés a quien Roca había entregado el ministerio de Instrucción. De él recibían las órdenes y por él avivaban las intrigas, hasta que un decreto oblicuo, como de buen clerical, barrió con el Consejo y con Sarmiento. Después de cuarenta años de trabajos, al más ilustre educador de América le fue negada autoridad por un oscuro zascandil de sacristías.

Una larga polémica que trajo como consecuencia la renuncia del ministro fue la respuesta de Sarmiento, y condujose en ella con tanto buen humor, que creyó necesario resumir en una frase su concepto de lucha: "La guerra hay que hacerla alegremente." Como el Queiroz regocijante de *As Farpas*, Sarmiento también pensaba por entonces que "la estulticia tiene cabeza de toro". Propúsose, como aquél, banderillar la pesada alimaña, y con frescura de estudiante, ágil se mostró como ninguno. Las más sabrosas de las páginas brotábanle sin esfuerzo en ese estilo suyo de la madurez en que las expresiones más arcaicas se codeaban con los neologismos más recientes y en el que el párrafo corría sin ataduras, escurridizo y ligero, arrastrando consigo, en ruidosa algarabía, las anécdotas y los recuerdos, las alusiones y los sarcasmos, el decoroso latín y el dicharacho pueblero. A los cuarenta años justos volvían otra vez las ardorosas polémicas de su zahurda en los Portales, y como en los buenos tiempos de su casera doña Gloria, la nieta Eugenia o el nieto Augusto oíanle a veces festejar en su escritorio con risa sonora la oportunidad de tal ocurrencia o la eficacia de tal mote.

El incidente del Consejo no fue, en realidad, más que el comienzo de la ofensiva ultramontana. Coincidiendo con el debate mundial en torno de la escuela laica, el catolicismo argentino se levantó estrepitosamente a combatirla. Huésped de Montevideo durante unos días, Sarmiento había llevado al país vecino una vieja iniciativa que siempre le había preocupado: la celebración de un convenio internacional que asegurara la traduc-

ción y difusión de los mejores libros europeos. Pero invitado a visitar la Escuela Normal de Mujeres, el hombre no pudo con su genio, y pronunció de pasada un discurso agresivo y viril, como todo lo suyo. Con el agudo sentido que tenía para descubrir cuanto pudiera significar un peligro en la enseñanza, no pudo pasarle inadvertido que la reciente llegada al Río de la Plata de algunas congregaciones religiosas, con propósitos de dirigir establecimientos de educación, representaba una amenaza muy grave contra esas mismas escuelas normales que le eran tan queridas y en las cuales veía, y con razón, el baluarte más seguro del liberalismo. Sin abandonar el tono familiar y burlón, advirtió a las estudiantes uruguayas que debían aprestarse para defender sus viñas de aquella grave plaga, y no les ocultó tampoco que dependía de ellas en gran parte el futuro de la cultura en el Plata.

El discurso de Sarmiento resultó un grito de alarma sobre los peligros de la enseñanza religiosa y vaticinó con su clarividencia habitual la ruda lucha que sacudiría en breve a la República. Herida en lo más vivo, la Prensa clerical se le echó encima como un perro rabioso. *La Unión*, de Buenos Aires, órgano del partido católico argentino, cuyo estado mayor lo constituían Estrada, Goyena, Achával y Lamarca, desató la campaña con unas líneas virulentas que llevaban el título de "Escándalo", y en las cuales se afirmaba que el discurso de Sarmiento inspiraba únicamente compasión, por venir de labios de un anciano. Como Sarmiento continuaba todavía en Montevideo, *El Nacional*, de Buenos Aires, que le era afecto, respondió en breves líneas, sin dar todavía a la polémica la importancia a que los otros aspiraban.

Como si la relativa indiferencia de *El Nacional* hubiera exacerbado en *La Unión* el odio de sus fanáticos, dos artículos terribles aparecieron en la misma página: en el primero, campanudo y retumbante, se le negaba a Sarmiento todo mérito; en el segundo, menos solemne y más perverso, el odio se volcaba en la grito más infame. El criterio de Sarmiento, se decía, ha sido siempre su apetito, y "su apetito, desordenado hasta dar náuseas". En cuanto a los consejos a las niñas de Montevideo, no pasaban a ser más que "frases repugnantes de galantería senil..."

Al regresar de Montevideo, Sarmiento se enteró del nuevo escándalo que sus palabras habían producido. No se sorprendió, por cierto; conocía su destino. Adonde él llegaba se encendían las pasiones como el calor de una hoguera. Nunca,

cierto es, se le había mancillado de tal modo, y dispuesto a contestar una vez para siempre, trazó en *El Nacional* una de sus páginas soberbias, le puso como epígrafe la oportuna sentencia de Paul Louis: *Les cagots te tueront*, y devolviendo el ruin insulto, lo firmaba así *Un viejo ebrio de vanidad*.

La respuesta de Sarmiento llevó las cosas al paroxismo. *La Unión* del 20 de febrero de 1883 vomitó barro en tres artículos, y por su carácter de documento excepcional deberían exhibirse para gloria de Sarmiento en el futuro museo de su nombre. De los tres artículos, "La sacra persona", "Sarmiento" y "El Sarmiento de ayer", el último hace pensar en la locura. Nunca la ceguera llegó a tales límites, nunca el arrebató de la cólera estuvo tan cerca del delirio.

Cuando conoció Sarmiento la ignominia de semejante desahogo, domando el propio orgullo prefirió no contestar; pero reprodujo en su diario el párrafo insensato y le puso al pie la firma de Goyena, que faltaba. Pocos días antes había cumplido setenta y dos años de edad. La polémica a que le habían llevado demostraba una vez más cuán poca cosa podían los años con su entusiasmo y sus pasiones. "Yo me siento capaz de hacer el bien —había dicho alguna vez— porque sé que es lo que quiero." Para demostrar que ese querer coincidía con el de los hombres jóvenes, un grupo de estudiantes invitó al pueblo a saludarlo en prueba de adhesión. Y esos jóvenes se llamaban José María Ramos Mejía, Juan J. Naón, Lucio Vicente López... Si algo faltaba todavía en el instante de su triunfo, ya lo tenía de sobra con la admiración de los jóvenes.

Entre polémica y polémica, Sarmiento trabajaba con seriedad de estudioso en un libro denso y hondo que publicó por entonces, y del cual dijo con razón que era el *Facundo* llegado a la vejez. La interpretación de la realidad argentina, que *Facundo* esbozaba en reflexiones a la pasada o generalizaciones atrevidas, se mostraba en *Conflicto y armonías de las razas en América* como el fruto maduro de una labor paciente. Obra severa y grave, medulosa y fuerte, vino a probar que, si el entusiasmo seguía siendo el mismo, tampoco había decaído en nada el robusto pensamiento.

Un último viaje a Chile, siempre en pos de aquel convenio internacional de traducciones, le dio por vez primera la clara sensación de la gloria. La merecía, sin duda, pero la necesitaba también. Muchos años atrás, en esa misma patria chilena que lo acogiera tantas veces en sus momentos más amargos, le

había dicho una vez a Manuel Montt, al remitirle la carta honrosa en que Buloz ponía a su disposición la *Revue des Deux Mondes*: "Guárdemela con cuidado. Demostraciones así serán el rapé de mi vanidad para los malos trances." Después del zurdo agravio en el Consejo, después de la turbia polémica de los católicos, bien le venía la recepción triunfal de Valparaíso y de Santiago.

Se la renovó San Juan a su regreso, y como si quisiera borrar con su gran gesto el recuerdo de tantas villanías, el Congreso Argentino ordenó poco después la edición de sus *Obras Completas*, por cuenta del Estado. Lentamente granaba al fin la cosecha. Un hervor de vida nueva agitaba a la República. La había sentido latir en torno suyo, rodearlo en su viejo *Nacional*, estrecharse junto a él en sus aniversarios. Una generación de hombres jóvenes venía a sus espaldas y lo aclamaba ya su maestro y su guía. Amigos desconocidos le hacían llegar el testimonio de una admiración cordial, y poco a poco iban asomando en la cultura de la patria la ironía filosófica de Wilde, la gracia elegante de Cané, los ensayos vigorosos de Ramos Mejía, las reconstrucciones geniales de Ameghino...

Todo tenía ahora el grande hombre: hasta un hogar alegrado de nietos. Su hija Faustina, casada con aquel impresor, Jules Belin, que se trajo Sarmiento de París, le había proporcionado en la vejez el calor de los cariños a que se mostraba tan sensible. Junto a ellos vivió los años últimos. Muy de mañana levantábase sin bulla para no turbar en las piezas vecinas el sueño de los nietos. En mangas de camisa y un gorro negro de borla, atravesaba el zaguán casi en puntas de pie. Un papagayo tucumano que se moría de viejo lo saludaba al pasar, y una vez en el segundo patio, la inspección comenzaba junto a la pajarera: desde el *Cacique* agresivo que lo esperaba en batalla, hasta el buen *moking bird* que le trajeron del Mississippi y que nunca curó de la nostalgia de su selva nativa. Minuciosos cuidados venían luego para los parrales y las enredaderas y como final de la inspección, una visita a la hiedra amiga que él mismo había elegido para que le acompañara después sobre su tumba. Los nietos se acercaban recién a saludarlo. Un buen rato de charla con los chicos, otro más largo aun para el tocado, y el gran viejo se dirigía hacia su diario, encorvada un poco la ancha espalda, hablando a solas muchas veces por las calles, golpeando con el bastón el borde de la acera, deteniéndose a tironear las naricillas de los chicos amigos. Repartiendo bromas entraba a la imprenta familiar, escribía de un tirón sus artícu-

los inconfundibles, mientras se acumulaban en el cenicero vecino las colillas de los *chalias*, y regresaba después para su casa a la hora de almorzar, más vivaz el paso, más alegre el semblante. En un costado de la mesa, frente al patio y la pajarera, compartía con los suyos el buen pan, bajo la mirada alerta de la hermana Rosario, que se vengaba ahora de las bromas de antaño regateando implacable su ración de pepinos. Venía en seguida las largas horas de lectura en la biblioteca, las anotaciones rápidas en el escritorio, las visitas al desván en que la nieta Eugenia había instalado su *atelier*. Para los amigos eran después sus noches. Prolongaba encantado las largas sobremesas, y revivía allí, entre cigarro y cigarro, los recuerdos felices y los tristes.

A mediados de 1886 empezó a sentirse enfermo. Para escapar al frío y la humedad de Buenos Aires, los médicos le aconsejaron un viaje a Tucumán. Acompañado por uno de sus nietos, Sarmiento visitó por vez primera aquellas regiones con las que tanto había soñado la Paula cuando niña, y que él, influido por las charlas de la madre, habían descrito en su *Facundo* como un deslumbrante paraíso.

Los agasajos y las fiestas le fatigaron un poco, y cierto día en que, rehusando algunas demostraciones, quiso caminar unas cuádras con su nieto, éste le hizo observar al poco tiempo que una muchedumbre silenciosa lo seguía. Alguien lo había reconocido, y al solo anuncio de que Sarmiento pasaba, grandes y chicos se volcaron a la calle. ¡Sarmiento, siempre Sarmiento! ¿Quién no había oído durante cincuenta años aquel sonoro nombre de guerra entremezclado de tal modo a las luchas de la patria que la vida del uno y la vida de la otra eran muchas veces una misma cosa? Conmovido el gran viejo por aquel homenaje mudo, se detuvo un momento a contemplarlo. Volviéndose hacia su nieto, le dijo entonces: "Como a Dante en Florencia, se paran a mirarme porque yo soy el hombre que ha bajado a los infiernos..."

A pesar del tratamiento y del reposo, la enfermedad al corazón continuaba implacable. Sarmiento presentía el fin y lo esperaba tranquilo: dichoso de haber alcanzado la vejez sin conocer ni un momento el horror de los principios vencidos y las creencias muertas. Pero, buen combatiente, quiso vivir hasta la última hora su obstinada batalla.

En Asunción, del Paraguay, adonde fuera en busca de clima propicio a su cuerpo gastado, se dio a trabajar acto seguido para

la nueva patria. Destrozado por una guerra feroz, Paraguay se esforzaba en reconstruir su vida. Ofreció el viejo obrero sus brazos diestros, y una vez más echó sobre sus hombros la piedra de Sísifo. Pero allá y acá nunca supo nada de prudencias, y un pariente del tirano Francia, a quien Sarmiento había calificado con rudeza, le ofendió torpemente en una carta. Disminuido por la enfermedad, el grande hombre sintió más que nunca el dolor de la afrenta. Pero fuerte también como nunca su orgullo de hidalgo, envió al ofensor sus padrinos para batirse como un bravo don Diego, dispuesto a ser él mismo su Rodrigo. Tanta fue la bulla que se armó, tan inequívoca la simpatía popular por el huésped ilustre, que el ofensor debió renunciar a un ministerio y dar por retiradas las injurias.

Como en los buenos días de Carapachay, Sarmiento se dispuso a armar sobre un terreno, que por suscripción le habían regalado, una de esas casas de hierro llamadas isotérmicas, que entonces recién se conocían. Con su amplio sombrero de plantador de Carolina, todas las mañanas vigilaba la obra, dirigía los peones, combinaba el enrejado, organizaba los almacigos. En compañía de su hija Faustina y de su nieta María Luisa, descansaba por las tardes a la sombra de los árboles, recostado muchas veces sobre la grama fresca. Contestaba por la noche su correspondencia, ponía en orden sus papeles, enviaba a los diarios de Asunción eruditos consejos sobre las industrias. Y como en él la acción venía tras de la prédica, introdujo el mimbre en Paraguay y planeó un nuevo modelo de bancos para escuelas.

La casa, mientras tanto, estaba ya por concluir. Fuera del empapelado y la pintura, algo echaba de menos que le preocupaba: un pozo surgente que había mandado ahondar no terminaba todavía. Una mañana, por fin, brotó el agua, y el grande hombre se sintió entonces tan feliz, que embanderó la casa como celebrando un gran hallazgo. Industria, escuela, agua: cuanto podía lo había dado ya.

Tanta excitación y tanta fatiga acentuaron su malestar. A principios de septiembre de 1888 sufrió un síncope, y pocos días después se reagrá. Pálido, demacrado, la barba larga, la mirada triste, la respiración anhelante, Sarmiento se dispuso a morir. El boletín sanitario firmado el 10, a las tres de la tarde, por todos los médicos de Asunción anunciaba un pronóstico gravísimo.

Hablando confusamente, reconociendo apenas, en la madrugada del día 11 pidió al nieto Julio que lo llevara hasta un

sillón. Frente a la ventana abierta de par en par, esperó que amaneciera. En la noche tranquila las estrellas del trópico brillaban, y un suave agitar de hojas se entremezclaba en la brisa al sordo rumor del río vecino. Quedó allí un largo rato, y cuando la luz del alba llegó hasta él, sintió por vez primera un invencible deseo de reposo.

DE FRANKLIN, BURGUÉS DE AYER, A KREUGER, BURGUÉS DE HOY *

El suicidio de Ivar Kreuger, "rey de los fósforos", el 12 de marzo de 1932, con los procesos subsiguientes por estafas y falsificaciones, provocó en el mundo una impresión de estupor. Fuera de los círculos estrechamente ligados al capital industrial y financiero, demasiado curados de espanto para asombrarse de lo que ocurre en la intimidad de las grandes empresas, no es menos cierto que el buen hombre de la calle se detuvo a pensar por vez primera que este suicidio representaba quizá algo más que una de esas noticias bulliciosas con que las agencias telegráficas interrumpen la somnolencia del gran público.

Aquel suceso, de apariencia estrictamente judicial, ¿no sería, en cambio, el testimonio irrefutable de una clase en derrota, la confesión sangrienta de su fracaso, el indicio seguro de su disolución? En el siglo y medio transcurrido desde Franklin hasta Kreuger, ¿qué procesos extraordinarios han podido suceder para que las virtudes del yanqui hayan venido a dar como frutos lejanos las infamias del sueco? Las fuerzas morales de la burguesía en ascenso que Franklin simbolizó,¹ ¿llevaban consigo algún vicio secreto capaz de engendrar en siglo y medio esta corrupción del crepúsculo burgués que Kreuger ha tenido la triste suerte de encarnar? ¿O nos contentaremos con reducir la oposición a los límites exigüos de una diferencia individual en la conducta de uno y de otro?

Desconfiemos de las soluciones demasiado simples. Lo sospechemos o no, cada acto nuestro, aun en apariencia el más independiente, lleva consigo la huella social de la hora en que vivimos. En nuestras opiniones o en nuestros ideales habla siempre la voz del tiempo con el lenguaje de la clase social en que formamos. ¿No valdría la pena de examinar, con tal criterio, la burguesía de ayer que nos dio a Franklin y la bur-

* Conferencia pronunciada el 7 de agosto de 1932 en el Centro de Estudiantes de Medicina, de Buenos Aires.

¹ Después de los estudios famosos de Max Weber se considera a Franklin como el arquetipo del burgués de los primeros tiempos. Creo inútil declarar que esto no implica, ni mucho menos, adherir a su tesis ni aprobar sus conclusiones, igualmente equivocadas para mí.

guesía de hoy que nos da a Kreuger? Es lo que me propongo realizar esta tarde con ustedes, en la creencia previa de que para ustedes, como para mí, no hay problema alguno comparable al de este tormentoso presente en que vivimos, y que sólo merecen ser llamados hombres de su siglo aquellos que se inclinan a examinar con honradez total la historia del drama humano tal como su propia alma lo va sufriendo y alentando.

Para el observador acostumbrado a la actividad febril de los negocios de hoy, con el ritmo anhelante que los agita, con la premura cada vez más insistente de la marcha, con sus colapsos súbitos y sus reacciones bruscas, con las estridencias ensordecedoras de las máquinas y el repiqueteo insistente de los teléfonos, cuenta crear no poco que la vida burguesa de otro tiempo se desarrollaba a un compás muy diferente, y que muchas de las cualidades sin las cuales no se concebiría hoy un empresario a la moderna hubieran recibido del burgués de ayer el repudio más definitivo. El concepto general que la palabra *burguesía* expresa, exactísimo si contemplamos el desarrollo total del capitalismo, nos extravía bastante en cuanto queremos enfocar sus diferentes momentos. Cada época de la evolución capitalista ha tenido y tiene su tipo de burgués, con rasgos sin duda alguna que les son comunes y que permiten identificarlos en el tiempo, pero con otros tan a su manera personales que no dejan de imprimirle cierto estilo.

Si admitimos, como parece cierto, que fue Florencia la cuna de la burguesía, ¿qué caracteres presentaba uno cualquiera de esos hombres que tenían en sus manos los negocios de aquella desconcertante Nueva York del cuatrocientos? Muchas son las memorias y las crónicas que nos ponen delante de los ojos la intimidad casi total de sus espíritus. Una obra, clásica entre todas, celebrada en su época como un modelo, *I Libri della Famiglia*, de León Battista Alberti,² nos pone en contacto con un mercader ordenado y prudente, creyente y respetuoso, para quien hay una sola virtud: el ahorro, y dos enemigos mortales: la prodigalidad y el ocio. Frente a la vida fastuosa de la nobleza, derrochando a manos llenas los tesoros conquistados en la guerra y el pillaje, el sobrio burgués que ya se había procurado desde el siglo XII una parte bien discreta en la administración de su ciudad, enunciaba en el elogio del ahorro la norma directriz de la burguesía naciente: "Que vuestros gastos no exce-

² Existe de este libro una edición moderna de Girolamo Mincini, Florencia, 1908.

dan jamás vuestras entradas." El ahorro había sido hasta entonces una imposición de los malos tiempos, un castigo de la necesidad; empezaba a ser ahora una conducta que la sensatez aconsejaba, una virtud que la moral aplaudía. El cálculo y la frugalidad entraban con la burguesía en el comercio de la vida y del dinero. Hasta entonces, el ímpetu sin freno del señor feudal; desde entonces, la cautela razonable del señor burgués.

Si se mostraban así los negociantes en los tiempos casi infantiles de la burguesía, no eran muy distintas sus teorías en las épocas un poco menos remotas de la adolescencia. En las *Advertencias necesarias a los que quieren ser ricos*, escritas por Franklin en 1736, diríase que un León Battista Alberti redivivo dictara consejos a sus colegas de Boston como antes lo había hecho en su Florencia. Igual respeto de la honestidad; igual devoción por el ahorro. "Todo el negocio —afirma— estriba en la rígida observancia de dos reglas sencillísimas. He aquí la primera: sean la probidad y el trabajo vuestros constantes compañeros. He aquí la segunda: gastad un cuarto menos de lo que ganáis."³ Que esas reflexiones no eran simples letanías morales sin ningún alcance verdaderamente práctico, lo prueban hasta la evidencia las setenta ediciones en idioma inglés que los sermones de Franklin merecieron en seguida; con un éxito además tan sostenido que, aun después de medio siglo de su muerte, el teórico más genial de la burguesía entre nosotros, Domingo F. Sarmiento, le pidió a Juan María Gutiérrez el pequeño sacrificio de difundirlo por América.

Semejante apreciación de la conducta en los negocios, y de la circunspección y lealtad que el buen comercio exige, implicaba un concepto particular de la riqueza. "El hombre —dice Franklin—, al cual Dios ha dado riquezas y un alma para servirse de ellas, ha recibido de tal manera una marca particular de su gracia y su favor." Pero lo que hace feliz no es la riqueza, "como riqueza, sino su sabio empleo. De nada serviría al hombre poseer todos los tesoros del mundo, si no fuera al mismo tiempo un hombre de bien." Y al contar poco después el adecuado empleo de su tiempo, nos dio en un esquema conocido la manera juiciosa de utilizar un día: seis horas para los negocios; siete para el sueño; las demás para las plegarias, la lectura y los amigos... No se puede pedir un ritmo más tranquilo en un hombre de negocios que ya pasaba por ser un empresario ambicioso y que había lanzado a todos los vientos aquellas

³ Mignet, *Vida de Franklin*, trad. de Juan María Gutiérrez, Buenos Aires, El Ateneo, 1913, p. 229.

palabras suyas que son hoy lema vulgar de la agitación capitalista: "el tiempo es oro".

Esta manera reposada de encarar los negocios nos descubre, además, en el burgués de antaño, un relativo dominio sobre las mercancías, una superioridad innegable sobre el afán de riqueza. Toda la sabiduría del comercio consistía entonces en adquirir mediante escasas transacciones bien remuneradas,⁴ la suma necesaria para disfrutar después indolentemente lo ganado. El ideal del rentista guiaba los pasos de ese hombre no apresurado, y gracias a una referencia de De Foe, conocemos con certidumbre casi matemática la cifra exacta que constituía el término final de los negocios de aquellos estirados burgueses del siglo XVIII que paseaban todas las tardes, de tricornio y de frac rojo, por la única calle empedrada que la ciudad de Glasgow tenía por entonces. "El que haya conseguido apartar 20 000 libras —dice De Foe— hace bien en retirarse ya a gozar tranquilamente lo adquirido."⁵ Veinte mil libras, han oído ustedes bien, era la fortuna que aseguraba al buen burgués su ancianidad tranquila.

Ciento veinte millones de coronas necesitaba Kreuger el día mismo que se suicidó: 120 000 000 de coronas para saldar sus deudas personales, más los dividendos y los intereses acumulados en un año. Puestas así, enfrente una de otra, la cifra de antaño y la cifra de hoy, nos muestran tal vez mejor que nada la inmensidad de la distancia entre las dos burguesías: la que con Franklin ascendía proclamando la santidad del ahorro, la que con Kreuger se hunde bajo la inmensidad de la crisis. ¡Qué hubiera pensado nuestro buen florentino, messer León Battista Alberti, él que aconsejaba que la familia debía permanecer siempre bajo un mismo techo, porque cuando todo el mundo come en la misma mesa no se necesita más que un mantel y una lámpara, mientras que si la familia se divide hay que aumentar también los manteles y las lámparas! ¡Qué hubiera pensado nuestro buen Benjamín Franklin, él que explicaba con detalles de qué manera el gasto inútil de medio chelín diario significaba al año una suma fabulosa!

¿A qué se debe esta transformación radical en la conducta, en la moral, en la manera misma de encarar la vida? A un

⁴ Para más detalles sobre los caracteres del burgués de otros tiempos, consúltese la obra de Werner Sombart, *Le Bourgeois*, París, ed. Payot, 1926, pp. 182 y ss.

⁵ Citado por Sombart, *op. cit.*, p. 189.

acontecimiento extraordinario que nunca podremos apreciar lo suficiente: a la revolución industrial del siglo XVIII, que trajo como consecuencia el gigantesco desarrollo de las fuerzas productivas. Cuando la máquina empezó a lanzar por hora la misma cantidad de mercancías que en otros tiempos exigía la labor de un año, las ideas, los sentimientos y el carácter debieron cambiar al mismo tiempo. El burgués de ayer podía ser un hombre sin premura, y un irónico fabricante de sedas de Lyon lo hacía constar con cierto orgullo en la vecindad del 1600: "en París las gentes se atropellan porque son activas; en Lyon, marchamos sin apuro porque somos ocupados"... Pero frente a las nuevas técnicas que todo lo cambian, el burgués no podía continuar al mismo paso de otros tiempos: aunque "ocupado", estaba en el deber de atropellar como si fuera "activo". Las mercaderías que antes se producían sobre todo para el consumo, empezaron a producirse únicamente para el cambio. Crear sin fin ni razón, crear siempre y sin cesar, ése fue el destino del burgués moderno. La máquina puso en sus manos un poder ilimitado: le dio la posibilidad maravillosa de ensanchar la esfera de su acción, de salir al encuentro de una clientela cada vez más amplia, de inundar el mercado con sus productos. Pero la máquina le cogió al mismo tiempo en su engranaje ciego: la competencia que es el alma del capitalismo sólo da la victoria al que puede colocar más barato los artículos. Mas la baja en el costo de la producción sólo se consigue perfeccionando sin cesar las maquinarias; y cada perfeccionamiento de las máquinas al aumentar la cantidad de mercaderías producidas acentúa al mismo tiempo la enconada competencia de los émulos. De donde resulta a la postre esta conclusión terrible: el hombre moderno, cuanto más desea prosperar en sus negocios, más obligado está a perseguir desesperadamente la ganancia. Arrastrado por el torbellino del mecanismo económico, debe a toda costa adaptarse al nuevo ritmo bajo pena de un fracaso sin remedio. El burgués de ayer, ya lo dijimos, mantenía con respecto a sus productos la actitud dominadora del hombre que se cree en cierto modo director: el burgués de hoy, en cambio, se siente dirigido por una fuerza inexplicable que una vez que lo ha prendido no lo soltará jamás. Como el obrero, que no ignora que será triturado si acompaña a destiempo los movimientos de la máquina, el hombre económico de hoy sabe también, con igual certidumbre, que si quisiera detenerse un instante en busca de sosiego, la competencia en el acto lo dejaría atrás. Triunfar no significa para él redondear una suma

ya prevista y retirarse después a descansar; triunfar representa aplastar siempre a alguien, exceder siempre a alguno. Y como todos deben necesariamente adoptar una actitud idéntica a la suya, una carrera enloquecida, desesperada, delirante, da al mundo moderno la fisonomía atormentada que nos es tan conocida. "Esperamos cada día —dice Carnegie— poner un término a la carrera; pero cada vez debemos reconocer que todo retardo o detención significa un retroceso, y dada la rapidez con la cual los inventos se suceden, vemos siempre que lo que nos queda por hacer es tan formidable como lo que ya dimos por hecho."

La consideración del hombre en lo que tiene de humano desaparece de la tabla de valores que una carrera semejante impone. Como las minas, las usinas, los ferrocarriles, los navíos, los hombres son cifras dispuestas para el cálculo: valores de Bolsa, valores de cambio. Como a las mercaderías, también hay que atraerlos cuando el negocio así lo exige; como a las mercaderías, rechazarlos cuando han dejado de ser útiles. Rockefeller inicia sus destilerías de petróleo en Cleveland gracias a la ayuda moral y material de su amigo Morris Clark; pero tan pronto la empresa comienza a prosperar, lo primero en que medita es en deshacerse del amigo.⁶ Carnegie, en 1892, necesitaba intensificar el trabajo de sus fábricas frente a la amenaza de un concurrente poderoso. Para estimular el trabajo de sus hombres, les promete un diestro sistema de participación en sus propios beneficios. Aguijoneada así, la producción aumenta y el rival es derrotado. Pero cuando la hora de cumplir con la palabra llega, Carnegie presenta pérfidamente un mal balance, y con escasas limosnas se propone entretener a sus obreros. La revuelta asoma, la huelga estalla. Carnegie ve por un momento el porvenir de su empresa amenazado, y como la policía oficial no le parece suficiente, busca en los agentes privados del coronel Pinkerton los seguros defensores de su fábrica. Y una verdadera batalla comienza en sus talleres: fusilería, metralla, heridos, sangre y muertos.

Aquel hombre no era, sin embargo, un miserable. A los doce años, trabajando de sol a sol como un desesperado, llevaba al pobre hogar por amor de la madre su salario mezquino.⁷ Pero algunos éxitos parciales lo aproximaron a las grandes empresas, y desde entonces sólo una cosa adquirió valor ante sus ojos: la

⁶ Richard Lewinsohn, *A la coquette de la richesse*, trad. de A. Lecourt, París, Payot, 1928, p. 12.

⁷ Lafon, "Carnegie", en la revista *Monde*, París, 6 de junio de 1931.

mercadería a producir, la mercadería a transportar, la mercadería a vender. Y como todos los hombres que serían después los "reyes" de hoy, números, nada más que números, empezaron a danzar en su cabeza: números sobre los planos de las ciudades, números a lo largo de los ríos, números en la voz de los amigos, números en el rostro de las mujeres.

"Tenía una memoria prodigiosa —escribe mademoiselle Eberth de su amante Ivar Kreuger—. Recordaba fácilmente las cotizaciones de no sé qué valor en el transcurso de los últimos años. Durante un viaje de Berlín a París, se había entretenido en anotar sobre una tira de papel las cotizaciones de todo un año. Cuando las comparó con las cifras oficiales, no encontró más que rarísimos errores. Estaba muy contento de esta hazaña y me lo contó un día con orgullo."⁸ ¿Qué restricciones de la moral o del derecho podrían detener la marcha de un espíritu que trabaja ya con ese ritmo? ¿La amistad acaso? La conducta de Rockefeller frente a Morris Clark ya lo mostró. ¿La humanidad, entonces? La batalla de Carnegie en sus talleres bien lo dice. ¿El patriotismo, quizás? ¡El patriotismo! Pocos días después del suicidio de Ivar Kreuger, y mucho antes de que se conocieran sus estafas, los telegramas de Estocolmo nos decían que los compatriotas del "rey" suicida se mostraban resentidos por su gesto: "por el honor de Suecia, entre todos, hubiéramos pagado lo adeudado". De saberlo, ¿cómo hubiera sonreído Kreuger! ¿Pero es que acaso la patria entró una sola vez en los cálculos de un hombre de negocios? En el polígono de tiro que Alfredo Krupp poseía en Essen, los nuevos modelos de cañones eran ofrecidos, con una sinceridad conmovedora, a los delegados militares de cuantos Estados extranjeros tuvieran interés en conocerlos; y es bien sabido que durante la guerra de 1866, tanto su patria, Prusia, como el enemigo, Austria, peleaban con los mismos cañones que Krupp les había vendido por igual...⁹

Pero si la amistad nada puede, ni la moral tampoco, ni la piedad mucho menos, ¿no lo conseguiría acaso el amor de la mujer? Ha empezado a decirse, no hace mucho, que hubo en el

⁸ Eberth, "La vie inconnue d'Ivar Kreuger", en la revista *Vu*, París, núm. 227, p. 1195.

⁹ No ocurrió lo mismo en la guerra del 70, porque, a pesar de las ofertas de Krupp, Francia no renovó su material. En cuanto al carácter internacional de las industrias de la guerra, los descendientes de Krupp han mantenido la tradición sin apartarse nunca: un proceso entablado poco antes de la guerra de 1914 demostró que la Krupp estaba ligada por contratos a las fábricas de armas de Rusia (Putilov) y de Francia (Creusot).

suicidio de Ivar Kreuger la influencia misteriosa de una mujer fatal. Arranquemos sin piedad la única página hermosa que manos quizá caritativas quieren interpolar en el libro de su vida. En la biografía del empresario de hoy no hay un solo resquicio por el que pueda pasar una mujer fatal.¹⁰ Cierto es que en la vida de Morgan asoma un amor de juventud: la silueta magra de una jovencita física que se le quebró en las manos pocos meses después del matrimonio. Pero eso ocurría en los tiempos anteriores a la edad de entrar en juicio; en aquellos años de la mocedad en que el joven Morgan, hijo de un banquero de fortuna, paseaba por Europa sus hastíos de príncipe heredero. ¿Cómo en la economía racionalizada del burgués moderno podría quedar un sitio libre para los derechos anarquistas del amor? "Prefiero que me amen y no amar", aseguraba Kreuger.¹¹ ¡Atarse al amor de una mujer! Fuera del trust, al que llamaba su "hijo", ¿qué es lo que de alguna manera lo hubiera atado a la vida? Amistad, amor, literatura, arte, palabras todas sin sentido. Al término de una vida siempre en acecho, sacrificando todo al interés de los números, he ahí lo que el gran empresario encuentra cada vez que vuelve los ojos hacia adentro: el desierto resquemante de la soledad. Como un símbolo trágico de ese final inevitable, un escritorio en el último piso del "Palacio de los fósforos", de Estocolmo, llevaba este título expresivo: "la pieza del silencio"; la pieza impresionante hasta la cual no llegaba ningún ruido y la cual, una vez que Kreuger penetraba, quedaba infranqueable para todos.

De cuando en cuando, cierto es, como el miraje de un sediento, el ideal de los bravos burgueses de otros tiempos reaparece un instante en la conciencia del burgués de hoy. ¡Dejar los negocios, retirarse a vivir! ¡Quién pudiera, en verdad! Pero es inútil. Las luchas de la concurrencia, atenuadas un poco por el monopolio, reaparecen siempre tercamente. Tan obstinadas y tan inevitables que cada nuevo avance en la organización de adentro trae ineludiblemente alguna urgencia de expansión afuera. ¡Con qué tranquila confianza aseguraba Ford en 1922 que había logrado al fin el imposible equilibrio! ¡Con qué nerviosidad dejaba ver cuatro años después hasta dónde lo había llevado la competencia de rivales peligrosos!¹² ¿Cómo es-

¹⁰ Véase un sabrosísimo panfleto de Emmanuel Berl, *Le Bourgeois et l'Amour*, Paris, Gallimard, 1931.

¹¹ Eberth, *loc. cit.*, p. 1196.

¹² La primera posición de Ford está enunciada en *Mi vida y mi obra*; la segunda, en *Hoy y ayer*.

capar, en efecto, a la influencia de una fuerza que es más poderosa que nosotros, que hace pedazos nuestras intenciones, que nos arrastra irresistiblemente hasta allí mismo donde no queremos?

Pocas tragedias comparables en tal sentido a la del dulce y suave Nobel. Lector de Byron y poeta él mismo, vive toda su vida conquistando éxitos que su moral repudia. Mientras perseguía en vano el reconocimiento de un nuevo explosivo destinado a sustituir con ventaja a todos los que hasta entonces se usaban en la construcción de las minas y los túneles, una catástrofe pavorosa lo vuelve célebre de un día para otro. Doscientos barriles del nuevo explosivo, destinados al Perú, estallan cerca de Panamá por razones todavía inexplicadas. El buque que los conducía fue literalmente reducido a polvo, con la totalidad de su tripulación y de su carga. El primer momento de estupor una vez dominado, Nobel se sorprende que de todas partes le lleguen los pedidos: la eficacia del nuevo explosivo había encontrado en la catástrofe la más impresionante y eficaz de las *réclames*. . . La fama llegaba así manchada con el primero de sus crímenes. Pero nuevas amarguras le esperaban: su explosivo, destinado en un comienzo a los trabajos de las minas, fue encontrado en las industrias de la guerra una aplicación cada vez más eficaz. Y Nobel, el lírico, el poeta, el dramaturgo, el contertulio del salón de madame Adam, se lanza también por no quedarse atrás a las industrias de la muerte. Para calmar su angustia, procura convencerse con sofismas: "el día en que dos ejércitos posean armas tan mortíferas que estén en condiciones de destruirse en menos de un minuto, las naciones civilizadas retrocederán de espanto". Pobre sofisma, a todas luces; pobre sofisma en el cual creía encontrar más de una vez la justificación de su conducta. ¡Fabriquemos armas para matar la guerra! ¿Quién habría de creer en la sinceridad de semejante divisa? Ni sus allegados más íntimos la tomaban en serio, y cuando Nobel se propuso comprar un gran diario de Suecia, el *Aftönbladet*, para redoblar con él su propaganda antiguerrera, su propio sobrino lo felicitó ingenuamente por tan curiosa *réclame* para la fábrica. . .¹³ Cada día más solo, más gastado, más deshecho, él también se construyó a su modo la "pieza del silencio". Como el otro compatriota que entregaría su vida a la monstruosa divinidad de la apropiación capitalista, Nobel buscó en una villa sonriente bajo el cielo de Italia el

¹³ Lewinsohn, *loc. cit.*, p. 113.

islote seguro en que pudiera refugiarse. *Mio Nido*, lo bautizó con emoción. Pero el capitalismo no suelta sus presas, sino por el suicidio como Kreuger o bien por la derrota, como Carnegie frente a Morgan.¹⁴ Hasta su *nido* fueron a buscarle los negocios. Casi sin saber cómo ocurrió, lo cierto es que la villa se fue transformando poco a poco en un taller. De nuevo comenzó en ella a trabajar con brío, hasta que una tarde muy fría de diciembre lo encontraron muerto en su escritorio: absolutamente solo, como el viejo Rothschild; absolutamente solo, como el viejo Krupp.

Tres años antes de morir tuvo la clarividencia de escribir a su amiga Bertha Suttner —a quien quizá llegó a amar con un amor ruboroso— estas palabras que hoy nos parecen bien proféticas: “Si dentro de treinta años no se ha llegado a reformar el sistema actual del mundo, volveremos sin remedio a la barbarie.” No se detengan ustedes a examinar con precisión la exactitud de sus cifras. En la evolución social no se cumplen jamás las profecías a plazo demasiado fijo. Pero detengámonos a meditar sobre el vaticinio de este extraño burgués de hoy, antes de despedirnos y concluir.

Después de haber producido “maravillas mucho mayores que las pirámides de Egipto, los acueductos romanos y las catedrales góticas” —son palabras de Marx—, la burguesía se encuentra en los comienzos de este siglo como “un mago aterrado que no sabe dirigir las divinidades que él mismo ha conjurado”. Como ayer, cuando las fuerzas que la llevaron al triunfo resquebrajaban la armazón feudal que no la dejaba vivir, hoy también su propia fábrica se estremece y agrieta.

Arrastrado por un torrente que no puede someterse a diques, obligado a aplastar todos los días a un nuevo rival, jadeante por una carrera que no reconoce llegada, el pobre hombre moderno ha secado su alma, pisoteado su moral, destrozado sus afectos. El capitalismo no es la obra de los hombres de presa; pero hace surgir hombres de presa en el ambiente feroz que va formando en su camino. Toda la aspiración a la ganancia por moderada que sea, toda apropiación indebida del fruto del trabajo ajeno, lleva implícitos los gérmenes que el capitalismo de hoy ha elevado a un desarrollo monstruoso, y el buen messer Alberti o el virtuoso Franklin, incorporados al curso de la vida

¹⁴ El retiro de Carnegie no ha sido explicado con claridad. Pero lo más probable es aceptar que cuando vendió su trust a Morgan era ya un hombre concluido.

económica moderna, hubieran orientado su moral en tal sentido: nostálgicos quizá de una felicidad perdida, pero como Nobel, también, obligados contra su corazón a realizar cualquier infamia.

Antes de que la burguesía tomara entre sus manos el timón del mundo, nadie hubiera sospechado nunca la grandeza del trabajo humano. Pero esa misma grandeza que la burguesía ha revelado —y que será su gloria en la historia futura— impone entregar a manos menos codiciosas que las suyas la utilización social de un rendimiento que ella no ha sabido llevar sino al desastre. Mientras la apropiación capitalista se mantenga, la anarquía y la guerra no encontrarán jamás remedio. Porque aquella catástrofe que Nobel anunciaba, es la misma que Spengler pronostica hoy en el tono desolado de un profeta sombrío: “Hemos nacido en este tiempo —dice— y debemos recorrer violentamente el camino hasta el final. No hay otro. Es nuestro deber permanecer sin esperanzas en el puesto ya perdido. Permanecer como aquel soldado romano, cuyo esqueleto se ha encontrado delante de una puerta en Pompeya, y que murió porque al estallar la erupción del Vesubio olvidáronse de licenciarlo. Eso es grandeza; eso es tener raza. Ese honroso final es lo único que no se puede quitar al hombre.”¹⁵ Palabras amargas, de una franqueza varonil, y cuya verdad sería indiscutible si Spengler no hubiera identificado los destinos del hombre con los destinos transitorios de una clase. Después de haber contemplado la desaparición del hombre antiguo y del hombre feudal, el burgués de hoy no se resigna a reconocer que él es también, y a su manera, una etapa transitoria. Teórico de la burguesía en decadencia, Spengler vaticina para la nueva Pompeya un final de una grandeza trágica. Nada induce a pensar que el porvenir dará razón a esa presunta despedida heroica. Cuando una clase sobrevive a su misión histórica, carece ya de la energía suficiente para alardear de su “raza” hasta el final. Como un dramático anticipo de ese derrumbe sin grandeza, hemos visto pasar en la charla de esta tarde la sombra de un centinela que se suicidó.

¹⁵ Spengler, *El hombre y la técnica*, trad. de Morente, Madrid, Espasa, p. 125.

LAS MASAS DE AMÉRICA CONTRA LA GUERRA EN EL MUNDO *

La leyenda atribuía a Sócrates la capacidad de beber más que ningún convidado sin embriagarse, y esa serenidad del espíritu, en medio del desenfreno, pasaba por ser entre los griegos la prerrogativa y el deber de la inteligencia.

El mundo asiste ya a los comienzos de una nueva embriaguez. En China primero, en el Chaco después, en Leticia ahora, los hombres se asesinan y se despedazan. Las naciones más poderosas envían a las fronteras sus ejércitos y lanzan las escuadras a pasear por los mares sus castillos erizados. Las charlas en voz baja de las cancillerías van subiendo de tono en un murmullo inquietante, y sólo falta la casaca sangrienta de algún archiduque para que se alce de nuevo, más trágica que nunca, la llamarada de la gran hoguera.

No han pasado veinte años de la más alucinante de las guerras y respiramos otra vez, en todas partes, la absoluta certeza de un conflicto todavía más horrible. Meses más, meses menos, el telégrafo nos transmitirá la gritería de las multitudes en delirio y las despedidas marciales de los primeros ejércitos entre los discursos inflamados de los políticos, la lluvia de flores de las mujeres, las marchas briosas de las bandas militares. Una nube espesa de odio y de calumnias envenenará a los corazones: las agencias informativas desparramarán por el mundo las mentiras más burdas; los profesores de todas las universidades recibirán la orden de denigrar las mismas obras en las cuales hasta ayer colaboraban; y para que nada falte a la inconsciencia de semejante frenesí, todos los padres del mundo —Clerambault entre ellos— se sentirán orgullosos de volver a inmolar a sus propios hijos.

Frente a la repetición de esos hechos monstruosos, ¿cómo no poner al desnudo los procesos económicos y sociales capaces de entregarnos por sorpresa a las fuerzas desbordadas que nos trituran y masacran? ¿O cruzándonos de brazos aceptaremos resig-

nados las explicaciones místicas que hacen de las guerras un producto del azar o del destino, todopoderosas en la medida en que son imprevisibles, inevitables por lo mismo que no dependen de nosotros? ¿O abordándolas desde otro plano, pero con idéntico criterio, nos contentaremos con decir que son el fruto malsano de la locura o la ambición del hombre, indestructibles por lo tanto como las pasiones de nuestra pobre carne o extirpables quizá a condición de que cada uno de nosotros se discipline en el bien y en la virtud?

Tengo la seguridad completa de que no hay uno solo de vosotros que se dé por satisfecho con semejantes soluciones; como tengo también la convicción total de que no hay tampoco uno solo de vosotros capaz de comprar con las torturas y los espantos de la guerra, la miserable gloria de dormir el sueño eterno, como cadáver sin nombre, bajo la pompa de los Arcos de Triunfo.

Pero si las guerras se descargan siempre, con rapidez de rayo, ante el asombro de las masas hasta ese instante distraídas, ¿cómo no comprender sus vacilaciones y sus desconciertos una vez que el hecho consumado las aturde y las aplasta? Arrancar a la guerra el secreto en que se esconde y se protege; disciplinar y domesticar mediante leyes simples el aparente desorden de los conflictos sociales; despertar a las masas y ponerlas de pie antes que la tormenta se desate; robustecer su fe en la posibilidad efectiva de luchar contra la guerra y dominarla, constituye hoy por hoy el único sistema capaz de protegernos contra la tempestad que ya está en marcha, y de asegurar a las masas, como quería Sócrates, la claridad del espíritu en medio de la embriaguez.

Una observación, ante todo, de apariencia paradójica: en el sistema social en que vivimos, lo asombroso no es la guerra, lo asombroso es la paz. Una sociedad fundada en la concurrencia no puede vivir ni prosperar sino aplastando cada día a algún nuevo rival. Hora por hora, una guerra incesante ruge en la entraña del capitalismo. A la lucha por la conquista de los mercados interiores —lucha del industrial contra el artesano— que se inició a fines del siglo xviii, la producción en gran escala añadió en el último tercio del siglo xix la lucha por los mercados coloniales —guerra de las grandes potencias contra las débiles—. ¹ El militarismo creció en idéntica medida, y cada vez

¹ Una clara y accesible exposición de la era imperialista puede verse en Marx Beer, *Histoire générale du socialisme et des luttes sociales*, trad. francesa de Marcel Olivier, París, Les Revues, 1931, t. v, pp. 133 y ss. En cuanto a la teoría de ese mismo hecho histórico, Zinoviev realizó hace

* Como presidente de la comisión organizadora del Congreso Latinoamericano contra la Guerra Imperialista, Aníbal Ponce pronunció este discurso en la ciudad de Montevideo el 12 de marzo de 1933.

que los industriales de un país poderoso se lanzaban en busca de nuevos compradores o de nuevas fuentes de materias primas, los ejércitos y las escuadras de la propia nación se adelantaban a abrirles el camino a cañonazos. La conquista, la rapiña, la violencia y la guerra, representaron desde entonces el estado normal de la sociedad capitalista. Los aparentes períodos de paz no fueron, a partir de esa fecha, más que treguas febriles: los rivales afianzaban posiciones, perfeccionaban las armas, ajustaban con precisión el futuro plan de ataque.

La ruina creciente del artesanado y de los pequeños industriales, incapaces de resistir la competencia de la gran empresa, trajo la concentración del capital en poderosos trusts; y paralelamente los pequeños estados invadidos, al perder la independencia, enriquecieron con sus despojos el vastísimo imperio de sus amos. El mundo quedó repartido así entre escasas empresas que fueron en realidad sus dueños, pero como la busca de nuevos mercados y de nuevas fuentes de producción es para el capitalismo una necesidad inextinguible, cada uno de los poderosos trusts aspiró a destruir a la totalidad de sus rivales para tener entre sus manos la hegemonía del mundo.² Una guerra espantosa, como hasta entonces no se había visto nunca, fue la consecuencia necesaria. Anhelada por todos y en la que todos fueron agresores, la catástrofe de 1914 eliminó de la concurrencia a uno de los rivales más temibles; pero si el imperialismo alemán quedó maltrecho, un nuevo imperialismo, el de los yanquis, se presentó arrogante a la hora del reparto.

Lo que vino después es casi historia de hoy. Los gastos de la guerra fueron tan enormes que los propios vencedores quedaron tambaleantes. Para remediar en algo las consecuencias del desastre, los causantes echaron, como siempre, sobre los hombros de las masas obreras, el peso de sus culpas. La racionalización del trabajo, el perfeccionamiento de la técnica, la introducción de nuevos métodos, consiguieron durante algunos años estabilizar el capitalismo amenazado. Pero los aranceles, los impuestos, la desocupación y la crisis llevaron las cosas a una situación desesperada. De tal modo apremiante, urgente, angustiosa, que a partir del crujido de 1929, una nueva guerra de rapiña fue para cada Estado imperialista la única manera de

años una síntesis afortunada. Véase: *Presente y futuro*, trad. de Tassin, Barcelona, Jason, pp. 19-61.

² El proceso de concentración de los capitales ha sido narrado por Bujarin en el capítulo IV de un manual justamente célebre: *ABC del comunismo*, Madrid, Roja.

evitar por un tiempo su derrumbe. El reparto de la China, que el Japón ya comenzó, se presenta a las demás potencias como una solución por lo menos provisional. Pero otro objetivo, en cambio, menos confesable, disimulado, secreto, reenciende como última esperanza la voracidad del capitalismo agonizante: asesinar a Rusia una puñalada por la espalda, y destruir con ella, quién sabe aún por cuánto tiempo, la patria proletaria. Porque la guerra de 1914 tuvo para la gran burguesía una consecuencia no prevista. Confiando como siempre en la resignación y mansedumbre de las masas que explota, no sospechó que pudieran atreverse a romper las seculares cadenas de la servidumbre. El proletariado ruso, sin embargo, magnífico en su puesto de avanzada, tomó en sus firmes manos la dirección de los propios destinos, y mientras se defendía por un lado de las invasiones mercenarias, construía por el otro, infatigablemente, la juvenil república del trabajo. Ciento cincuenta millones de hombres sustraídos a la explotación capitalista representó para la burguesía una catástrofe inesperada, y doblemente más grave porque a la pérdida de un mercado fabuloso se añadía el hecho de que Rusia, por la sola acción de su presencia, por el solo ejemplo de su ascensión triunfal, constituye en el mundo un aguijón hundido en el flanco de las masas obreras, como si el rumor de sus máquinas, el crepitar de sus hornos y el chirrido de sus poleas, lanzaran sin cesar al proletariado del mundo este reproche insistente: ¡Me asombra vuestra larga paciencia!³

América, la América nuestra, ¿qué tendrá que ver con todo esto? ¿Obedecemos a una simple curiosidad humana cuando nos empinamos para ver lo que ocurre allá a lo lejos, o nos mueve, por el contrario, la certidumbre angustiosa de que vivimos todos la realidad del mismo drama? Sería ingenuidad suicida suponer que podemos asistir desde una cómoda platea al desarrollo de sucesos que nos interesan pero no nos comprometen, como si nuestros pueblos no participaran para nada en la unidad de la historia y del capitalismo. Los estados semifeudales de América Latina viven encadenados a la economía y a la política mundiales, es decir, a un sistema que se extiende por encima de las fronteras y de los mares, y si dependemos de ese sistema aun para la más humilde realidad cotidiana, mal

³ Son las palabras de Losovsky a la delegación de obreras de Alemania, Checoslovaquia, España, Suecia e Inglaterra que visitaron la URSS en marzo-abril de 1932. Véase: Losovsky, *El paro, el hambre, la guerra y la revolución*, Madrid, Roja, 1932.

nos podemos sustraer a sus tempestades y a sus tropiezos. En este momento de la civilización humana no hay conflictos circunscritos y cerrados. La guerra en China, la guerra en el Chaco, la guerra en Leticia, son expresiones alejadas de un parejo proceso histórico que las vincula y explica, y que por lo mismo que las levanta a un plano idéntico exige para todas la misma solución.

A principios del siglo XIX, las colonias españolas de América Latina, instigadas por Inglaterra, que aspiraba a la expansión de su comercio y a la destrucción de sus viejas rivales, entraron por el camino de la liberación política sin haber alcanzado ni con mucho la madurez económica. Gajos mezquinos del único Estado europeo que se conservó feudal en pleno corazón de la Edad Moderna,⁴ las nacientes burguesías de América Latina, atrasadas, indolentes, sin ninguna de las capacidades que las nuevas formas de producción exigen en el mundo, se convirtieron a poco andar en pasivos instrumentos de Inglaterra, su nueva metrópoli económica. Autónomas cuantas veces querían dirimir rencillas de campanario, eran en realidad verdaderas "sucursalas" para los asuntos básicos que les estaba vedado resolver. La casi totalidad de la economía precapitalista de América Latina pasó así bajo el control del poderoso aliado, tan seguro en sus firmes posiciones de amo que todas las obras que emprendió en las semicolonias no consultaron para nada los intereses de éstas, sino las ventajas que pudieran reportar a la "metrópoli".⁵ Empréstitos frecuentísimos, que el desquicio de las finanzas de América nunca permitió pagar, reforzaron a su vez, mediante una nueva esclavitud por deudas, el vasallaje cada vez más acentuado de las burguesías aborígenes. Y como convenía a los planes de Inglaterra mantenerlas en la situación exclusiva de proveedoras de materias primas —en cuya elaboración no podía intervenir nada más que la "metrópoli"— se comprende que las tentativas industriales en América Latina que no se acordaran con la explotación inglesa, estuvieran condenadas de antemano a fracasar. A pesar de sus apariencias de tradicional amigo —hábilmente aprovechadas por las burguesías criollas

⁴ Una animada pintura de España en la época de la conquista de América véase en: Ingenieros, *La evolución de las ideas argentinas*, Buenos Aires, Rosso, 1918, t. 1, Introducción.

⁵ Es inútil decir que los procedimientos de Inglaterra en América son los mismos de todos los países imperialistas con respecto a las colonias y a las semicolonias. En el caso de la India, véase: Kshama Row, *El destrozo de la India*, Santiago, Chile, Problemas.

que son sus aliadas y sus cómplices— el parasitismo inglés ha refrenado desde hace más de un siglo la evolución de las fuerzas económicas de América.⁶

Coincidiendo con la declinación mundial de la influencia inglesa y con las prerrogativas de país acreedor que la gran guerra le otorgó, otro fuerte imperialismo, el norteamericano —que ya se había ensayado en México y América Central— empezó a extender la zona de su influencia y a disputar las mejores posiciones sobre el mismo terreno monopolizado hasta ayer por los ingleses. Sin que peligre todavía la supremacía de Inglaterra, la influencia yanqui ha conseguido arrebatarle algunas semicolonias de positiva significación para su imperialismo. Por el oblicuo camino de las revoluciones y cuartelazos,⁷ Norteamérica ha llegado a conquistar, como seguros puntales de su política internacional, a muchas de esas mismas burguesías criollas que Inglaterra ya había acostumbrado a la obediencia.

Dos de los más fuertes imperialismos que se disputan hoy la hegemonía en el mundo,⁸ han trasladado así, sobre el escenario de América, sus antagonismos irreconocibles. Apoyados por las burguesías nacionales, que traicionan sin rubor sus propias "patrias", los grandes trusts monopolistas se esfuerzan por arrebatar al adversario toda posibilidad de competencia en América y por asegurar en esa forma una nueva base de aprovisionamiento en la guerra mundial que se prepara. La lucha por el comprador va unida indisolublemente a la lucha por la materia prima, el combustible barato y el control de los transportes. Extensas zonas mediterráneas en la cuenca del Paraguay y del Amazonas, ricas en caucho y petróleo, y no incorporadas todavía a la explotación colonial, se han convertido últimamente en las presas codiciadas por los trusts de Washington y Londres.

⁶ En su libro magistral *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, París, Europa-América, Biblioteca Marxista, 1930, p. 115, Lenin cita, precisamente, a la Argentina como modelo de semicolonía.

⁷ Refiriéndose a Rockefeller, Richard Lewinsohn escribe en *A la conquista de la riqueza*, edic. cit., p. 33: "Todo marchaba muy bien si los hombres de estado de América Latina otorgaban a la Standard Oil las concesiones de petróleo que deseaba, aunque a veces era necesario realizar —como con el general Huerta en México— una 'dulce violencia' y obligarlos a aceptar 'en compensación' algunos millones de dólares. Pero si las dificultades continuaban, Rockefeller urdía una revolución en el país sin preocuparse de los gastos: siempre había algún coronel ambicioso y un buen regimiento para servirlo."

⁸ El tercer imperialismo, el japonés, ha puesto también últimamente un pie en América: la ayuda financiera al tirano Sánchez Cerro, en el Perú, y la compra de un importante frigorífico en la Argentina.

Encontrando algunas viejas rivalidades comerciales entre los estados de América, ellos son los responsables directos de sus razonamientos, primero, de sus represalias, después de sus agresiones, por fin. Pero las burguesías nacionales que están a su servicio disponen de tal modo del alma de los explotados, que las inicuas empresas de rapiña llegan siempre hasta las masas como vastos sueños de gloria en que "el honor nacional" y la "patria amenazada" encubren con ropajes suntuosos las realidades repugnantes de la voracidad y la matanza. Vastos sueños de gloria que deslumbran a las masas un momento y que no les dejan ver, más allá de las banderas desplegadas y de las multitudes en delirio, un ancho campo sembrado de cruces: toscas cruces de palo alineadas por los amos en rigurosa formación, como si la tropa de esclavos que murió por servirlos siguiera siendo una tropa de esclavos más allá de la muerte.

Ni producto del azar ni engendro de fuerzas misteriosas, las guerras imperialistas se nos muestran en su cruda realidad como una caza rabiosa de los tesoros y de los mercados de la tierra. Repartido el mundo entre los vencedores de la guerra del 14, sólo queda para lo venidero la posibilidad de un reparto en otra forma, es decir, que los amos que años atrás se dividieron el mundo se arrebatan ahora entre sí sus posesiones. Los aliados de ayer se aprestan hoy por la lucha, y frente a la nueva conflagración en la cual no habrá neutrales, destaquemos como resumen de nuestro análisis esta conclusión terminante: si las guerras actuales son la consecuencia necesaria del capital llegado a la fase imperialista, no hay otra manera de evitarlas sino destruyendo el sistema económico y social que las produce. Y si esto vale como primer planteamiento de la lucha antiguerrera, fuerza es completarlo con este corolario no menos evidente: al enemigo no hay que marchar a batirlo más allá de las fronteras; el enemigo está en las propias burguesías nacionales que secundan con su servilismo y su venalidad los designios imperialistas de las grandes potencias.

Toda acción eficaz contra la guerra debe orientarse, necesariamente, ineludiblemente, en vista de ese doble objetivo. *Mientras el capitalismo tenga entre sus manos el control de las fuerzas productivas, dispondrá de las masas cuantas veces quiera para defender con la guerra sus propios intereses.*

Los pacifismos declamatorios que depositan todavía su esperanza en la Sociedad de las Naciones o en los Tribunales de Arbitraje, distraen a las masas con su ingenuidad o con su

felonía y las entregan maniatadas al zarpazo imprevisto de la guerra que estalla. Las guerras no se detienen ni con plegarias, ni con amuletos, ni con gemidos. Contra las guerras se lucha mediante acciones efectivas largamente preparadas: movilizándolo a las masas, deteniendo a los trenes, paralizando a los buques. El telégrafo al servicio del capitalismo silencia con perfidia las rebeliones espontáneas que han estallado ya entre las masas de América; entre los soldados del Perú y del Altiplano que desobedecen a sus jefes; entre los campesinos de Villa Rica que se resisten a marchar; entre las obreras de Rosario que dictaron una lección inolvidable a un puñado de damas patrioterías; entre los portuarios de Buenos Aires que, frente a un barco cargado de materiales bélicos, manifestaron ruidosamente su protesta y repudio.

Pero la espontaneidad de la revuelta, con ser la levadura indispensable en todo movimiento auténtico de masas, se malgasta y se pierde cuando no se organiza bajo la disciplina de un plan y de un sistema: es decir, el arrebató sometido a una norma, la pasión disciplinada en una regla. El actual Congreso Continental Latino Americano contra la Guerra Imperialista aspira a dar a las masas de América las líneas directrices de una conducta eficaz, para que las fuerzas magníficas que guardan en reserva no se agoten en la dispersión y la anarquía. Por vez primera en la historia de América, obreros y campesinos, estudiantes y empleados, indios y negros, escritores y artistas, afirmarán sobre un frente de escala continental la voluntad inquebrantable de disponer de sus destinos. Y hay en la voz de esas masas un tono tal de decisión que todas las fuerzas del pasado se coligan ya contra el Congreso.

Unidas están para atacarlo —¡cómo no habrían de estarlo!— las burguesías negeras de la América Latina, explotadoras inicuas de las masas indígenas, entregadoras perennes de sus "patrias amadas".

Unidas están contra nosotros —¡cómo no habrían de estarlo!— las iglesias de América, fieles siempre a la historia del clero como instrumento de las luchas de clase.

Y están, por fin, en elocuente alianza con la burguesía y con la Iglesia, los *leaders* obreros que adormecen a las masas; los que se dicen enemigos de la guerra hasta el instante mismo en que la guerra estalla; los herederos de aquellos que en 1914 traicionaron a su clase: los que con Kropotkin aceptaron la catástrofe; los que con Plejánov desertaron de sí mismos; los que con Thomas fabricaron municiones; los que con Vaillant

estrecharon la mano de De Mun teñida todavía con la sangre de la Comuna.

Y bien, mis camaradas, es mejor que así sea. Antes de la inauguración nuestro Congreso ya ha empezado a actuar. Tendidas están las líneas a través de un continente; que ocupe en ellas cada cual su puesto, tal como sus creencias y su honradez se lo aconsejen: o con los explotadores o con los explotados. Y mientras transcurren los contados días que nos separan de las resoluciones del Congreso, saludemos en el soplo que levanta ya a las masas de América a ese mismo viento de la liberación cantado por Alejandro Blok, el más grande poeta de la Nueva Rusia: "El viento, el viento, sobre toda la faz de la tierra."

ELOGIO DEL MANIFIESTO COMUNISTA *

El 26 de enero de 1848 el comité central de la Liga Comunista, residente en Londres, envió al comité regional de Bruselas la siguiente enérgica advertencia: "El comité central, por la presente, encarga al comité regional de Bruselas comunique al ciudadano Marx que si el manifiesto del partido comunista, de cuya redacción se encargó en el último congreso, no ha llegado a Londres antes del martes 1 de febrero del año en curso, se tomarán contra él las medidas consiguientes. En caso de que el ciudadano Marx no cumpliera su trabajo, el comité central pedirá la devolución inmediata de los documentos puestos a disposición de Marx".¹ La nota lleva las firmas del cajista de imprenta Carlos Schapper, del relojero José Moll, del zapatero Enrique Bauer.

El "ciudadano" Carlos Marx, justo es decirlo, estaba acostumbrado a escuchar esta especie de reclamos. Su profesor Bruno Bauer, primero, su camarada Arnoldo Ruge, después, su amigo Federico Engels, por fin, le habían reprochado más de una vez su desesperante lentitud en el trabajo. Con una clara conciencia de su irresponsabilidad, con el espíritu crítico de tal modo exigente que nunca lo dejaba satisfecho, Carlos Marx corregía y rehacía sus obras tantas veces que el tiempo se le iba insensiblemente entre las manos.

Paseando de un lado a otro a través de su cuarto de trabajo.² —un poco inclinada sobre el pecho la cabeza soberbia de greñas aborascadas—, gustaba poner en orden sus pensamientos largo tiempo antes de hacerlos descender hasta la punta de la pluma. Pero una vez sentado a trabajar, la lucha del estilo, no menos penosa que la otra, comenzaba. Porque aquel moreno muchachote de treinta años, guardaba un noble amor por Homero y por Virgilio, a pesar de su Hegel y Ricardo. Trece años atrás, al dar prueba de composición literaria en el Gimnasio

* Conferencia pronunciada en la Facultad de Derecho de La Plata el 5 de mayo de 1933.

¹ Riazanov, *Marx y Engels*, trad. de M. P. Alberti y H. B. Delio, Buenos Aires, Claridad, 1933, p. 61.

² F. Mehring, *Carlos Marx*, trad. de W. Roces, Madrid, Cenit, 1932, p. 528.

de Tréveris, el jurado le había rendido un elogio cabal, pero no tan completo, sin embargo, como para no permitir insinuarle algún reproche por la rebusca insistente de la expresión inusada y la metáfora suntuosa.³ Esa "rebusca insistente" no había disminuido con la madurez: en Marx, el pensador no miraba en menos al artista. Nutrido de los viejos clásicos tanto como de las letras nuevas; capaz de saborear lo mismo un "canto" de Heine que un "triste" de Ovidio, Marx había tenido la fortuna de encontrar además en su niñez feliz esa atmósfera cordial de la literatura racionalista del siglo XVIII en que alternaban sin contrastes bruscos la pasión de Diderot y la sonrisa de Voltaire. Viejo jacobino de Renania, enamorado de la claridad francesa y la elegancia latina, el padre de Marx no sólo supo preservarlo a tiempo del fanatismo escolástico y del misticismo "servil",⁴ sino que le dio, además, como secreto de la crítica lúcida, su propia fe en la inteligencia y la ironía: la inteligencia, que todo lo somete a prueba sin provocar nunca el desorden; la ironía, que todo lo anima sin fijarlo en un dogma para siempre.

Por su ambiente, por sus gustos, por su educación, Marx se complacía en reconocerse como una rama florecida sobre el tronco añoso de la Enciclopedia.⁵ La burguesía alemana, en retardo sobre la francesa, no había respondido sino a medias al vendaval de la Gran Revolución. Sus teóricos más alertas —Kant primero, Fichte luego, Hegel después— no pudieron, sin embargo, permanecer indiferentes, y gracias a los filósofos, ya que no a los políticos, la Alemania de comienzos del siglo XIX podía considerarse a la altura de su tiempo.⁶

El concepto de un mundo en permanente evolución, que había

³ F. Mehring, *op. cit.*, p. 15.

⁴ En su tesis doctoral sobre "La filosofía de la naturaleza en Demócrito y Epicuro", Marx alude al "misticismo supersticioso y servil". Véase Marx, *Œuvres philosophiques*, trad. de J. Molitor, París, Costes, 1927, t. I, p. 71.

⁵ "El conjunto de ideas que representa el socialismo moderno es sólo el reflejo en la inteligencia por un lado, de la lucha de clases que existe entre los poseedores y los desposeídos, entre los burgueses y los asalariados, y por otro de la anarquía que reina en la producción. Pero su forma teórica aparece, desde luego, como una continuación más extensa y más lógica de los principios formulados por los grandes filósofos franceses del último siglo." Engels, *Socialismo utópico y socialismo científico*, trad. Atienza, Madrid, edit. Beltrán, 1930.

⁶ "Somos los contemporáneos filosóficos del tiempo presente, sin ser los contemporáneos históricos", decía Marx en su "Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel", en *Œuvres philosophiques*, cit., t. I, p. 93.

tenido en Diderot su anunciador y en Condorcet su apologista, adquirió en Hegel la vasta repercusión de una doctrina y un método: una doctrina, para la cual todo lo existente vive y actúa en la medida en que contiene el germen de una contradicción; un método, mediante el cual no es posible asir esa contradicción con raíz de toda lucha y de todo movimiento.⁷ Pero Hegel, con haber dado a la doctrina las proporciones de una inmensa sinfonía, no había sabido desprenderla de los residuos teológicos⁸ que la invalidaban. Tras de la Idea absoluta dirigiendo la historia, se disimulaba apenas el viejo Dios de Bossuet que la burguesía francesa había destronado, y no contento con eso, Hegel, profesor del rey de Prusia, traicionaba, además, su propio método. Aquel Espíritu universal cuya marcha a través del mundo y de la historia iba despertando los seres a la vida y los hombres a la libertad, detenía en la Alemania de Federico su movimiento eterno. ¡Como si tamaño viaje a través del Universo y de la vida pudiera merecer como remate la apoteosis grotesca de un Estado despótico!

Durante algunos años, Marx vivió bajo el hechizo de aquel amplio sistema en que los pueblos y los tronos, las religiones y las artes, las instituciones y las costumbres, desaparecen, o nacen, se despedazan o progresan, según el curso que les imprime sus ocultas contradicciones agudizadas. Pero tanta Idea absoluta y tanta *tesis* y *antítesis*, y tanta *negación de la negación*, después de embriagarlo largo tiempo, determinaron a la postre un "verdadero furor irónico".⁹ Y esa ironía lo salvó. Del idealismo hegeliano que lo tuvo subyugado, Feuerbach lo llevó de nuevo hasta el cauce realista de la Enciclopedia. Heredero del materialismo francés, Feuerbach esgrimió contra el Estado absoluto magnificado por Hegel, las mismas armas filosas que al "tercer estado" procuraron en Francia tantos triunfos: la duda escéptica y el ateísmo epicúreo. El elemento revolucionario, contenido, pero ahogado en la filosofía de Hegel, adquiriría

⁷ Plejánov ha expuesto un resumen muy feliz del método dialéctico, en: "Dialéctica y lógica", que figura como un apéndice a su libro *El arte y la vida social*, trad. de Jorge Korsunsky, Madrid, Cenit, 1929.

⁸ "La unión de la filosofía y la religión, de la cual partía en su época juvenil, no fue nunca abandonada por Hegel, que siempre puso de relieve el fin común de ambas." Moog, *Hegel y la escuela hegeliana*, trad. Gaos, Madrid, Revista de Occidente, 1931 p. 38.

⁹ Lo dice así en una carta dirigida a su padre, y fechada el 10 de noviembre de 1837. Pueden leerse los pasajes esenciales en: Max Beer, *Carlos Marx, su vida y su obra*, versión española de Julio Ion, Buenos Aires, N.E.O., 1933, p. 29.

sólo a través de Feuerbach su expresión más auténtica. Con él, la Idea absoluta descendía de las nubes en que Hegel la había transportado, y al contacto de la realidad humana a que Feuerbach la sometía, apenas si dejaba el turbio residuo que es común a todos los sistemas religiosos. "El hombre es, para el hombre, el ser supremo", afirmaba Feuerbach; y al trasladar sobre otro plano el conflicto perenne en que la *antítesis* reta a duelo a la *tesis*, quedaba implícitamente sugerida la necesidad categórica de echar por tierra a cuantas formas sociales mantuvieran al hombre en la servidumbre y la miseria.

Marx saludó, entusiasmado, esta filosofía que no sancionaba, como la de Hegel, la iniquidad y el despotismo, y que acogía en la entraña, como una promesa de triunfo, la varonil incitación de los "principios enérgicos". En su tesis doctoral, sobre *La filosofía de la naturaleza en Demócrito y Epicuro*, había escrito Marx estas líneas elocuentes: "una ley psicológica quiere que el espíritu teórico se transforme en energía práctica al recobrar su libertad".¹⁰ Con excepción de Epicuro, que desafió a los dioses en un arrebato heroico, Marx echaba de menos, en todos los sistemas materialistas en filosofía, la impulsión vigorosa de esa "energía práctica". La descubría ahora llameante en Feuerbach; pero así como en Hegel el prusiano traicionó al dialéctico, en Feuerbach también, el intelectual traicionó al luchador. En vano Marx lo incitó a la acción en una carta contagiosa de fervor juvenil;¹¹ Feuerbach respondió con cortesía, pero sin fe. Después de haber lanzado como una catapulta su doctrina audaz, se replegó taciturno en un silencio austero, sin importarle, desde luego, que la vida pasara rugiendo sobre su cabeza.

Aquella decepción fue para Marx el estímulo postrero que aún necesitaba. El hombre de Feuerbach, desvinculado de la acción, no pasaba de ser una figura abstracta. Poca cosa es asegurar que cada uno de nosotros es un producto pasivo del medio en que vive, una materia plástica que la sociedad moldea. La observación más elemental demuestra que dentro de un mismo medio la diferencia entre los hombres es enorme. El paisano que La Bruyère vio arrastrándose sobre la tierra; el obrero que Lord Byron oyó gemir sobre las máquinas, parecen de un mundo distinto al de los nobles que escuchó Froissart o

¹⁰ Marx, *Œuvres philosophiques*, cit., t. I, p. 75.

¹¹ Los párrafos más esenciales figuran en Mehring, *op. cit.*, p. 52.

al de los clérigos que pintó Rabelais. El medio social en que vivimos no es por lo tanto homogéneo; en el curso del desenvolvimiento histórico, las contradicciones surgidas dentro de su seno han creado determinadas relaciones económicas que engendran y explican las diferencias de los hombres en su situación social.

Diecisiete años tenía Carlos Marx cuando sospechó por vez primera de esa idea directriz a cuyo desarrollo había de consagrar toda su vida; idea de tan extraordinario contenido que todavía no ha agotado su eficacia. En el examen de composición literaria a que ya hicimos referencia, se le había dado por tema: "Consideraciones de un joven antes de elegir carrera." Mucho, sin duda, debió reflexionar el muchacho sobre el tema porque dejó caer a la pasada esta observación definitiva: "No siempre podemos abrazar la carrera a que nuestra vocación nos llama; la situación que ocupamos dentro de la sociedad empieza ya, en cierto modo, antes de que nosotros mismos podamos determinarla." Idéntico problema reaparecería, diez años después con un sentido nuevo. Las relaciones económicas que al nacer nos fijan ya una determinada situación social, son formas de equilibrio creadas por los hombres y que los hombres han transformado varias veces a lo largo de los siglos. Lejos de ser producto pasivo de las circunstancias —una resultante del clima, de la raza, de la tierra o la montaña—, el hombre modifica con su acción las condiciones de su existencia, y al transformar de tal manera su modo de vivir, resulta a su vez modificado.

Un dilatado horizonte se abría así para la filosofía. Hasta ese instante los pensadores más ilustres habían defendido con orgullo la soledad de la inteligencia. Y ése era su vicio, su miseria y su tormento. Una filosofía que no vaya unida a una política "no llegará a ser nunca una verdad".¹²

Si el pensamiento teórico no constituye, de ninguna manera, toda la actividad humana; si además de explicar el mundo, la filosofía debe transformarlo, ¿qué clase social tomará entre sus manos la magnífica empresa? ¿Qué clase social podrá sentir la necesidad de una revolución capaz de arrasar con las barreras burguesas que dividen las clases, como la burguesía de otro tiempo derribó las barreras feudales que impedían su triunfo? Hay una sola clase, contestaba Marx, capaz de emprender por cuenta propia la emancipación del hombre; una clase en cuyas condiciones de existencia se encierra todo el mal de la sociedad

¹² Mehring, *op. cit.*, p. 66.

presente; "una clase que representando en una palabra la total pérdida del hombre, sólo pueda volver a encontrarse a sí misma encontrando de nuevo totalmente al hombre perdido".¹³ Esa clase —el proletariado— sobre la cual descansa todo el peso social, será por eso mismo la que más interés ha de tener en transformar el orden existente. Pero el proletariado de hoy se distingue de todas las otras clases esclavizadas o serviles que la historia ha conocido, porque es el producto, no tanto de la miseria naturalmente existente, como de la miseria artificialmente producida. Consecuencia directa de la introducción de la máquina en el trabajo del hombre —no del hombre en abstracto, sino del "hombre burgués"— el proletariado demuestra con su misma miseria todo lo que hay de insuficiente en el orden actual. Y si por la sola acción de su presencia anuncia la disolución de la burguesía, es porque el proletariado constituye, precisamente, la disolución efectiva de ese orden social.

Sin abandonar todavía el terreno propiamente filosófico, el pensamiento de Marx iba adquiriendo de tal modo una nitidez y un vigor incomparables. "La filosofía, había dicho su maestro Hegel, no es otra cosa que el tiempo aprehendido en pensamiento." Después de mucho andar y desandar, la realidad de su tiempo ofrecía a Carlos Marx la solución que buscaba. Se arrojó sobre ella, vorazmente, con la plenitud de su "principio enérgico", y fuerte ya en la doctrina y en el método, se dispuso a elevar hasta la limpia conciencia de su propia misión lo que no había sido hasta entonces más que empañada conciencia en el proletariado.

Muchos otros, sin duda, le habían precedido en la tarea: desde los bravos tejedores de Lyon, cuyo estandarte negro simbolizó por vez primera en 1831 las reivindicaciones de su clase, hasta aquel digno y heroico Tomás Moro, del siglo xvi, cuya cabeza sangrienta clavada para escarnio sobre el puente de Londres, ha dado desde entonces a su noble *Utopía* yo no sé qué terrible lobreguez de tragedia.¹⁴ Pero en el insurrecto desesperado o en el utopista generoso, faltaba precisamente la conciencia del tiempo aprehendida en pensamiento. Los mejores y más tenaces andaban todavía por ahí derrochándose inútilmente en la conspiración o en el ensueño, sin saber por qué luchar, sin saber cómo construir. Algunos seguían suspirando por repúblicas platóni-

¹³ Marx, "Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel", en: *Oeuvres philosophiques, cit.*, t. I, p. 106.

¹⁴ La colección *Scripta Manent*, de París, publicó hace algunos años de la *Utopía* de Moro una excelente traducción de Víctor Strouvenel.

cas, nacidas por arte de encantamiento sobre algún peñón aislado, ¡como si no hubiera sido precisamente en una isla en donde la industria del siglo xviii alcanzó por vez primera la expresión más violenta!

Otros, menos soñadores, pero no menos ingenuos, se lanzaban a reformar la sociedad con su puñado de lástimas para el proletariado; como ese lúcido y frío señor de Sismondi, analista admirable de la superproducción y el pauperismo, pero enemigo irreductible de la soberanía popular.¹⁵ O como ese buen Charles Fourier, legislador prolijo de comunidades inexistentes, enemigo implacable del comercio y del "honor" burgués, pero creyente, como Leroux, en las virtudes ocultas de los números; ese buen Charles Fourier, tan grave y tan ceremonioso con su pulcra elegancia de notario, y tan confiado siempre en la justicia enterna que malgastaba invariablemente dos horas de cada día en aguardar al millonario desconocido que habría de traer la fortuna necesaria para fundar su falansterio...

Cierto es que Owen, Saint-Simon y Proudhon habían llegado hasta un nivel más alto. Pero los defectos de aquéllos reaparecerían en éstos con una intensidad que era, a menudo, mayor. Owen, en verdad, había sido un gran realizador, aunque sobre el terreno tímido y prudente de las cooperativas. Mas después del fracaso de su colonia "La Nueva Armonía", pocas cosas más trágicas y cómicas que las andanzas de este hombre por las cortes de Europa ofreciendo aquí y allá su "sistema racional de la Sociedad". Saint-Simon, genial y extravagante, no puede entrar tampoco entre la turba pintoresca de los proyectistas y los "inventores".¹⁶ Pensador penetrante, afirmó que la economía absorbería alguna vez a la política y que el Estado reduciría sus funciones a dirigir la producción. Mas vislumbraba tan poco en el proceso histórico que hervía en torno suyo, que no sólo confiaba en la Santa Alianza para sacar triunfantes sus proyectos, sino que anunciaba, además, y a un dos por tres, revelaciones desconcertantes. El Saint-Simon que a los trece años fue encerrado por su padre Saint Lazare como castigo ejemplar por no haber querido recibir la comunión, era el mismo

¹⁵ Los utopistas han sido juzgados por Engels en páginas definitivas. Con un criterio distinto y por lo tanto antimarxista, ha sido escrito el libro de Isambert, *Les idées socialistes en France de 1815 à 1848*, París, Alcan, 1905. Lleva este subtítulo expresivo: *El socialismo fundado sobre la fraternidad y la unión de las clases*.

¹⁶ Véase sobre Saint-Simon: Leroy, *La vie du Comte de Saint-Simon*, París, Grasset, y Dumas: *Psychologie de deux messies positivistes: Saint-Simon et Comte*, París, Alcan.

Saint-Simon que treinta y dos años después aseguraba que el Supremo Hacedor se le había aparecido. Cierto es que en la extraña visión ya no estaba Cristo, sino Newton a la diestra de Dios; pero aquel Ser Supremo, por respetuoso que fuera de la ley de la gravitación, no dejaba de inspirar ciertos temores entre las manos de un reformador social. Proudhon, por fin merece también un puesto aparte.¹⁷ Crítico endiablado; charlatán petulante; del brazo hoy de los conservadores, del brazo mañana de los revolucionarios; orgulloso ante todo de una frase que después resultó que no era suya y que él mismo fue desmintiendo por etapas en cada nuevo libro; candoroso hasta creer que Napoleón III, "tirano humanitario", podría ser muy bien el brazo armado de las doctrinas socialistas, Proudhon había descubierto, sin embargo, algún filón de metal noble entre la escoria fangosa de su *Sistema de las contradicciones*.¹⁸ Pero si el haber comprendido que las leyes de la economía política son las de la historia bastaría, sin duda, para tratarlo con respeto, la organización de sus sociedades anarquistas en que asumía funciones de primer ministro el secretario perpetuo de la Academia de Ciencias, recordaba por demás las fantasías ingenuas de Morelly o Campanella con sus reyes filósofos dirigiendo la marcha de las *Islas Flotantes*, o con su Gran Metafísico tomando entre las manos los destinos de la *Ciudad del Sol*.

Utopistas completos o utopistas a medias,¹⁹ ninguno de ellos abordaba los problemas de su tiempo con el análisis implacable de Marx, con el rigor de su método, con la limpidez de su crítica, con el sentido revolucionario de la historia. Su concepción del drama humano como un producto de las contradicciones entre las clases sociales se había insinuado ya en la *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*; había adquirido más firmeza en el panfleto despiadado de *La Sagrada Familia*,²⁰ y un cierto tono de arrogancia bélica en los sarcasmos magistrales de

¹⁷ Sobre Proudhon es clásico el ensayo de Sorel, "Essai sur la philosophie de Proudhon", en *Revue Philosophique*, París, 1892.

¹⁸ El editor M. Aguilar, de Madrid, publicó el año pasado una traducción española de Alejandro Bou: P. J. Proudhon, *Sistema de las contradicciones económicas o filosofía de la miseria*.

¹⁹ Antonio Labriola, como Menger, se resiste a colocar a Saint-Simon entre los utopistas. Véase Antonio Labriola, *Essai sur la conception matérialiste de l'histoire*, traducción de Alfred Bonnet, París, edit. Marcel Giard, 1926, p. 34, nota. No comparto esa opinión.

²⁰ No ha sido traducida al español, que yo sepa. Forma los tomos II y III de las *Œuvres philosophiques*, París, Costes, 1927-1928.

la *Miseria de la filosofía*.²¹ Faltaba precisar, sin embargo, sobre la humilde y descarnada realidad económica, lo que había sido hasta entonces genial hipótesis de trabajo. Un compatriota suyo, renano además como él, le trajo entonces el auxilio inapreciable de su talento y de su ciencia.

La historia de aquella amistad, uno de los espectáculos más edificantes del siglo XIX, no ha encontrado todavía el panegirista entusiasmado. Pero de la unión de Marx con Engels ha surgido, como quizá no hubiera sido posible en otra forma,²² esa imbatible fortaleza del marxismo en que las ciencias viejas y las ciencias nuevas desembocan tumultuosas a través de dos muchachos, genial el uno, talentoso el otro, y tan moreno aquél, como rubio éste, pero idénticos los dos por la generosidad y el entusiasmo. Lo que Marx había hallado descendiendo desde la filosofía venerable, Engels lo había encontrado en las condiciones miserables del obrero inglés. Neohegeliano, como Marx allá en su juventud, Federico Engels no se hallaba a sus anchas, sin embargo, sino sobre el terreno firme de la etnografía y las ciencias naturales. Jacobino también en sus mocedades, hasta el extremo de afirmar que la Marsellesa aleteaba todo el día sobre sus labios; imbuido de pensamiento francés, y quizá de sangre francesa, porque se complacía en remontar sus ascendientes hasta cierto hugonote Ange refugiado en Alemania,²³ Engels se movía entre la maraña de los hechos con más agilidad que Marx.²⁴ El observatorio, además, que él había escogido, tenía sobre el de Marx una ventaja innegable: la revolución industrial, no muy acentuada todavía en Alemania y Francia —los únicos países que Marx había estudiado— dividía ya a la sociedad inglesa en dos líneas tendidas de enemigos en acecho. Aquellas "dos naciones" de que hablaba Disraeli —explotadores y explotados— agudizaban de tal modo las contradicciones de la sociedad presente, que no se requería gran esfuerzo para captarlas. Lo que en Marx fue el final de un largo drama intelectual, en Engels fue un hallazgo casi feliz. Pero cada uno guardaba por eso, en su dominio, una superioridad que le era propia; con-

²¹ Hay una edición económica de la traducción española de Mesa, publicada por Actualidad, Buenos Aires. [*Miseria de la filosofía*, México, Siglo XXI, 1975.]

²² Es completamente injusta la actitud un poco despectiva de Beer con respecto a Engels. El traductor de la edición argentina, señor Julio Ion, ha hecho a ese propósito una rectificación exacta. Véase nota de la p. 44, en Beer, *Marx, su vida y su obra*.

²³ Riazanov, *op. cit.*, p. 25.

²⁴ Mehring, *op. cit.*, p. 278.

fesando Engels alguna aversión respecto a las teorías, reconociendo Marx cierta torpeza en el manejo prolijo de los hechos.²⁵

A mediados del siglo XIX nadie estaba en condiciones mejores que las suyas. Perseguidos los dos, los dos desterrados, tenían bien probadas la devoción a las ideas. En ambientes muy distintos las habían sometido al contralor de los hechos, y fuertes ya, con la seguridad que dan las convicciones profundas, se disponían a salir ahora al encuentro de las masas. Las masas, mientras tanto, estaban sedientas de doctrinas. En Alemania, en Francia, en Bélgica, en Inglaterra, Marx se había acercado hasta los centros obreros, con admiración siempre cordial, y hasta había creído ver en los escritos del sastrecillo Weitling las botas de siete leguas del proletariado. Mas a pesar de su talento Weitling no había conseguido arrancarse a la utopía. Soñando siempre con revoluciones espontáneas, confiaba mucho más en la canalla andrajosa que en el obrero ilustrado.²⁶ Por tal camino, claro está no se saldría jamás de la revuelta estéril. Con la alianza fraternal de Engels, Marx se entregó por eso a organizar y a educar a las masas,²⁷ convencido como estaba de que no basta tener jefes resueltos para lanzarlas cualquier día sobre la ruta de la revolución.

El congreso de Londres, en el verano de 1847, fue su primer triunfo ruidoso. Las diversas corrientes del proletariado, representadas por escasos delegados, resolvieron fusionarse en la Liga Comunista, editar una revista popular²⁸ y elaborar el proyecto de una "profesión de fe" que debía ser, en cierto modo, la bandera visible de la Liga. A Marx, a Engels y a Hess se encargó la redacción de los proyectos,²⁹ y una vez discutidas las

²⁵ Mehring ha hecho un paralelo feliz, *op. cit.*, p. 250.

²⁶ La ruptura de Marx con Weitling, en 1846, no fue más que un anticipo de la ruptura posterior con Bakunin. La conducta de Marx, en ambos casos, no puede ser más consecuente. Es sabido, por otro lado, que en 1843, cuando Weitling fue arrestado en Suiza, Bakunin apareció entre sus adeptos. Riazanov, *op. cit.*, p. 51.

²⁷ Este aspecto de Marx como organizador, descuidado por Mehring, ha sido bien expuesto por Riazanov, *op. cit.*, p. 55.

²⁸ La revista, de la cual apareció un solo número, ha sido íntegramente reproducida por Riazanov en su apéndice al *Manifiesto Comunista*. Véase la edición Cenit, de dicho Manifiesto, en la traducción de W. Rocés, p. 342. Es de un enorme interés.

²⁹ Sólo ha llegado hasta nosotros el proyecto de Engels, conocido con el nombre de "Principios de comunismo". Descubierta por Bernstein en 1913, va incluido en el apéndice de la edición Cenit del *Manifiesto Co-*

tesis de cada cual en el nuevo Congreso de noviembre del mismo año, se resolvió confiar a Marx la redacción definitiva. Ése era el manifiesto que el cajista Schaper, el relojero Moll y el zapatero Bauer reclamaban de Marx a fines de enero de 1848, con una energía que podría parecer violenta si no se prefiere ver en ella la urgencia casi dolorosa de una clase oprimida que pugnaba por hallar en la prosa del filósofo el reflejo de su propia conciencia, la tensión de su propia voluntad. "No basta que el pensamiento busque la realización —había escrito Marx en otros tiempos—; es necesario que la realidad sienta la apatencia de ese pensamiento."³⁰ Dábanse ahora las dos corrientes que confluían: la historia ascendiendo hasta la filosofía, la filosofía poniéndose al servicio de la historia.

Emocionante momento del drama humano que ha dejado como recuerdo memorable las 23 páginas in octavo³¹ del *Manifiesto Comunista*: prodigioso portal levantado a mitad del siglo XIX para que pasara por él, rumoroso y pujante, el espíritu nuevo.

El *Manifiesto*, de una sobriedad admirable,³² consta de cuatro párrafos y una breve introducción. No voy a incurrir, demás está decirlo, en la redundancia de explicarlo, ni a intentar tampoco la tarea imposible de concentrarlo en pocas fórmulas. Para

munista, como también un artículo de Hess, de noviembre de 1847, y que ilustra bastante bien sobre sus ideas.

³⁰ Marx, *Œuvres philosophiques*, cit. t. I, p. 99.

³¹ Así apareció en la edición original de febrero de 1848, en Londres.

³² Aunque es difícil probarlo, es casi seguro que el *Manifiesto* ha sido redactado únicamente por Marx. De los historiadores que se refieren a dicho documento, Riazanov es el más afirmativo: dice textualmente, en efecto, que "ha sido escrito sólo por Marx" (*Marx y Engels*, p. 60). Pocas páginas después, sin embargo, atenúa esa afirmación: "El *Manifiesto Comunista* había sido escrito casi únicamente por Marx" (p. 84). Me inclino a creer lo primero, sin que esto quiera decir, ni mucho menos, que Marx no haya aprovechado ampliamente el proyecto de Engels. Tal como conocemos este último, en la forma de catecismo tan corriente en su época, resulta excelente para la propaganda y no contiene una línea que Marx no hubiera podido firmar. Pero es evidente también que sólo en la redacción que le dio Marx adquirió su enjundia de documento inmortal. Es muy probable que Marx tuviera bajo sus ojos el proyecto de Engels cuando escribió su *Manifiesto*, y quizá también el de Moisés Hess. Ignoramos cómo sería el de éste, pero en el artículo de la *Revista Comunista*, a que ya nos referimos, Hess escribe estas líneas, cuya parte final aparece en el *Manifiesto* casi textualmente: "Pero de eso no tienen la culpa precisamente los proletarios ni los comunistas alemanes que, como queda dicho y es sabido, están siempre dispuestos a lanzarse a una revolución en la que no tienen nada que perder y todo lo pueden ganar."

cada uno de vosotros, además, el *Manifiesto Comunista* —lo afirmaría sin vacilar— constituyó en la adolescencia una de esas lecturas juveniles que se quedan prendidas al recuerdo con una gratitud emocionada. Pensado y escrito para un movimiento obrero que se incorporaba a la vida, el *Manifiesto* conserva cierta frescura de amanecer, cierta acritud de fruta joven. En una alianza admirable ha sabido reunir la austeridad de la doctrina con la nerviosidad de la polémica, el goce áspero del razonamiento con el otro más sutil de la ironía.

El párrafo primero —“Burgueses y proletarios”— es la más concisa, luminosa y certera filosofía de la historia que se haya escrito hasta hoy. Desde la línea del comienzo imperativa y recia como un axioma: “La historia de toda sociedad hasta nuestros días no ha sido sino la historia de las luchas de clases”, hasta aquella otra del final que anuncia a la burguesía sus propios sepultureros, como un redoble sombrío de tambores enlutados, toda la historia del mundo, con sus dolores y sus grandezas, va desfilando delante de nosotros. Pero la realidad histórica ha sido enfocada desde tan arriba, que nada distrae los ojos con detalles pueriles. La historia tradicional, que se detiene en la superficie de las cosas, daba del mundo la impresión de un caos, en que la voluntad de los dioses o la rivalidad de los príncipes lanzaban unas sobre otras a las muchedumbres abigarradas. Sin alterar la realidad en lo más mínimo, el panorama que abarca el *Manifiesto* es bien distinto; en donde hervía el tumulto, vemos ahora insinuarse la ley; y tras del capricho aparente, el puño de hierro de la necesidad. En un esquema vigoroso, en que las proposiciones se suceden con la elegancia y la fuerza de un teorema, el *Manifiesto* demuestra cómo la burguesía creció en el seno de la sociedad feudal y cómo al transformar los medios de transporte y modificar los instrumentos de producción se vio forzada a romper con la organización feudal que la cohibía. Pero demuestra también que las mismas armas de que se sirvió la burguesía se vuelven ahora contra ella; late en su entraña, también, la clase que habrá de derribarla y que, liquidando de modo radical la propiedad privada en que aquélla se asienta, impondrá por la violencia las formas más adecuadas de la propiedad colectiva.*

* Ello se dice, en realidad, en el capítulo segundo: “El proletariado se valdrá de su dominación política para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante [...] Esto, naturalmente, no podrá cumplirse al principio más

Pero en todo este largo desarrollo no suena en el *Manifiesto* ni una imprecación ni un lamento. La burguesía no triunfó de la nobleza porque así lo exigiera esta moral o aquel principio, sino porque las fuerzas productivas que su iniciativa arrancó de la naturaleza impusieron la necesidad de instaurar un nuevo orden social. No hará otra cosa el proletariado cuando le toque cumplir con su misión.

La objetividad rigurosa y calculada de este párrafo, de tan formidable trabazón dialéctica, da a la página primera del *Manifiesto Comunista* el ceremonial imponente de una sentencia a muerte. En un instante, sin embargo, corre por la prosa un temblor de emoción. Pero no es de rencor, sino de elogio. Como un triunfador generoso que presentara armas al enemigo vencido, ensalza a la burguesía por haber demostrado frente a la pereza del noble hasta dónde puede llegar la grandeza del trabajo humano. Jamás una clase celebró en honor de otra un funeral más solemne.

Muy distinta es, en cambio, la entonación dominante en el párrafo segundo. Tan distinta que, para muchos, provoca un cierto asombro. Verdad es que el título “Proletarios y Comunistas”, guarda cierta simetría con el título anterior y predispone a encontrar en este párrafo un tratamiento parecido. No es así, sin embargo, y este viraje brusco en el tono y en la prosa respondía justamente a la secreta intención del *Manifiesto*. Cada forma social, antes de morir —había escrito Marx algunos años atrás— debe pasar por dos muertes sucesivas: la muerte trágica primero, la muerte cómica después. Los dioses griegos, mortalmente heridos por el *Prometeo encadenado* de Esquilo, sólo bajaron a la tumba después de los diálogos burlones de Luciano.³³

Como los dioses griegos, la burguesía pasa por dos muertes en las páginas memorables del *Manifiesto Comunista*: en el párrafo primero, la muerte trágica; en el párrafo segundo, la muerte cómica. Si en aquél, íntegro está el Marx dialéctico, en éste, íntegro está el polemista. Analizando una por una las acusaciones más en auge lanzadas contra el movimiento social que él interpreta, salta de un sector a otro del frente enemigo con una agilidad inesperada: rompe aquí un sofisma, invierte ahí un argumento, descoyunta más allá un error. Y pone en cada

que por una violación despótica del derecho de propiedad y de las relaciones burguesas de producción...”; en el capítulo primero sólo se anota que “la burguesía produce, ante todo, sus propios sepultureros”, los proletarios. [E.]

³³ Marx, *Œuvres philosophiques*, cit., t. I, p. 90.

réplica tan picante dosis de rapé voltairiano que aun parece resonar a lo largo de sus líneas aquella risa triunfal del Marx adolescente, de la cual contaba Bruno Bauer que lo había hecho feliz nada más que escuchándola un instante.³⁴

Mas la aparente ligereza del párrafo segundo ha arrastrado de tal modo las débiles defensas de la burguesía, que no causa sorpresa escuchar al *Manifiesto*, en ese instante, los diez puntos famosos que el proletariado impondrá a la sociedad el día mismo que tome entre sus manos el poder. El *Manifiesto* no emplea la expresión "dictadura proletaria", que Marx usará sólo dos años más tarde; pero las repetidas alusiones a la "destrucción violenta" y a la "violación despótica", así como el carácter resuelto de las medidas que propone —sin una sola reforma democrática—,* subrayan de manera inequívoca la orientación entrañablemente revolucionaria del programa.

El *Manifiesto*, con todo, no termina ahí. Implacable en su ardor combativo, persigue todavía al enemigo sobre el campo doctrinario para batirlo también en sus reductos teóricos. Se acostumbra decir que este párrafo tercero ha perdido desde hace mucho tiempo todo calor de vida,³⁵ como si las doctrinas que él pasa en revista no representaran para nosotros más que recuerdos desvaídos. Nada más falso en mi opinión. No hay una sola de las corrientes aludidas en el párrafo tercero, desde el socialismo "clerical" al socialismo "burgués", desde el socialismo "verdadero" al socialismo "utópico", que no tenga actualmente, pertinaces aún, sus herederos más o menos disfrazados. Bajo las formas declamatorias del pacifismo y de la filantropía, del mutualismo y de la colaboración entre las clases, por ahí andan con sus jeremiadas apuntalando a la burguesía en su desastre.

El socialismo "clerical" de ahora ya no enarbola como antes la alforja del mendigo para atraer al pueblo tras sus pasos; pero en la propaganda insistente del diario y de la cátedra, del púl-

³⁴ Mehring, *op. cit.*, p. 36.

* Esta afirmación de Ponce, destinada seguramente a aventar las ilusiones parlamentaristas, no es fielmente exacta al texto del *Manifiesto*. En el capítulo segundo puede leerse que "el primer paso de la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia" ("La democracia es hoy el comunismo", escribía Engels en 1845), y casi al final del capítulo cuarto, puede leerse: "los comunistas trabajan en todas partes por la unión y el acuerdo entre los partidos democráticos de todos los países". [E.]

³⁵ Marx Beer, por lo común tan lúcido, incurre también en ese error. Véase: *Marx, su vida y su obra*, p. 63.

pito y del libro, sigue afirmando todavía que podrá solucionarse este enorme "malentendido" entre las clases si se aconseja a los ricos un poco más de generosidad, si se predica a los pobres un poco menos de impaciencia...

El socialismo "burgués", de que habla el *Manifiesto*, hechura anticipada del reformismo de hoy, ¿no anda también por ahí, desesperado por frenar a las masas, para conquistar así dentro del orden y el respeto sus migajas de legislación social, sus regateos de postulante insistente?

El socialismo "pequeño burgués", que tuvo en Sismondi su máxima figura, tan luminoso en la crítica de la sociedad capitalista como tibio y encogido en los remedios, ¿no vuelve todavía sus ojos al pasado buscando en una "tregua de invenciones"³⁶ o en una nueva destrucción de máquinas, la única solución factible en este instante? El Spengler desolado de los días actuales, que acusa a los hombres de su raza por haber divulgado entre seres "inferiores" los secretos de la técnica, ¿no confiesa también el derrumbe de Occidente y lo aguarda resignado, con "indignante melancolía"?³⁷

Y el socialismo "alemán" o socialismo "verdadero", tan distanciado en apariencia de las cosas de hoy que algunos modernos editores no tuvieron escrúpulo alguno en suprimir las líneas que el *Manifiesto* le dedicaba,³⁸ ¿no renace también en nuestros días, en esa misma Alemania de la posguerra, con su escolástica vergonzante y su religiosidad apenas encubierta? Aquellos Carlos Grün y Moisés Hess que no dejaban pasar casi un instante sin hacer flamear a todo trapo la "enajenación del ser humano" o "la abolición del imperio de lo general abstracto", ¿no son acaso los mismos que hoy andan a tientas en la cerrazón del pensamiento germano, campeones todos de la libertad en abstracto y de los "bienes de la cultura", pero sumisos todos,

³⁶ Sismondi había insistido largamente sobre las desgracias que traen las invenciones; Duhamel, entre muchos otros, ha propuesto también ahora como remedio a la crisis presente, una tregua de inventores... Véase *Querelles de Famille*, París, del Mercure de France.

³⁷ Son palabras que emplea el *Manifiesto* al terminar la referencia a Sismondi.

³⁸ Todo lo que el *Manifiesto* dice del socialismo verdadero alude a Carlos Grün, pero contiene una irónica referencia a Moisés Hess al mencionar la "filosofía del hecho", título de un artículo publicado por éste en 1843. Véase: Riazanov, "Notas aclaratorias al *Manifiesto Comunista*", p. 88 de la edición Cenit, varias veces citada.

³⁹ Windelband fue uno de los firmantes del famoso "manifiesto de los

como Windelband o Gentile, al primer déspota que les eche sobre sus hombros la casaca?³⁹

Desde los cimientos hasta la cúspide, el *Manifiesto Comunista* forma, pues, un edificio magnífico en el cual no se advierte hasta hoy una sola grieta que lo amenace. Aunque empinado hacia el porvenir, lleva sí, como no podía dejar de llevar, las huellas de la hora en que nació. La revolución del 48, que siguió en pocos días a la aparición del *Manifiesto*, no pudo realizar —no podía realizar— la misión trascendental que el *Manifiesto* le asignaba. Marx cometió entonces, lo cometería muchas veces, el error de la impaciencia. Humano error que acompaña siempre a la esperanza ardiente, y que da al *Manifiesto Comunista* el estremecimiento de las obras humanas. Aquel cerebro lúcido, aquel observador insobornable, tenía también un corazón generoso, y no podía por eso resignarse a las limitaciones que impone la fugacidad de nuestra vida.

Voltaire conoció también la amargura de esperar, y en una carta fechada veinticinco años antes de la Gran Revolución, le escribía al Marqués de Chauvelin estas líneas dolorosas: "Todo lo que veo arroja las semillas de una revolución que llegará ineludiblemente, y a la cual no tendré la alegría de asistir. Los hombres jóvenes son más felices; verán cosas hermosas."⁴⁰ Ni Marx ni Engels tuvieron tampoco la alegría de asistir. Pero un discípulo genial, que sabía el *Manifiesto* de memoria y que había ahondado en el marxismo como nadie lo había hecho antes que él, tuvo la dicha de dejar a medio hacer uno de sus libros más profundos, porque "es más agradable y útil —dijo— vivir la experiencia de una revolución, que escribir acerca de ella".⁴¹

93" profesores alemanes apoyando el imperialismo germánico. En cuanto a Gentile, está de más toda aclaración.

³⁹ Citado por Arturo Labriola, *Voltaire o la filosofía della liberazione*, Nápoles, Alberto Morane, 1926, p. 177.

⁴¹ Lenin, *La revolución y el estado*, trad. de Nicolás Alvieff, Valencia, Gervantes, 1920, p. 227.

ENSAYO GENERAL EN ASTURIAS *

Uno a uno van llegando. Agotados, deshechos, heridos. Han pasado días bajo la nieve, en las cuevas de las montañas, entre las piedras de los ríos. Han dormido sobre la tierra desnuda, bajo un cielo siniestro. A cada rato, la policía rondaba en torno de ellos. Y no sólo la española. Si la francesa llegaba a sorprenderlos, los entregaba en seguida en la frontera. La "hospitalaria" Francia, "tierra de libertad", rechaza horrorizada a estos perseguidos. Pero hay una solidaridad que se extiende más allá de los gobiernos y de los gendarmes: la solidaridad de la clase obrera que saluda emocionada en estos refugiados a los primeros héroes de la revolución en Asturias. A lo largo del camino han encontrado por todas partes manos de trabajadores que se afanaban por darles lo que más necesitaban: pan, sueño, abrigos, defensas. Y en todas partes también, tan pronto corría en secreto la noticia de su llegada, un montón de camaradas se apretaban para escucharlos. Los perseguidos no se cansaban de contar. Es tanta la avidez con que se los escucha, tan cordial la atención y la pregunta, que el relato recomienza una y mil veces. Por el físico parecen derrotados. Han pasado tantas privaciones para ponerse a salvo que aún les queda en el rostro las huellas de la fatiga y de la angustia. Mas tan pronto comienzan a hablar, un hombre distinto se despierta. Durante dieciocho días ha triunfado en Asturias la dictadura del proletariado. El resto de España no pudo o no supo acompañarlos. Y por eso los de Asturias debieron retirarse. Mas aquellos dieciocho días no se olvidarán jamás. El obrero asturiano ha demostrado que es capaz de tomar en sus manos el timón de España, y poco le importan ya los contratiempos momentáneos. Momentáneos, sí. Un año, dos años, cinco, ¿qué más da? La comuna de Asturias ya ha entrado triunfante en la historia del mundo, y son estos obreros perseguidos los que la alzaron victoriosa sobre sus puños.

Una vez más se reunieron ayer para contarlo. Esta vez, para mí. Eran dos muchachos bastante diferentes. Moreno el uno, recio y bajo; casi rubio el otro, delgado, frágil y alto. Los dos venían de Oviedo. Habían asistido a todas las luchas de Octubre

* En *Cursos y Conferencias*, año 1934.

y sabían muy bien qué es lo que se habían propuesto y hacia dónde iban. El moreno fue el más locuaz, abundante de gestos y palabras. Obrero electricista, tenía una cultura más que discreta y un sentido de la realidad preciso y claro. No pretendo reproducir su charla en lo que tenía de sabrosa y pintoresca. Quiero tan sólo resumir lo esencial de su relato: la vigorosa y simple evocación de las jornadas de Octubre a través de un acto y de un testigo.

—La huelga empezó en Oviedo como empiezan las huelgas: abandonando las fábricas. Y aunque el descontento era grande, creo que ninguno de nosotros pensaba ir a la revolución. Ése fue ya el primer error que nos haría perder no poco tiempo. Porque mientras en Turón, en Mieres, en Gijón, en Grade, los sindicalistas, los socialistas y los comunistas destituían las autoridades y organizaban el poder popular, nosotros nos pasamos no sólo todo el 4 de octubre discutiendo y charlando, sino también casi todo el viernes 5. El viernes 5, en efecto, flotaba ya en todos los ayuntamientos de Asturias la bandera roja de la insurrección, y nosotros los de la capital, en vez de contestar instantáneamente tomando la dirección del movimiento, seguimos dudando y discutiendo. Sin Oviedo la revolución no podía triunfar, y no nos perdonaremos jamás —o mejor dicho, lo tendremos bien en cuenta— esos días de vacilaciones y de no saber qué hacer. Los mineros de la provincia, que llegaban desagregados, nos empujaron por fin a la revolución. El sábado por la mañana los salimos a esperar en el camino que va hacia Trubia, no muy lejos del asilo de San Lázaro. San Lázaro es un inmenso arrabal obrero, amontonado desordenadamente sobre la región que fue en otro tiempo refugio de leprosos. En dos columnas formamos para recibir a los mineros. Cuando llegaron fue el delirio. Nos costaba creer lo que afirmaban. “¡Cómo en Rusia!”, decían. ¡Cómo en Rusia! ¿Será posible? En un solo día habían echado abajo a la burguesía. ¡En un sólo día! Los que creen que ninguna insurrección puede triunfar sobre una burguesía que tiene en sus manos el ejército, que me expliquen ahora lo que allí ha pasado. El entusiasmo nos hacía casi llorar. Hasta los viejos que encontrábamos en el camino gritaban como locos alzando los brazos con los puños cerrados. Los mineros, que ya se habían apoderado de las fábricas de armas de Trubia y se habían equipado bastante bien, no podían comprender que nosotros estuviéramos sin armas. “¿Por qué no han atacado ya la fábrica de ustedes?”, nos decían. ¿Por qué? ¿Quién podría decirlo? En dos días, los malditos dos días, nadie había sido capaz

de convencernos que sin apoderarnos de la fábrica de armas, Oviedo sería inconquistable. Nos decidimos al fin. Pero ahora ocurrió el segundo error, el más grave de todos, el que nos echó a perder todo irremediamente. En vez de formar una sola columna y lanzarnos de un solo golpe sobre la fábrica, para después entrar a la ciudad, yo no sé a qué condenado se le ocurrió que debíamos otra vez dividirnos en dos columnas y rodear a la ciudad: una de esas columnas iría hacia la fábrica de armas, y la otra hacia el cuartel de Pelayo pasando por la estación del ferrocarril. Y como si esto fuera poco, de la misma columna que debía ir en dirección a la fábrica se desprendieron yo no sé cuántos hombres al llegar a la altura de la calle principal. Queríamos hacer al mismo tiempo, con escasas armas y casi nada más que con cartuchos de dinamita, tres cosas que se debían haber realizado en este orden: apoderarse de la fábrica, dominar el cuartel de Pelayo, caer después sobre la calle principal. La maldita calle principal llevaba en línea recta a un macizo de edificios en donde la guardia civil y las tropas de asalto se habían atrincherado: el Obispado, el Monte de Piedad, el Teatro, el Gobierno Civil, el Cuartel Campoamor y la Catedral. ¡La Catedral!, hay que escuchar ahora al obispo de León, monseñor Álvarez Miranda, hablar a sus feligreses sobre la revolución: “Sigamos el ejemplo de Cristo, les dice, que nos enseñó hace siglos que todos los males del mundo se curan con la oración y la penitencia.” ¡Ojalá lo parta un rayo! ¡El ayuno y las oraciones! Tanto el Obispado como la Catedral eran un nido de ametralladoras que nos masacraban tan pronto queríamos avanzar escasos metros. A duras penas conseguimos dominar al Obispado, pero la Catedral era una fortaleza que estaba bien preparada para defender las riquezas que han saqueado en tantos siglos. ¿Sabe usted que nada más que los jesuitas son los dueños de la Banca Urquijo de Madrid, y de la más poderosa compañía española de navegación llamada “Transatlántica”? ¡Oraciones y ayunos! Balas y más balas era lo que vomitaba aquel sagrado templo de la paz humana. Todos nuestros ataques se estrellaron allí, y cuando resolvimos atacarla de otro modo, apoderándonos del Teatro, nos encontramos con que las tropas del gobierno lo estaban incendiando para impedir que de allí los domináramos. Ese teatro en ruinas es el mismo que ahora muestran a los turistas para probarles la barbarie de los revolucionarios... Cinco días perdimos así: atacando al mismo tiempo la Catedral, el cuartel de Pelayo y la fábrica de armas. La última, sobre todo, era vital que la tomáramos. Como los fusi-

les y las bayonetas no abundaban, el 9 nos lanzamos desesperadamente a puró cartucho de dinamita. Los llevábamos a montones en los bolsillos y en el cinturón y los encendíamos con el fuego de los cigarros. ¿Se imaginan ustedes el alboroto cuando entramos en la fábrica? No era para menos. Había allí 40 000 fusiles, y que sé yo cuántas ametralladoras y cartuchos. En un instante los desparramamos entre el pueblo. El ejército rojo ya estaba de pie. Vea usted que digo "en el pueblo", y no simplemente "los obreros". Ninguno de nosotros hubiera pensado nunca en que toda la clase media —artesanos, funcionarios, empleados, maestros, pequeños comerciantes— se vendrían a poner de nuestra parte. Era hermoso y tocante. Si en toda España hubiera pasado lo mismo, ¿quién nos hubiera batido? En Oviedo quedaban todavía la endemoniada Catedral en el centro de la ciudad y el cuartel de Pelayo en las afueras. Los cartuchos se nos empezaban a concluir, y apenas si alcanzábamos por día a preparar cinco mil, que es como decir absolutamente nada. Para atacar el cuartel necesitábamos carros blindados. ¡Blindados! ¿De dónde sacarlos? Con viejos camiones empezamos a construirlos, con placas blindadas de nueve milímetros. Algunos de ellos, cuando los empleamos, se nos pararon en mitad de camino dejándonos a merced del enemigo. . . . Los aviones mientras tanto comenzaban a volar sobre Oviedo. Primero lanzaron proclamas; casi en seguida bombas. Una de esas bombas no dejó un sólo ladrillo en el Instituto. Y las ruinas del Instituto son otra prueba que los miserables muestran hoy a todo el mundo como otro testimonio de nuestra "barbarie". Para colmo, la radio anunció que en Cataluña todo había cesado, que en Andalucía todo estaba en orden, que en el resto del país no ocurría nada. Al principio creíamos que nos engañaban. Después supimos por otros camaradas que todo aquello era la verdad. En frente nuestro, del lado de la costa, las tropas del gobierno desembarcaban en Gijón; a las espaldas, venían en busca nuestra las tropas del general López Ochoa. Aislados, estábamos perdidos. ¡Si por lo menos pudiéramos apoderarnos del Cuartel de Pelayo! Entonces sí que las cosas podrían cambiar no poco. Desesperadamente se nos ocurrió lo último para lograrlo: hasta el tope cargamos con dinamita varios camiones y nos preparamos a lanzarlos contra las puertas del cuartel. Se necesitaban, naturalmente, varios hombres para conducirlos. Varios hombres que a sabiendas se entregarían a una muerte horrible. Se ofrecieron a montones. Los sorteamos, y a preparar la maniobra. Muy poco nos faltaba ya cuando llegó la

orden de retirarnos. Las tropas del general Ochoa estaban ya a las puertas de Oviedo. Nosotros no queríamos irnos. Entre morir todos los días en la miseria de la fábrica y vender allí la vida con un fusil esto último era más noble, infinitamente más noble. Pero la orden se repitió con un tono severísimo. De cólera he visto llorar hasta los chicos. Porque los chicos, las mujeres y los viejos, todos estaban allí dispuestos a seguir peleando. ¡Si el resto de España se hubiera portado de otro modo! Sola, completamente sola, la república obrera y campesina de Asturias se ha batido contra el capitalismo español, le ha presentado batalla y lo ha herido de muerte. ¡Sí, señor, lo ha herido de muerte! No sólo organizamos el poder sin una falla grave, no sólo demostramos a la pequeña burguesía que de la revolución nada tiene que temer, sino que enseñamos a todos que sólo en nosotros está el orden y la paz, la prosperidad y la confianza. Los diarios de la burguesía seguirán gritando que somos todos unos "sanguinarios", unos "criminales", unos "salvajes". ¡Nosotros que hemos respetado todo lo más digno que hay en Oviedo, las escuelas y las bibliotecas, los hospitales y los asilos! Nosotros que no permitimos el más mínimo ultraje en el convento, y que hasta en ese pobre Cristo de Bibembro que unos camaradas pensaron destruir, colgamos un cartel que decía: "Te respetamos, Jesús, porque eres de los nuestros". . . . Muchos errores hemos cometido; de organización, de táctica, de falta de energía en determinados momentos que poco después nos costaron muy caros. Pero ha quedado probado en Asturias que la unión del proletariado y de las clases media y campesina conquista el poder burgués cuando se decide a conquistarlo. Exactamente lo contrario de lo que ha demostrado Cataluña: que una revolución proletaria sucumbe sin remedio cuando una dirección extraña a los trabajadores se apresura a colocarse a la vanguardia. Todos tendrán mucho que aprender de lo que nosotros hicimos y de lo que nosotros, por desgracia, dejamos de hacer. Y entre esos "todos" nosotros mismos seremos los primeros. Porque esta revolución que la burguesía ha anunciado a todos los vientos como una revolución aplastada, no es nada más que un ensayo de la otra que será definitiva. ¿Se acuerda usted de lo que Lenin decía de la revolución rusa de 1905, ahogada en sangre como la nuestra? "Preparando la otra que se avecina, la revolución de 1905 pasará a la historia como un ensayo general." Y así también la historia futura hablará de la nuestra. Lo que ha ocurrido en octubre ha sido precisamente eso: un ensayo general en Asturias.

ALEJANDRO KORN: "HEGEL Y MARX" *

Hemos hablado repetidas veces en esta misma sección de las dificultades inherentes al género llamado de "vulgarización", y de las raras cualidades de inteligencia y de tacto que son necesarias para vencerlas. Como entre nosotros las cátedras están al alcance de cualquiera —lo mismo de un político *en relâche* que de un mozalbete que se inicia—, nada tiene de raro el enorme desconocimiento, cuando no el menosprecio, de que se hace gala con respecto a las virtudes de un excelente profesor. Exponer un tema difícil de manera tal que cualquier hombre medianamente culto pueda comprenderlo, no sólo exige la sabiduría indispensable, sino la flexibilidad suficiente para ponerse a tono con el auditorio, prever sus dudas, responder de antemano a las objeciones. Pero es menester, además, la elegancia y el buen gusto que disimula la erudición. Rasgo generoso que no permite al oyente sentirse en un nivel inferior al profesor, y que le oculta, además, los esfuerzos que realiza aquél para allegarse hasta él.

Entre los muchos resúmenes de cursos de divulgación que han llegado hasta nosotros en esta última época, plácenos comprobar que el presente folleto del doctor Korn es de los más felices y acabados que conocemos. El tema que le ha tocado exponer es, sin duda alguna, de los más complicados y difíciles. Habitado, sin embargo, por práctica de muchos años, al ejercicio de la cátedra, el doctor Korn se hallaba capacitado naturalmente para acometer la espinosa empresa. En grandes líneas, que no traicionan ni caricaturizan las doctrinas que expone, el doctor Korn ha dado a sus oyentes un cuadro general de la filosofía moderna, desde la decadencia de la escolástica hasta la ulterior reacción romántica contra el iluminismo. Respetuoso del marxismo, aunque no marxista, el autor muestra la vinculación de las doctrinas con las luchas entre las clases sociales, y sin quitar a la filosofía su majestad imponente la muestra en cada época sirviendo de instrumento, o bien a la burguesía que

apura su marcha revolucionaria o bien a la nobleza y el clero que defienden sus posiciones.

Ese criterio feliz, que se insinúa más que se expresa, se enturbia bastante, sin embargo, en los últimos capítulos. Un lector exigente no traicionaría en lo más mínimo los propios postulados del doctor Korn si los aplicara al pie de la letra para enfocar, por ejemplo, la posición de Jaurès y los socialistas. La relación del pensamiento de Marx con la nueva clase social, el proletariado —punto fundamental para comprenderlo y situarlo en perspectiva histórica—, no aparece nítidamente enunciada en la exposición del doctor Korn. Quizá por eso la objeción que él mismo adivina y se adelanta a refutar en el capítulo noveno —de qué manera el "idealismo filosófico" de la reacción puede infiltrarse en las filas del socialismo sin llegar a corromperlo— no queda completamente destruida. Los que aseguran que la posición de Jaurès y de todo el movimiento reformista lejos de superar al marxismo no ha hecho más que traicionarlo, tienen sobrados hechos que lo confirman o que le dan, por lo menos, legitimidad. Valía, por eso, la pena de examinar semejante tesis con el cuidado que merece, y en vez de dedicar la clase final al positivismo argentino —que sólo muy remotamente se relaciona con el tema— analizar la corriente llamada leninista, que se proclama, al parecer con razón, la heredera única y auténtica del pensamiento de Marx. El doctor Korn, que ha citado a Stalin en una de sus primeras clases, hubiera encontrado allí una ocasión excelente para precisar aún más su pensamiento.

* Publicado en la revista *Mundo Argentino* el 27 de marzo de 1935.

CONTRA EL FASCISMO ESPAÑOL.*

El 14 de abril del año en curso se inauguró en París la Conferencia Europea de Ayuda a las Víctimas del Fascismo en España. Por la importancia del congreso, por la repercusión europea que alcanzó y por haber participado en ella de manera activa, me propongo recordar a grandes rasgos las líneas más salientes de su desarrollo.

La Conferencia nació de modo casi espontáneo como una protesta iracunda contra las represiones brutales que el gobierno español había desencadenado, con sadismo increíble, sobre las masas obreras sublevadas en Octubre.

Desde puntos distintos, el Socorro Rojo Internacional, la Asociación Jurídica, Los Amigos del Pueblo Español, el Comité Mundial contra la Guerra y el Fascismo se propusieron convocar a los representantes más significativos de la lucha antifascista en Europa y en América para hacer llegar hasta el gobierno de Lerroux la emoción profunda suscitada en las masas del mundo por las condenas feroces de los consejos de guerra, por las ejecuciones de León y Asturias, por las amenazas de muerte que pesan todavía sobre tantos enjuiciados. El día elegido para la inauguración prestaba a la Conferencia un valor simbólico: en un 14 de abril había nacido, cuatro años atrás, la República Española. Una república que las masas obreras contribuyeron a fundar con ilusiones generosas, y cuyo rostro verdadero contemplaban ahora bajo el gobierno sin máscara de Lerroux y Gil Robles.

Para dar a la Conferencia todo su alcance de documento irrefutable, las diversas agrupaciones que resolvieron convocarla tomaron la iniciativa de enviar a España, previamente, una delegación formada por miembros de las tendencias más diversas a objeto de recoger sobre el mismo terreno las pruebas terminantes de la reacción terrorista. El informe de esa comisión investigadora adquiriría así un gran alcance no sólo como testimonio directo de observadores insospechables, sino también porque en diversas ocasiones el gobierno de Lerroux había manifestado a través de documentos oficiales y oficiosos —especialmente el

Libro Verde— que todo lo que se había dicho sobre las pretendidas torturas no pasaba de ser más que una de las tantas calumnias con que suelen complacerse los enemigos de España. Formábamos la Comisión de Encuesta, la señora Sonia Branting de Westerstahl, abogada del foro de Estocolmo e hija del famoso primer ministro socialista de Suecia; el novelista, historiador de arte y crítico cinematográfico, León Moussinac; el abogado de París, maître Drugeon; el novelista inglés, Lionel Britton; el profesor Friedenson, y el que esto escribe. He de contar alguna vez los detalles emocionantes de ese viaje; cómo trabajamos en España, cómo recogimos las observaciones más precisas, cómo nos encontramos enfrente de Lerroux durante una entrevista por demás elocuente. Cúmpleme ahora recordar tan sólo que la Conferencia Europea comenzaría su labor sobre la base del informe nuestro y que éste adquiriría por lo mismo un valor de primer plano.

El 14 de abril a las 14 horas, en una de las salas del Palacio de la Industria, frente a la iglesia de Saint Germain, los delegados de todas las partes del mundo —escandinavos y búlgaros, italianos y checos, holandeses y alemanes— caldeaban el vasto recinto con su solidaridad fervorosa. La mesa directiva era ya un testimonio bien cálido de esa unión antifascista que se extiende más allá de los partidos: desde lord Listowel, miembro del Partido Laborista, hasta Elie Faure, escritor independiente; desde Caillaud, de la Liga de los Derechos del Hombre, hasta Margarita Nelken, diputada socialista en las Cortes de España; y desde Cudenet, del Partido Radicalsocialista, hasta el profesor Henri Wallon, ajeno a las luchas de la política, pero no a la lucha antifascista. Sesenta mil prisioneros españoles y siete mil masacrados habían operado ese milagro: el apoyo decidido de todos los hombres que no ignoran lo que el fascismo encubre bajo su máscara hipócrita y sus discursos confusos.

Bajo la presidencia de Henri Wallon, las sesiones comenzaron. Le correspondió a Margarita Nelken, desterrada en París, el honor del discurso inaugural. Oradora vivaz, con extraordinario don de simpatía, Margarita Nelken comenzó diciendo: “Es necesario que sea una socialista quien lo afirme: ha sido la insurrección del proletariado la que ha impedido el triunfo total del fascismo en España. El proletariado, entiéndase bien, el proletariado sin divisiones ni rencores; el proletariado del frente único, el proletariado que ha aprendido al fin que nadie podrá batirle el día en que se lance al asalto en una sola y resuelta columna cerrada.”

* En *Cursos y Conferencias*, abril de 1935.

Como para subrayar la verdad de esa unión, Dolores Ibarruri, miembro del Comité Central del Partido Comunista español y más conocida por el sobrenombre feliz de Pasionaria, trazó en un cuadro alucinante la fraternidad del proletariado de Asturias, lo mismo en la insurrección que en el martirio. Alta y hermosa, vestida de negro, los cabellos encanecidos formando un marco severo a su rostro noble, Pasionaria es la figura de la revolución que más hondo ha llegado al corazón de las masas españolas. Tiene ya la aureola de las grandes vidas, el prestigio de la conducta sin tacha, el respeto que infunden el pensamiento claro y la conducta limpia. Habla con ademán generoso y con voz que adquiere por momentos el timbre ronco de las pasiones ardientes "Yo no soy nada más que la mujer de un minero", ha dicho. Y como si esa frase hubiera traído de un golpe el espectáculo magnífico de los mineros de Asturias —magníficos en la insurrección victoriosa, magníficos en el no resignado martirio—, la sala entera, puesta de pie, comienza a cantar, sin saber por qué, la letra de fuego de la *Internacional*. Y la cantan ahora, no sólo los que siempre la tuvieron como himno: la cantan también los radicales y los republicanos; el escritor sin partido que quizá en otro tiempo la escuchó con ironía: el profesor que tal vez nunca aprendió sus versos; el científico que creyó en otros tiempos en la ciencia arrogante y el saber desdenoso.

Ecos de la *Internacional* resonaban todavía cuando la doctora Branting presentó en nombre de la Comisión de Encuesta el resumen del informe. Pequeña y frágil, con algo de candoroso en los limpios ojos azules, la señora Branting expuso toda el horror de las torturas, todo el espanto de los hogares destruidos, de los inocentes sacrificados, de las mujeres y chiquillos fusilados en las calles. Y uno a uno los miembros de la delegación fueron narrando lo que vieron en los diversos sectores adonde llevaron su encuesta: Moussinac, lo que aprendió en Astorga y Burgos; Drugeon, lo que recogió en las cárceles y los hospitales de Madrid; Britton, en Barcelona; Friedenson, en Gijón; Ponce, en Oviedo. El repugnante cinismo del gobierno español quedaba allí al desnudo.

Después de la represión de la Comuna de París, no se había visto en la historia una barbarie tan encarnizada, un tormento tan horripilante. Las acusaciones de Miranda, Gordón Ordás, Fernando de los Ríos —desmentidas repetidas veces por Lerroux—, no reflejaban en verdad más que una parte de aquel horror inenarrable. Porque nadie podrá contar jamás lo que han hecho en España, aterrorizados por la revolución, el mise-

rable señorito feudal, y su aliada la Iglesia, no menos miserable: he visto criaturas con el hígado desecho a puntapiés; mujeres en cuyas espaldas se ha dejado correr agua hirviendo en chorros finos; muchachos cuyos labios les han sido cosidos con agujas colchoneras...

¿Qué podían añadir a ese espectáculo trágico los relatos de Julio Álvarez del Vayo y de Eduardo Ortega y Gasset? El mismo horror en todas partes, la misma crueldad insana, idéntico refinamiento del Tribunal del Santo Oficio. Ni una duda, pues, sobre las torturas, los martirios y los crímenes. Bajo el dedo acusador de todos los pueblos del mundo, Alejandro Lerroux, el de las manos sangrientas, quedó marcado para siempre en el banquillo infamante a partir del momento en que el profesor Henri Wallon, resumiendo los testimonios tan unánimes, declaró levantada la sesión.

Si la primera sesión había mostrado en especial la trágica realidad del fascismo español, la segunda y la tercera exhibieron sobre todo la reconfortante solidaridad del proletariado internacional. El socialista Rudolf trajo el saludo de los hermanos de Austria, derrotados, pero no vencidos en la heroica defensa de febrero; el compañero Robellotti, que conoció durante ocho años el espanto de las prisiones de Mussolini, aportó también la adhesión fervorosa de las masas de Italia que se agitan; lord Listowel, tan juvenil y sereno, como decidido y preciso, hizo escuchar en nombre de las izquierdas inglesas la solidaridad absoluta con los rebeldes de Asturias. Y uno tras otro continuaron subiendo a la tribuna: Marcel Willard, en representación de la Asociación Jurídica; R. Willy, del Socorro Rojo Internacional; Henri Reynaud, de la CGTU; Paul Rivet, del Comité de Vigilancia de los intelectuales franceses; K. Schaf, de los obreros de los puertos de Holanda.

La atmósfera de la sala había vuelto a adquirir el tono apasionante de las horas primeras. La salutación de los cuatrocientos prisioneros de la cárcel de Oviedo, que llegó en ese instante, reencendió la sesión con un pulso de fiebre, hasta que dos intervenciones inesperadas la exaltaron todavía a su punto culminante. Fue la primera la de un decidido campeón antifascista de Alemania, que había llegado hasta París exponiendo su vida; fue la segunda la entrada triunfal del viejo y venerado Marcel Cachin, que había interrumpido por unas horas sus campañas francesas para vivir esta vez una hora de España. Es alto y todavía fuerte, a pesar de los años y el esfuerzo. Las continuas andanzas le han fatigado no poco, pero el rastro de los años

apenas se le nota en el bigote canoso y la expresión sufrida. Los delegados de todas las naciones, que lo aclaman durante largo rato, han reconocido en él a uno de sus jefes, y como en el instante emotivo que provocó la Pasionaria, la *Internacional* otra vez deja oír en el recinto el gran ruido de alas de la canción obrera. Sin retórica ni desvíos, Cachin plantea la urgente necesidad del frente único en el mundo. No hay fascismo español, dice, como no lo hay italiano ni austriaco; hay un fascismo internacional que es necesario atajar levantando a su paso un frente internacional de todas las izquierdas.

¡El frente de las izquierdas! ¿Hay, en efecto, un instrumento más seguro, más eficaz, más probado? Contra la amenaza terrible del 6 de febrero de Francia, ¿no fue acaso el Frente Popular el que inició la ofensiva, le salió al encuentro, y la obligó a batirse en retirada?

El mismo movimiento del proletariado español, ¿no nos está enseñando que la victoria es segura donde las fuerzas obreras se unifican, como ocurrió en Asturias, y que, en cambio, la reacción triunfa cuantas veces las encuentra desunidas o vacilantes, como pasó en Madrid o en Barcelona?

Al proclamar así, por unanimidad, la urgencia del frente único, este Congreso convocado en auxilio de los mártires y las víctimas, vino a dejar como saldo impresionante una lección formidable de optimismo y de fuerza.

A través de una experiencia sangrienta, la clase obrera ha aprendido ya cómo se triunfa. No importa que aquí o allá la Historia se resista todavía en entregarse a su exigencia cada vez más decidida. Crece y se afirma día a día la decidida voluntad de lucha, y mientras caminaba yo a lo largo del boulevard Saint Germain, febriciente casi de tantas emociones, me vino a la memoria esa escena del hospital de Oviedo que me impresionó hondamente. Junto al lecho de un obrero, que no ha curado aún de las torturas horribles, escuchaba yo una tarde, por milésima vez, el heroico relato de la Columna de Asturias. Con el entusiasmo el muchacho iba subiendo la voz tal vez sin darse cuenta. Para evitar algún castigo, lo invité a hablar en voz más baja mientras le señalaba con el gesto los centinelas armados que montaban guardia en cada puerta. Volviendo él entonces la cabeza, y mostrándome a su vez los compañeros de la misma sala, me dijo sin bajar la voz, con confianza orgullosa: —¿Para qué? ¡Los fuertes... los fuertes somos nosotros!

ALEJANDRO KORN: "APUNTES FILOSÓFICOS" *

El doctor Alejandro Korn pasa por ser, y con razón, la figura más autorizada entre los hombres de estudio que gustan frecuentar los problemas filosóficos. Su obra escasa, pero densa, presenta entre los méritos varios la claridad, la precisión y la elegancia. Cuando aborda los temas más complejos tiene el buen gusto de no ahuecar la voz ni de asumir tampoco las "poses" magistrales. Sabe expresarse en el limpio lenguaje de las conversaciones amables, sin mostrar por un solo momento la erudición pedantesca o la jerga escolástica. Heredero de las mejores tradiciones argentinas, a pesar de su nombre germano, el doctor Korn disimula en una modestia no exenta de ironía la cavilación filosófica o la angustia metafísica. El título mismo de la obra, *Apuntes filosóficos*, subraya esa actitud de sonriente llaneza que transmite a su prosa una gracia de buen tono, un señorío rara vez traicionado.

En diecisiete capítulos muy cortos, pero sabiamente contruidos —a punto tal que cada uno da la mano al siguiente— el doctor Korn se dirige "a quienes, sin el ocio necesario para ahondar el secreto esotérico de las especulaciones filosóficas, experimentan, sin embargo, una obsesionante inquietud espiritual".

Su libro es, fundamentalmente, una introducción a la filosofía y un planteo de sus más altos problemas desde una "posición rotunda y definida". El doctor Korn, en efecto, no pasa en revista las diversas escuelas para ofrecerlas al lector según sus preferencias. Es, por lo contrario, la filosofía tal como el autor la concibe la que se va dibujando con trazos cada vez más firmes desde la página primera hasta la última. No importa que el lector no comparta su posición o la rechace. El doctor Korn sabe y lo dice que "hay otras posiciones tan legítimas y respetables" como la suya. Por eso, aunque las objeciones tironeen al lector muy a menudo, es tan sutil el placer de acompañarlo que en ningún momento se le ocurriría interrumpirlo. Entre nosotros, en que cada vez resulta más escaso un libro bien planeado, este volumen tan sencillo no deja de sorprender por su serena arquitectura.

* En *Mundo Argentino*, 3 de julio de 1935.

Una racha germanizante ha traído hasta nosotros la suficiencia magistral y la expresión hermética. Dentro de la herencia cultural de la Argentina, tan predispuesta a acoger las construcciones de líneas clásicas, esta invasión de lo gótico no ha podido prender sino en los muchos bullangueros que se han asegurado así, entre ciertos ambientes semicultos, la admiración del paisano por el latín de su cura. Frente a ellos adquiere particular significado estos simples "apuntes filosóficos" que en el atardecer de su vida entrega el doctor Korn a sus "compañeros en la lucha redentora". Mientras "los pobres epígonos" —con los subepígonos todavía más pobres— intuyen desde la cátedra "la quiddidad de las cosas", desdeñosos de este mundo de la acción en que vivimos, el autor de los *Apuntes filosóficos* no sólo sabe cómo es de irremediable la docta ignorancia, sino que pretende además "tender un puente entre la cátedra y la vida". "Suponer —dice— que tan luego en este momento histórico labrado por pavorosos problemas económicos, técnicos y sociales, conmovido por una angustia torturante, la salvación puede hallarse en las abstracciones de la cátedra o en la regresión romántica de una sensibilidad desquiciada, es desconocer la realidad real. La ley es esta: o renovarse o perecer."

Claras palabras que llevan consigo una incitación a la lucha liberadora. Claras palabras de un profesor ilustre que aun después de abandonar la cátedra ha querido dictar esta lección de elegante modestia frente a los jóvenes "filósofos" de hoy, que tal vez a fuerza de estar verdes tienen la llama tan corta y el humo tan espeso.

CONDICIONES PARA LA UNIVERSIDAD LIBRE *

En una de las páginas más hermosas de su *Juan Cristóbal*, Romain Rolland nos ha contado cómo su héroe volvió una vez derrotado y deshecho. El buen muchacho había salido al encuentro de la vida con esperanzas enormes y pensamientos confusos. Pero la vida que no se entrega sino al claro mirar, le había cerrado el paso con su puño de hierro. Ganas de llorar le venían al muchacho; de llorar con esas lágrimas de la derrota injusta que alguna vez hasta el Cid dejó que le corrieran por las barbas. Y fue entonces, cuando más agudo era el dolor y más amargo el gusto de ceniza, que Romain Rolland le habló de esta manera: "Sufre, mi buen muchacho; sufre un poco, porque una derrota no viene mal cuando se es fuerte."

Así también nuestro buen Juan Cristóbal, que hace diecisiete años se lanzó a la conquista de la Universidad señorial, llevaba en el corazón ilusiones sin medida, y en el espíritu las doctrinas más disparés. ¿Cómo extrañarse entonces de que al andar de pocos años la realidad americana le cortara el camino, le rompiera las armas y le estrujara los sueños? Aquel fuerte muchacho, a quien no faltaba por cierto el ardor combativo, tenía sobre el mundo y la política las ilusiones más extrañas. Creía que la juventud tenía un valor en sí; que la historia era un choque perpetuo entre generaciones "polémicas" y generaciones "cumulativas"; y que bastaba por lo tanto desalojar de los claustros a los envejecidos y arrojar del gobierno a los mediocres, para que empezáramos a vivir la "hora americana". No confiaba para ello en el único auxilio de sus fuerzas. En la calle y en la plaza había descubierto a un aliado formidable; el aguerrido y brioso proletariado americano. Pero aunque fraternizaba con él, y decía compartir sus ideales, le disputaba de hecho los puestos de comando y hasta pretendía esclarecerlo con su propia doctrina de las "generaciones". Desdichada teoría y candorosa fatuidad a las que debió en buena parte su derrota. Mas, como había en él voluntad de pelea, y corazón de sobra, aquella derrota le curó de ilusiones y le hizo entrar por los ojos el crudo

* Aníbal Ponce pronunció este discurso el 15 de julio de 1935, en un acto estudiantil conmemorativo de la Reforma Universitaria.

dramatismo de la realidad contemporánea. En las prisiones y en el destierro comenzó a sospechar que las luchas de clase son las que dirigen la historia, y que en el momento actual las intenciones mejores sólo conducen a la esterilidad o a la reacción cuando no se acepta la hegemonía indiscutible del proletariado.

Semejante transformación fundamental no implica, de ninguna manera, la renuncia a los grandes ideales que dieron al movimiento del 18 su vasta repercusión americana; pero en vez de perseguirlo casi a ciegas por caminos imposibles, se sabe ahora con absoluta certidumbre cuáles son las condiciones previas que es necesario realizar. ¿Cómo alzar el edificio de la universidad futura en esta sociedad actual que detiene el avance de las técnicas, que niega a las masas estudiantiles el derecho a la cultura, que las rechaza de plano bajo el pretexto del examen de ingreso, que las persigue en las casas de estudio con aranceles monstruosos, que alarga innecesariamente los estudios para impedir que salga de manos de la burguesía el monopolio de la cultura y de la ciencia? ¿Cómo construir el "hombre libre" en esta sociedad actual que sólo piensa en la guerra como solución de su crisis y en el terror del fascismo como único sistema para prolongar durante un tiempo una dominación que ya ha concluido?

La "nueva universidad" a la que todos aspiramos, el "hombre libre" cuya existencia queremos hacer una realidad sobre la tierra, exigen como condición primera la transformación radical de esa sociedad sin alma. La universidad nuestra será libre cuando las masas americanas hayan conquistado también su libertad; cuando después de confiscar los latifundios, arrojar a los banqueros invasores y aplastar al enemigo de tantos siglos, empiecen a construir desde los propios cimientos la única sociedad en que podrán vivir la universidad "nueva" y el "hombre libre". Esa universidad y ese hombre no son las viejas ilusiones de otro tiempo que se presentan ahora remozadas. Sobre la sexta parte de nuestro globo son ya una fresca realidad viviente. He tenido la fortuna de pasar por esas aulas, de compartir la vida de esos hombres. Y bien, amigos míos: todo lo que nosotros anhelamos desde hace tanto tiempo, todo lo que algún día aspiramos a ver con nuestros propios ojos en esta Argentina del cariño entrañable, marcha ya con paso firme en la primera de las patrias proletarias. El enorme tesoro acumulado por la labor de siglos está al alcance de la mano que lo quiera. Abiertos están para todos los laboratorios y las fa-

cultades; los institutos y las escuelas. Y mientras en el resto del mundo el estudio desfallece y la investigación se agota, casi no hay allí un solo día en que no se registre un nuevo triunfo sobre la naturaleza. Emocionante espectáculo el de aquella sociedad que ha encontrado por fin "el hombre perdido", y en la cual la cultura no es privilegio de nadie porque primero extirpó el privilegio económico.

¿Significará esto renunciar a la lucha dentro de la universidad hasta que llegue triunfante el día del Advenimiento? Sería suicida semejante actitud. Nada ocurre en la historia de manera mecánica.

Somos los hombres los que la vamos haciendo con nuestros actos, y de nada serviría saber que están con nosotros las fuerzas del porvenir si no les saliéramos al encuentro con el continuo combate. No hay una sola reivindicación estudiantil, por minúscula que sea; que no merezca la acción más tesonera. Porque lo grave y lo serio no es el arancel éste o el reglamento aquél. Lo grave y lo serio está en saber que detrás de esas cosas en apariencia tan pequeñas vienen preparando su ofensiva las fuerzas sociales enemigas, y que es necesario por lo mismo movilizar las grandes masas para montar día y noche la guardia vigilante.

Con otra doctrina, con otros métodos, siguen pues en pie los ideales de la Reforma. Pero las masas estudiantiles que le dieron en otro tiempo el gesto iracundo y el ardor de lo bélico, han ganado ahora en amplitud, en decisión y en experiencia. Si ayer la Reforma tenía como telón de fondo la democracia evangelista de Wilson, tiene hoy —debe tenerlo— las acciones conjuntas del frente antifascista. No agradeceremos bastante al valiente proletariado de París esta formidable lección que nos ha dado; el fascismo no es un proceso social inevitable, una etapa cruenta y trágica que es ineludible atravesar. El fascismo, por el contrario, detiene su marcha o se bate en retirada, cuantas veces encuentra a su paso, en actitud de batalla, la unión incommovible de todas las izquierdas. En el momento en que vivimos, la formación de ese frente es una condición vital para nuestra propia causa. Porque el fascismo no sólo es la guerra, el terror y la miseria; el fascismo es también la cultura estrangulada, la universidad convertida en un cuartel, la inteligencia envilecida y muda. De nosotros depende que esa ignominia se instale o no en nuestra historia; de nosotros depende que la cultura humana se esterilice aquí durante quién sabe cuántos años.

Sonrieron los profesores de Alemania cuando el viejo Engels afirmó que el proletariado era el heredero legítimo del pensamiento clásico.

Pocas cosas más tristes que la sonrisa de ciertos mandarines. Mientras el mundo hierve y las masas que sufren rumorean, ellos dicen vivir de cara a lo absoluto, entre los valores eternos y las esencias diáfanas. Mas tan pronto un tirano les pone en las espaldas su bota de hierro, siempre hay un Gentile para las mesnadas de Mussolini, siempre hay un Heidegger para los incendiarios de Hitler. Y bien, mis camaradas: en este nuevo aniversario de un movimiento estudiantil que se propuso nada menos que echar las bases de la cultura nueva, hagamos nuestras una vez más las palabras de Engels, bajo la sonrisa de nuestros mandarines. El proletariado sí es el heredero legítimo de la cultura humana porque siendo entre todas las clases sociales la única que no aspira a perpetuarse como clase, puede por eso asegurar al hombre la plenitud de su desarrollo. En el frente resuelto de todas las izquierdas tiene, como ninguna otra, el derecho a ocupar su puesto en la vanguardia. Como ninguna también sabe con absoluta claridad qué es lo que quiere y adónde va. Quizás por ello no juega nunca con la revolución. Pero cuando la toma por bandera la conduce hasta el fin entre sus puños cerrados.

BUENOS AIRES-PARIS *

El más antiguo recuerdo de mis lecturas infantiles es una *Historia de los girondinos*, de Lamartine, editada en Madrid yo no sé ya por quién. Era un volumen enorme, con páginas a dos columnas, cuya tipografía minúscula y compacta hacía aún más difícil la lectura. La había encontrado una tarde en la biblioteca de mi padre entre el *Cándido*, de Voltaire, y la *Vida de Jesús*, de Renan. Las ilustraciones eran raras y no muy felices: pero un niño no se cansaba nunca de mirar la toma de la Bastilla, la huida del rey y la carreta fatídica.

Tenía apenas seis o siete retratos, de medio cuerpo, a los que, para darles más vida, yo había coloreado con lápices, pero las imágenes tan distintas de Vergniaud y de Marat me seducían mucho más que las otras.

Cómo tomé la decisión de sumergirme en ese océano de páginas me es difícil hoy de explicarlo. Entré una vez y ya no pude dejarlo. A Lamartine sucedieron prontamente Carlyle, Thiers y Michelet. Las contradicciones de este último me inquietaban, pero en la prosa afiebrada del buen Michelet, yo creía acercarme a la verdad. *La Gran Revolución* fue para mí lo que para otros fue *Los tres mosqueteros*: el entusiasmo y el delirio de las lecturas de medianoche cuando se tiene las manos heladas y las mejillas ardientes. Desde entonces, hasta la pubertad, viví con la imaginación obsesionada por las imágenes de la Revolución. Era mi país maravilloso, el mundo en el que se concentraban todas mis simpatías y todos mis odios, el mundo que palpitaba con vida violenta y en el cual las multitudes respiraban como el mar. Un sordo rumor de olas como hasta entonces no se había oído jamás, hacía, en el 93, irrupción en la historia, y me esforzaba por comprender ese lenguaje que el buen Michelet percibía como yo, pero no me lo explicaba.

Cuando, naturalmente, alcancé la edad de las primeras amistades intelectuales, descubrí que mis propios camaradas habían experimentado algo muy semejante. No solamente aquellos que, como yo, habían nacido en Buenos Aires, sino también el uruguayo y el mexicano, el chileno y el peruano, habían vivido,

* Publicado en el semanario francés *Monde* en 1935.

cada uno a su modo, el entusiasmo de la *Gran Revolución*. ¿La historia de América Latina explica, sin duda, esta fascinación tan tenaz? La *Enciclopedia* fue, en 1810, el guía de los revolucionarios de América, como había sido veinte años antes el guía de los revolucionarios de Francia. Un jacobino argentino, Mariano Moreno, ordenó la publicación del *Contrato social*, en Buenos Aires, e hizo de él su libro de cabecera como ese otro jacobino de París que se llamó el Incorruptible. Las diferentes corrientes reaparecieron entre nosotros: tuvimos la Montaña y el Marais, los Clubs y la Vendée, Termidor y el Directorio. A los enciclopedistas sucedieron los ideólogos, a los ideólogos los sansimonianos. Jurábamos por Leroux y por Lamennais como antes lo hacíamos por Rousseau y por Montesquieu. El socialismo que ellos representaban tuvo allí sus corifeos, y cuando llegó el reino del positivismo, ninguno de nosotros perdonó a Taine el espíritu reaccionario de *Los Orígenes*, y a Renan las concesiones de *La Reforma*. París debía ser el París de la Gran Revolución y él estaba obligado a defenderla y a sobrepasarla: como lo hizo en junio de 1848, como lo hizo en marzo de 1871. El lenguaje obscuro de sus multitudes adquiría poco a poco, con los años, una expresión más precisa. Dimos la espalda a la literatura superficial, pero la literatura vigorosa y rugiente llegaba hasta nosotros con los mineros del *Germinal*.

Jaurès, un poco más tarde, resucitó mis antiguos amores con su entusiasta *Historia socialista*. Pero el día en que un libro de Mathiez cayó entre mis manos marcó una fecha más inolvidable aún. Con más fuerza que ninguno de sus predecesores, este contemporáneo de la dictadura del proletariado venía a demostrar que si la burguesía francesa había aplastado un "antiguo régimen" que tenía tras de sí una posesión de quince siglos, era porque ella había empleado contra él, desde la Asamblea legislativa hasta la Constituyente, desde la Convención hasta el Comité de Salud Pública, una dictadura alerta, implacable y terrible.

Desde 1848, casi al mismo tiempo que la revolución de febrero los dos teóricos más geniales del proletariado habían puesto a las masas sobre el camino verdadero. Lo que en Babeuf y en Bounarroti era un pensamiento aún nebuloso, volvióse en Marx y en Engels una doctrina coherente, exacta y luminosa. Las contradicciones mismas del régimen capitalista debían engendrar necesariamente, inevitablemente, una revolución de las masas contra la burguesía. Los "sepultureros" cavaban ya; y otra

dictadura, apoyándose sobre aquellos que trabajaban, debía asumir la defensa de los desheredados.

Desde 1917, la dictadura del proletariado es un hecho en la sexta parte del globo. El ideal comunista que Babeuf había arrancado a la rutina de la utopía ha obtenido allí su realización más exacta y este sordo rumor de las multitudes de París, que turbaba y seducía las lecturas de mi juventud, ha adquirido al fin en la muchedumbre de Rusia el ritmo generoso de los himnos triunfadores.

He venido muchas veces a París y en ocasiones muy diversas, pero a mi llegada jamás he podido evitar el tener una opresión en el corazón y un nudo en la garganta. Desde la ventanilla del tren, la cara pegada a los vidrios, yo espiaba ansiosamente los primeros suburbios. Inmediatamente que los reconocía, sentía siempre que los sueños de mi juventud me subían a la cabeza como *une étreinte*. Yo sé que hay en París muchas ciudades superpuestas: desde la ciudad romana de las Termas de Juliano hasta la ciudad americana que se entrevé aquí y allá. Soy sensible a todas, a la medieval, a la ciudad del Renacimiento, a la ciudad de Napoleón, a la ciudad romántica, pero hay una que, sin embargo, continúa guardando su primer sitio en mi ternura: el París tumultuoso de las revoluciones, el París de las muchedumbres inflamadas.

Hace algunas semanas, cuando la misma emoción se reprodujo en mí —familiar, pero siempre nueva— un temor angustioso me ponía en la boca un gusto a cenizas. Desde Buenos Aires yo había seguido los acontecimientos del 6 de febrero [de 1934] llenos de tristes presagios. El espectro del fascismo arrojaba sobre París sus maleficios y era difícil apreciar su fuerza a la distancia. Los decretos-leyes, los laboratorios abandonados, los maestros perseguidos, demasiadas razones tenía ya para temer. El 12 de febrero habíamos sabido la reconfortante noticia de la huelga general. Pero ¿después? Cuando una amenaza tan peligrosa no teme mostrarse a cara descubierta, sólo puede vencer la muchedumbre vigilante colocada en línea de batalla en un amplio frente único. Se acercan los momentos decisivos y ya flota en el aire el olor de las tormentas cercanas. ¿Habían comprendido su deber "mis" multitudes de París? He asistido, hace algunas noches, al *meeting* de Bullier, me he agregado a esa muchedumbre, he lanzado los mismos gritos de cólera, los mismos impulsos de entusiasmo y de fe me han levantado. Una

onda poderosa de solidaridad hacía de esos millares de hombres un solo cuerpo orientado por decisiones claras hacia fines precisos. Por momentos, entreabriendo los ojos, yo creía encontrarme en medio de esas otras multitudes de "mi" París revolucionario, mientras que desfilaban en mi espíritu como una zarabanda de sueños las imágenes del 93, del 47, del 71. A través de más de un siglo, ¿no estábamos, acaso, frente a los mismos enemigos? De un lado, los descendientes de aquellos que conspiraban "por la Igualdad" con Babeuf y Bounarroti, de aquellos que se batieron durante las jornadas de junio, de aquellos que instauraron en París la Comuna proletaria. Del otro lado, los descendientes de los emigrados de Coblenza, de aquellos que aclamaron al general Cavaignac, de aquellos que se apoyaron en Bismarck para aplastar la Comuna.

La historia, sin duda, no ha pasado en vano. La muchedumbre de Bullier sabe mejor que las otras lo que ella quiere y adónde ella va. Su experiencia es más grande y su doctrina es más cara. Antes de alejarme, la noche del *meeting* memorable, yo llevaba en lo más profundo de mi corazón una certeza calurosa: estaban listas las muchedumbres que Lamartine me había presentado cuando yo era niño, que Michelet me había enseñado a amar, pero que yo no había comprendido sino con Marx y Lenin.

EL HUMANISMO PROLETARIO *

EL PROLETARIADO Y LA MÁQUINA. LAS PREMISAS OBJETIVAS DEL HUMANISMO PROLETARIO

En los tiempos lejanos de su ascensión triunfal, la burguesía aseguraba por boca de su filósofo máximo el triunfo ruidoso de las ciencias y el dominio seguro sobre la naturaleza. Influenciado por los avances de la mecánica, Descartes escribía en la sexta parte de su *Discurso del Método*: "En lugar de esa filosofía especulativa que se enseña en las escuelas, es posible encontrar una filosofía práctica gracias a la cual, conociendo la fuerza y las acciones del fuego, del agua, del aire de los astros, de los cielos y de todos los otros cuerpos que nos rodean, tan distintamente como conocemos los diversos oficios de nuestros artesanos, las podríamos emplear de la misma manera para todos los usos adecuados y hacernos así dueños y señores de la naturaleza."¹

En los tiempos actuales del crepúsculo burgués, Bergson reniega de la invención mecánica que nos ha dado el señorío del hombre sobre el planeta, y asegura que la mecánica no "volverá a encontrar su dirección verdadera; no prestará servicios proporcionados a su potencia, sino a condición de que la humanidad inclinada hasta ahora hacia la tierra, aprenda a levantar los ojos hacia el cielo".²

Una mecánica al servicio de un hombre orgulloso de su razón y de su ciencia, era lo que Descartes anunciaba emocionado; una mecánica inútil entre las manos de un hombre desconcertado y vacilante, es lo que Bergson nos anuncia ahora con un temblor senil. Era ayer la confianza en el progreso, en los ideales humanos, en el conocimiento racional; es hoy la angustia frente al desastre seguro, y con la negación del pro-

* Estos cuatro capítulos que se reproducen constituyen la última parte del libro *Humanismo burgués y humanismo proletario*, publicado por primera vez en México en 1938, aunque su desarrollo proviene de las conferencias que Ponce pronunció a fines de 1935 en el Colegio Libre de Estudios Superiores, de Buenos Aires.

¹ Descartes, *Discours de la Méthode, en Œuvres complètes*, cit., p. 47.

² Henri Bergson, *Les deux sources de la morale et de la religion*, París, Alcan, 1932, p. 335.

greso, el refugio en la mística y el más allá. A la sucesión ininterrumpida de las invenciones ha reemplazado la crisis de la técnica; al elogio de la vida victoriosa, la prédica de la vida patriarcal; al mercado mundial que desparramó el oro y lo centuplicó en una orgía suntuosa, las fronteras cerradas y las naciones que se vuelven hacia dentro; al parlamentarismo y la democracia, la dictadura terrorista de los grandes bancos.

¿Qué ha ocurrido en el mundo que nos explique semejante vuelco? En lo más profundo, la crisis general del capitalismo; en lo más superficial, las ideologías confusas que la reflejan. La burguesía confiaba en la razón y en el progreso indefinido cuando sabía que la dirección de la historia estaba entre sus manos; la marcha hacia adelante le parece hoy abominable porque sabe también con igual certidumbre que le será arrebatado a breve plazo su comando de la nave del mundo.

Si se analiza, en efecto, lo que hay de más significativo en el pensamiento burgués contemporáneo, se descubre en seguida, como en el *Alceste* de Eurípides, los cantos quejumbrosos de las plañideras, las cabelleras cortadas de los parientes en duelo, el ruido de las manos que anuncian que todo ha concluido. De Spengler a Bergson, de Berdiaef a Keyserling, de Gina Lombroso³ a Georges Duhamel, sólo hay un mismo quejido, un idéntico lamento: nuestra civilización decae, nuestro mundo agoniza porque el maquinismo ha asesinado el alma. Un alma es, para ellos, lo que nuestras máquinas requieren; un alma lo que las técnicas exigen. Porque la que tienen ahora, si es que no ha muerto ya, es —para decirlo en el lenguaje de Bergson— “demasiado pequeña para llenar el cuerpo, demasiado débil para dirigirlo”.

Esa larga diatriba contra las máquinas y la racionalización va a probarnos muy pronto cómo los ideólogos de la burguesía, a fuerza de juzgar siempre en abstracto, pasan de lado —a sabiendas o no— frente al núcleo central de los problemas. A un obrero que le interrogó varias veces para comprender su tarea, Taylor le dijo un día estas palabras terribles: “¡Usted no tiene necesidad de pensar! Hay otros aquí que están paga-

³ El libro de Gina Lombroso, *La tragedia del progreso*, Madrid, Aguilar, 1932, una de las obras más ingenuas que se hayan escrito sobre el “maquinismo”, es precisamente el libro en el cual se funda Bergson para su capítulo final de *Les deux sources de la morale et de la religion*. En la nota de la p. 329 lo llama “*beau livre*”.

dos para eso.”⁴ La respuesta tremenda nos lleva de la mano hasta el corazón de nuestro asunto: en pleno siglo xx, junto a las maravillas de las máquinas, el obrero sigue siendo para el capitalista el monstruo con “muchos pies y sin cabeza” de que hablaba el humanismo. A un técnico ilustre se lo acaban de escuchar; de un industrial famoso lo volverán a oír ahora: “El trabajo de repetición, o sea la reproducción continua de una operación idéntica por procedimientos exactos —dice Henry Ford—, constituye una perspectiva horrible para cierta clase de hombres. *A mí me causa horror*. Por nada del mundo podría hacer las mismas cosas cada día; *en cambio, para otros*, me atrevo a decir *para la mayoría de los hombres*, la repetición no tiene nada de repulsivo.”⁵ Cuando la técnica era exigua y escaso el rendimiento de las fuerzas productivas, la división del trabajo impuso esa mutilación ineludible: para unos el esfuerzo rudo, para otros el “ocio digno”. Pero a medida que las máquinas liberaban al hombre de un trabajo hasta ayer agotador, saltaba a los ojos de manera cada vez más agresiva esta contradicción escandalosa: puesto que el hombre ya tiene entre sus puños el instrumento de dominio que Descartes anunciaba, ¿cómo es posible que continúe todavía la secular separación entre la teoría y la práctica, la inteligencia y la voluntad, la cultura y el trabajo, el espíritu y las manos?

En 1827, a propósito de la primera crisis de la industria inglesa, Sismondi pronosticaba que, dentro de breve tiempo, el rey de Inglaterra, único habitante de una isla sin obreros, haría realizar por un ejército de autómatas el trabajo completo de un imperio.⁶ Así lo creían muchos y no por cierto de los más ilusos. Un siglo después de Sismondi sabemos ahora con evidencia plena que *la máquina nada vale de por sí, sino de acuerdo al régimen social en que va incluida*. Para el capitalista que la creó, la máquina no puede ser otra cosa que un detalle más en un régimen feroz de explotación, y sería absurdo querer corregir sus pretendidos estragos sin tocar para nada el sistema social que la dirige. Porque esa misma máquina que en el régimen capitalista hace del obrero un apéndice sin alma;⁷ y que

⁴ Friedmann, “Machine et humanisme”, en *Europe*, núm. 151, julio 15 de 1935, p. 442.

⁵ Henry Ford, *Mi vida y mi obra*, trad. Slaby, Barcelona, Orbis, 1924. [El subrayado es de Ponce. E.]

⁶ Halévy, *Sismondi*, París, Alcan, 1933, p. 81.

⁷ Engels, *Anti-Dühring*, trad. de W. Roces, Madrid, Cenit, 1932, pp. 300 y 319.

dentro siempre de ese régimen arrebató el trabajo a millones de obreros, es precisamente una de las condiciones absolutamente necesarias para que el triunfo del proletariado pueda devolver al hombre su "fertilidad perdida".⁸

La máquina tritura al obrero y lo degrada cuando la máquina está al servicio de un régimen social que sólo ve en el provecho privado el único móvil de la vida; para ese régimen es justo y es moral que el obrero que está junto a las máquinas no tenga ni el derecho de pensar. La máquina, en cambio, libertará al hombre dentro de un régimen social en el cual haya dejado de ser un instrumento perfeccionado para intensificar la explotación, y en el cual, lejos de llevar consigo la desocupación, el salario exiguo y la vejez precoz, aporte al contrario, con la reducción de la jornada y el bienestar creciente, la posibilidad de asomarse por fin a ese mundo de la cultura que con tanta obstinación se le ha rehusado. Las máquinas tendrán entonces "el suplemento del alma" que hoy hace suspirar a Bergson, y la mecánica, también, sin necesidad de consolarse con la mística, levantará los ojos "hasta el cielo". Hasta el cielo, sí; porque en la sociedad de clases en que vivimos todavía no hay una sola palabra que no tenga sentido bien distinto de acuerdo al subrayado de la clase social que la pronuncia. Con motivo de la Comuna de París, y en una de sus cartas a Kugelmann, Marx saludaba con entusiasmo el ímpetu de la revolución que trepaba orgullosa al "asalto del cielo".⁹ El cielo de Marx no era, por cierto, el mismo cielo de Bergson hacia el cual su mística nos llama; viejo cielo del "más allá",¹⁰ que la burguesía declaró desierto en los tiempos de sus victorias sobre la naturaleza, pero que ha vuelto a repoblar ahora con sus angustias y sus desconciertos en los tiempos actuales de sus derrotas frente a la economía.¹¹ Y tan adecuado no sólo para calmar sus propias turbaciones, sino también para inducir a las masas a la resignación y a la mansedumbre, que Bertrand Russell ha podido enunciar no hace mucho su *boutade* feliz: "la religión es la creencia de que los dioses están siempre de parte del

⁸ André Malraux. *Le temps du mépris*, París, Gallimard, 1935, p. 12.

⁹ Marx, *Lettres à Kugelmann*, trad. de Rosa Michel, París, Editions Sociales Internationales, 1930, p. 163.

¹⁰ Bergson, *op. cit.*, pp. 341-342.

¹¹ Engels, *Anti-Dühring*, p. 317. Para el desarrollo de la misma tesis véase: Lafargue, *Le déterminisme économique de Karl Marx*, París edit. Giard, 1928, pp. 297 y ss. Con criterio más justo que el de Lafargue, Lucien Henry ha abordado el mismo tema en: *Les origines de la religion*, París, Editions Sociales Internationales, 1935, pp. 41 y ss.

gobierno". El cielo que el proletariado asalta es, en cambio, el reino que el hombre aspira a construir sobre la propia tierra; el cielo de Epicuro que el joven Marx reverenciaba en la primera página de su tesis de doctor¹² y que desde el viejo atomista, hasta los materialistas franceses del siglo XVIII, simboliza el esfuerzo perenne por realizar ese "hombre" tantas veces anunciado como veces traicionado. *Antes de las máquinas era utopía insensata pretender escalarlo; después de las máquinas sólo es ceguera de clase el pretender impedirlo.*

Junto a las máquinas surgieron, en efecto, y digámoslo desde ya, las primeras condiciones objetivas del humanismo proletario. En el tomo I de *El capital*, al referirse a las escuelas de usina que Owen por vez primera había introducido en Inglaterra, Marx señalaba, y con razón, que estaba allí "en germen la educación del porvenir", porque al combinar el trabajo manual con el trabajo intelectual hacía de ese sistema "el único método capaz de producir hombres completos".¹³ *Para Marx, por lo tanto, la posibilidad de formar hombres plenos, armoniosamente desenvueltos, no comenzaba sino en determinado momento del desarrollo histórico.* Todas las tentativas anteriores para realizar esos "hombres" estaban de antemano destinadas al fracaso; y aun en el supuesto de una sinceridad total, ningún reformador lo hubiera conseguido a causa de las mismas resistencias de la historia. El "hombre completo" que el humanismo prometía era tan irrealizable como el "hombre natural" que Rousseau presentaba en el *Emilio*. "Vivir es el oficio que yo quiero enseñarle —decía Rousseau—. Al salir de mis manos no será, lo reconozco, ni magistrado, ni sacerdote, ni soldado; será ante todo un hombre."¹⁴ Lástima, sin embargo, que veinte páginas después, añadida: "el pobre no tiene necesidad de educación".¹⁵ Para convertirlo en hombre, Rousseau comienza haciendo de su Emilio un hombre rico...¹⁶ Verdad es que después pretende enseñarle los oficios, y para eso lo pasea de

¹² Marx, "Différence de la Philosophie de la Nature chez Démocrite et chez Epicure", en: *Œuvres philosophiques*, París, Costes, 1927, t. I, pp. XIV-XV.

¹³ Marx, *Le Capital*, trad. de Molitor, París, Costes, 1924, t. III, pp. 169, 175 y 176.

¹⁴ J. J. Rousseau, *Emile ou de l'Éducation*, París, Nelson, t. I, pp. 34 y 430, sin fecha.

¹⁵ *Idem.*, t. I, p. 54, Sofía, también, es "bien nacida", t. II, p. 251.

¹⁶ *Idem.*, t. I, p. 55.

taller en taller.¹⁷ Quiere que esté listo para todos,¹⁸ aunque más tarde se perfeccione en uno solo. Pero también es cierto que casi en seguida nos explica que apenas si una vez por semana Emilio podía concurrir a su taller...¹⁹

Aun en el caso de que Emilio hubiera podido concurrir todos los días, Rousseau decía a sabiendas una inexactitud. En las condiciones de la pequeña industria, cada oficio exige una larguísima práctica. Ningún hombre los hubiera podido asimilar a todos, y el mismo Emilio tiene muy pronto que detenerse en uno.²⁰ Cuando la gran industria apareció, en cambio, la idea de una educación politécnica se impuso por sí misma. La tecnología, a su vez, descubrió al mismo tiempo las pocas formas fundamentales del movimiento de acuerdo a las cuales, a pesar de la variedad de los instrumentos, se ejecuta todo acto productivo del cuerpo humano. Lo que en tiempos del artesano resulta irrealizable, se volvió ahora accesible casi sin esfuerzo: para conseguir el dominio de esos "grupos poco numerosos de formas fundamentales del movimiento", ningún obrero tendría que agotarse en un aprendizaje interminable.

Pero al exigir frecuentes desplazamientos de una rama a otra de la producción, la gran industria requería, además, obreros capaces de orientarse en condiciones nuevas. En vez de permanecer toda la vida confinado en pequeñas operaciones de detalle, el obrero podía pasar de una máquina a otra, de una profesión a otra. Y con ese pasaje surgía, por natural exigencia, la *necesidad de ideas generales, de nociones de conjunto*, de vastas síntesis que las orienten.

Dentro de la concepción de Marx, la educación politécnica impartida en las escuelas de usina —educación en que la teoría y la práctica armonizadas con la gimnasia y el trabajo productivo asegurarían "el desarrollo universal de las capacidades humanas"— adquiere una importancia tal que ya figura como esbozo en la *Miseria de la filosofía*²¹ y el *Proyecto de profesión de fe comunista* de Engels,²² que se desenvuelve en

¹⁷ *Idem.*, t. I, pp. 305 y 310.

¹⁸ *Idem.*, t. I, p. 331.

¹⁹ *Idem.*, t. I, p. 335.

²⁰ El mismo error de Rousseau es el que repiten más tarde Proudhon y Bakunin. Véase: B. Grouzdev, "Marx et Engels sur l'éducation", en *L'Ecole dans l'URSS*, edic. de VOKS, 1933, vol. I-II, p. 12, y Marx, *Miseria de la filosofía*, trad. de J. Mesa, Buenos Aires, Actualidad, 1923, p. 86.

²¹ Marx, *Miseria de la filosofía*, cit. p. 86.

²² Engels, "Principios de comunismo", publicado como apéndice al *Manifiesto Comunista*, trad. de W. Roces, Madrid, Cenit, 1932, p. 399.

el pasaje de *El capital* que he recordado, que adquiere amplio desarrollo en el *Anti-Dühring*²³ y que aparece vigorosa como exigencia inmediata en la *Critica del programa de Gotha*²⁴. La posibilidad, pues, de combinar a la sombra de la gran industria el trabajo productivo con la enseñanza general le parecía a Marx uno de los elementos más formidables para construir el hombre nuevo: es decir, un hombre "de desarrollo integral para quien las diversas funciones sociales no serían más que maneras diferentes y sucesivas de su actividad".²⁵

Uno de los elementos, he dicho, y nada más. Porque Marx sabía demasiado bien, y lo enunciaba a renglón seguido, que bajo el régimen capitalista ese sistema de educación es irrealizable.²⁶ Las exigencias naturales de la gran industria requieren, en efecto, el obrero de cultura general capaz de cambiar de profesiones; bajo el régimen capitalista, sin embargo, esas "exigencias naturales" de la gran industria se deforman a un grado tal que reaparece junto a la máquina el especialista ciego del tiempo de la manufactura, condenado a perpetuidad a realizar un mismo movimiento. La máquina, que es por esencia liberadora, acentúa bajo el capitalismo la estrechez de las especialidades con el "idiotismo profesional" que en poco tiempo crean.

¿Cómo, pues, entregar la máquina de la gran industria a sus "exigencias naturales"? ¿Cómo devolver al individuo mutilado por la especialidad, su desarrollo completo, su sed de totalidad? *Por la conquista del poder político que será el resultado de la victoria proletaria*. Sin el advenimiento del proletariado es absolutamente irrealizable la unión de la teoría y de la práctica, de la inteligencia y de la voluntad, de la cultura y del trabajo productivo: todo eso, en fin, que la expresión "hombre completo" aspira a resumir en su poderosa brevedad. "Más de una vez —escribía Lenin, en 1923— nuestros adversarios han afirmado que era una obra de insensatos la de querer implantar el comunismo en un país de cultura tan insuficiente como el nuestro. Pero se han engañado por completo en el sentido de que no hemos comenzado por el final, tal como sus teorías de pedantes lo exigían, y que entre nosotros la revolución política y social ha precedido a la revolución cultural frente a la cual

²³ Engels, *Anti-Dühring*, cit. pp. 319 y ss.

²⁴ Marx y Engels, *Critiques des programmes de Gotha et d'Erfurt*, Paris, Bureau d'Editions, 1933, p. 37.

²⁵ Marx, *Le Capital*, t. III, p. 175, de la traducción de Molitor.

²⁶ Marx, *ibid.*, t. III, pp. 160-170.

nos encontramos hoy.”²⁷ *Por el gobierno obrero a la cultura para todos*: he ahí la segunda premisa del humanismo proletario.²⁸

Dieciocho años de revolución nos permiten ver, con suficiente claridad, los resultados precisos de una obra cuyo aspecto cultural tiene para nuestro curso particular significado. Pero antes de entrar en ese asunto, que será motivo de la clase próxima, conviene destacar ahora en qué medida la educación politécnica que Marx proclamara ha resistido en la práctica a la prueba de los hechos. Para el que visita una escuela de la Rusia Nueva —y añádase desde ahora a todo lo que sigue el subrayado personal del hombre que lo ha visto— llama la atención en primer término la íntima unión con la vida más concreta. Cada escuela está relacionada siempre con una empresa, fábrica o koljós, que la trata sobre un plano de igualdad, le presta colaboración o le solicita su concurso.²⁹ La teoría y la práctica no se limitan así a los problemas que podríamos llamar de la enseñanza; esa teoría y esa práctica encerradas en las cuatro paredes de una escuela, con la que ya se dan por satisfechos los teóricos burgueses de la llamada “escuela del trabajo”: singular escuela —*Arbeitschule*— que Kerschensteiner inauguró desde el púlpito de una iglesia³⁰ y en la cual los pedagogos juegan a los obreros como los marqueses de Luis XV jugaban a los pastores. La teoría y la práctica, digo, no se reducen en la escuela del Soviet, a la “colaboración” del conocimiento científico, de un lado, y

²⁷ Kamenev, “Ce que Lenine a dit de l’École polytechnique et de l’instituteur soviétique”, en *L’École dans l’URSS*, Moscú, edic. de VOKS, 1933, p. 14.

²⁸ A pesar del tiempo reducido que el proletariado revolucionario tuvo entre sus manos a la Comuna de París, la circular de Vaillant, fechada el 17 de mayo de 1871, indica a las claras que se proponía una reforma radical de la enseñanza en que se unirían la cultura intelectual, la cultura física y la enseñanza técnica. Véase: *La Comune de Paris. Textes et documents recueillis et commentés par Amédée Dubois*, París, edic. de L’Humanité, 1925, pp. 27-28.

²⁹ Para una idea de conjunto sobre la enseñanza politécnica, aparte del volumen ya citado de VOKS sobre la escuela en Rusia, véase: Friedmann, *Problèmes du machinisme*, París, Editions Sociales Internationales, 1933, pp. 24 y ss.

³⁰ En la iglesia de San Pedro, de Zurich, el 12 de enero de 1908. Véase el carácter religioso y reaccionario de esa escuela en el conocido libro de Kerschensteiner, *Concepto de la escuela del trabajo*, trad. de L. Luzuriaga, Madrid, edic. La Lectura, 1928.

de la vida práctica, del otro. Colaboración todo lo estrecha que se quiera, pero colaboración que presupone la independencia de los dos que participan. En la escuela soviética —desde la más elemental hasta la Academia de Ciencias— la técnica no es una actividad grosera y subalterna que la teoría, de puro generosa, hospeda muchas veces en su casa. Lo que para nosotros se llaman ciencias puras y ciencias aplicadas no son allí más que aspectos imposibles de separar o distinguir. A punto tal que en la ciencia única del hombre y de la sociedad que están formando, lo que para nosotros sería aplicación, para ellos es una forma del conocimiento en actitud de milicia, una forma de la inteligencia con voluntad de transformación. La revolución ha creado precisamente la atmósfera moral que hace del trabajo productivo una función real de todo el mundo, y que por lo tanto sitúa al muchacho desde sus comienzos en una sociedad cuyos destinos conoce, cuya suerte comparte, cuyos sobresaltos le estremecen.³¹ Órgano del proletariado para construir la sociedad sin clases, como la otra es el instrumento de la burguesía para prolongar sus privilegios, la escuela bajo los Soviets ni disimula su carácter ni lo atenúa con engaños. Aspira a hacer de cada alumno un obrero consciente de la construcción socialista, y le exige por eso, junto a la moral de su clase, los deberes que la sociedad que construye tiene en ese momento por más indispensables. Y si en determinada época de la revolución —la primera, la más dura, la más heroica— hubo en la escuela, como diríamos nosotros, un “exceso” de valores técnicos, no fue ni por estrechez ni por descuido: fue porque la técnica —de acuerdo a la consigna famosa— es la que decide de todo en el período de la reconstrucción.³²

Hegel vería en ello cierta “astucia de la razón histórica”, porque estos hombres que crean tractores son hombres a quienes los tractores reeducan.³³ El trabajo ha perdido para ellos su traje

³¹ Aunque ya bastante atrasado, puede leerse todavía con provecho el conocido libro de Pinkevich, *La nueva educación en la Rusia Soviética*, trad. de R. Cansinos-Assens, Madrid, Aguilar, 1930. Digamos, entre paréntesis, que la edición española ha sido antojadizamente mutilada.

³² Recordando ese período, Manuilski escribe: “En el transcurso de esos años, los músculos y los nervios del país estuvieron tensos como cables tirantes. Sólo vivíamos para nuestras construcciones. Cuando pensábamos, pensábamos en las cifras de aquellas construcciones; cuando hablábamos, sólo hablábamos de ellas; cuando nos reuníamos, no había más tema de debate ni de discusión que ellas; cuando nos quedábamos dormidos, sólo soñábamos con ellas.” Véase: *El triunfo del socialismo en la URSS*, Barcelona, Ediciones Sociales Internacionales, 1935, p. 10.

³³ Véase como documento de un grandísimo valor psicológico *Los hom-*

de presidiario; y porque todos saben que luchan por un bien que es común, el obrero no se contenta con poner las máquinas en marcha y controlar las palancas de comando; es él mismo el que aporta las mejoras en la organización, los perfeccionamientos en la técnica.³⁴ Lo que ocurre a diario entre los obreros de la burguesía sería para ellos de una monstruosidad incomprensible. No hace mucho, por ejemplo, los obreros portuarios de Argel y de Rouen consiguieron una victoria bien extraña. Después de muchos meses de huelga, obtuvieron que se retirara del trabajo una máquina capaz de cargar o descargar en veinticuatro horas, por procedimientos mecánicos originales, 17 000 hectolitros de vino. En una sociedad en la cual la técnica estuviera al servicio de los hombres, esa máquina representaría un gran avance, y permitiría acortar casi en seguida la jornada de trabajo. Pero en una sociedad en la cual los progresos de la ciencia se vuelven contra los hombres, ¿qué tiene de extraño esa reacción del trabajador frente a las máquinas que sólo traen para él más desocupación y más miseria? Y si eso ocurre en el campo obrero, ¿quién no conoce también que llegan desde el otro extremo reclamaciones parecidas? ¿Qué Lord Melchet, por ejemplo, propietario del consorcio químico mundial, ha pedido, no hace mucho (1931-1933), la prohibición de todo nuevo invento con el objeto de defender así los precios que su monopolio impone?³⁵

De un lado, pues, las máquinas torturando a los hombres; del otro, regenerando su vida, despertando en los obreros capacidades que ignoraban.

Por esos obreros, en verdad, centenares de almas nobles descendieron, en otros tiempos, desde sus privilegios, con la intención innegable de elevarlos y educarlos. Pero esos seres generosos que "iban hacia el pueblo" exponiendo muchas veces su libertad y su vida, no dejaban por eso de mirarlo como a un

bres de Stalingrado, Barcelona, Europa-América, 1935. Se trata de diez relatos escritos por diez obreros de la fábrica de tractores de Stalingrado.

³⁴ La burguesía, en sus momentos de prosperidad, intentó, mediante primas, estimular el espíritu inventivo del obrero: el *suggestion system*, como dicen los yanquis. Fuera de algunos éxitos parciales (véase: Bellet, *L'Evolution de l'Industrie*, París, Flammarion, 1914, p. 207), el *suggestion system*, no sólo desapareció junto con la prosperidad, sino que se embotó mucho tiempo antes frente al espíritu de clase de los obreros.

³⁵ A propósito de cómo el monopolio ha llegado poco a poco hasta contener artificialmente el progreso técnico, véase: Lenin, *El imperialismo etapa superior del capitalismo*, París, Europa-América, 1930, p. 133, sin nombre de traductor.

desdichado en tutela, como a un menor incapaz. Gestos inconscientes de "caridad" los traicionaban en su prédica, y cada vez que desparramaban sobre "el pueblo" sus puñados de cultura, algo había en ellos del señor generoso que regala de tiempo en tiempo a sus parientes pobres, la ropa usada y el calzado viejo. Cuando la clase obrera se puso de pie, más de uno entre esos "amigos" le descubrió el fondo del alma.³⁶ Pero a su vez, el "eterno menor", el "desdichado en tutela", pudo mostrar por vez primera en la historia del mundo algo que jamás se había podido prever en toda su magnitud. Bastó, en efecto, que *la revolución desencadenara la fuerza creadora de las grandes masas* para que la iniciativa de las masas mismas, bajo las formas más insospechadas de la emulación socialista, apresurara a tal extremo el ritmo del desarrollo que las condiciones de la revolución cultural llegaron a transformarse.³⁷ Movilizados por los Soviets que al día siguiente de la revolución confiaron la gestión directa de los asuntos públicos a millones y millones de obreros y campesinos, las grandes masas se vieron obligadas a organizar, a administrar y a dirigir. Bajo la vigilancia directa de su vanguardia más consciente —el proletariado de las usinas— la clase obrera en su conjunto ha logrado formar en poco tiempo los equipos calificados que la obra gigantesca necesita. "Cada cocinera —decía Lenin— debe aprender a manejar el Estado",³⁸ y desde la base a la cumbre, en efecto, un movimiento prodigioso contagió a todo un mundo su ritmo acelerado. *Incorporadas a la revolución y esclareciéndose con ella, las masas han aprendido en la lucha a elevarse a sí mismas.*³⁹

Paso a paso se han ido formando con la revolución. En las diarias tareas de la granja o de la fábrica —la granja de todos, la fábrica de todos—, la vida les imponía problemas a resolver, decisiones a tomar. Para lo uno y lo otro era necesario estudiar. Y estudiando y viviendo al mismo tiempo, aquel obrero obscu-

³⁶ Sobre Chernov y Petnchov, notorios "populistas" rusos, véase las páginas agudas de Polonski, *La literatura rusa de la época revolucionaria*, trad. de Nin, Madrid, España, 1932, p. 14.

³⁷ Kurella, *La révolution culturelle*, París, Bureau d'Éditions, 1931, p. 31.

³⁸ Niourina, *Femmes soviétiques*, París, Bureau d'Éditions, 1934, p. 103.

³⁹ "La coincidencia del cambio de las circunstancias y de la actividad humana no puede ser considerada y comprendida sino como práctica revolucionaria." "La vida social es esencialmente práctica. Todos los misterios que extraviaban la teoría en el escepticismo encuentran su solución racional en la actividad práctica humana y en la comprensión de esa sociedad." Engels, *Ludwig Feuerbach et la fin de la philosophie classique*, París, edic. Les Revues, 1930, pp. 142, y 144.

ro que hasta 1917 no sabía leer es hoy nada menos que Kuznetsov, el director del Instituto de Medicina de Tashkent; y esta antigua prostituta que bebió las ignominias de la crápula hasta el fondo de la copa, es hoy la camarada Korevanona que desde el Instituto para el Niño de Sverdlovsk ha comenzado la cuenta de sus días; y este otro ex muchacho vagabundo, ladrón casi siempre y criminal una vez, es nada menos que Avdeenko, uno de los más grandes novelistas de la Rusia roja. ¿Quién con más derechos que él pudo invocar en el VII Congreso de los Soviets de la URSS la representación de esas masas liberadas por la revolución; de esas masas que él mismo ha llamado "la raza eternamente triste, los seres eternamente miserables"? Miserables y tristes, sí, hasta la Revolución; porque ¿cómo podría hoy reconocerse a uno de esos desdichados en esta confesión en que Avdeenko cuenta su vida renovada, con la embriaguez gozosa que da a la Rusia actual, un colorido brillante, un regocijo triunfal? "Sano y fuerte, sueño en construir como escritor una obra inolvidable. Feliz, amo a la mujer con un amor que es nuevo. Dichoso de vivir, siento en mí un coraje inquebrantable, y sólo la alegría de que habré de despertarme me compensa la pena de dormir todos los días. Cien años he de vivir, blanquearán mis cabellos, y yo seguiré siendo eternamente feliz, eternamente dichoso. Y todo esto es a ti, Stalin, educador, a quien lo debo. Puedo volar hasta la luna si me place, viajar sobre el Ártico, hacer descubrimientos, inventar construcciones prodigiosas porque mi energía creadora no está oprimida por ninguno. Como yo se cuentan por decenas de millares los hombres devueltos a la vida. El Sverdlovsk, mi amigo Kola Nicolaiev, un antiguo pillete, termina sus estudios en el Instituto de Construcciones y aspira a construir una máquina notable. Mi otro amigo Alexie Trikalov, va a egresar también del Instituto de Kiev y sueña con pintar una tela nunca vista. Innumerales somos: ingenieros, escritores, aviadores, periodistas, ajustadores, mecánicos, electricistas, miembros del gobierno, dueños de las ciudades, exploradores del Ártico, sabios y todo esto gracias a ti, educador."⁴⁰

Jamás —y el adverbio tiene aquí matemática precisión—, jamás ha surgido del seno de las masas una afirmación más completa de fe en la vida, de confianza en sí misma, de orgullo exaltante en el poderío del hombre. Poderío, en verdad, que

⁴⁰ Avdeenko, Discurso como delegado del Ural en el VII Congreso de los Soviets de la URSS en: *Commune*, París, núm. 20, abril de 1935, p. 829.

Campanella cantó hace varios siglos, que Leonardo reverenció en el *Tratado de la pintura*, que Galileo dignificó en el *Diálogo de los máximos sistemas*; pero el hombre que los tres ayudaron a nacer, era el hombre mutilado por la burguesía, el hombre que exige a millones de "monstruos sin cabeza" que trabajen y sufran y se destrocen para él. El hombre que anuncia, en cambio, este escritor que la Revolución ha reconstruido sobre las ruinas de un ladrón, es el hombre que el proletariado está construyendo después de aplastar el dominio de la burguesía como clase; es el hombre que sólo es posible que surja después que se haya extirpado de raíz, mediante la diaria práctica de la revolución, la miseria moral de los hombres de presa; el hombre que no podrá nacer, en fin, hasta que la inmensa mayoría de los hombres no dejemos de vivir sobre la tierra ajena.

El 14 de mayo de este año, durante el acto de promoción de los alumnos de las academias del Ejército Rojo, Stalin afirmó que para el comunismo "el capital más precioso es el hombre".⁴¹ Y porque es el jefe del poder obrero quien lo dice, la palabra Hombre resuena por vez primera con un timbre que hasta hoy no conocíamos. Lo que hasta ayer no era nada más que una esperanza, ya es en la sexta parte del globo una realidad viviente. Sobre la orilla, al parecer inalcanzable, el robusto nadador ha puesto al fin su planta. Torpes son todavía los primeros pasos. Pero en alto lleva los brazos desnudos.

LA HERENCIA CULTURAL

En uno de sus libros más vivaces, *¿Qué hacer?*, sostenía Lenin que para elevar el grado de conciencia de la clase obrera, es "necesario que los obreros no se encierren en el marco artificialmente restringido de la llamada *literatura para obreros*, sino que aprendan a dominar cada vez más la *literatura general*. Sería más justo decir, en vez de 'no se encierren', no 'sean en-

⁴¹ Stalin, *El capital más precioso es el hombre*, Barcelona, Europa-América, 1935, p. 13. Con el título de "El humanismo soviético", el diario *Prauda*, de Moscú, comentó en su editorial del 21 de junio el discurso de Stalin a que hacemos referencia. Mostró con elocuencia el contraste entre las declamaciones hipócritas del humanismo burgués y este otro humanismo soviético que ha tomado a su cargo el hombre nuevo para asegurarle cuanto antes, dijo, "una vida libre, inteligente y feliz".

cerrados', pues los obreros también leen y quieren leer todo lo que se escribe para los intelectuales; sólo que algunos de éstos —los malos— piensan que los obreros ya tienen bastante con que se les hable de las cosas de la fábrica y se les rumie lo viejo y resabido".¹

Ocho años después, al día siguiente de la muerte de Tolstoi, Lenin se asociaba al duelo nacional de esta manera: "Tolstoi ha muerto; la Rusia anterior a la Revolución, cuya debilidad e impotencia se han expresado en la filosofía y han sido pintadas en las obras de este artista genial, se ha hundido en el pasado. Sin embargo, *la herencia de Tolstoi contiene elementos que, lejos de pertenecer al pasado, corresponden al porvenir.* De esa herencia, el proletariado ruso toma posesión y se consagra a ella. Él explicará a la masa de los trabajadores y explotados el sentido de la crítica tolstoiana del Estado, de la Iglesia, de la propiedad territorial privada, no para que las masas se limiten a su 'autoperfeccionamiento interior' y a lamentaciones a propósito de una vida justa, sino para que levanten y descarguen un nuevo golpe a la monarquía zarista y a los terratenientes que en 1905 no han sido más que ligeramente alcanzados y que es necesario aniquilar."²

¿Qué tiene de extraño pues, que apenas llegaron los bolcheviques al poder, Lenin encargara a las Imprentas del Estado la tarea de poner al alcance de todos, reediciones de los clásicos?³ ¿Y qué tiene de extraño que poco tiempo más tarde, en su discurso magistral en el Tercer Congreso Pan-ruso de la Unión de las Juventudes Comunistas, asegurase que no es posible construir el comunismo sino a partir de la suma de conocimientos, organizaciones e instituciones, así como de las fuerzas humanas y medios que se reciben de la vieja sociedad? Es imposible ser comunista —añadía— "sin haberse *asimilado* el tesoro de conocimientos acumulados por la humanidad... Si no nos damos cuenta que para crear la cultura proletaria es necesario conocer y utilizar, *retocándolos*, todos los elementos de la cultura resultante de la evolución anterior de la humanidad, no llegaremos jamás a nada. La cultura no se da toda hecha, no brota del cerebro de no sé qué especialistas en cultura proletaria. Sería una tontería creer tal cosa. La cultura proletaria debe apare-

¹ Lenin, *¿Qué hacer?*, trad. de Luis Waismann, Buenos Aires, Claridad, 1933, p. 46, nota 1.

² Lenin, "Tolstoi", en: *Commune*, París, enero de 1935, pp. 442-443.

³ N. Kroupskaia, *Souvenirs sur Lenine*, París, Bureau d'Édition, 1930, p. 49.

cer como la resultante natural de los conocimientos conquistados por la humanidad bajo el yugo capitalista y bajo el yugo feudal".⁴

Con perfecta claridad, Lenin planteaba de tal modo el problema de la herencia cultural que las masas obreras debían *conquistar* y *elaborar*. Después de cinco siglos, el proletariado victorioso se encontraba en una situación que recordaba —no obstante las enormes diferencias— la actitud de la burguesía durante el Renacimiento. Al pasar de una clase a otra, la cultura, una vez más, debía ser *asimilada* y *repensada*. Lo que hasta ayer llevaba como marca propia el sello del feudalismo, reapareció superado en la cultura burguesa. Recoger una herencia y recrearla significa, pues, algo más que un legado pasivo: una radical transfiguración; pues *al mostrarse ante los ojos de una nueva clase social se incorpora de hecho a otras formas de vida*, renace de veras con una frescura de amanecer. Lo que la burguesía inició en su Renacimiento,⁵ el proletariado lo está realizando ahora, según acabamos de escuchárselo a Lenin, con respecto a "los conocimientos conquistados por la humanidad bajo el yugo capitalista y bajo el yugo feudal".

La empresa no era fácil y chocaba con obstáculos muy serios.⁶ Uno ante todo que a muchos llevó al error; el proletariado difiere de la burguesía infinitamente más que la burguesía del feudalismo. Entre la burguesía y el feudalismo, en efecto, la oposición radica en *modos distintos de explotación*; por eso, a pesar de sus intereses bien diversos, no tienen ningún inconveniente en marchar hombro con hombro cuantas veces la rebelión de las masas les hace ver el enemigo común.⁷ El proletariado, en cambio, no sólo no tiene ninguna comunidad de intereses con las otras clases, sino que siendo por exigencia

⁴ Lenin, "Discurso en el Tercer Congreso de las Juventudes Comunistas", el 4 de octubre de 1920. En: *Lenin y la juventud*, edic. del Secretariado Sudamericano de la Internacional Juvenil Comunista, pp. 5-6.

⁵ O en sus "renacimientos", para ser más exactos, si consideramos como tales al tímido del siglo xii, al más brillante del siglo xiv y al francamente revolucionario del siglo xviii.

⁶ "El deseo de conocer el pasado está limitado entre nosotros, en cierta medida y todavía, por el hecho de que en la cultura legada por la burguesía, la miel y el veneno se entremezclan y porque las 'verdades' de la ciencia burguesa sobre el pasado histórico de la humanidad son como las viejas cortesanas experimentadas que quieren hacerse pasar por jovencitas inocentes." Véase: M. Gorki, "A propos de la culture", en: *La Littérature Internationale*, Moscú, núm. 8, 1935.

⁷ Pokrovsky, *Teoría de la revolución proletaria*, Madrid, Aguilar, 1933, pp. 37 y ss.

de siglos la clase eternamente explotada, es la única precisamente que no podrá liberarse a sí misma sino terminando para siempre con la sociedad de clases. Se concibe, por eso, que en la continua batalla, en la sostenida polémica, muchos sectores del proletariado —o de las otras clases explotadas que reconocen en él su conductor— no hayan distinguido a veces con suficiente justeza cómo y hasta dónde se debía negar antes de elaborar la propia y auténtica cultura. Ocurrió, por ejemplo, que si parecía evidente que el proletariado debía apoderarse de todos los adelantos técnicos burgueses para alcanzar, primero, y superar, después, al capitalismo, no parecía a todos suficientemente claro que en condiciones parecidas —aunque no idénticas— se encontraban también las masas obreras frente al legado cultural que del pasado habían recogido.

Es ilustrativo, en este sentido, lo que ocurrió con Maiakovski. El ilustre poeta se había pasado a la revolución desde el campo pequeñoburgués del futurismo. Como tantos otros compañeros de lucha y de arte —desde los “imaginistas” y los “luministas” hasta los “biocosmistas” y los “formolibretistas”—,⁸ esta intelectualidad pequeñoburguesa, con el ímpetu anarquista que va implícito, se movía con más soltura en la destrucción del pasado que en la construcción del porvenir. Mientras el poder obrero, con Lenin a la cabeza, se esforzaba en *asimilar críticamente la cultura universal* y en incorporarla a la actividad cultural de las masas obreras y campesinas, los grupos inquietos de la pequeña burguesía pensaban que servían mejor a la revolución no preocupándose tanto en forjar un arte nuevo, como de arrasar, prácticamente con el arte. Bajo el antifaz de la revolución, Arlequín irrumpía con su nihilismo bohemio, su declamación de café, sus fanfarronadas de media noche; e irrumpía proclamándose la vanguardia estética del proletariado y exigiendo nada menos que la dictadura revolucionaria sobre el frente cultural. En el número segundo de la revista *El Arte de la Comuna*, Maiakovski había publicado un editorial en verso, titulado “Todavía es pronto para alegrarse”, en el cual, entre otras cosas, podía leerse lo siguiente: “Si encontráis a un guardia blanco lo fusiláis. Pero ¿habéis olvidado a Rafael?... Es hora de disparar contra los muros de los museos. ¡Abrid el fuego de los cañones contra lo viejo! Sembrad la muerte en el campo enemigo. No os pongáis a tiro, servidores del capital... Pero, ¿por qué no se ha atacado a Puschkin y demás generales clá-

⁸ Véase en Polonski, *op. cit.* p. 62.

sicos?”⁹ Lenin que no ocultaba su ninguna simpatía por futuristas y cubistas,¹⁰ pero que los toleró durante un cierto tiempo por amplia comprensión, esta vez no tuvo más remedio que fruncir el ceño. Y en un artículo que Lunatcharski redactó, el Comité Central del Partido Comunista puso los puntos sobre las íes. Ese artículo, primero; diversas resoluciones, después, culminaron en la declaración del 1 de julio de 1924, que marca una fecha en la historia de la cultura. El Partido Comunista comprendía que para crear una *literatura artística* destinada a las grandes masas, debía romper con las tradiciones aristocráticas que hacen del arte una voluptuosidad reservada a muy pocos elegidos; pero, al mismo tiempo que aseguraba a los escritores soviéticos el apoyo más decidido, les anunciaba que el Partido lucharía por todos los medios “contra la actitud ligera y despectiva frente a la vieja herencia cultural y a los especialistas de la palabra artística”.¹¹ La última parte de la resolución —la relativa a los “especialistas de la palabra artística”— mostraba que la juvenil cultura del proletariado tenía que luchar sobre dos frentes: no sólo contra los energúmenos más o menos pintorescos de la pequeña burguesía que rechazaban en bloque la tradición artística, sino también contra los otros sectarios surgidos en gran parte del mismo proletariado, y para quienes el arte destinado a las grandes masas nada tenía que ver con las rudas disciplinas del estilo. Para los primeros, “resucitar” la literatura clásica en época revolucionaria, equivalía a una traición; para los segundos, el arte proletario no se distinguía gran cosa de un *affiche*, cargado como éste de intención transparente, y tanto mejor cuanto con más nitidez expresara esa intención. Nada, pues, con los clásicos; nada tampoco con la búsqueda de medios de expresión calificados.

La actitud negadora se afirmaba no sólo en los artistas; venía muchas veces desde los propios directores de los museos, desde los mismos encargados de la conservación. Tal es el caso de T. Schmit, profesor en la Universidad de Leningrado, para quien no sólo era innecesaria, sino nociva, la influencia de las grandes obras del pasado.¹²

A los diez años de aquellas polémicas, la solución nos parece muy clara. Pero entre el tumulto de la guerra civil y la ame-

⁹ *Idem.*, pp. 48, 173, y 279.

¹⁰ Clara Zetkin, *Recuerdos sobre Lenin*, Madrid, Cenit, 1934, p. 18.

¹¹ Polonski, *op. cit.*, p. 274.

¹² Legran, *La reconstruction socialiste de l'Ermitage*, trad. de Meloup y Notgaft, Leningrado, 1934, p. 26.

naza perpetua de la invasión extranjera, no es difícil comprender la confusión y el desconcierto. *Ignoraban los unos que no se trataba de una restauración de los clásicos, sino de su asimilación crítica por las masas obreras como el Renacimiento había sido la asimilación del pasado en nombre de la burguesía mercantil; desconocían los otros que el arte proletario no es el arte de los desarrapados, y que el desprecio de los graves problemas del estilo no es en el fondo más que una torpe jactancia de analfabetos.* Sin ceder en un ápice las posiciones del comunismo ni apartarse una línea de la ideología proletaria, el Partido Comunista llamaba a sus auténticos deberes a todos esos escritores y escritorcillos que hasta al mismo Lenin encontraban un poco reaccionario; escritores, por lo demás, que repetían sobre su propio frente cultural —sin que tal vez se dieran cuenta— todas aquellas otras discusiones que hoy nos resultan tan ridículas sobre el carácter burgués o no burgués de las macetas con flores, de la ropa a la medida, del “rouge” en las mejillas o en los labios... ¡Como si Marx hubiera dejado de servir a la clase obrera porque pulía y repulía sus frases con amor de estilista!¹³ ¡Como si Engels la hubiera traicionado también, porque no perdió jamás ni en los modales ni en el traje, su elegancia de gentleman!¹⁴ Nihilismo en unos; incompreensión en otros; sectarismo en muchos: eso era, en general, lo que ocurría.

Pero había algo más que no era fácil decir: aun en muchos de los artistas o los teóricos entregados a la causa de la Revolución, se encubría una actitud de desconfianza o de recelo con respecto a la capacidad de las grandes masas. Se suponía que la influencia de los clásicos podía corromper, apagar o desviar una conciencia revolucionaria todavía juvenil; sin comprender que las masas que habían hecho la revolución tenían ya una conciencia más que suficiente para *tomar del pasado los valores que correspondieron al ascenso de la burguesía y para rechazar a su vez cuantos sirvieron de reflejo a su disgregación y decadencia.*

Estudiar, criticar y asimilar los “clásicos” desde el punto de vista del proletariado revolucionario suponía naturalmente un elevado nivel de cultura general, de bienestar colectivo, de desahogo económico. Sin la transformación correlativa en la

¹³ F. Mehring, *Carlos Marx. Historia de su vida*, trad. de W. Rocés, Madrid, Cenit, 1932, p. 252.

¹⁴ Riazanof, *Marx y Engels*, trad. de Alberti y Delio, Buenos Aires, Claridad, 1933, p. 164.

higiene y el *confort*, en la alimentación y el reposo, todo hubiera quedado en el aire, como una construcción artificial y caprichosa. Por otro lado, no por ser menos ruidosa, la lucha de clases había terminado. Los continuos procesos con motivo de este atentado o de aquel *sabotage* demostraban que la guerra continuaba solapada, pero tenaz. Desde las “chozas de lectura” hasta los “rincones rojos”, desde las escuelas de fábrica hasta las facultades obreras, desde el baño diario hasta el cepillo de dientes, desde las “cruzadas culturales” hasta la lucha antirreligiosa: en todo había que pensar para que ni un solo hombre quedara excluido de los conocimientos más elementales, de la cultura más primitiva. ¿De qué serviría —le confesaba Lenin a Clara Zetkin— que esta noche concurren diez mil personas a un gran teatro y mañana otras diez mil, mientras millones de seres gritan por adquirir el arte de deletrear y escribir su nombre y a quienes hay que entrarles además en la cabeza que el mundo está regido por leyes naturales y no por fantasmas y encantadores?¹⁵

Todo eso había que hacer, en efecto, y todo eso se hizo.¹⁶ En la industria, el número de personas con instrucción técnica pasó de 69 000, que eran en el primer plan quinquenal, a 172 000 en el segundo; con instrucción superior, de 60 000 a 112 000. En el ramo del transporte, el número de los preparados por las escuelas técnicas ascendió de 28 000 a 97 000 y los promovidos por las escuelas técnicas superiores, de 8 000 a 28 000. En igual medida, como es de suponer, disminuyó la sujeción al especialista extranjero contratado. Nuevos cuadros de especialistas soviéticos, formados en las mismas escuelas de la URSS, son ahora los constructores más firmes del socialismo. Y a medida que el obrero transforma su alma junto a la máquina que él mismo ha creado, y que el paisano adquiere en el koljós un espíritu nuevo, un horizonte cada vez más dilatado se va abriendo ante las masas. En su novela titulada *El segundo día de la creación*, ha contado Ehrenburg el primer contacto de los obreros y de los paisanos con las manifestaciones altísimas del arte: desde los comienzos, en que algo hay de aturdimiento y desazón hasta el instante en que la poesía o el teatro les descubre de pronto, con ruda alegría, la existencia de un mundo hasta entonces ignorado.¹⁷ “Kolka se acostó —dice—,

¹⁵ C. Zetkin, *op. cit.*, p. 19.

¹⁶ Molotov, *La Unión Soviética en 1937*, Barcelona, Europa-América, 1935, pp. 61, 98 y ss.

pero no pudo dormir. Las extrañas palabras de los versos llenaban su mundo, y Kolka maravillado, prestaba atención a esos rumores. Además de las cosas, comprendía que existían las palabras y que las palabras viven con una vida que les pertenece. El mundo que ya de por sí le parecía vasto, más inconmensurable se le mostraba ahora.”¹⁸

En qué medida Shakespeare contribuyó a hacer “más inconmensurable” el mundo que nacía; en qué forma ha sido asimilado y discutido entre las masas obreras de Rusia es lo que vamos a ver ahora en un rápido bosquejo.

La historia de las diversas maneras como Shakespeare ha sido interpretado, es uno de los ejemplos más elocuentes de la utilización clasista de las obras de arte. Casi sesenta años después de la muerte de Shakespeare, el bibliotecario de Luis XIV, Nicolás Clement, escribía lo siguiente: “Este poeta inglés tiene una hermosa imaginación, piensa con naturalidad, se expresa con finura; pero estas bellas cualidades están empañadas por las suciedades que añade a sus comedias.”¹⁹ Para la monarquía absoluta del siglo xvii, levantada sobre los hombros de los feudales derrotados, la obra de Shakespeare, con su pintura violenta del feudalismo, resultaba tan *inoportuna como grosera*. Nietos o biznietos de aquellos nobles feroces que desfilan en las tragedias del gran William, los nobles domesticados por el monarca absoluto consumían en los refinamientos de la corte una vida que sus abuelos y bisabuelos asesinos habían gastado de otro modo. Para ellos, las empolvadas tragedias de Racine o de Corneille, sin hecatombes y sin estertores.²⁰ “Un salvaje borracho” era lo que Shakespeare debía, en efecto, parecerles; un salvaje que sólo podía ser representado a condición de corregirlo y perfumarlo.

No podía ser de esa opinión la burguesía revolucionaria del siglo xviii. En tres artículos de la *Enciclopedia*, Diderot tomó por su cuenta la defensa de Shakespeare. Pero tan pronto la burguesía consiguió el poder y contuvo sus ímpetus, aparecie-

¹⁷ Ilya Ehrenburg, *Le deuxième jour de la création*, trad. Etard, París, Gallimard, 1933, p. 45.

¹⁸ I. Ehrenburg, *op. cit.*, p. 47.

¹⁹ Sidney Lee, *Shakespeare, sa vie et son œuvre*, p. 321.

²⁰ Al referirse al poeta trágico del siglo de Luis XIV, Taine hace notar que evita con cuidado la verdad cruda, la emoción desordenada, “los caprichos de la imaginación y la fantasía, como Shakespeare”, véase: *Filosofía del arte*, trad. Cebrián, Madrid, Espasa-Calpe, 1933, t. 1, p. 99.

ron con el romanticismo las dos corrientes fundamentales que lo atraviesan: una, aristocrática y feudal, que con Chateaubriand reacciona contra Shakespeare; otra, pequeñoburguesa, revolucionaria en apariencia, pero utopista y conservadora en realidad, que enarbola con Goethe, Schiller, Hugo, Stendhal, Sand, la bandera de Shakespeare.

Abigarrado movimiento que se desnaturalizó muy pronto a raíz del viraje que la misma burguesía comenzaba a realizar: después de atacar al feudalismo en sus cimientos, el capitalismo empezaba a buscar el auxilio de su apoyo frente a la amenaza cada vez más resuelta del común enemigo proletario. Shakespeare comenzó a transformarse al mismo tiempo en un motivo espectacular de cortejos y coronaciones, en que la exterior exactitud de los detalles históricos disimulaba apenas una calurosa exaltación del feudalismo.

Con diferencias de tiempo, y de acuerdo a las desigualdades del desarrollo económico, el fenómeno se repitió casi idéntico a mediados del siglo xix, tanto en la Inglaterra de los lores aburguesados, como en la Alemania bismarckiana de las “leyes de excepción”. La burguesía, al transformarse en clase reaccionaria, perdió el coraje con que había enarbolado a Shakespeare en los tiempos de Diderot y de “la tempestad y la osadía”; y con el pretexto de sabias reconstrucciones históricas, glorificó en el fondo lo que ella llamaba falsamente las “raíces feudales” de Shakespeare. Lo que Kean había realizado en la escena inglesa, es lo que reemprendió en Alemania la escuela llamada de los “meiningenses”. Para representar a *Julio César*, por ejemplo, los meiningenses —llamados así por la ciudad alemana de Meiningen, capital del Estado de Sajonia, cuyo teatro era famoso— consultaban al arqueólogo, revolían viejas crónicas, ensayaban durante semanas enteras la manera exacta de llevar la toga. Pero a pesar de sus promesas eruditas sobre la reconstrucción del “medio feudal”, había en el fondo una intención nada secreta de idealizarlo y exaltarlo. Y tan es así, que en pleno zarismo, cuando la compañía de Meiningen visitó San Petersburgo, la censura no opuso la más mínima objeción a una interpretación de *Julio César* en que se asesinaba nada menos que a un emperador.

Pero ni ese mismo carácter seudohistórico, que encubría apenas la exaltación del pasado feudal, pudo satisfacer durante mucho tiempo las tendencias cada vez menos realistas de la burguesía. Y uno tras otro aparecieron los simples cortinados a lo Reinhardt en que se *borran las indicaciones de tiempo* y

de lugar, y las diversas corrientes simbolistas y místico-estéticas para las cuales Shakespeare, extraordinariamente estilizado, representa un creador *por encima de las épocas*, en cuyas manos, los personajes, aun los más históricos, sólo son *símbolos eternos*.²¹

Primero un Shakespeare cortesano y discreto; después un Shakespeare suavemente antifeudal; en seguida un Shakespeare pseudohistórico, pero en realidad antiburgués, y al final un Shakespeare místico-simbólico, como pintor del alma humana.

Con ligerísimas variantes eso fue lo que ocurrió en Rusia desde Pedro II hasta la revolución de Octubre.²² La primera representación que se hizo de Shakespeare en San Petersburgo, fue la de *Hamlet* en 1750. De acuerdo al estilo clásico francés, Shakespeare apareció cortesano y discreto, elegante y pulcro. Así se mantuvo hasta las dos primeras décadas del siglo XIX en que el movimiento ascendente de la burguesía impuso de 1820 a 1830 un cierto auge del ala izquierda del romanticismo. La derrota del movimiento liberal trajo de nuevo la interpretación de Shakespeare a la manera clásica y así siguió, con ligeras tentativas naturalistas, hasta la visita de los "meiningenses" de que ya hablamos. Bajo su influencia, el espectáculo se volvió pomposo, con miras a alejarse cada vez más del tiempo y del espacio. A tal punto que la representación de *Hamlet*, en 1911, tuvo un carácter acentuadamente místico-simbólico.

Ahí se había llegado cuando la guerra primero y la revolución después, alteraron y transformaron la vida rusa. En los primeros tiempos que siguieron a Octubre, las contadas representaciones de Shakespeare —como la de *La fierecilla domada* en 1919 en el Teatro Alejandrovski— no diferían gran cosa de las representaciones aparentemente "históricas" de la burguesía. En ese sentido, no variaron notablemente las representaciones posteriores de la llamada "Comedia popular" (1920), aunque aportaron ingeniosas modificaciones técnicas y felices disposiciones en la escena. Pero más o menos como lo que ocurría en Alemania con los innovadores del teatro,²³ la técnica asumía

²¹ Para Renan, por ejemplo, Shakespeare "es el historiador de la eternidad. No pinta ningún país, ni ningún siglo; pinta la historia humana". Véase: *Calibán*, cit., p. II.

²² Casi todos los datos que siguen sobre Shakespeare en Rusia, los extraigo del volumen titulado "La vida y muerte del Rey Ricardo III. Artículos y materiales para la representación de la tragedia de Shakespeare, en la traducción de Ana Radlova, por el eminente actor de la república K. K. Vierskoi en el gran Teatro Dramático Máximo Gorki", Leningrado, 1935. En ruso.

²³ A propósito de Piscator, por ejemplo, Anne Latsis escribe con razón:

en estos casos una importancia tal que los personajes quedaban absorbidos por ella en buena parte. Al mismo tiempo, los trabajos críticos no tenían mucho mérito. El más importante, el del académico Friche sobre *Shakespeare*, en 1926, aunque se decía marxista, por supuesto, no sólo repetía las habituales majaderías sobre el trágico, sino que consolidaba el error que hace de Shakespeare un aristócrata decadente, suspirando por la caída del feudalismo frente a la burguesía victoriosa.

A partir de ese año, sin embargo, comienza a afianzarse más y más, con la cultura creciente, la necesidad de enfocar desde un ángulo más adecuado el verdadero problema relativo a Shakespeare. En Marx, primero, en Mehring, después, habían antecedentes de importancia. Con motivo del drama de Lassalle, titulado *Franz von Sickingen*, Marx le había escrito una carta en que después de hacerle algunas objeciones, lo invitaba para lo sucesivo a "shakespearizar" un poco más. Quitando lo que pudiera contener de irónico, el consejo tenía bajo la pluma de Marx un sentido bien claro.²⁴ Los que han frecuentado sus obras, desde las de carácter polémico hasta las más reposadas, conocen de sobra la frecuencia y la exactitud con que Marx cita a Shakespeare.²⁵ Si se añade a eso el testimonio de los íntimos sobre la complacencia con que solía recitar largos trozos de sus obras, se tendrá una idea aproximada de la admiración profunda que sentía por el trágico genial.²⁶ Pero ¿cuál era a sus ojos el mérito fundamental de Shakespeare? Marx consideraba la obra entera de Shakespeare como a *un modelo de creación realista*, estimando en él sobre todo su amplia concepción de los trozos de vida, sus ricas y complejas descripciones de caracteres y de ambientes, su manera de situar los personajes entre la pugna de las clases sociales. Cuando Marx le aconsejaba a Lassalle que "shakespearizara" más, quería decirle, pues, que abordara los temas con más auténtico *realismo*, con más valiente tratamiento, con más implacable lucidez.

"La tendencia a 'mecanizar' la escena degeneraba a veces en él en un verdadero abuso de la técnica; tanto que en ciertos momentos la técnica llega a convertirse en fin." Véase: "Le théâtre de Piscator", en *Le théâtre International*, Moscú, boletín de la Olimpiada del Teatro de Acción Revolucionaria, núm. 4-5, 1933, p. 19.

²⁴ Bernstein, *Ferdinand Lassalle*, trad. de Victor Dave, París, Rivière, 1913, p. 44, nota I.

²⁵ Schiller, "Marx et la littérature Mondiale", en *Commune*, París, agosto de 1935, p. 1381.

²⁶ Marx, *Eine Sammling von Erinnerungen und Aufsätzen*, BML, Moscú, 1934, pp. 114, 119, 123, 126, 154, 168, 174 y 214.

Estaba, pues, en el corazón mismo del marxismo la devoción por un Shakespeare realista; por un Shakespeare que —ya sea en nombre de la nobleza progresista de su tiempo, como lo aseguraba Mehring y lo repite ahora Dinamov; o ya sea en nombre de la burguesía en su período de ascenso como lo cree Asmirnov y como me parece a mí más defendible— *atacaba con un vigor iracundo a la sociedad feudal que se batía en retirada*. Esa faz de Shakespeare como pintor y crítico del feudalismo, es lo que la crítica soviética resolvió reivindicar. En un amplio movimiento —en el cual se descubre de inmediato, como en todo lo que en la URSS se refiere a la cultura, el luminoso espíritu de Anatolio Lunatcharski— los jóvenes historiadores, críticos, dramaturgos y actores de los Soviets se lanzaron a la conquista de lo que dieron en llamar, con una fórmula certera, “el auténtico Shakespeare”.

El análisis sociológico de sus producciones a la luz fecunda del marxismo ha sido emprendido hace muy pocos años. Por eso cada “estreno” de una de sus piezas —estreno desde el punto de vista del realismo socialista— constituye un acontecimiento precedido de largos estudios y de minuciosas discusiones; un acontecimiento que hace de Leningrado o de Moscú vastas academias populares en que los obreros colman los teatros durante meses enteros, y en que la vida cultural asume un brillo y un ritmo inusitados.

No olvidaré jamás la noche del “estreno” de *Ricardo III*, el 27 de febrero de 1935, en el Teatro Dramático de Leningrado. Saben ustedes muy bien que la figura de Ricardo III es una de las más complejas entre las muchas que Shakespeare ha creado, y que pasa además por ser ante los ojos de la crítica burguesa como “el tipo eterno de la perversidad política”.²⁷ Crónica dialogada como el *Enrique VI*, tiene un estilo seco y áspero, sin las complicaciones y rebuscamientos de varias de las obras que le siguieron. Los movimientos de tropas, los espectros que aparecen, los asesinatos y las batallas, crean problemas técnicos difíciles. Pero a su vez, algunas escenas de una intensidad dramática formidable —como el instante en que Ricardo III declara su amor fingido a la viuda del hombre que ha ordenado asesinar y frente a cuyo cadáver se confiesa— son para poner a prueba el talento del actor más acabado.²⁸

²⁷ Ésas son las palabras de Montegut, en el t. VI, p. 129, de su traducción francesa de las *Œuvres complètes* de Shakespeare, París, Hachette, 1869.

²⁸ Desde el punto de vista de los actores, véase, por ejemplo: Jules Truffier, “Le Roi Richard III”, en *Conferencia*, París, 5 de febrero de 1930.

El teatro soviético, después de estudiar a fondo el carácter realista de la obra de Shakespeare, no se contenta con afirmar que Ricardo III es la “encarnación abstracta de egoísmo”, como quería Schiller, ni una “monstruosidad” del espíritu por la cual sintió Shakespeare disimulada simpatía, como da a entender Montegut. Ve en Ricardo III, y con razón, al exponente vigoroso de los rudos tiempos en que la nobleza feudal se entredivoraba; personaje no sólo de gran valor histórico y cultural, sino tan bien dotado y decidido, que muchas veces obliga a respetarlo. En las demás obras de Shakespeare hay a menudo otros personajes que se acercan al protagonista y hasta lo hacen palidecer: en *Julio César* hay un Casio; en *Otelo*, un Iago. En *Ricardo III* no hay más que Ricardo III. Todas las otras figuras desaparecen y se esfuman a su lado, como en la vida de la historia los hombres del feudalismo desaparecían y se esfumaban frente al señor absoluto que los puso a raya. Ese aspecto histórico de Ricardo III —a pesar de todas las libertades que Shakespeare se ha tomado con él, según su costumbre y su derecho— es lo que hace precisamente de este hombre pérfido, guerrero bravo y asesino sin escrúpulos, algo más que un monstruo o un perverso. Es el final de una época lo que Shakespeare evoca con su colorido habitual de una crudeza hiriente: el desastre definitivo del feudalismo. Y sobre ese desastre, la figura sangrienta y terrible de Ricardo III, modelo de “hombre de estado fuerte” que se coloca frente a las intrigas de la corte y las despedaza a todas con su instinto alerta y sus manos recias.

¿Cómo transmitir esa impresión de la época sin caer en el historicismo exterior de los “meiningses”, o en las estilizaciones cada vez más abstractas de los Reinhardt? Ése era el primer problema que en cierto modo dominaba a todos. Con un triple escenario, cortinados de ambiente, trajes verídicos y detalles exactos sin ser cargosos, lo más fundamental quedó muy pronto realizado.²⁹ Pero era necesario subrayar además, por labios del intérprete, el contenido social preciso de la obra: nada de creaciones simbólicas ni moralidades eternas. Era un momento dramático de las luchas de clase lo que el espectador soviético debía tener ante los ojos; y si de un lado, el genio de Shakespeare puede enseñar todavía —aun bajo el signo del Segundo Plan— cómo un autor dramático debe posesionarse de la verdad de su tiempo y plasmarla en creaciones imperecederas, era necesario mostrar también, que esas *creaciones no son*

²⁹ Para una idea general del teatro de la Rusia nueva véase *Le théâtre dans l'URSS*, Moscú, VOKS, 1933, vol. VI.

otros tantos aspectos del hombre "eterno" y de la humanidad "invariable". El hombre, por el contrario, se modifica con las circunstancias que lo educan y con las circunstancias que él transforma. Y esta última parte, la de la práctica revolucionaria, es la que le quita precisamente al teatro de Shakespeare su aspecto por momentos desolado, su impresión muchas veces sombría de fatalismo inexorable.

Cuando el estreno de *Ricardo III* se acercaba, todo decía en el ambiente la grave responsabilidad de los directores y la crítica de los actores y los realizadores. Yo había tenido la fortuna de llegar desde Moscú cuatro días antes del estreno, y como andaba de un lado para otro en Leningrado, me era fácil comprobar desde los ambientes más distintos la viva preocupación por un suceso que la prensa destacaba como un acontecimiento cultural. Me hablaban de él en los laboratorios de Pavlov, como en las salas de la Biblioteca Nacional, y había una igual curiosidad en el restaurante fantástico de la Fábrica Número 1 de Cocina que en el foyer de la Gran Ópera, rumorosa todavía con el ballet que Assafiev ha recogido en *La fuente de Bajchisarai*; y me hablaban con idéntico orgullo los obreros de la fábrica de turbinas en que había pasado la mañana, que los actores del teatro Mijailovski en que había estado por la tarde.

Cuando por fin llegó el estreno, la sala entera desbordaba. En un silencio impresionante, Ricardo III desnudó su alma a través del talento de Monakov que lo encarnaba, y todo el espanto de la tragedia feudal comenzó a vivir delante de nosotros. De la platea a los palcos, de la tertulia a las galerías, nada más que hombres y mujeres que estudian y trabajan. Muy pocos años atrás, la enorme mayoría, la aplastante mayoría, no conocía el nombre de Shakespeare ni de oídas. En muy poco tiempo se ha vuelto para ellos un amigo. "No se imaginaría usted —me decía un compañero en uno de los intervalos— hasta qué punto Shakespeare es conocido en Rusia. No hay teatro de campaña ni teatro de sindicato que no lo haya representado muchas veces. Y es que el espectador soviético no sólo ha aprendido a desentrañar en Shakespeare la profunda lección estética y social que nuestra crítica ha contribuido a elaborar, sino que *el tono mayor de las piezas de Shakespeare está al diapason de la vida soviética.*" Héroe de Shakespeare y héroe de los planes quinquenales podían, en efecto, a través del abismo de los siglos y de las clases, tratarse de igual a igual por la fuerza de la vida, la exuberancia creadora, el impulso ardoroso que los

lanza a la lucha. Pero aquella sala repleta de un público como todavía no conoce igual ningún teatro de la tierra, sabía que los héroes de Shakespeare, inmortales en el arte, no son inmortales en la vida. Y que el enorme trágico, con ser tal vez la más alta cumbre del arte, *no fue el historiador del "alma humana", sino de uno de sus tantos aspectos fugitivos*: porque esa alma humana va presentando a través de los siglos los reflejos que las clases sociales le imponen, las transformaciones que los modos de producción le van dejando.³⁰ No de otro modo las imágenes dramáticas en que Shakespeare volcó sus criaturas llevan consigo la marca de la clase social en cuyo nombre hablaban, y son como esas clases, transitorias y percederas. El desdichado "monstruo rojo" que Shakespeare tanto había calumniado en Calibán, ¿no estaba acaso con un alma nueva en aquella inmensa sala en que la hoz y el martillo ocupaban el sitio de la corona y las águilas? Frente al telón rojizo en que tres fechas gloriosas se repiten sin cesar —1871, 1905, 1917— un mundo nuevo que Shakespeare ni siquiera pudo imaginar, ¿no estaba allí para decirnos cuán poca cosa sabemos todavía del hombre, y cómo ha bastado ponerlo en posesión de sí mismo, rico con toda la técnica, rico con toda la cultura de los siglos, para que haya empezado a realizar lo que no creíamos posible?

En eso pensaba yo, al regresar del teatro, mientras caminaba por las largas avenidas, sobre la nieve quebradiza: feliz dos veces de poder reunir la noche aquella, en un mismo acto de admiración apasionada, la Rusia Nueva que ha dado un sentido a mi madurez y el viejo Shakespeare que pobló de sueños mi adolescencia.

Maravilloso viejo Shakespeare que en una escena de *Antonio y Cleopatra* nos anticipó, sin sospecharlo, la más fiel imagen de nuestro mundo de hoy. La víspera de la batalla que va a decidir la suerte del Imperio y del mundo, dos soldados de Antonio que relevan la guardia escuchan de pronto pasar por los aires algo así como la música de un cortejo que se va. "Es el Dios Hércules —dice uno de ellos—, el dios que amaba a Antonio en otro tiempo y que lo abandona ahora en la derrota."³¹ Ahí también sobre la faz de la tierra detenidas están las líneas para la batalla inminente. De un lado, como en el campamento de Antonio, es tan segura la derrota que pasa por el aire el

³⁰"Proudhon ignora que toda la historia no es sino una transformación continua de la naturaleza humana." Marx, *Miseria de la filosofía*, cit., p. 88.

³¹Shakespeare, *Antonio y Cleopatra*, trad. Astrana Marín, Madrid, Espasa-Cope, 1930, p. 180.

ruido del cortejo que se va. Del otro lado, es un Hércules joven el que ha emprendido los doce trabajos.

EL REALISMO SOCIALISTA

Si se examina en un amplio panorama la historia de la literatura o del arte, se descubre una *exigencia de realismo* cada vez que una clase aristocrática y agrícola abre paso a otra clase comerciante e industrial. Así ocurrió en el siglo v en Grecia, en el siglo III en Roma, en el siglo XI en la Edad Media, en el siglo XVI durante el Renacimiento, en el siglo XVIII durante la Revolución. Fácil sería escoger para cada caso los ejemplos oportunos. Pero dentro del terreno que a nosotros nos interesa en especial, vimos ya cómo la exaltación de lo humano y terrenal correspondió en el *quattrocento* a un vigoroso impulso de las finanzas y el comercio en los momentos mismos en que el capitalismo se afirmaba. Francamente pagano o tímidamente religioso, el movimiento cultural y artístico llevaba consigo otra manera de contemplar la vida, otro modo de enfocar la sociedad y el mundo. Los nombres, en verdad, seguían siendo cristianos, pero las cosas no correspondían a los nombres. El Cristo flaco de la Edad Media había dado sitio a un Júpiter crucificado, y los apuntes de Rafael que se guardan en Oxford muestran con sobrada elocuencia que el artista dibujaba desnudas a sus vírgenes antes de echarles sobre el cuerpo el ropaje flotante.¹

La reacción que trajo consigo la Monarquía absoluta detuvo esa exigencia de realismo, como en la vida social frenó a la burguesía durante cierto tiempo en provecho de la nobleza domesticada de las grandes cortes. Pero a medida que la burguesía renovaba sus bríos, asomaban otra vez en la cultura y en el arte sus tendencias realistas cada vez más claras. Así, cuando Diderot pasea sus ojos de primer crítico de arte por los "Salones" de París, se detiene con burla frente a las figuras de Boucher y nos dice: "En toda esta innumerable familia no encontraréis una sola figura que sirva de veras para los actores reales de la vida, para estudiar su lección, leer, escribir, batir el cáñamo."² Y si eso era bien neto en Diderot frente a la pintura, no lo era menos en Beaumarchais frente a las tragedias de su tiempo. En su *Carta moderada sobre la caída y la crítica al Barbero de Sevilla*, Beaumarchais se burlaba de la tragedia clásica

¹ Lo mismo hacía Fra Bartolomeo.

² Diderot, *Œuvres choisies*, París, Garnier, t. II, p. 329, sin fecha.

por la inverosimilitud de la trama, la hinchazón de los caracteres y del lenguaje; reyes desdichados y burgueses ridículos, he ahí, añadía con sorna, "todo el teatro existente y posible".³

Harta ya de emperadores y de príncipes, la burguesía aspiraba a contemplarse a sí misma en la pintura y en el teatro; fatigada de tantos siglos de coturno y toga, quería llevar sobre la escena la naturalidad de Fígaro o trasladar sobre la tela los interiores de Monsieur Jourdain. La pintura y el teatro no le bastaban, sin embargo. Hacía falta algo más, capaz de reflejar de manera más exacta el curso diario de la vida, el tono habitual de los conflictos, la marcha acompasada de la existencia. Y he ahí que un buen día ese mismo burgués en pantuflas, satisfecho de la vida, mandó llamar —según Taine— a los mejores escritores de su tiempo y les habló de esta manera: "Les propongo a ustedes un trabajo. El tema debe ser yo mismo. Pintarán el traje de entrecasa que me he puesto para recibirlos y el *negligé* de terciopelo verde con el que hago por la mañana mis ejercicios. De paso harán observar ustedes que cada vara de esta tela cuesta un luis. Si la descripción está bien hecha, encontrarán ocasión de algunas chuscadas y enseñarán al público, al mismo tiempo, el precio de las cosas. Quiero, además, que hablen de mis espejos, de mis tapices, de mis cortinas. Mis proveedores les facilitarán sus memorándums; no dejen de insertarlos en la obra. Con mucho placer volveré a ver en ella el pequeño negocio de mi padre, la cocina de mi sirvienta Nicolsa, las travesuras de Brusquet, el perro de mi vecino el señor Domingo. Pueden ustedes expresar también mis asuntos domésticos; nada más interesante para el público que aprender la manera de ganar un millón. Díganle ustedes, además, que mi hija Lucila no se casó con ese pillete de Cleonte, sino con el señor Samuel Bernard, que hizo una fortuna con los arrendamientos, tiene carruaje y será ministro. No voy a regatear el precio del trabajo: pagaré medio luis por cada dos metros de escritura."⁴

Este discurso imaginario, no necesito decirlo, es de una verdad puntual. Las clases sociales no necesitan reunir un buen día a los mejores escritores para dictarles sus deberes; influencias difusas primero, más especializadas después, configuran de tal manera la mentalidad de los artistas, que les imponen, a sa-

³ Beaumarchais, *Théâtre*, París, Garnier, p. 3, sin fecha. En igual sentido, véase Plejanov, "La littérature dramatique et la peinture française au XVIII siècle", en: *Commune*, París, mayo de 1935.

⁴ Taine, *Histoire de la littérature anglaise*, cit., t. I, pp. 314-315.

biendas o no, la dirección en que habrán de producir. Pero en el auditorio al cual se dirigía nuestro buen Monsieur Jourdain podrían reconocer ustedes a todos los creadores del realismo burgués de la novela, desde Diderot con su *Sobrino de Rameau* hasta Balzac con su *César Birotteau*. No importa que a veces la descripción no fuese fotográfica y hasta se alejase ruidosamente de la vida diaria: en el *Robinson* de De Foe o en el *Gulliver* de Swift, con ser fantásticos, se pueden ver de manera transparente las andanzas aventureras de la expansión capitalista, la febril acumulación de las riquezas, la certera comprensión de las funciones del dinero.

En la vida social de fines del siglo XVIII y de la primera mitad del siglo XIX, no era Monsieur Jourdain, sin embargo, el único personaje que se movía en el tinglado. Antes de triunfar y de tener entre sus manos el poder él mismo había descubierto que la evolución es la ley universal que domina por igual en lo moral y en lo físico, y que uno de los motivos más poderosos del progreso histórico reside precisamente en esas revoluciones que de tiempo en tiempo levantan unas clases sociales contra las otras. Todas esas cosas, que él mismo había proclamado en otros tiempos, empezaban ahora a esfumarse de la memoria. Las revoluciones estaban bien mientras él las dirigía; el progreso también, mientras él lo controlaba. Fuera de esas condiciones, nada de protestas, transformaciones, ni desórdenes. A sus ojos, fue una locura de Boussuet creer que la historia no tenía más objeto que conducir a una apoteosis del monarca absoluto; en opinión de Monsieur Jourdain es claro como la luz que la historia no tiene otro sentido que el de asegurar eternamente el dominio de la gran burguesía.

A lo largo del siglo XIX, sin embargo, muchos eran los que pensaban de otro modo: en primer término, los restos de la nobleza desalojada; en segundo término, la pequeña burguesía, otra vez estafada por la grande. Alguien más, víctima eterna, malduraba ya las primeras insurrecciones auténticamente obreras que obligaron a la burguesía a fusilar en las calles a la Fraternidad. Pero ese alguien, cada vez menos apocado, no tenía aún su perfil en el arte.

La nobleza desalojada protestó contra la burguesía enemiga mediante un romanticismo a lo Chateaubriand: engolado y fastuoso, cristiano y caballeresco, falso y declamatorio hasta dar náuseas.⁵ La pequeña burguesía desilusionada, siguió dos cami-

⁵ Marx lo "odiaba". Véase: Schiller, "Marx et la littérature mondiale", en *Commune*, núm. cit., p. 1390.

nos aparentemente contradictorios, pero que traducían de igual modo su rencor; uno de ellos la condujo a la teoría del arte por el arte; otro, la llevó en línea recta hasta el naturalismo. Por el primero, se esforzaba en expresar su desencanto de la vida social, su desdén de las realidades, su preocupación por la belleza en sí, sin dramaticidad y sin consecuencias. "Yo soy de aquellos —decía Gautier— para quien lo superfluo es necesario."⁶ Y poco después añadía: "¿Qué importa que sea un sable, un paraguas o un hisopo el que gobierna?"⁷ "Renunciaría alegremente a mis derechos de francés y de ciudadano por tener un cuadro auténtico de Rafael o contemplar a la Princesa Borghese después de posar desnuda frente a Canova."⁸

Por el segundo camino, buscaba decir su repugnancia por el medio vulgar que la rodeaba sin tener necesidad de refugiarse en el pasado, sin suspirar por la Edad Media, sin oponer un héroe pálido al burgués obeso. Le bastaba, para eso, arrancar de la realidad el "documento humano" y disecarlo implacable en sus ligamentos y filetes como un anatomista con la pieza de un cadáver. Es inútil, sin embargo, que se fingiera impasible, objetiva, científica: bajo su aparente curiosidad helada había una cólera que no siempre lograba disfrazar, un resentimiento y un desprecio que se le adivinaba a través de esta mueca o de aquel gesto. El "anatomista" que nos dio en *Madame Bovary* la obra más perfecta de su género, ¿no es acaso el mismo Flaubert que define al "burgués" como a un "hombre que piensa bajamente"? Sólo un artista, en efecto, que odie hasta la desesperación el medio en que vive, puede tener alimento para construir a punta de pluma esos retratos desesperantes de *Bouvard* y *Pecuchet*.

Pero ya se escape de la realidad con la teoría del arte por el arte, o ya se vengue de ella con retratos crueles, el pequeño burgués que no ocultaba su desprecio por el grande, se sabía unido indisolublemente al régimen social que aquél había construido. Admitía, sí, que podía ser *modificado para asegurarle a él una vida más digna y más hermosa*; pero tan pronto vio aparecer en el horizonte los primeros indicios de la tormenta que podía conmover en los cimientos al mismo orden contra el cual vociferaba, cuando corrió presuroso a ponerse a la sombra del despreciado "gran burgués": como lo hizo Gautier, como

⁶ Théophile Gautier, *Mademoiselle de Maupin*, París, Charpentier, 1918, p. 22.

⁷ *Idem*, p. 25.

⁸ *Idem*, p. 22.

lo hizo Flaubert.⁹ Esa mentalidad conservadora que impregnaba a los artistas de la pequeña burguesía —disconformes con las costumbres burguesas, pero no con el régimen de la propiedad privada— es lo que dio al “naturalismo”, aun al de la mejor época, una cierta superficialidad que lo invalida. Cuando la burguesía era clase que ascendía, arrastrando consigo a la totalidad del “tercer Estado”, el realismo de sus artistas tenía una fuerza y un impulso tal que le ha permitido asegurar a Engels, por ejemplo, que *El sobrino de Rameau*, de Diderot, es “una obra maestra de dialéctica”.¹⁰ Pero ahora que la gran burguesía no sólo defraudaba las exigencias de la pequeña, sino que por temor del proletariado se acercaba más y más a sus viejos enemigos los feudales, resultaba al mismo tiempo que sus artistas carecían hasta del aliento que en los comienzos les permitió captar una realidad que se desplaza entre las contradicciones. Ocurrió así que el realista pequeñoburgués sólo atinó a interpretar el mundo que lo rodeaba trasladando a la realidad social la concepción mecánica del mundo que la burguesía había elaborado. La burguesía, que en gran parte había asegurado el dominio sobre la realidad natural, se encontró desarmada frente a la economía. El estudio de lo social la desconcertó, y a pesar de sus tentativas para aprehenderlo con los métodos de la física a lo Comte, o de la biología a lo Spencer, la anarquía de la producción capitalista le pareció un misterio indescifrable. Frente a ese “misterio” sus artistas se limitaron a “explicar” los “documentos humanos” que habían escogido, como si fueran los juguetes de la “herencia”, la “degeneración” o el “atavismo”; y a conducir su crítica del orden social no como una lucha contra el capitalismo, sino contra “algunos aspectos” del capitalismo. A la “esencia” de la sociedad la consideraban armoniosa, y la teoría llamada “organicista” que reinaba por entonces en la sociología no hacía más que reflejar esa manera de admitir el orden constituido. La esfera social, se decía, es idéntica a la esfera orgánica; en las naciones como en los organismos hay una tan estrecha solidaridad entre las partes, que no es posible modificar el equilibrio de un sector sin traer la perturbación de todo el resto.

Varios años atrás, a pesar de su catolicismo monárquico, Balzac había descubierto la mentira de esa pretendida solidaridad entre las partes del “organismo social”. Y no sólo había señala-

⁹ Plajanov, *El arte y la vida social*, trad. Korsunsky, Madrid, Cénit, 1929, p. 41.

¹⁰ Engels, *Anti-Dühring*, cit., p. 7.

do los conflictos entre las clases sociales como causa del drama histórico, sino que había llegado a exponer en su *Comedia humana* una interpretación dialéctica del medio en que vivía. Aunque más “liberales” y “progresistas” que Balzac, *los naturalistas habían dejado de percibir las contradicciones sociales entre las clases* y se conformaban, por lo mismo, con vagas comparaciones extraídas de la biología y de la clínica a propósito de las “enfermedades del organismo social”.

Hace precisamente cincuenta años, uno de esos artistas de la pequeña burguesía, y de los que más habían abusado de las explicaciones mediante el fatalismo de la herencia, tuvo en *Germinal* la visión confusa¹¹ de que por debajo de las llamadas “solidaridades biológicas” había fuertes contradicciones que las desgarraban. Pero ¿cómo descubrir esas contradicciones sociales que la burguesía niega, no puede ver o disimula? *Separándose de las filas de la burguesía y ocupando un puesto en la única clase social que por lo mismo que no tiene privilegios que defender, no tiene tampoco verdades que desfigurar.*

Abierta quedó la ruta desde entonces para un realismo con caracteres bien distintos; un realismo que pusiera al servicio del proletariado la parecida actitud que en Diderot o en Balzac había llevado a narrar, en el lenguaje de la burguesía, las luchas y los dramas de las clases sociales. Con esta diferencia de un alcance incalculable: *mientras la burguesía se debate impotente frente a las mismas fuerzas sociales que ha desencadenado, el proletariado tiene en cambio en el marxismo no sólo el instrumento más perfecto para comprender la sociedad, sino también para transformarla.* Frente al orden burgués que es su enemigo, el proletariado no se consume en declamaciones solitarias a lo Chateaubriand, ni en fríos rencores a lo Flaubert, ni en sueños estériles a lo Gautier. Deja para la burguesía en decadencia los anhelos místicos que le aguardaban al final de su naturalismo, como Huysmans lo pronosticará con acierto. Para ella, en efecto, las angustias de la muerte próxima, con las máscaras distintas de la lujuria que aturde, del más allá que consuela, del estoicismo que endurece. Y mientras por un lado el viejo y fuerte realismo burgués a lo Balzac degenera más y más¹² en estos hijos raquíticos de hoy —agonía cargosa

¹¹ Aunque Zola en su última etapa gustaba decirse socialista, su socialismo no pasó de un faurierismo atenuado. Véase Georg Lukács, “Zola et le réalisme”, en *La Littérature Internationale*, Moscú, núm. 7, 1935, p. 51.

¹² Véase un animado panorama de la literatura contemporánea en: Dina-

de Marcel Proust, humareda de opio de Cocteau—, el proletariado victorioso va gestando en el mundo, y ya ha impuesto en la URSS una nueva visión del mundo y de la vida.

Como en el resto de Europa, la conciencia burguesa rusa anterior a la Revolución expresaba su agotamiento en obras de un nihilismo desesperado. Intérprete de una clase social sin confianza en la vida, Andreiev dominaba la literatura de su patria con su gesto sombrío y su pesimismo mortal. Bajo su influencia, los jóvenes no encontraban otra salida que el suicidio; a los veinte años Alejandro Blok se quejaba de ser “un cadáver pintado”. Haciendo coro, Dostoievski predicaba la resignación; Chejov la docilidad; Tolstoi la no resistencia al mal. Cuando este último fustigaba con sus libros la realidad social, se podía pensar que su arte apuntaba al porvenir; pero frente a las desdichas que reflejaba, su realismo no tenía nada que ofrecer, nada tampoco que afirmar.¹³ Sólo Gorki, el “amargo”, predicaba la lucha, la lucha viril, orgullosa, creadora; la única capaz —como Octubre lo probó muy pronto— de liberar al hombre de sus miserias de esclavo. Por vez primera, una nueva clase social se hacía escuchar en el arte; pero la nueva clase social que el *Germinál* de Zola había asomado y que en las obras de Gorki adquiría madurez, no expresaba su protesta a la manera confusa y reaccionaria de los románticos. En el romanticismo pequeñoburgués, las discrepancias con la realidad no encontraban soluciones prácticas; se perdían por eso en la utopía o se gastaban inútiles en la gesticulación. *A la inversa de esa rebeldía sin programa, el proletariado opuso su marcha dirigida por un método, su revolución que la doctrina esclarece.* Sus héroes no viven entre las tempestades, ni buscan para exhalar sus quejas la amistad del mar o la montaña. Tienen como primera cualidad la lucidez reflexiva; y porque saben cómo transformar la realidad social ni desesperan ni se agotan. ¿Acaso, por eso, faltarán a sus héroes las otras dimensiones del hombre? ¿No alumbrará en ellos el lirismo cordial, el regocijo en el esfuerzo, la imaginación que anticipa y agranda? *Ningún marxista es completo* —ha dicho Lenin— *si no sabe soñar.* Contra los que alardeaban de su parsimonia y de su sentido de lo concreto, Lenin recordaba lo que había escrito Pisarev a propósito del desacuerdo entre sueño y realidad. “Hay desacuerdo y desa-

mov, “El capitalismo actual y su literatura”, en: *Tensor*, Madrid, septiembre de 1935, pp. 14 y ss.

¹³ Lenin, “León Tolstoi”, en *Commune*, enero de 1935, pp. 434 y ss.

cuerdo —aseguraba—. Mis sueños pueden aventajarse al curso natural de los acontecimientos o bien pueden ir por caminos que el curso natural de los acontecimientos no podría andar jamás. En el primer caso, el sueño no es nocivo; puede incluso fomentar y fortalecer la energía del hombre que trabaja... El desacuerdo entre sueño y realidad no es perjudicial siempre y cuando la persona que sueña *crea seriamente en su sueño, considere atentamente la vida, compare sus observaciones y sus castillos en el aire, y trabaje concienzudamente en la realización de su fantasía.*¹⁴ Formar soñadores de ese tipo era, en opinión de Lenin, una exigencia de la Revolución. Para el más grande de los tácticos del proletariado, *el comunista es un realista que controla sus sueños.* ¿Es legítimo, en tal caso, hablar de una nueva variedad del romanticismo? Algunos, Lunatcharski¹⁵ y Gorki,¹⁶ entre ellos, han respondido que sí. La palabra romanticismo, sin embargo, tiene una tradición histórica tan confusa; lleva adherida de tal modo a su estructura la idea de la exaltación sin medida y el arrebato patético; trae tan irresistible a nuestro espíritu la imagen del escritor grandilocuente y del artista infatuado,¹⁷ que me parece poco feliz —si no se la explica a cada rato— incorporarla al lenguaje de la revolución. En los países en los cuales la burguesía se mantuvo vacilante frente al feudalismo, como en Alemania, o pactó con él como en Inglaterra, el romanticismo fue una insurrección literaria contra los déspotas, pero una insurrección en la que vivía el desencanto de las burguesías sin coraje. En los países en los cuales la revolución burguesa logró imponerse, como en Francia, el romanticismo cobijó a su vez —como ya dijimos— dos corrientes desiguales: una aristocrática feudal, francamente restauradora; otra pequeñoburguesa, liberal a veces en la superficie, pero reaccionaria y utópica en el fondo. Bajo todas sus formas, pues, *el romanticismo significó siempre reacción, consciente o inconsciente.*¹⁸ Y contra el romanticismo, precisamente, comen-

¹⁴ Lenin, *¿Qué hacer?*, cit., pp. 169-170.

¹⁵ A. Lunatcharski, “Les problèmes du style et de l'art socialiste”, en: *Le Théâtre International*, núm. cit., p. 13.

¹⁶ Gorki, *Discurso en el Congreso de Escritores Soviéticos de Moscú*, en el volumen editado por el Centro de Trabajadores Intelectuales del Uruguay, Montevideo, 1935, p. 35.

¹⁷ Véase en Lemaitre, *Chateaubriand*, París, edit. Calman-Lévy, p. 329, sin fecha, la transcripción de un retrato exactísimo de Chateaubriand por Veuillot. El mismo Lemaitre, refiriéndose a los cuidados con que Chateaubriand organizó su “actitud de ultratumba”, dice con razón que el autor de *René* tenía “vanidoso hasta el esqueleto” (p. 328).

¹⁸ Proudhon ha dicho más de una vez que toda la literatura y el arte

zó el joven Marx sus primeras campañas en la *Gaceta Renana*.¹⁹ El sueño romántico encubre ignorancia,²⁰ nostalgia, hastío, desilusión, desencanto; el sueño socialista representa, en cambio, dinamismo, fortaleza, confianza en la vida, seguridad en la victoria. Pero si ese sueño se exaltara hasta perder el control de sí mismo, si cortara las amarras que a la realidad lo unen, por eso sólo perdería el derecho a llamarse socialista. Y es lo que ha ocurrido a veces y ocurre aún —aunque cada día en menor medida— bajo la forma de un defecto grave que se ha dado en llamar “la jactancia comunista”. Contra él reaccionó la educación, y tuvo plena justicia para hacerlo. *Dentro del realismo socialista no se conciben los sueños que desfiguran la vida, ocultan los defectos o sobreestiman las fuerzas; sólo tienen derecho a vivir los sueños que hacen comprender mejor la realidad, los que ayudan a penetrarla y dirigirla.* Para el romántico el sueño era una manera de disimular la fealdad de la vida; para el realista pequeñoburgués —con “romanticismo inconsciente”— una manera también de compensar la pintura de esa misma mediocridad que despreciaba. El autor de *Père Goriot*, ¿no es también el de *La piel de zapa?* El creador de *La señora Bovary*, ¿no es el de *Salambó* y *Las tentaciones*? Sólo en el realismo socialista, el sueño no es una fuga de la vida; es una manera de prolongarla bajo otros aspectos, de amarla también bajo nombres distintos.

¿Cuál es, entre las tantas definiciones del realismo socialista que se han dado en la URSS, la que más certeramente destaca sus caracteres esenciales? Me atreví a decir que es la siguiente: “El realismo socialista es la descripción verídica e *históricamente concreta* de la realidad en su *desarrollo revolucionario*; descripción capaz de entusiasmar al lector y de educarlo en el espíritu de la lucha y de la edificación del socialismo.”

Dos rasgos surgen de la definición: 1] la realidad debe ser descrita en su desarrollo revolucionario, es decir, en el conflicto de las luchas de clases, con todas las consecuencias que se derivan; 2] la realidad debe ser presentada bajo su forma histórica concreta, es decir, los personajes deben vivir con vida propia,

románticos eran “monumentos de la contrarrevolución”. Véase Max Raphael, *Proudhon, Marx, Picasso*, París, Excelsior, 1933, p. 18.

¹⁹ Jean Fréville, “Marx et Engels contre le romantisme”, en *Monde*, 1 de febrero de 1935, p. 6.

²⁰ La escuela de los románticos, ha dicho Brunetière, muy bien, ha sido “la escuela de la ignorancia y la presunción”. Véase *Honoré de Balzac*, París, Nelson, p. 140, sin fecha.

artísticamente propia, tal como resulta del análisis preciso y exacto de sus relaciones sociales.

La primera condición supone en el escritor no sólo un cumplido conocimiento del marxismo —en cuanto es el único método capaz de revelarle la realidad social en toda su plenitud—, sino además una vasta cultura conducida con idéntico criterio sobre terrenos que habitualmente los escritores y los artistas no frecuentan. El Instituto de la Literatura Mundial de Moscú, que ha sido fundado no hace mucho, se propone dar a los escritores soviéticos no sólo el dominio del idioma y la maestría del estilo, sino un amplio horizonte artístico, histórico y científico.

La segunda condición —la de presentar los personajes de manera histórico-concreta— exige que el escritor renuncie a la fácil declamación política o al planteo superficial de los problemas encarnándolos en tipos esquemáticos. La obra de arte no merece el nombre de tal sino cuando la intención que la anima se desprende de la situación o de la acción misma, *sin necesidad de que sea explícitamente formulada*. Casi palabra por palabra es lo que Engels sostenía en 1888, en su famosa carta a miss Harkness: “Cuanto menos se exhiban las opiniones políticas del autor, tanto mejor para la obra de arte.” Con estricto criterio, Engels condenaba así a todas esas pretendidas obras “proletarias” en las cuales el autor se imagina, sin esfuerzo, que sus opiniones revolucionarias ruidosamente expuestas lo eximen de toda labor artística precisa. Tal como ocurrió en la novela de Minna Kautsky; por ejemplo, que el mismo Engels reprobó por declamatoria y falsa; tal como ocurre todavía con todas esas obras de escultura o de pintura, en que el autor se vanagloria de haber cumplido con sus ideales revolucionarios porque ha lanzado sobre su público paciente unos cuantos esferpentos con el puño cerrado.

Obra rigurosamente trabajada con fervor de artista, la del realismo socialista exige que viva en ella no una tesis pegadiza, arbitraria y ocasional, sino una intención que se desprenda con reflejo necesario de la obra en su desarrollo cabal. Lo cual implica, también, que el *realismo socialista no impone necesariamente como tema el de la edificación socialista ni el de la revolución obrera*. En su *Pedro el Grande*, Alexis Tolstoi ha dado una evocación magnífica de un proceso histórico lejano; como Gorki en sus *Artamonov* y *Klim* ha presentado una interpretación revolucionaria de la Rusia posterior a 1870. La obra de arte inspirada en el realismo socialista se propone, sin duda, transformar el alma humana extirpando el capitalismo en la

conciencia de los hombres, y preparando un porvenir capaz de hacer efectiva la sociedad sin clases. Pero para eso puede buscar sus materiales donde le plazca. Lo que la distingue, caracteriza, justifica plenamente, no es el tema ni el procedimiento de composición o estilo: *es la manera de situar los personajes en su clase social, de animarlos en función de las grandes fuerzas que lo hacen actual.* Y si Marieta Chaguinian nos ha dado en su *Hidrocentral* una epopeya de la construcción actual del socialismo en su Armenia nativa, eso no quiere decir que Sobolev no haya podido realizar una obra de auténtico realismo socialista porque nos hace ver en su *Reparación capital*, la vida de la flota rusa en 1914.

Dentro del "naturalismo", la obra de arte escogía un fragmento de la realidad y lo fijaba; *dentro del realismo socialista la obra de arte debe indicar además en qué sentido se mueve la realidad que elabora.* Y como el mundo marcha en el sentido de la victoria del socialismo, se desprende que sólo puede darnos una visión dinámica y plena de la realidad el artista que haya aceptado de corazón este brusco viraje de la historia y que sea, por lo mismo, un revolucionario cumplido. *Saber expresar la verdad artística es saber expresar la tendencia del desarrollo;* de donde se deduce que no es posible crear —crear con pulso tenso, crear con soplo duradero— si no se sabe distinguir, primero, las fuerzas que conducen al futuro.

¿No resulta así el más urgente de los deberes esa educación que el poeta Besymenski aconsejaba a sus jóvenes colegas: "aprender a descubrir la revolución mundial detrás del fenómeno en apariencia más humilde"?

Pero esta nueva orientación del escritor ¿no significa, a su vez, que sobre el sector estrictamente cultural nos hemos vuelto a encontrar con ese auténtico Hombre Nuevo de que ya hemos hablado varias veces? Un mundo dentro del cual los escritores son —según la frase certera— "los ingenieros del alma", ¿no está diciendo ya que las viejas distinciones entre el libro y la vida, la inteligencia y la voluntad, el lirismo y el realismo, se han fusionado en una síntesis que los supera?

Una vez más la victoria del proletariado ha conseguido realizar ese milagro; hacer latir el corazón del hombre nuevo en el artista hasta entonces desdeñoso, para lanzarlo así a luchar por la patria que es de todos, con el grito varonil de Maiakovski: "A la calle tambores y poetas."

VISITA AL HOMBRE FUTURO

Al viajero que llega a Rusia después de haber atravesado la España jesuítica de Gil Robles, la Francia de los decretos-leyes, el vasto campo de concentración de la Alemania, la Polonia torturada y mártir, le invade de pronto —como si bruscamente le cambiaran el paisaje— la impresión de vivir en otro mundo, de respirar el otro ambiente, de pisar sobre otra tierra. Dijérase, en efecto, que se hubiera escapado de su tiempo y que por virtud de una de esas fantasías tan gratas al capricho de Wells, le fuera dado adelantarse a su hora, aproximarse al futuro, empinarse sobre los siglos que vendrán.

Ha dejado a sus espaldas una sociedad que se desangra en la miseria y el oprobio, una sociedad en que los desocupados se cuentan por millones,¹ en que la inteligencia enmudece y la cultura se humilla, en que se detienen las ciencias como no sean las que sirven a la guerra, en que se niegan y escarnecen aquellos mismos "derechos del hombre" que hace poco más de un siglo la burguesía prometió para todos, y en que ha llegado a tal punto la conciencia de su propia ignominia que no ha vacilado en confesar por boca de un ex presidente del Consejo de ministros de Francia que en el momento actual es imprescindible "encadenar de nuevo a Prometeo".²

Tiene, en cambio, a su frente, y tan pronto atraviesa el arco de Negoroloiev —sobrio arco de triunfo que lleva en letras de hierro las palabras memorables que invitan a la unión de los obreros del mundo—, una sociedad que no sólo ha resuelto todos los problemas de la desocupación y de la crisis, sino que al poner al servicio de cada uno los tesoros de la cultura y de la técnica reservados hasta ahora a una exigua minoría, ha abierto para el progreso humano horizontes tan vastos como hasta hoy no era dado sospechar. La utopía enorme, que parecía destinada a flotar entre las nubes, tiene ya en los hechos su confirmación terminante: con excepción de un cuatro por ciento que aún persiste bajo forma de islotes sin importancia, *ya no hay en Rusia propiedad privada sobre los instrumentos de producción.*³ El mismo día en que llegué a Moscú me fue dado

¹ 22 millones a principios de 1935.

² Al inaugurar la escuela de Bornmouth, el arzobispo de York se declaró también enemigo resuelto de las invenciones. "Si estuviera en mis manos —dijo— destruir el motor de explosión, de buena gana lo haría." Véase Gorki, "A propos de la culture", en: *La littérature Internationale*, Moscú, núm. 8, 1935.

³ En 1925, la economía socialista representaba el 48.8% de la produc-

comprobarlo de manera por completo inesperada. Se representaba en el Palacio de la Cultura las *Almas muertas* de Gogol. En el hall, un museo de trajes, instrumentos y muebles trataba de reconstruir de manera adecuada la atmósfera de la comedia. Con ayuda de fotografías y estadísticas un hombre joven explicaba en los entreactos —como es costumbre en todos los teatros de la Rusia Nueva— el carácter de la pieza, el significado de los personajes, el valor estético de la realización. Muchachos y muchachas formaban la totalidad de su auditorio: es decir, las generaciones más nuevas, las más limpias, las que nada o casi nada conservan del pasado. Cuando yo me acerqué, el orador les explicaba que “en otro tiempo”, un puñado de hombres se repartían la tierra de todos e imponían a los paisanos la misma vida de las bestias. Con un nudo en la garganta le escuchaba yo. ¡“En otro tiempo”, venturosos muchachos! ¿De qué tiempo sería yo; yo que venía de un país en que unas cuantas familias disfrutaban de extensiones tan enormes que podrían sustentar a un pueblo entero?⁴ ¿De qué tiempo sería yo, sino de un pasado remotísimo, muerto ya para siempre desde 1917, aunque se empiece todavía en conducir al mundo con su mano descarnada de cadáver?

De tiempos muy distintos son, sin duda, estos hombres y mujeres, que en las fábricas y en las granjas, en los laboratorios y en las escuelas, sólo piensan en construir, en crear, en superar lo existente. Construir: he ahí en efecto el verbo de la Rusia Nueva; construir en las técnicas, construir en la cultura, construir en el alma.

Para esta sociedad en que el trabajo ha dejado de ser un tormento,⁵ han retrocedido los límites de lo imposible. En las estepas, en las montañas, en los desiertos, en los pantanos, en los torrentes, surgen como por ensalmo las maravillas del hombre. Aldehuelas perdidas, villorrios hasta ayer desconocidos, adquieren de pronto repercusión universal. Pocos, muy pocos, ni en el mismo Ural, sabían dónde estaba la montaña Magnitaya. ¿Quién

ción; el sector capitalista, el 6.5%; la pequeña economía privada, el 44.7%. En 1934, los mismos sectores estaban representados por 95.81%; 0.08%; 4.10%. Es decir, que en el momento actual el 96% de los fondos de producción pertenecen al Estado, a los koljoses y a la cooperación. Véase Molotov, *La sociedad socialista y la democracia soviética*, Barcelona, Europa-América, 1935, pp. 107-108, sin nombre de traductor.

⁴ En la provincia de Buenos Aires (Argentina), cincuenta familias poseen en conjunto 4 663 575 hectáreas.

⁵ La palabra “trabajo” se deriva de “tripalium”, instrumento de tortura formado de tres piezas. En un principio, trabajar significaba atormentar.

no conoce hoy Magnitogorsk, una de las más grandes empresas siderúrgicas del mundo?

Escasos ancianos de Moscú se acuerdan todavía del pantano de Sukin, una de las ofensas del zarismo. ¿Quién no sabe hoy que sobre el viejo pantano la Revolución ha instalado orgullosa una de las más formidables empresas del viejo y del nuevo continente?

Hace trece años, la estación Hidrocentral de Voljov parecía la realización del más desmesurado de los sueños. ¡Qué poca cosa resulta hoy junto a las maravillas de la estación del Dnieper! ¡Pero qué poca cosa parecerán muy pronto las maravillas del Dnieper frente a la estación de Kamichin que se está construyendo!

Con semejante entusiasmo, ¿qué problema no podrá ser resuelto? “No podemos”, “no sabemos”, “son expresiones que nosotros ignoramos”, ha dicho Bujarin no hace mucho.⁶ Y toda la vida actual, ahí está para probarlo. A comienzos del año pasado el consumo de agua por habitante no podía ser en Moscú mucho más de ciento cincuenta litros diarios; cantidad insuficiente a todas luces si se piensa que en París, por ejemplo, el consumo es tres veces mayor. Pero lo duro, lo difícil era que del río Moscova y sus afluentes ya no se podía obtener más. Sólo un camino quedaba: obligar al Volga a remontar su curso, desviando hacia Moscú una parte de sus aguas. Y ese proyecto, que pertenece a una nueva variedad de lo maravilloso —proyecto absurdo según se decía, porque no se ha visto jamás que un río remonte el curso de sus aguas— no sólo está ya casi concluido,⁷ no sólo asegurará en breve seiscientos litros diarios a cada habitante de Moscú, sino que convertirá a la ciudad hasta ayer mediterránea en un puerto poderoso a donde podrán llegar vapores de veinte mil toneladas...⁸

El nuevo ritmo de la vida ha incorporado a su marcha tribus

⁶ Boukarine, “La crise de la culture capitaliste et les problèmes de la culture en URSS”, en *La Littérature Internationale*, Moscú, núm. 4, 1935, p. 84.

⁷ Kogan y Saslavski, “Le canal Moskova-Volga” en *Le Journal de Moscou*, octubre 18 de 1935.

⁸ Para tener una idea aproximada de lo que será Moscú en breve plazo, véase: “Le plus grand Moscou”, en *Le Journal de Moscou*, 20 de julio de 1935.

⁹ “De una maldición que era bajo el capitalismo, el trabajo se ha convertido en el país socialista en una causa de honor, de valentía y de heroísmo.” Manuilski, *Engels en la lucha por el marxismo revolucionario*, Barcelona, Ediciones Sociales Internacionales, 1935, p. 10.

que hasta ayer no tenían alfabeto; poblaciones que hasta ayer no sabían qué es el rayo. Sajalin era antes de la Revolución la más terrible de las colonias penales del zarismo. Isla del Lejano Oriente, poblada por miserables nacionalidades de pescadores —los oroichi y los nentsi que el despotismo casi había exterminado—, Sajalin no sólo no conserva el más mínimo rastro del viejo presidio y de la indigna miseria, sino que se ha convertido ahora, por obra y gracia del poder obrero, en una comarca poderosa que contribuye a construir el socialismo con su carbón, su petróleo y sus bosques. En vez de Sajalin de los condenados, el Sajalin de los constructores: ¿no es acaso el indicio y el símbolo de la nueva vida?

El hombre, como factor consciente de la evolución; el hombre, transformando a la naturaleza y a la sociedad de acuerdo con un plan minuciosamente elaborado; el hombre que ha dejado de ser el esclavo sumiso o desesperanzado para convertirse en el dueño completo de sus fuerzas: ése es el hombre soviético que introduce su voluntad en lo que parecía inaccesible, el hombre soviético que invierte el curso de los ríos, renueva el alma de las viejas tribus; transforma a su antojo la flora y la fauna. Por medio de su sistema de hibridación, el botánico Mitchurin ¿no ha creado centenares de especies nuevas? Zavadovski y sus colaboradores ¿no dirigen ya el ciclo sexual de los ganados? Sometiendo las semillas a temperaturas adecuadas, el académico Ly-senko, ¿no ha transformado el “trigo de invierno” en “trigo de verano”? ¿Qué valor pueden conservar las viejas nociones de biología, etnografía o geografía física frente a estos hombres que se saben capaces de cultivar en las zonas casi polares de la Siberia las mismas especies vegetales que sólo creíamos posibles en las tibias regiones del Mediodía?

¿Qué es lo que explica semejante ardor, tan extraordinaria capacidad de trabajo, tan increíble desborde de poderío humano? Frente a cualquiera de las grandes obras rusas, los técnicos extranjeros que todavía trabajan bajo los Soviets han dicho alguna vez: antes de que esta fábrica comience a producir se necesitarán largos años. Pero Moscú ha contestado al mismo tiempo: “nosotros no podemos esperar largos años; la fábrica debe empezar a trabajar en cortos meses”. Los técnicos extranjeros sonreían; pero cada mañana no podían creer lo que miraban: la fábrica crecía a estirones como los adolescentes. ¡Qué iban a comprender los extranjeros! Ellos venían de países en que el trabajo del obrero es la esclavitud que sólo sirve para asegurar

el ocio de unos pocos. Esquilmo por una sociedad que llama “interés público” al interés de los enemigos de su clase, ¿cómo ese obrero va a mirar con buenos ojos a los instrumentos y al ambiente de su propia explotación? Pensando en el obrero del capitalismo calculaban los técnicos de la burguesía, y por eso cada día fracasaban sus cálculos frente al obrero socialista que se los desbarataba.⁹

¿Qué técnico burgués pudo prever, por ejemplo, el final inesperado de la construcción del subterráneo de Moscú, espectáculo magnífico que guardo en mi recuerdo como a una de las cosas más emocionantes que yo he visto? El subterráneo de Moscú ha sido construido en un tiempo extraordinariamente inferior al calculado porque siete mil muchachos y muchachas de las juventudes leninistas dejaron por un tiempo los libros y las aulas; formaron sus brigadas de trabajo y bajaron a ayudar a los obreros. Desde las tareas de la excavación hasta el adorno de los mármoles, en todo pusieron mano los muchachos, y cuando las obras terminaron, volvieron otra vez a las aulas y los cursos, orgullosos de haber contribuido en su medida a construir la patria que es de todos. Y ése es el secreto del desarrollo prodigioso: la Nueva Rusia es una enorme usina en que todos colaboran porque acrecientan así una riqueza que es común. *Y porque es común, los hombres trabajan más y más ligero de lo que pueden trabajar los hombres.*¹⁰ En las granjas y en las fábricas, en las escuelas y en los clubes, en los laboratorios y en los archivos, cualquiera conoce a maravilla cómo va avanzando el Plan en los diversos frentes; y hasta en la colonia Bolchevo, reformatorio de muchachos delincuentes, me encontré una tarde sobre los bancos de trabajo y según los méritos de cada cual, la banderita roja del Plan que se cumple o la banderita negra del Plan en retraso.

En manos de la burguesía la cultura y la técnica prometieron convertirse en instrumentos poderosos de liberación del hombre. Pero el terror al poderío creciente de las masas llevó a la

⁹ “De una maldición que era bajo el capitalismo, el trabajo se ha convertido en el país socialista en una causa de honor, de valentía y de heroísmo.”

¹⁰ El minero Alexis Stajanov, uno de los hombres más populares de la URSS, ha dado nombre a un movimiento espontáneo de organización del trabajo. Gracias a su entusiasmo y a su iniciativa consiguió en una ocasión extraer 102 toneladas de carbón en las seis horas que dura la jornada de trabajo, superando más de diez veces el rendimiento medio de los obreros de la mina. Desde entonces se llama “stajanovista” a todo obrero manual o intelectual que trabaje con la eficiencia de Stajanov.

burguesía a renegar de esa ciencia y a arrojar en el seno de las supersticiones religiosas. En manos del proletariado, en cambio, la cultura no tiene secretos que esconder ni conquistas que renegar. Ha abierto para todos las puertas de sus institutos y ha demostrado con el prodigioso empuje de su joven cultura que sólo las masas son capaces de dar al hombre la totalidad de sus dimensiones. El mismo obrero que trabaja por la mañana en la granja o las usinas, asiste por la tarde al club o los museos, frecuenta por la noche el teatro o los conciertos. Ediciones fabulosas de los mejores libros publicados dentro y fuera del país se agotan en pocos días, y mientras en el resto del mundo se acumulan los obstáculos para impedir a las masas el ingreso a las escuelas, la Nueva Rusia desparrama a manos llenas el tesoro de la cultura, alienta la más mínima inquietud renovadora. Jamás un trabajador científico ha encontrado en parte alguna un ambiente más adecuado, condiciones más propicias. Jamás un escritor o un artista, en ningún país de la tierra, ha tenido a su lado un público más alerta y comprensivo. Al arrancar a la cultura de su soledad desdeñosa, el arte y la ciencia se han transformado de inmediato en funciones sociales de una importancia primordial: la ciencia porque transforma el hombre al transformar el mundo; el arte porque le enseña a comprenderse a sí mismo.¹¹ La economía capitalista desgarró al individuo, y lo mutila y lo fragmenta en especialidades unilaterales. La victoria del proletariado, al arrancar al hombre de la especialidad que lo convierte en un muñón, lo integra en la vida de la comunidad, le asigna junto a su tarea concreta una orientación universal. Los trabajadores científicos han reconocido que lejos de morir la llamada "ciencia pura" en el ambiente febril del socialismo, adquiere por el contrario un desenvolvimiento incalculable tan pronto se coloca una correa de transmisión entre las exigencias vitales de la obra colectiva y la investigación hasta ayer solitaria de los laboratorios. Los problemas urgentes de la hora vienen de tal modo a golpear sus puertas, y por encontrar solución a

¹¹ "Rechazamos un arte y una literatura que se proponen distraer a los hombres de las preocupaciones de la vida. Nuestra literatura y nuestro arte son una potente fuerza de organización. Los artistas soviéticos que nos dan imágenes vigorosas en los libros y en los lienzos, en la escena y la pantalla, refuerzan la moral de millones de ciudadanos soviéticos sobre el plano emocional. Con ejemplos vivientes enseñan a vencer las supervivencias burguesas; comunican a los hombres el amor del trabajo y del heroísmo, los impulsan a nuevas conquistas en la ciencia, el arte y la cultura socialista." Alexandre Deutsch, "Les artistes et les écrivains au pays des Soviets", en: *Le Journal de Moscou*, 1 de octubre de 1935.

esas preguntas trabajan los institutos con una rapidez que nunca habían tenido; en medio de una solicitud que nunca habían sospechado. Así también, el díscolo impertinente que hay en el fondo de todos los artistas educados en ambientes de la burguesía, ha debido reconocer que si la victoria del proletariado representa el final del individualismo como principio que divide a los hombres y se opone a su mutua comprensión, es asimismo el comienzo de las personalidades amplias, de las individualidades que se diferencian pero no se oponen. Entre las masas rebañegas de los mujiks antiguos y los actuales trabajadores de choque de un koljós;¹² entre el pobre fanático de los antiguos regimientos y el combatiente magnífico del Ejército Rojo;¹³ entre el obrero gris de las fábricas de antes, y el técnico de hoy que trepa a saltos los cursos de las facultades;¹⁴ entre la desdichada mujer que el zarismo envilecía, hija de esclava y madre de esclavas, y la consciente constructora de hoy, para quien están abiertas de par en par las mismas puertas hasta ayer sólo franqueables para el hombre,¹⁵ ¿no abundan a millares los testimonios que nos permiten concluir que *nunca* se han dado condiciones tan favorables para la "vegetación humana", circunstancias tan completas para el desarrollo armonioso de la vida?

Como algunos hombres de ciencia en los primeros tiempos de la Revolución, muchos fueron los artistas que creyeron también que el arte se moriría entre el estruendo de los motores y los martillos, entre las luces violentas y el aire agitado de la Revolución Roja. Pocos días después de escuchar en París a Paul Valéry pronosticar la muerte de la poesía, y a Lenormand el crepúsculo del teatro, me fue dado comprobar en la URSS que no hay una fábrica sin su círculo de arte; círculo en que no sólo se comentan y discuten las mejores producciones, sino en que se crean también las condiciones más propicias para que el proletariado extraiga de sus filas a sus propios escritores.¹⁶

¹² Véase León Moussinac, *Je reviens d'Ukraine*, París, Editions Sociales Internationales, 1933.

¹³ Lipman, *Diario de un soldado rojo*, Barcelona, Europa-América, 1935, sin nombre de traductor.

¹⁴ *Los hombres de Stalingrado*, Barcelona, Europa-América, 1935.

¹⁵ Niourina, *Femmes Soviétiques*, cit. En igual sentido: Conus, *La mujer y el niño en la Unión Soviética*, Madrid, Cenit, 1934, sin nombre de traductor.

¹⁶ La resolución del XIII Congreso del Partido Comunista de la URSS decía en su artículo primero: "La labor fundamental del partido en la esfera de la literatura artística debe orientarse en el sentido de la obra creadora de los obreros y campesinos, convertidos en escritores en el pro-

Jamás comprendí como entonces la falsedad del verso del poeta alemán: "debe primero morir en la vida lo que habrá más tarde de florecer en cantos". Bien sé que hay un arte tan frágil y encogido que se desmaya en cuanto entra en contacto con la vida. Es el arte de las clases sociales que agonizan; el arte obscuro y hermético, rebuscado y exangüe. Pero hay otro arte que florece con la vida que canta: el arte del proletariado victorioso que ya está expresando al hombre nuevo. No sin sorpresa lo pudieron comprobar los corresponsales de los diarios extranjeros cuando acompañaron en su gira al poeta Besymenski. Poeta de las grandes masas, sus poemas y sus epigramas han llegado tan adentro en el corazón de los obreros que cuando realiza su viaje habitual por las usinas, los trabajadores de los pueblos más lejanos ponen a su paso por las calles, en grandes carteles que ellos mismos decoran, las estrofas más significativas del poeta. Y si a los técnicos extranjeros les parecía inexplicable por qué trabajan febrilmente los obreros de Rusia, tampoco pudieron comprender los periodistas extranjeros este espectáculo para ellos increíble: la Rusia de las usinas y de los altos hornos, la Rusia de las hidrocentrales y de los tractores, reverencia de tal modo a sus poetas que los tranvías y los automóviles desfilaban en las calles bajo banderolas recubiertas de versos.

En una página hermosa de su *Anti-Dühring* vaticinaba Engels que el proletariado pondría fin a la prehistoria humana e inauguraría la verdadera historia.¹⁷ Para él, el descubrimiento del fuego mediante el frotamiento había emancipado al hombre de sus antepasados animales, como la transformación del calor en movimiento le había dado con la máquina la posibilidad de una nueva emancipación. Entre esos dos descubrimientos prodigiosos —el que le apartó del simio, el que le dio después la premisa necesaria para dejar de ser esclavo— habrían transcurrido, según Engels, todos los siglos de nuestra prehistoria: prehistoria sí, porque a pesar de sus momentos de extraordinario esplendor, el hombre no era todavía el dueño consciente de las fuerzas sociales. La producción social, en efecto, seguía obedeciendo a leyes que él no comprendía, y que lo dominaban

ceso de avance cultural de las masas populares y de la Unión Soviética. Los 'corresponsales' obreros y campesinos deben ser considerados como las reservas, de las cuales saldrán los nuevos escritores." Véase Polonski, *La literatura rusa en la época revolucionaria*, cit., p. 267.

¹⁷ Engels, *Anti-Dühring*, cit., pp. 114 y ss.

por lo tanto como poderes extraños. Al socializar, en cambio, los instrumentos de producción, y al derribar para siempre las barreras que se oponían al libre desarrollo de las fuerzas sociales, el proletariado por vez primera en el mundo comienza a trazar la historia del hombre con plena conciencia de lo que quiere y lo que hace. *El desorden fantástico de la sociedad burguesa deja el puesto a la organización proletaria sometida a un plan.* Ajusta el hombre, desde entonces, su propia vida, y entra triunfante como señor auténtico de la naturaleza y de la economía. Todo lo que hasta ahora le dominaba y oprimía pasa a ponerse a su servicio, y *por vez primera, también, adquieren validez universal los grandes valores que hasta entonces sólo enmascaraban los intereses de las clases dominantes.*

En una sociedad dividida en clases, el "interés común", las "exigencias colectivas", la "moral social" o la "justicia humana" son mentiras inicuas, ideales mentidos que no han coincidido jamás con los intereses verdaderos de *todos* los hombres. Expresión del dominio de una clase, la "cultura", la "moral", la "sabiduría", nunca han sido hasta hoy valores absolutos, con alcance general. Los pretendidos valores "atemporales", "visibles tan sólo para los ojos iluminados del Espíritu"; las pretendidas "instancias incondicionadas y absolutas" —sobre las que tanto gustan de ahuecar la voz los pintorescos petimetres de nuestra filosofía oficial— no han tenido nunca, desde Platón hasta Max Scheler, *otra estabilidad que la del poder de la clase dominante.* Ésa es la verdad concreta, la verdad histórica: la que se ha ido gestando en las luchas de la vida social, y la que esas mismas luchas de la vida social modifican y reforman. *Todos los llamados "valores absolutos" se han resuelto siempre en el más descarriado relativismo de clase.* Se han resuelto, he dicho; pero no se resolverán. El mismo proceso histórico que nos impuso la sociedad dividida en clases como un hecho necesario, la está barriendo ahora al poner en los puños del proletariado el control de las fuerzas productivas. La existencia de una clase dominante, ineludible en los tiempos en que la división del trabajo se realizaba sobre la base de instrumentos de rendimiento reducido, resulta hoy no sólo un anacronismo, sino también un obstáculo que la misma marcha de la historia impone el deber de derribar. Salta hoy, en efecto, a los ojos del menos avisado, la incapacidad patente de la burguesía para conducir la historia. En vísperas de la revolución del 48, el *Manifiesto Comunista* anunciaba ya su fracaso irremediable.

“La sociedad no puede seguir viviendo —decía— bajo el imperio de esa clase; la vida de la burguesía se ha hecho incompatible con la vida de la sociedad.”¹⁸

Pero en el mismo instante en que la tragedia de esa clase se anunciaba, otra clase surgía —abastecida de experiencia por la lucha de siglos— para tomar sobre sus hombros la pesada herencia. Sobre la sexta parte del mundo sabemos ya lo que ha hecho; sobre el resto del mundo no tardaremos en ver lo que hará. Para su gloria le ha tocado la misión heroica de liberar al hombre, y de inaugurar de verdad el humanismo pleno. *En extensión y en profundidad, ella es la única que puede invocar sin mentira a los “valores absolutos”, porque ella es la única que tiene derecho a hablar “sub specie generis humani”.* Cuando ella dice del hombre, es del Hombre en su totalidad a lo que alude;¹⁹ del Hombre que no necesita para vivir el sufrimiento de un “monstruo con muchos pies y sin cabeza”.

En el momento más impetuoso de la ascensión del capitalismo alemán, su filósofo representativo hizo descender a Zaratustra de la montaña para traer a la humanidad la buena nueva del “superhombre”. Sabemos hoy, demasiado bien, la trágica realidad que anticipaban aquellos sueños en apariencia tan grandiosos. Su mismo profeta no tuvo que esperar a la reacción sanguinaria de su patria de hoy para anunciarnos que odiaba por encima de todo a esa canalla socialista —eran sus palabras— que, convertida en apóstol de la plebe, “destruyen la satisfacción del obrero en su pequeña existencia”, y le enseñan la envidia y la venganza.²⁰ A través de los siglos, la “humanidad”, según vemos, no ha variado gran cosa para la burguesía: cuando el Renacimiento nos habla del “hombre” o cuando en su etapa imperialista anunciaba el “superhombre”, siempre necesitó como condición ineludible volverse iracunda contra las masas obreras.

El proletariado, en cambio, no disimula con palabras enormes promesas absurdas que no puede cumplir. *Sabe que el superhombre es innecesario porque el hombre todavía no se ha rea-*

¹⁸ Marx y Engels, *Manifiesto Comunista*, trad. de W. Roces, Madrid, Ce- nit, 1932, p. 72.

¹⁹ “El cuarto estado, cuyo corazón no contiene el menor germen de privilegio, se confunde por lo mismo con toda la humanidad; su causa es la causa de toda la humanidad, su libertad es la libertad humana, su reino es el reino de todos.” F. Lassalle, *Discours et Pamphlets*, trad. de Dave y Remy, París, edit. Giard 1903, p. 138.

²⁰ Abrevio así el pensamiento de Nietzsche, *Obras completas*, trad. Ove- jero, Madrid, Aguilar, 1932, t. VIII, p. 48.

lizado. Ayudarlo a nacer es su destino,²¹ y para ello no ha recurrido jamás al verbo apocalíptico de ningún Zaratustra con la serpiente y el águila: le ha bastado entrecruzar el martillo y la hoz para que el dedo de la historia señalara en ese símbolo la humilde grandeza del Hombre.

Señoras, señores: Al final de este curso, que ha encontrado una resonancia cordial que yo no preveía, permítanme ustedes despedirme con esta impresión de exultante optimismo. Bien triste cosa es el mundo de hoy para quien no sepa contemplarlo en una amplia perspectiva. Fascismo, terror, guerra inminente, no son sin duda para alentar a nadie. Bajo su influencia inmediata, se desesperan unos en la angustia, buscan otros en el pasado la solución. Cuando se examina, sin embargo, el abigarrado espectáculo de hoy con los claros ojos del que ha aprendido a descubrir en las luchas de clases el motor de la historia, todo adquiere de pronto una ordenación precisa, todo asume de inmediato una significación que lo ilumina. Se impone entonces como una verdad de evidencia, la certidumbre de que vivimos sobre el filo que separa dos edades: una, la prehistoria de que hablaba Engels; otra, la historia que para Rusia ha comenzado ya. Conmover el instante de la vida del mundo en que sabemos por fin a donde vamos; dichoso instante que justifica en nosotros una exaltación jubilosa y que nos trae también casi sin quererlo, para confrontarlo y superarlo, el recuerdo de otro instante parecido en que resonó sobre la tierra un grito nunca oído de alborozada confianza.

En las páginas modestas del libro de memorias de un oscuro comerciante de Florencia, Giovanni Rucellai, el Renacimiento nos ha dejado con el orgullo de la burguesía naciente, toda la satisfacción de la nueva clase que se echaba a caminar. De la historia de ese mercader muy poco o casi nada ha llegado hasta nosotros. Pero quizá por lo mismo tiene su testimonio un alcance extraordinario, nos conmueve su voz con máxima elocuencia. Una mañana, tal vez, en que Rucellai se detuvo más allá de lo habitual a contemplar desde la altura de Vallombroso la silueta casi perdida de su ciudad nativa con sus puertas guerreras, sus flechas y sus domos; o una tarde quizá entre el pueblo de estatuas de la plaza de la Signoria, mientras el sol poniente pintaba de azafrán las murallas del Palazzo, el oscuro mercader

²¹ Nietzsche creía, además, que en una sociedad de tipo socialista “la vida sería negada y sus raíces cortadas”... *ibid.*, p. 76.

sintió hasta tal punto la alegría de vivir que no pudo menos que volcar en su libro de memorias esta prodigiosa acción de gracias que nunca es posible leer sin emoción: "Gracias te sean dadas, Dios mío, por haberme hecho nacer en esta ciudad y en este tiempo."²² El grito de júbilo no correspondía a un momento pasajero ni a una embriaguez individual: casi con idénticas palabras resuena en Mateo Palmieri,²³ su compatriota; y lo recoge en Alemania, casi un siglo después, Uldérico de Hutten: *O soeculum! o litterae! Juvat vivere!*²⁴

Dicha de vivir acompañaba a la burguesía en los tiempos heroicos de su ascensión triunfal. Por boca de sus humanistas y sus mercaderes le hemos oído lanzar a todos los vientos su confianza en la vida, su promesa segura en la realización de los valores humanos. De sobra sabemos, sin embargo, que todo aquello pasó muy pronto, y que aun en el instante más alto la curva sólo alcanzó a conmover las fibras de un puñado de hombres ricos que nunca pensó en compartir con el *popolo minuto* su alegría de vivir.

Más felices que el mercader oscuro de Florencia, somos nosotros los contemporáneos del Renacimiento verdadero; y si en aquel instante pudo Rucellai expresar su regocijo frente al esplendor percedero que comunicó a su Florencia la liberación de una exigua minoría, ¿cómo no vamos a poder nosotros, ante el espectáculo prodigioso de millones de seres liberados, y de otros millones resueltos ya a liberarse, salir al encuentro de la Historia para decir tan alto como la voz lo permita que estamos viviendo con lucidez absoluta este momento, el más dramático de la vida del hombre, y que tan seguros nos sentimos del porvenir inevitable —cualquiera sea la suerte personal que el destino nos reserve— que ya podemos desatar al viento la infinita alegría de vivir ahora?

²² Woodward, *La pedagogía del Rinascimento*, trad. de Codiugnoia y Lazzari, Florencia, Vallecchi, 1923, p. 78.

²³ Monnier, *Il Quattrocento*, cit., t. II, p. 52.

²⁴ S. Zweig, *Erasmus*, cit., pp. 127 y 183.

POR EL FRENTE POPULAR ANTIFASCISTA *

La derrota del fascismo clerical en España, el triunfo de las izquierdas en Francia, la espontánea formación de un "frente popular" entre los diputados argentinos de la oposición, invitan a contemplar con optimismo el ascenso victorioso del proletariado mundial.

A medida que las grandes batallas se avecinan, desaparecen los indecisos, los ilusos y los indiferentes. La realidad social se presenta hoy con una desnudez tan clínica que es imposible equivocarse como ocurría en otros tiempos cuando no se había desprendido aún de sus viejos ropajes doctrinarios. Tendidas están las líneas a través de todo el mundo: de una parte, la reacción sangrienta y guerrerista, enemiga de la cultura, negadora de la inteligencia, exaltadora de la fuerza y la rapiña; de la otra, todas las clases que impulsan adelante, defendiendo cada vez con más firmeza la rica herencia del pasado humano, como premisa indispensable para construir el hombre socialista. Allí el capitalismo en agonía con su aliada, la iglesia; aquí, el proletariado revolucionario a la cabeza de todos los explotados: desde el intelectual ofendido y vejado hasta el campesino triturrado por la crisis.

Cada día que pasa es más segura la derrota de aquellos, porque aunque tengan todavía entre sus manos el aparato del estado con sus medios poderosos de dominio, se va acercando la hora en que ya no podrán conservarlo para sí. Al analizar en 1915 los indicios de las situaciones revolucionarias, Lenin escribía que "no basta que los de abajo no quieran vivir como antes, es necesario además que los de arriba no puedan vivir como antes". Las dos condiciones están golpeando otra vez a las puertas de la historia: el desastre de la burguesía que no puede resolver su propia crisis; la actividad cada vez más resuelta de las masas explotadas que no quieren continuar en la resignación y el apocamiento.

Afirmese el "Frente Popular" que el proletariado acaudilla, y ya hemos de ver en un próximo 1 de Mayo cómo ha vuelto a brillar, después de un largo eclipse, su varonil significado de afirmación liberadora.

* Publicado en *Córdoba*, 29 de abril de 1936.

BOLIVAR Y MARX *

Una tarde del mes de febrero de 1935, mientras recorría los archivos del magnífico Instituto Marx-Engels-Lenin, de Moscú, me atrajo entre tantas maravillas de documentos, revistas, libros y papeles, un artículo biográfico de Marx sobre Bolívar. El director del Instituto, profesor Adoratsky, que me acompañaba, vio tal vez en mis ojos el brillo de la "codicia", porque al día siguiente encontré en mi hotel, con unas líneas cordiales, una copia fotográfica del famoso artículo.

Gracias pues a esa amabilidad del profesor Adoratsky, conocerán los lectores de *Dialéctica* un ensayo de Marx hasta hoy no traducido, y que nos interesa además, de modo especialísimo, a los latinoamericanos.

Sabido es que la historia de Bolívar permanece envuelta todavía en una nube espesa de leyendas. Los historiadores del Norte y los del Sur han polemizado hasta la fatiga sobre los méritos y desméritos de sus "libertadores" respectivos. Y con tanto encono y mezquindad que subsisten todavía los agravios a pesar de las zalemas diplomáticas y los interminables intercambios de bustos y de estatuas.

Ese aspecto no es, naturalmente, el que más nos interesa. Bajo la pluma de ciertos teóricos ajenos a la polémica y que, aún más, se confiesan por encima de la misma, los "ideales" de Bolívar han adquirido en los últimos tiempos un sentido emancipador antiimperialista. Algo así como una trompa de Rolando destinada a convocar a las huestes de la América hispánica para repeler la agresión del imperialismo norteamericano: único imperialismo, por otra parte, que dichos teóricos enfocan. Tal es el caso, para no citar sino a los representantes más ilustres, de Víctor Raúl Haya de la Torre y de José Vasconcelos. Recrimina el primero, a "las clases gobernantes de nuestros veinte países", por haber desoído "la admonición profética de Bolívar" (*Por la emancipación de América Latina*, Buenos Aires, Gleizer, 1927, p. 147); afirma el segundo, que aunque las ideas de Bolívar "no estaban muy claras", es justo llamar bolivarismo "al ideal hispano americano de crear una federación con todos los pue-

blos de cultura española" para defenderlos así del monroísmo agresivo de los yanquis. (*Bolivarismo y monroísmo*, Santiago de Chile, Ercilla, 1935, p. 7.)

No es esta la oportunidad de comentar por lo menudo semejantes opiniones. Al final de esta nota ya veremos de paso a lo que quedan reducidas. Por ahora nos basta con tenerlas presentes al comentar el artículo de Marx sobre Bolívar; tan jugoso a pesar de su aspecto seco y áspero.

Inútil subrayar, porque sería redundancia, la situación excepcional que le confiere al biógrafo su cualidad de extraño al ambiente americano. Más pertinente nos parece recalcar que no hay uno solo de los hechos que Marx relata que no hayan sido admitidos por los historiadores amigos de Bolívar. Aun más. Como ya habrá advertido el lector en alguna de las notas agregadas al ensayo, Marx ha pasado por encima de ciertos episodios turbios cuya narración, por supuesto, hubiera alargado su artículo desmesuradamente. Si se echa mano a un libro que está al alcance de todos y que ha sido compuesto con discreta intención apologética, el *Bolívar* de José María Salaverría (Madrid, Espasa-Calpe, 1930), cualquiera encontrará en él, con más retórica y menos sobriedad, una imagen del "Libertador" que a pesar de lo postizo, no consigue disimular ese otro rostro que Marx presenta en su aguafuerte imborrable.

Fuera de la vida de Bolívar, narrada sin adjetivos, Marx no hace sino contadas referencias a las ideas políticas del "Libertador". Pero las tres que tenemos son inestimables: la primera, a propósito del código boliviano (p. 11); la segunda, respecto a la actitud de Bolívar, a fines de 1826 frente a Páez, el Congreso y la Constitución (pp. 11 y 12); la tercera, con motivo del zarandeado Congreso de Panamá (p. 12).

1] Del Código boliviano dice que fue una imitación del napoleónico y un motivo para "dar rienda suelta a la propensión de Bolívar al poder arbitrario".

2] A propósito de la sublevación de Páez, Marx acusa a Bolívar de haberla instigado secretamente con el deseo de abolir la Constitución y reasumir la dictadura.

3] Del Congreso de Panamá —al que no sólo concurrieron delegados de América Latina sino también de Estados Unidos, y en el cual se llegó a hablar hasta de unir "a todos los países republicanos del mundo"— manifiesta Marx, con igual franqueza, de que bajo las apariencias de un "nuevo código democrático internacional", el Libertador Bolívar se proponía con-

* En *Dialéctica*, marzo y julio de 1936.

vertir a toda América en “una república federal de la que él sería dictador”.

De las tres referencias enunciadas surge clarísimo el pensamiento que todo el artículo de Marx no hace más que corroborar: Bolívar fue un aristócrata que bajo las palabras de “Constitución”, “Federalismo”, “Democracia internacional”, sólo quería conquistar la dictadura “valiéndose de la fuerza combinada con la intriga” (p. 11). Separatista, sí; demócrata no.

Lástima grande que Marx no nos haya dejado en pocas líneas un resumen del Código Boliviano, y dos o tres palabras sobre el discurso de Bolívar en el Congreso de Angostura, en 1818. Entre las muchas opiniones contradictorias que Bolívar expuso, esos dos testimonios —a los cuales se podría añadir la “Memoria” dirigida a los ciudadanos de Nueva Granada, que Marx recuerda en la página 4— son, en mi sentir, los que corresponden mejor a su pensamiento. Confirman plenamente la opinión de Marx: “ampulosa fraseología” enciclopedista o federalista encubriendo a duras penas un despotismo aristocrático. Desprecio de las masas populares, senado hereditario, presidente vitalicio... Cuando al final de su vida Bolívar prohibió en las cátedras de Bogotá la enseñanza de Bentham e impuso a los estudiantes la obligación de asistir uno o dos años a un curso de fundamentos y apología de la religión católica, “el Libertador” no traicionaba sus convicciones más íntimas. Para asegurar la “tranquilidad de los pueblos” y defenderla de los “sófismas de los impíos”, nada mejor sin duda que la religión unida al despotismo.

Pero ¿cuál era la causa de semejante dictadura? Marx no lo dice, ni lo hubiera podido decir en las páginas de la Enciclopedia para la cual escribía “pane lucrando”. En las primeras líneas del artículo nos pone, sin embargo, sobre la pista: adquiere relieve singular la oportuna referencia a las “familias mantuanas” y a la “nobleza criolla”. Terrateniente, hacendado, propietario de minas y de esclavos, Bolívar no sólo interpretó los intereses de su clase, sino que los defendió contra la pequeña burguesía liberal y las todavía inconscientes masas populares.

Apoyado además por Inglaterra, al igual que todos los restantes revolucionarios del continente, es difícil comprender cómo Bolívar puede servir honradamente al llamado “bolivarismo democrático y antiimperialista”; y con qué derecho se ha podido pasear retratos suyos en las recientes manifestaciones opositoras de Caracas. Si Bolívar hubiera vivido, con seguridad que no

hubiera estado entre los estudiantes y los obreros. Los dos homenajes más elocuentes rendidos a su memoria llevan por algo la firma de dos déspotas: la del general Antonio Guzmán Blanco que adquirió oficialmente el Archivo de O’Leary, y la del general Juan Vicente Gómez que ordenó, con análogo carácter, la edición completa de las *Cartas*.

El señor Onofrio Elguera, de La Habana, Cuba, nos escribe preguntando “si hay en Marx alguna referencia al artículo sobre Bolívar, que *Dialéctica* publicó en el número primero. En el libro de Mehring no he encontrado la más mínima alusión”.

Como la pregunta puede interesar a nuestros lectores preferimos contestar al señor Elguera en nuestras páginas. En la correspondencia de Marx y Engels, que Bebel y Bernstein publicaron, hay referencias de Marx al artículo sobre Bolívar, destinado a la enciclopedia yanqui que dirigía Dana y editaba Appleton. En el tomo V, p. 189, de la *Correspondance Marx-Engels* (trad. francesa de Molitor, París, Costes, 1932). Marx le escribe a Engels, con fecha 14 de febrero de 1858: “A propósito de un artículo bastante largo sobre Bolívar, Dana me ha hecho algunas objeciones, diciendo que está escrito “en estilo partidario” y me reclama mis referencias. Aunque sea un pedido bastante raro, puedo darle naturalmente las referencias. En cuanto a lo de “estilo partidario”, reconozco que me he salido del tono de la enciclopedia. Pero ver que comparen a Napoleón I, con el pillo más cobarde, más vulgar y más miserable, es algo que excedía todo límite. Bolívar es el verdadero Soulouque”. Y pocos días después, el 22 de febrero, Marx le dice a Engels que está esperando que se acepte su artículo sobre Bolívar (p. 193).

Para que los lectores comprendan todo el alcance de la opinión de Marx, les recordaremos que el negro Faustino Soulouque (1782-1867), hijo de un esclavo, fue en 1847 presidente de la república de Haití. Proclamado Emperador, por un senado servil, se entregó a toda clase de violencias, hasta que fue destronado.

EL PRIMER AÑO DE AIAPE *

Apenas si pasábamos de ochenta los escritores y los artistas que fundamos AIAPE, una noche del mes de junio del año pasado en un ambiente de entusiasmo memorable. Por vez primera, trabajadores intelectuales acostumbrados hasta entonces al individualismo díscolo, sintieron confusamente pero con la urgencia de los llamados imperativos que la historia los había conducido hasta una encrucijada trágica. Entre una doble fila de trincheras enemigas ya no era posible mantener la neutralidad pudibunda o el aislamiento desdeñoso. No actuar empezaba a ser una de las formas de la complicidad. En términos precisos quedaron enunciados los deberes nuevos en el "Mensaje a los Intelectuales de América Latina" que vino a resultar, con el andar de los días, el acta de bautismo y el preámbulo constitucional de la AIAPE. "Los intelectuales —se decía en el Mensaje—, depositarios del haber de cultura acumulado por la humanidad en siglos de luchas penosísimas y de tenaces esfuerzos, deben hacerse cargo del deber impostergable que les señala este momento. A ellos, antes que nadie les corresponde aprestarse a la defensa del tesoro que guardan y acrecientan, y denunciar ante los pueblos la amenaza que se cierne sobre la cultura."

Un año ha transcurrido desde entonces. La oportunidad de ese Mensaje —desmesurado en opinión de algunos; injustificado para otros— resalta hoy, tal vez más que ayer, con evidencia plena. La amenaza que hace un año se anunciaba, ya está ahí rugiendo sobre nuestras cabezas. Desde la escuela hasta la Universidad, desde la tribuna hasta la cátedra, desde el periódico hasta el libro, los derechos más elementales ya han sido cercenados, envilecidos o negados.

Cuando nos reunimos por primera vez, era un poeta procesado el que nos hacía sentir en carne viva la gravedad de la ofensa; ahora que nos reunimos por segunda vez, son un poeta y un pintor los que nos muestran de nuevo la enormidad del atropello. Pero de un año a otro, la acometividad de la reacción se ha duplicado: a la "incitación a la rebelión" de que

se hablaba en los comienzos, se ha añadido ahora los delitos increíbles de "inmoralidad" y de "blasfemia".

¿Quién no comprende, nada más que al pronunciarlas, todo lo que esas palabras significan como agravio más directo, no sólo a la plena dignidad del escritor y del artista, sino también a la entraña democrática de nuestra historia, al pasado liberal de la Argentina? ¿En qué difieren estos "crímenes" supuestos, de que ya se acusa a varios de nuestros camaradas, de aquellos otros no menos imaginarios que mancharon la historia del coloniaje español o del despotismo rosista? Cuando se leen las acusaciones oficiales y los procesos que hormiguean hoy, ¿no se tiene la impresión de haber vuelto a aquellas épocas en que el arcadiano Riglos perseguía al maestro Baltasar Maciel; en que un ministro de Rosas, el señor Anchorena, arrojaba a la hoguera los libros herejes; en que un norteamericano, Antonio King, debió purgar en la cárcel de Jujuy, yo no sé cuántos meses, el delito tremendo de no haberse descubierto al paso de la Hostia Sagrada?

Un desorden fomentado con malicia; un ruido de armas para infundir el miedo; un tropel faccioso que a cada nueva hora se va envalentonando con su osadía, han paralizado de tal modo la vida nacional que ya están rodando por las calles los rumores siniestros. Desde el frente cultural que nosotros defendemos, nos cabe el honor de haber señalado la amenaza cuando eran muchos todavía los que nos acusaban de alarmismo, o de dócil imitación de extranjerías. Pero si el peligro ha subido y la reacción está rompiendo los diques, AIAPE también ha aumentado de estatura, ha crecido en fuerzas y en prestigio. Al centenar escaso de sus fundadores, grupo exiguo que se gastaba en señales frente a una mayoría desatenta, han sucedido los casi dos mil asociados de hoy que en Rosario y Tandil, Paraná y Corrientes, Tucumán, Tala y Crespo, se organizaron en filiales, adoptaron nuestras bases, se incorporaron a nuestro movimiento.

Que el Manifiesto a la América Latina no fue, tampoco, una infatuación ingenua, añadida a los tantos otros mensajes que sabemos, tres países están ahí para probarlo: en Paraguay y en Chile marchan ya las agrupaciones similares a la nuestra; en Montevideo, el Centro de Trabajadores Intelectuales —de vida tan intensa como valiente—, nos ha anunciado en estos días que se reorganizará como nosotros y adoptará nuestro nombre.

Que AIAPE, en fin —porteña en los principios, argentina luego, americana hoy— gravita mucho más de lo que nosotros

* En *Dialéctica*, agosto de 1936.

mismos suponemos, ahí está también el documento que nos viene desde Europa: en uno de los últimos boletines del "Comité de Vigilance", de París, una página entera nos está dedicada. Y como Alain, Rivet y Langevin fueron los primeros entre los intelectuales de Francia que comprendieron y evitaron el desastre inminente que el 6 de febrero reveló, permítasenos confesar con cuánta emoción hemos visto sus firmas en el saludo fraternal que nos enviaron.

No voy a fatigarlos a ustedes con los detalles minúsculos de nuestra vida de un año. Pero si la sola mención de las ocho filiales argentinas —con algo más de mil socios— puede dar una idea de la extensión de nuestra influencia, esta noche prefiero informar a ustedes de otros asuntos de la vida de AIAPE, con la autocrítica indispensable que nuestro propio respeto nos exige.

Paso por alto los actos públicos que son por demás conocidos: nuestro funeral a Barbusse, todavía no olvidado; la excelente exposición de los plásticos, primera muestra homogénea de un arte que reclama su puesto entre las fuerzas de izquierda; las sabias jornadas médicas, que revelaron a muchos la íntima trabazón de la economía y de la ciencia; los debates libres organizados por el grupo de escritores sobre algunos aspectos dramáticos de la realidad americana. Paso por alto, también, las múltiples declaraciones de AIAPE a propósito de los sucesos que han ido jalonando la marcha de la reacción: el asesinato de Bordabehere; la condena dictada contra Raúl González Tuñón; la expulsión de quince alumnos de la Escuela de Bellas Artes; los agravios a los escritores argentinos lanzados desde la Cámara de Diputados por el sector de la extrema derecha; la negación del derecho de asilo a propósito del exiliado boliviano Tristán Marof; el encarcelamiento irregular del escritor Héctor Agostí; el secuestro monstruoso del libro *Tumulto* de José Portogalo, con las acusaciones subsiguientes al autor y al pintor Demetrio Urruchúa que colaboró con las ilustraciones.

Me excuso por anticipado si he omitido alguno en esta síntesis apresurada. Pero estamos en condiciones de afirmar que no ha ocurrido un solo atropello a la cultura nacional sin que AIAPE, no lo haya denunciado a la opinión del país.

Ahorro a ustedes, en fin, los pormenores acerca del envío frecuente de nuestros oradores a los actos que organizaron las filiales del interior o bibliotecas y centros culturales de notoria actuación antifascista. Y aunque no hubiera estado de más analizar algunas de las múltiples consultas que hemos atendido, por

lo común sobre guías de lecturas, paso en seguida a considerar los asuntos esenciales.

El primer año de vida de toda institución, y mucho más en el caso de AIAPE, en que están representadas las tendencias más diversas, es el año ingrato de la organización y los tanteos, de los ajustes y las rectificaciones. En este sentido una de las tareas más difíciles fue para nosotros llegar a definir lo que no somos. Solicitaciones de afuera y de adentro nos hubieran extraviado a buen seguro si no hubiéramos tenido siempre en las manos como una brújula, el texto nada equívoco del "Manifiesto" inaugural. Agrupación de trabajadores intelectuales sin más propósito que el de defender a la cultura nacional de la ofensiva fascista, AIAPE no podía tener otra norma de conducta que la que surge de sus propósitos clarísimos: ni partido político, ni capilla sectaria, ni tertulia de snobs, ni asociación de revolucionarios. No importa que este o aquel de sus asociados o de sus dirigentes expongan a título personal las opiniones que crean justas o intervengan con el mismo carácter en las manifestaciones políticas que sus convicciones les dictan. Como miembro de la AIAPE o en los actos de la AIAPE, el asociado o el dirigente sólo aspira a denunciar y combatir las irrupciones del fascismo en el campo cultural que nos es propio.

Delimitadas así nuestras funciones, después de no poco discutir, otro inconveniente nos salió al paso. Nombrémoslo con franqueza, porque nos toca a todos: me refiero a la ignorancia fantástica de cada uno de nosotros sobre los problemas sociales y económicos que condicionan y orientan a las producciones culturales. Años y años de educación inspirada en criterios más o menos "humanistas" han interpuesto entre nosotros y la vida una cortina tan tupida que los científicos y los artistas desconocen por igual las realidades sociales en que viven. A punto tal que la tarea más concreta o el problema más trivial resultaba muchas veces una audaz exploración en lo desconocido. Descubrimos así, a poco andar, otra de las fallas que nos entorpecía: la inexperiencia de la acción, la torpeza para movernos entre detalles menudos, la dilación en resolver algunos asuntos urgentes. Las desdichas de nuestras finanzas, por ejemplo, no tuvieron parangón, y tres locales en un año dicen bien a las claras que si no teníamos el gusto difícil, no sabíamos prever lo que llegaría a incomodarnos.

Finanzas anémicas y local inapropiado no facilitaron las reuniones ni el estrecho contacto entre los asociados. En locales ajenos realizamos nuestros actos, y la innegable pereza con que

los socios abonaron sus cuotas encontró un pretexto oportuno en la frialdad de un local que no invitaba a pasar por la tesorería. Los tres números de la revista *Unidad*, hermosamente presentados, fueron en busca de los socios dispersos; les ofrecieron sus columnas, les estimularon con su palabra cordial. Reacios al principio, se acercaron después con simpatía. La homogeneidad un poco monótona del número primero, se transformó en la riqueza y variedad de los siguientes en que todas las tendencias hicieron oír su voz. Pero la revista, ella también, no tenía por qué constituir una excepción, y a pesar de que el éxito en la calle fue ruidoso, se sintió desfallecer al acercarse al puente que son pocas las revistas que atraviesan...

Este informe parecería un muro de las lamentaciones si la honrada exposición de nuestros extravíos no se continuara con la no menos honrada narración de los aciertos con que fueron corregidos. Porque el hecho es que todas estas malandanzas cuyo relato debíamos a ustedes, no sólo trajeron consigo la excelente lección de la experiencia, sino que fueron desde entonces el aguijón enconado que nos llevó a superarlas.

Las subcomisiones que se construyeron al efecto —la de plásticos, la de médicos, la de pedagogos, la de escritores—, crearon un ambiente de trabajo que no sólo hizo resaltar las limitaciones de su propia formación, sino que las llevó a planear una biblioteca, una editorial, y la serie de conferencias y de cursos de seminarios y de cursos magistrales, que en el resto de este año se irán dictando sucesivamente.

El local adecuado, que parecía inencontrable, es este local que ustedes ven, con olor todavía a casa que recién se instala, pero que nos asegura —esta vez por largo tiempo— que tenemos, por fin, la comodidad que buscábamos.

La subcomisión de finanzas, molida de tantos barquinazos, ha regularizado las cobranzas y nos ha puesto al día con los bancos.

La subcomisión de revista ha dado fin a un arreglo con una reputada casa de ediciones que muy en breve permitirá a *Unidad* atravesar el puente famoso sin que los gastos que exija recaigan como hasta ahora sobre AIAPE.

Algo hay todavía que nos reconforta y nos entona. Algo que sería imposible de expresar en números pero que nos llena de regocijo legítimo. Me refiero a la calidad y al prestigio de algunos de los nuevos asociados. No es por satisfacción pueril ni por vanidad inexcusable. Es la convicción de que no sólo hemos destruido muchas de las falsedades que se nos imputaban,

sino también la seguridad de que AIAPE atraerá irresistiblemente a los valores más limpios de la ciencia y del arte nacional.

Testigos presenciales me han narrado con qué emoción extraordinaria se lo escuchó a André Gide la vez primera que se presentó en París en un meeting de la izquierda. Tenía a sus espaldas el renombre y la gloria de su obra de artista, pero también en contra suya la frialdad y la aridez de su labor de ermitaño. Aquella noche el ermitaño renunciaba a su celda y el artista se echaba a andar por los caminos del mundo entre el tumulto de las masas sufridas. Con un temblor de debutante llegó hasta la tribuna, más pálido que nunca su rostro atormentado. Sobre el asunto de que iba a hablar estoy casi seguro de que no había uno sólo entre sus oyentes que no supiera más que él. Sin embargo, desde el principio hasta el fin se lo escuchó, palabra a palabra, en medio de un recogimiento impresionante. Y ese recogimiento no era nada más que el íntimo orgullo de aquella muchedumbre que se sentía feliz de incorporar a sus filas semejante artista.

Dentro de la relatividad de nuestra cultura y nuestro ambiente, algo hay ya de ese noble orgullo en las filas cada vez más prestigiosas de AIAPE. Por eso al entregar a otras manos el comando honroso, la comisión saliente no quiere disimular que ha tenido el honor de dirigir una agrupación en la que están ya algunos de los profesores más insignes, algunos de los escritores más ilustres. Deja su sitio, por eso, sin temor y sin dudas. Grave es la hora argentina que vivimos. Pero la humilde patrulla de hace un año casi no se reconoce en esta fuerte columna de hoy en día. Que ella resuelva ahora, a través de su asamblea soberana, a quienes ha de entregar de nuevo la dirección que un día nos confió a nosotros. La devolvemos hoy, enriquecida con nuestra experiencia, aliviada de nuestros errores.

CARTA ABIERTA AL MINISTRO JORGE DE LA TORRE *

Al señor ministro de Justicia e Instrucción Pública, doctor Jorge de la Torre — De mi consideración:

Cuando el 24 de octubre último respondí a la nota en que el señor rector del Instituto Nacional del Profesorado Secundario me comunicaba mi suspensión de la cátedra de Psicología, yo había dado por terminado este episodio infortunado de la enseñanza argentina.

Sabía demasiado bien, y los hechos han venido a confirmarlo, que el sumario que siguió a la suspensión no podría modificar lo que ya estaba resuelto de antemano. Pero el señor ministro de Justicia e Instrucción Pública, doctor Jorge de la Torre ha hecho algo más. En un tono de violencia que no cuadra a la serenidad de sus funciones, el señor ministro no sólo ha decretado mi cesantía de profesor, sino que me ha honrado, además, con furibundas palabras que pretenden ser de agravio. En la imposibilidad de poder fundamentar su decreto sobre un solo dato exacto, pues la nota de los profesores egresados del Instituto y la de los ex alumnos han rectificado anticipadamente las declaraciones del señor ministro sobre mis supuestas "intromisiones extrañas y antipatrióticas en la alta cátedra de la enseñanza", el doctor De la Torre no se ha contentado con la peregrina afirmación de que por ahora "escapo a la justicia", sino que, injuriándome gratuitamente, se ha permitido cerrar su reportaje con el recurso inconcebible de atribuirme "desprecio" para con la República Argentina, que me "ha tolerado con tanta benignidad hasta el presente".

Agradezco al señor ministro la ocasión que me brinda. Dos de mis libros, quizá los que más quiero —*La vejez de Sarmiento* y *Sarmiento, constructor de la nueva Argentina*— son textos habituales en las cátedras de literatura de los establecimientos de enseñanza. ¿Cómo puede el señor ministro acusarme de un "desprecio" que cualquier estudiante del país está en condiciones de negar?

Por mis ascendientes, mi educación y mi cultura, me siento enraizado con orgullo en la tradición liberal de mi tierra nativa.

* Fechada el 8 de noviembre de 1936.

Por eso, por entrañablemente argentino, no he escrito jamás una línea que no haya tenido por objeto la liberación de las masas laboriosas de mi patria: liberación del latifundista que las explota, del industrial que las desangra, de la Iglesia que las adormece, del político que las entrega maniatadas a los *trusts* del extranjero. Dieciséis años de labor en la cátedra; diez volúmenes —recompensados algunos por altas distinciones oficiales—; múltiples centros de cultura libre organizados para suplir las deficiencias de las universidades del Estado; varias revistas que se cuentan entre lo más serio que América conoce; centenares de conferencias y discursos en las más representativas tribunas del país y del extranjero, dicen a las claras, para quien sepa mirar con limpios ojos, hasta dónde he rendido a mi país —"el país que me tolera"— el máximo esfuerzo que le debe un ciudadano.

¿Qué hay en esa labor de tantos años que merezca el juicio absurdo de haber escapado hasta ahora a "la acción de la justicia"? ¡Tristes palabras en labios de un ministro de Instrucción Pública y Justicia! Tristes palabras, porque revelan además, cuál es, en este instante, el concepto oficial de la cultura: los que más trabajan por ella y más se sacrifican sólo alcanzan a merecer que su propia patria los "tolere"...

¿De qué puede acusarme el señor ministro? El 6 de septiembre de 1930, el consejero de la Facultad de Derecho doctor Jorge de la Torre, levantó su protesta contra la dictadura del general Uriburu y adhirió a un documento en que se proclamaba la fe en el "amplio ejercicio de la democracia" y se consignaba "el repudio absoluto de la tendencia absorbente y autocrática de todo gobierno" (véase Alfredo L. Palacios, *En defensa de las instituciones libres*, pp. 20 y 21). Dentro de ese amplio ejercicio de la democracia "absorbente y autocrática" he escrito mis libros. ¿Con qué derecho puede hoy el ministro De la Torre acusarme de los mismos ideales que hace seis años defendía el consejero De la Torre?

¿Qué es lo que ocultan esos "informes policiales" a que alude el señor ministro con tantísimo misterio? Nada más que mis libros, mis conferencias, mis artículos y mis discursos. No he pertenecido jamás a ningún partido político. Dentro y fuera de mi cátedra no he conocido otra forma de actividad que la expresamente amparada por la Constitución Argentina. Pero dentro y fuera de mi cátedra —lo comprendo muy bien, señor ministro, y por eso lo digo con responsabilidad de profesor y de escritor— he sido siempre no sólo un estudioso insobornable, sino uno de esos "aturdidos" de que hablaba Erasmo, capaces

de defender la verdad "contra los mismos que pueden castigar": *scribere in eos qui possunt proscribere*.

Lejos de los honores, de los ascensos, de las academias, de las muchas cátedras, he mantenido intactos a través de los años la independencia moral y la rectitud civil. Por eso, en este instante en que el señor ministro cree hacerme un agravio, sé que tengo junto a mí —sobrados testimonios me lo prueban— a la unanimidad de las fuerzas morales argentinas.

"Corresponde al juicio público apreciar la dignidad de escritor", ha dicho el señor ministro. Y ha dicho bien. Pero en sus labios esa frase significa que hay una justicia pública por encima y más allá de la justicia de ministros y rectores. A esa justicia me someto confiado: nadie ignora que mi cesantía es sólo un detalle minúsculo en un vasto plan que ha puesto en peligro las libertades públicas y que ha convertido a la enseñanza en un bisbiseo de rosarios. Del brazo, hoy como ayer, la reacción política marcha a la par con la reacción clerical. Han cambiado las consignas y los nombres. Pero la técnica es la misma y pareja la intención. ¿Cómo podría tomarme de sorpresa el atropello cometido con mi cátedra, junto a tantos otros sobradamente conocidos, si las mismas fuerzas que amordazan ahora a la docencia no respetaron en otro tiempo ni a la figura gloriosa de Sarmiento?

¿Lo recuerda el señor ministro? No hubo momento más triste en nuestra historia. Pero es bueno meditar en él de tiempo en tiempo para escarnio perenne de esas clases reaccionarias que hablan sin cesar del patriotismo y tienen en su pasado sombrío la tremenda vergüenza de haber exonerado nada menos que a Sarmiento. ¡A Sarmiento, señor ministro! Y para que el episodio alcanzara la plenitud de lo grotesco, ¿se acuerda usted que no faltó al pie del decreto ni la firma de un ministro que nadie conocía, pero que salió bruscamente del anónimo por haber tenido la desdicha de suscribir ese decreto?

Saluda atentamente al señor ministro —ANÍBAL PONCE.

LA CUESTIÓN INDÍGENA Y LA CUESTIÓN NACIONAL *

I. EVOLUCIÓN DEL PROBLEMA NACIONAL

El problema llamado "nacional" no es un problema formal de esos que se plantean en lo abstracto y se resuelven para siempre; ni es tampoco un problema circunscrito cuya solución no interesa más que a lo próximo inmediato. Configurado por todo el curso del desarrollo social, ha aparecido en cierto momento de la historia; ha experimentado transformaciones varias y exige, por lo tanto, un planteamiento desigual según las épocas, el medio social, el carácter del poder establecido en cada país y la correlación de fuerzas entre las clases sociales que se enfrentan. Con el deseo de asentar sobre premisas firmes el desarrollo de las consideraciones relativas a la cuestión indígena en la América nuestra, esbozaremos hoy, en un esquema rapidísimo, la evolución del problema llamado "nacional".

Es bien sabido que el movimiento nacional corresponde, por su origen, al período ascendente del capitalismo. Tan pronto las burguesías europeas, en sazón juvenil, empezaron a trepar con paso cada vez más firme, el aislamiento propio del régimen feudal cedió ante la progresiva centralización que las exigencias del comercio iban imponiendo. Asegurar un mercado "propio" para sus productos, y desplazar de ese mercado a los rivales, eso fue para cada burguesía la aspiración que dio en llamarse "nacional". Cuando la colmaron, los estados "nacionales centralizados" aparecieron en la historia.

Pero si en el occidente europeo el capitalismo comercial levantó a las nacionalidades sobre las ruinas del feudalismo, otras circunstancias crearon también "estados centralizados" de Europa, con anterioridad a la formación de un mercado propio o "nacional". A causa de las invasiones de los turcos y de los mongoles, por ejemplo, muchos principados de Oriente debieron unificarse en condiciones distintas y precarias. Arrastrando a sus raquílicas burguesías, dichos principios constituyeron un "Estado multinacional", dentro del cual la burguesía menos

* Serie de artículos aparecidos en *El Nacional*, de México, entre el 17 de noviembre de 1937 y el 4 de febrero de 1938.

débil se alió con los restos feudales más vigorosos para tomar la hegemonía. Resultaron así Estados "mixtos" que se convirtieron con el tiempo en verdaderos campos de batalla de la "cuestión nacional". Lo que en el oeste de Europa fue excepcional —el caso de Irlanda, en Inglaterra— se dio en el este como lo habitual: dentro de Austria, Rusia, etc., muchas nacionalidades se agitaban bajo el yugo de una "nación". Mientras que en los Estados "nacionales centralizados" —que llamaremos "uninacionales", para excusar y ahorrar letras— una burguesía pujante había aplastado al feudalismo, eliminando a las burguesías rivales y conquistando el mercado "propio", en los Estados "multinacionales", las burguesías escasamente desarrolladas que coexistían de mala gana no pudieron sino pactar con el feudalismo y someterse a la presión de los rivales más emprendedores: los magiares en Hungría; los alemanes en Austria; los grandes rusos en Rusia.

A medida que el comercio y las vías de comunicación se desarrollaban en el interior de los Estados "multinacionales", los conflictos internos se agudizaban. Cada una de las burguesías oprimidas aspiraba a conquistar también su "propio mercado" y a romper el yugo de la burguesía opresora de la metrópoli que le negaba no sólo la libertad de industria y de comercio, sino de lengua y religión.

En representación no sólo de los intereses de su clase, sino además de los de "su pueblo", las burguesías oprimidas empezaron a agitar la "cuestión nacional". La importancia y la violencia de cada problema nacional dependió, en buena parte, del grado de participación de las clases obreras y campesinas, que aunque tenían intereses propios y hasta antagónicos a los de la burguesía, se sentían asfixiadas, también, por la opresión de la metrópoli.

Durante todo este período, marquémolo bien, la "cuestión nacional" —que nació con la burguesía en su etapa ascendente— continuó planteándose dentro del orden burgués, y aunque asumió a veces carácter "popular", con apariencias de cuestión "común" a la burguesía y los obreros, siguió siendo un conflicto entre clases burguesas, que en lo esencial sólo a ellas interesaba y aprovechaba. Nadie habrá olvidado cómo fue de eficaz, en manos de los Aliados, durante la Gran Guerra de 1914, la consigna relativa al "derecho de los pueblos a su libre determinación". Pero nadie habrá olvidado, tampoco, porque es historia de ayer, cómo al día siguiente de la "solución" del problema nacional en Europa —con el desmembramiento del

estado "multinacional" austriaco, por ejemplo, y la "liberación" de una serie de naciones oprimidas— pudo verse, con toda claridad, que las naciones recién nacidas sólo habían pasado, de la servidumbre a la vieja metrópoli, al vasallaje de la nueva metrópoli del "grupo imperialista" que la había incorporado. Cuatro o cinco "grandes potencias", en efecto, se habían dividido el control económico del mundo, y dentro del campo de sus influencias respectivas cada nueva "nación" comenzó a sufrir el dogal de una opresión más sutil pero no menos tremenda que la de antes. Basta abrir un libro contemporáneo de geografía política, aunque sea el muy humilde de Horrabin, para ver cómo ha sido "resuelta" la cuestión nacional en la época del capitalismo imperialista...

Pero si la cuestión nacional se ha mostrado insoluble dentro del ámbito burgués, la historia contemporánea nos demuestra cómo se ha desplazado y engrandecido al trasladar su centro de gravedad desde el orden burgués al orden proletario. Y ese nuevo aspecto del problema, que trataré de modo más pausado en otro artículo, es lo que ahora debemos tan sólo subrayar.

En la última etapa de su desarrollo, el "problema de la liberación nacional" se ha revelado tan inextricablemente unido a la lucha antiimperialista que lo que fue, hasta ayer, consigna de la burguesía, ha pasado a ser, con distinto contenido, consigna del proletariado. Ese cambio radical en la manera de plantearlo —no hay solución al problema nacional sin ruptura con el imperialismo— nos está indicando no sólo el nuevo clima dentro del cual ha comenzado a vivir la "cuestión nacional", sino la jerarquía que ha asumido en la lucha revolucionaria de las grandes masas.

Quede apuntado, por hoy, ese viraje del problema. Tan fundamental que nos guiará en lo sucesivo para plantear y resolver en términos precisos la emancipación económica y política de América Latina.

II. EL NACIONALISMO CONTRA LAS NACIONES

En una ocasión memorable, el ministro austriaco Beist dijo a su colega húngaro: "Gobierna tus hordas, que yo me encargo de las mías."

Aunque la frase casi no necesita traducción, equivalía a decir en buen romance: representamos a dos naciones privilegiadas dentro de "una nación" y tenemos por lo mismo el derecho de

aplastar a las demás. Las demás —“las hordas”— nunca encontraron equilibrio dentro del orden burgués. Y aun peor: con deliberada perfidia, las nacionalidades que asumieron la hegemonía fomentaron las rivalidades entre las “hordas” para hacerlas servir mejor a sus designios. Y si dentro de Austria, los polacos sometidos subyugaban a su vez a los eslavos de Galicia —doblemente oprimidos—, dentro de la vieja Rusia el odio entre los armenios y los georgianos había llegado a tal extremo que en la región del Zanguezur la mayoría armenia degolló a todos los tatares, como en la provincia de Najitchevan la mayoría tatar degolló a todos los armenios...

Ya Platón sabía y enseñaba que la mejor manera de impedir la rebelión de los esclavos consistía en atizar sus diferencias nacionales. Y si el consejo era válido para la “turba vil” en que reposaba el mundo antiguo —“instrumentos que viven”, “bestias dotadas de palabra”— ¿cómo no habría de aplicarse con igual eficacia a las masas explotadas del mundo moderno cuya temida unidad se retrasaba así bajo la atmósfera asfixiante de la desconfianza recíproca? Obreros checos rompían las huelgas de los obreros alemanes y hasta formaban alianzas con su propia burguesía expoliadora con tal de derrotar a sus “odiados enemigos” de la misma clase.

Aisladora de naciones, fomentadora de discordias, eso fue y sigue siendo la “cuestión nacional” dentro del orden burgués. Y mientras, por un lado, las burguesías sobreponían siempre los permanentes intereses de “clase” a sus rivalidades transitorias como “naciones” —hasta el extremo de que el “patriota” Thiers mendigó y obtuvo el apoyo del “odiado” Bismarck para mejor masacrar a sus “connacionales”, los obreros de París—, no dejaban de estimular, al mismo tiempo, las rivalidades nacionales entre los pueblos oprimidos para impedirles que alcanzaran la clara conciencia de su unidad proletaria.

Una hábil propaganda contribuía, además, al mismo fin. Cuando los pueblos oprimidos levantaban demasiado la voz y llegaban a convertirse en un peligro, sus burguesías respectivas empezaban a hablar de legislaciones y reformas, como si la “cuestión nacional” —vinculada orgánicamente a la íntegra estructura del sistema económico— pudiera ser resuelta agregando o suprimiendo un artículo a la constitución. Regularizar mediante leyes las relaciones de las nacionalidades dentro del estado burgués, ésa fue la solución que propusieron los teóricos de la burguesía y que aceptaron alborozados hasta algunos “socialistas”... El 30 de marzo de 1925, el “camarada” Semitch aseguró

en la comisión yugoeslava, con todo desenfado, que la cuestión nacional se reducía a una cuestión constitucional...

¿Y qué otro significado tenía también la “autonomía cultural” que dos notorios líderes obreros, Springer y Bauer, habían saludado, años atrás, como la más acabada solución del viejo pleito?

“Constitucionalistas”, por un lado; “culturalistas”, por el otro, marchaban a lo mismo: a conquistar algunas posiciones en la letra, dejando todo el poder económico y político en manos de las nacionalidades opresoras.

Cuestión interna y local, en apariencia, el “problema nacional” fue mostrando poco a poco la enorme complejidad de su estructura y cómo para resolverlo de verdad hay que transformar no esta institución o aquel artículo, sino la totalidad del régimen social que lo ha creado. La liberación política a la manera de Polonia o de Finlandia ya sabemos que elude lo más esencial de la cuestión: bajo la opresión nacional o la opresión imperialista, las masas populares siguen siendo “hordas” despreciables, “instrumentos que viven”.

Ligada a la lucha contra el imperialismo, la “cuestión nacional” es insoluble dentro de un régimen social que no puede subsistir sino con el vasallaje económico y político de las naciones “inferiores”. Dentro del orden burgués el “nacionalismo” es el peor enemigo de las nacionalidades.

III. EL PROLETARIADO Y LAS NACIONALIDADES

El siglo XIX conoció una “cuestión nacional” exclusivamente reducida a un conjunto de pueblos que constituyeran una “élite”. Porque hasta en este problema aparentemente único de las nacionalidades oprimidas aparecieron también las jerarquías y los distingos según que entraran en juego el nacionalismo “culto” o el “inculto”.

La liberación de Irlanda, de Polonia o de Finlandia, formaban parte de la cuestión nacional “civilizada y culta”: la única que merecía la atención de las burguesías, y por la cual era legítimo arrebatarle o indignarse. ¡Qué horrible fastidio para las pequeñas burguesías románticas de Europa si les hubieran prohibido declamar sobre la desdichada Polonia esclavizada!

Pero al lado de Polonia, de Irlanda o de Armenia, otra cuestión nacional, “incivilizada” e “inculta”, se agitaba en Africa, en Asia y en América. Millones de individuos, pertenecientes algunos a pueblos de historia milenaria, sufrían la opresión na-

cional más espantosa. Nadie reparaba en ellos, nadie los creía dignos de inspirar un discurso en el mitin o en la cátedra. ¿Qué burgués liberal con suficiente estima de sí mismo se hubiera dignado levantar la voz por los indígenas "bárbaros" o los negros "bestiales"? Para que las burguesías europeas redondearan sus negocios, los negros, los amarillos y los indios debían morir en las "colonias". Y como las metrópolis imperialistas más opulentas entregaban de cuando en cuando a los obreros "blancos" los relieves de su mesa, fue cundiendo entre la "aristocracia" del proletariado y entre los teóricos de la socialdemocracia un despego cada vez más acentuado por todas las cuestiones relativas a la liberación de los pueblos coloniales. ¿Quién podría olvidar la conducta del laborismo inglés cuando tuvo la ocasión de "resolver" el problema de la India? Ramsay MacDonald, Ramsay MacDonald... ¡Ah, si se pudiera como en otros tiempos abofetear a los cadáveres!

No se engañaba Federico Engels cuando atribuía "el paso lento y medido" del proletariado inglés a su situación privilegiada en el más vasto imperio colonial del globo. Mientras la aristocracia obrera participó con unas migajas en el monopolio de la burguesía, ¿cómo iba a colocar sobre un mismo plano de igualdad a los checos "cultísimos" y a los hindúes "atrasados"? El problema de las colonias y semicolonias, con sus decenas de nacionalidades "incultas" —ochocientas nada más que en la India—, tenía que quedar, como quedó, totalmente alejado de su reflexión y su interés.

En circunstancias parecidas al laborismo inglés, la socialdemocracia alemana se había echado a caminar por el desvío peligroso que en 1914 la llevó a votar los créditos de guerra. Y si para Kaustky el problema de las nacionalidades nada tenía que ver con la lucha abierta contra el imperialismo, no puede extrañarnos que afirmara al mismo tiempo que si la revolución proletaria hubiera triunfado en Austria, los checos oprimidos hubieran sido fatalmente germanizados: "la cultura moderna —decía— llevada por los alemanes hubiera, sin la menor presión, transformado en alemanes a los pequeños burgueses, campesinos y proletarios checos atrasados, a los cuales nada podía dar su nacionalidad raquítica". ¡Con el triunfo del proletariado las "naciones raquílicas" estaban, pues, condenadas a desaparecer! La coherencia es, por lo tanto, perfecta. El que adopte frente al problema de las nacionalidades el punto de vista de la burguesía —la cuestión nacional es un problema que se soluciona con reformas— no puede sino llegar a las soluciones que la

burguesía aplaude: aun bajo el poder obrero las nacionalidades "superiores" están destinadas a devorar a las "raquílicas"...

¿Los hechos han confirmado la previsión de Kautsky? El único ejemplo de poder obrero que hasta hoy conocemos no sólo constituye el desmentido más rotundo, sino que nos indica el camino en que el problema de las nacionalidades encontrará su solución cabal. Al ensanchar el cuadro de la cuestión nacional y vincularlo a la liberación de las colonias y semicolonias "incultas", el proletariado revolucionario ha formado el vasto frente de lucha que, desde la América indígena hasta la China de los ejércitos libertadores, resolverá en día no lejano el secular problema de las nacionalidades oprimidas. En el primer estado obrero y campesino, ¿las nacionalidades "raquílicas" han desaparecido de pronto al contacto irresistible de las nacionalidades "superiores"? Basta recurrir al testimonio de los propios enemigos de la URSS para encontrarse con este hecho evidente a todas luces: después de demostrar con acciones decisivas su voluntad de no agresión —retirada de los ejércitos en el norte de Persia y de Mongolia, reconocimiento del derecho de Finlandia y Armenia a su libre determinación—, el poder obrero y campesino reconoció a todas las nacionalidades como Estados independientes; proclamó como únicas legítimas las alianzas libremente consentidas; y ayudó a las "nacionalidades atrasadas" en su ascenso económico y cultural. Calmucos y kirguises, buriatos y cheremisos —pueblos desconocidos, pueblos "bárbaros", pueblos "incultos"— ascendieron de pronto a una vida superior, liberada y digna y en vez de sucumbir al contacto de los pueblos cultos, un hecho extraordinario se produjo: la revolución socialista no ha disminuido sino aumentado el número de idiomas...

Mientras la "cuestión nacional" aguardó su solución dentro del orden burgués, la respuesta no llegó jamás. Y no llegó porque son inconciliables los intereses del libre desarrollo de las nacionalidades con la voracidad de una clase social que sólo puede subsistir ensanchando cada vez más su sistema general de explotación.

VI. LOS PUEBLOS "INFERIORES"

En su *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, que lleva fecha de 1754, Rousseau expuso con agudeza hasta qué punto el hombre primitivo lle-

vaba a los otros animales la enorme ventaja de su capacidad de desarrollo. Es casi de la misma época la definición de Franklin: "el hombre es un animal que fabrica útiles". De acuerdo en lo esencial, los dos cargaban el acento sobre la originalidad propia del fenómeno social humano. Asentadas indudablemente sobre las leyes de la biología, las sociedades humanas obedecen además, y en especial, a otras leyes que les son privativas. Sólo el desconocimiento de esas comprobaciones elementales puede llevar a transferir a los problemas humanos, los métodos y el criterio de la llamada "historia natural".

Tratándose del hombre pasan a segundo y hasta a tercer plano cuando atañe a la fuerza, la resistencia y el vigor físicos. Para nosotros los modernos, acostumbrados al desarrollo fantástico de la técnica, resulta de una comicidad trágica el asombro y el desconcierto de los caballeros feudales frente a los primeros villanos armados de mosquetes. Era, sin embargo, toda una concepción del mundo la que se derrumbaba, y no anduvo desaminando Paolo Vitelli cuando en defensa de sus prejuicios sobre la sangre y el linaje mandó arrancar los ojos y cortar las manos a los arcabuceros que había hecho prisioneros: "porque le parecía monstruoso —dijo— que un noble caballero pudiera ser herido de tal modo por un infante despreciable".

Ya no nos parece "monstruoso" lo que a Vitelli inspiró una reacción tan feroz: la superioridad de un grupo sobre otro —nación, tribu, clase— es la posesión o no posesión de los útiles, de la técnica, de los instrumentos de trabajo y de combate. En el triunfo del arcabuz sobre la armadura no hay otra cosa que el triunfo del modo de producción burgués sobre el modo de producción feudal. "Superioridad" o "inferioridad" no representan más que etapas transitorias en la vida de un pueblo. Mientras el señor feudal fue dueño de la tierra y los molinos —porque el Cid Campeador también cobraba sus "maquillas"— el villano despreciable hasta pudo creer que la superioridad le venía del mismísimo Dios. Dejó de creerlo cuando con su oro rescató las tierras, cuando con sus armas destruyó el castillo. Nada, pues, de inferioridades "congénitas", invariables, eternas; nociones, por el contrario, susceptibles de variar y que reservan, a veces, sorpresas que desconciertan. Por "superioridad biológica" los ciudadanos de Atenas se otorgaban el derecho de esclavizar a los bárbaros. Pero a Aristóteles, que dio expresión doctrinaria al deseo de conquista de los dueños de esclavos, le tocó la amarga experiencia de asistir a la quiebra de la "su-

perioridad natural" entre las manos del mismo príncipe "bárbaro" que ayudó a educar.

"Inferior y despreciable", en opinión de la nobleza, la burguesía tuvo muy pronto la ocasión de transferir a otros pueblos los mismos adjetivos que durante algunos siglos había soportado como una marca de fuego en la mejilla. Tan pronto los mercaderes de esclavos se lanzaron sobre África, los Aristóteles de la burguesía se adelantaron a asegurar que el negro no sólo posee un "umbral para el dolor" mucho más alto que el del blanco, sino que no puede "humanizarse" mas que sometiéndose al europeo...

Y puesto que la conquista y "evangelización" de las Indias planteaba idénticos problemas, teólogos y doctores se apresuraron a descubrir la "perversidad natural" y el "horrible desamparo espiritual" de los indígenas.

Con idéntica oportunidad fueron apareciendo, al mismo paso del capitalismo, todas las doctrinas que se necesitaban: cuando Inglaterra sentía algún escrúpulo por su dominio en la India, no faltaba algún Wilckinson para decir que la educación no dará jamás a un hindú la inteligencia de un gentleman; y cuando había que justificar en Francia alguna masacre de obreros, ya estaba listo también Vackerde Lapouge para afirmar que es una inferioridad en el metabolismo de las células lo que hace que los pobres se mantengan en lo más bajo de la escala social...

¿Es necesario recordar hasta dónde se ha llegado en este asunto, hasta dónde lo grotesco y lo infame ha sido consagrado últimamente en las academias y en las universidades, en la legislación y en la eugenesia de ciertas dictaduras? Después del libro de Teodoro Balk, magistral por la sabiduría y el sarcasmo, no hay una sola línea que añadir a la condenación de esa vergüenza. Pero vale la pena recordar estas prudentes reflexiones del profesor Harold Laski, de la Universidad de Londres, porque nos irán acercando a los problemas de la "cuestión indígena" en América. Nosotros los ingleses —dice Laski— "hemos establecido principios admirables para salvaguardar los intereses de las razas indígenas; pero inmediatamente que se descubrió oro en los territorios a ellos reservados, hemos agotado los recursos de la razón humana para descubrir fundamentos en qué apoyar la invasión de esos territorios". Laski alude a la historia de la explotación inglesa en África, pero casi sin cambiar una sola palabra, ése es también el cuadro dentro del cual entraron a

vivir, al llamado de España, las desgraciadas masas aborígenes de la América nuestra.

Los "principios admirables" se llamaban aquí el Código de Indias: los "principios admirables" se transmitieron después a la profusa legislación que las colonias "liberadas" le agregaron. Pero bajo el signo de España o de las otras metrópolis imperialistas que le sucedieron, las masas indígenas siguieron siendo los "nativos malditos" —*damned natives*— que debían esperar de los pueblos "superiores", su salvación.

V. DE LA METRÓPOLI DEL COLONIAJE A LA DEL IMPERIALISMO

Las diez plagas, "más crueles que las de Egipto", de que hablaba el buen Motolinia, no sólo hirieron a los indígenas de la Nueva España sino a los de la totalidad del continente. Con acento de tragedia, los caciques indígenas que en 1570 se dirigieron al rey Felipe II, hablaban sin saberlo no sólo por las tribus de México sino por sus hermanos de la América entera: "porque los animales —decían— vemos que son tratados mejor que nosotros y son trabajados con templanza y aun regalados y nosotros estamos vejados peor que los caballos y bueyes"...

Palabra más, palabra menos, ésa fue la realidad tremenda durante la colonia. En vano algún noble virrey, como Luis de Velasco, consiguió interrumpir durante breve plazo "el atropello de las leyes humanas y divinas". Frente a la cruda explotación de las masas indígenas, resultaron de un humorismo sangriento las graciosas mercedes de las Leyes de Indias: jornada de ocho horas para los obreros de las fortificaciones; indemnización para todos en caso de accidentes del trabajo; jornales estipulados por los mismos aborígenes... "Peor que los caballos y bueyes" continuaron viviendo durante siglos, si vivir puede llamarse a semejante horror, y no había concluido la centuria inmediata a la del descubrimiento cuando Zurita anotaba este balance trágico: "no hay la tercia parte de la gente que había".

Verdad es que la revolución de la Independencia multiplicó las proclamas y las promesas. "Nosotros y vosotros que hemos nacido en este suelo, seremos los gobernadores", decía un emisario de la Revolución, en 1812, a los indios pampas de la Argentina. Pero "nosotros" y "vosotros", una vez conseguida la independencia de España, continuaron viviendo con el abismo de por medio que la Colonia había cavado. En condición no muy distinta a la de los "intocables" de la India, los desdichados

aborígenes arrastraron sus días bajo la República, en las haciendas y en las minas de los nuevos amos. Los mismos que se decían sus tutores les arrebataban las tierras con un cinismo frío, y mientras los abogados ladinos declamaban en las legislaturas sobre los "derechos del hombre", los indígenas desposeídos buscaban en el alcohol y en la "coca", una tregua de horas a los espantos de su infierno inenarrable.

Pero la República les trajo, además, una nueva servidumbre. En el último tercio del siglo XIX, el capitalismo imperialista incorporó a su órbita a los grupos burgueses y feudales que tenían en sus manos las flamantes "democracias" de la América Latina. Esa última desdicha es casi historia de hoy. Con rapidez en unos casos, con marcha más pausada en otros, lo cierto es que pasó a manos extranjeras el control económico y político. Dóciles entregadores de sus propias "patrias", los aliados feudales y burgueses que hoy gobiernan todavía la casi totalidad de la América nuestra redoblaron en obsequio del capital extranjero la explotación inicua de las grandes masas. Las reservas enormes de los trabajadores indígenas permiten que el capital invertido consiga un resultado imposible de lograr en los países no fascistas del mundo occidental. Salarios miserables, jornadas de trabajo incontroladas, debilidad o ausencia del movimiento sindical, venalidad escandalosa de gobernantes y burocratas, ofrecen posibilidades que la voracidad capitalista aprovecha al máximo. Por las mismas tareas que el obrero del país inversor de capitales cobra un salario igual a uno, los obreros nativos perciben de cinco a quince veces menos. Y para que la diferencia sea aún más irritante, la proporción se mantiene entre los mismos trabajadores de la empresa imperialista, según que sean éstos aborígenes o extranjeros. Según una estadística oficial de 1928, que Pedro E. Muñoz transcribe en *Penetración imperialista*, el sueldo medio de los empleados peruanos que trabajan en la International Petroleum Company era de 90 soles al mes; en iguales condiciones, el medio de los empleados extranjeros era de 230 soles... En forma parecida, en el hospital de Chuquicamata —la famosa montaña del cobre chileno de que es propietaria "The Chile Exploration Company"— las enfermeras chilenas ganan de 300 a 400 pesos mensuales por un trabajo idéntico al que reporta 1 200 pesos a las enfermeras americanas del mismo hospital. Con el agregado —que subraya Ricardo A. Latham en un libro cuyo título no necesita comentario: *Chuquicamata, Estado yankee*— de que las enfermeras norteamericanas trabajan ocho horas diarias y atienden ocho

enfermos a lo más, mientras sus colegas chilenas trabajan doce horas por día en salas con un promedio de cincuenta enfermos...

Macehuales, mitayos, pongos, bajo la conquista; obreros bajo la república, la situación sigue siendo tan dramática como en los tiempos en que los aborígenes elevaron sus quejas a Felipe II. Y si en el siglo xvi la metrópoli española contestó a las súplicas con los nueve libros de las Leyes de Indias —“acátese, pero no se cumpla”—, en el siglo xx los descendientes de esos mismos aborígenes escuchan de sus nuevos señores la terrible respuesta que una comisión de obreros chilenos recogió del gerente Mr. Wheeler: “Yo he venido aquí a conseguir el máximo de producción de cobre con el mínimo de costo. Lo demás no es de mi incumbencia.”

Los de hoy como los de ayer: “peor que los caballos y bueyes”.

BIBLIOGRAFÍA

I. PRINCIPALES OBRAS DE ANÍBAL PONCE

- 1916 “Eduardo Wilde” (luego incorporado a *La vejez de Sarmiento*)
 1920 “Avellaneda” (luego incorporado a *La vejez de Sarmiento*)
- 1926 “José Ingenieros. Su vida y su obra”
- 1927 *Un cuaderno de croquis*
- La vejez de Sarmiento* (contiene los anteriormente señalados, y agrega estudios sobre A. Jacques, Mansilla, L. V. López y M. Cané)
- “Prólogo” a *La Reforma Universitaria*, de Julio V. González
- 1928 “Examen de conciencia”
- 1929 *La gramática de los sentimientos*
- 1930 “Los deberes de la inteligencia”
- 1931 *Problemas de psicología infantil*
- 1932 “Conciencia de clase”
- “De Franklin, burgués de ayer, a Kreuger, burgués de hoy”
Sarmiento, constructor de la nueva Argentina
- 1933 *El viento en el mundo* (incluye “Examen de conciencia”, “Los deberes de la inteligencia”, “Conciencia de clase” y “De Franklin, burgués de ayer, a Kreuger, burgués de hoy”, y contiene además “Las masas de América contra la guerra en el mundo” y “Elogio del Manifiesto Comunista”)
- 1936 *Ambición y angustia de los adolescentes*
- “Examen de la España actual”

Educación y lucha de clases (recopilación de conferencias pronunciadas en 1934)

1937 "Muerte de Sarmiento"

"Pepe Podestá"

"La cuestión indígena y la cuestión nacional" (serie de cuatro artículos)

1938 *Diario íntimo de una adolescente*

Humanismo burgués y humanismo proletario (contiene conferencias pronunciadas en 1935)

"Fundamentos filosóficos del socialismo"

Publicaciones póstumas: Apuntes de viaje, José Ingenieros. Su vida y su obra y Los autores y sus libros.

Actualmente se cuenta con la prolija recopilación de sus escritos en Aníbal Ponce, *Obras completas*, revisadas y anotadas por Héctor P. Agosti, Buenos Aires, Cartago, 1974, 4 volúmenes, en cuyo último tomo se encontrará en las pp. 695-724 una exhaustiva bibliografía de Aníbal Ponce.

II. BIBLIOGRAFÍA SOBRE ANÍBAL PONCE

— Héctor P. Agosti, "Aníbal Ponce, memoria y presencia", introducción a las *Obras completas* de Aníbal Ponce, *op. cit.*, t. I, pp. 11-137.

El Centavo, edición especial, Morelia, número 59, mayo de 1964. Jaime Labastida, Prólogo de *Humanismo y revolución*, selección de escritos de Aníbal Ponce, México, Siglo XXI, 1970.

— Juan Marinello, presentación de *Obras de Aníbal Ponce*, La Habana, Casa de las Américas, 1975.

— —, *Ocho notas sobre A. Ponce*, Buenos Aires, Eds. de Cultura, 1958.

— Serapio Nava, "Aníbal Ponce. Dos años después de su llegada a la Universidad michoacana", en *El Bachiller*, Morelia, año I, núm. 1, 8 de mayo de 1940.

José L. Peluffo, "Del positivismo al marxismo", en *Cuadernos de Cultura*, número 35.

— Luis Reissig, "Tres etapas en la vida de Aníbal Ponce", en *Cursos y Conferencias*, octubre de 1938.

— Juan A. Salceda, *Aníbal Ponce y el pensamiento de Mayo*, Buenos Aires, Lautaro, 1957.

— Jesús Silva Herzog, Prólogo a *Dos hombres: Marx, Fourier*, México, Fondo de Cultura Económica, 1938.

— Emilio Troise, *Aníbal Ponce. Introducción al estudio de sus obras fundamentales*, Buenos Aires, Sílabá, 1969.

— —, *Aníbal Ponce, la cultura y el humanismo*, Buenos Aires, 1940.

— Julio Wosco, *Aníbal Ponce, humanista de nuestro tiempo*, Buenos Aires, 1958.

— Álvaro Yunque, *Aníbal Ponce o los deberes de la inteligencia*, Buenos Aires, Futuro, 1958.

CUADERNOS DE PASADO Y PRESENTE

- 1 MARX, K. *Introducción general a la crítica de la economía política (1857) y otros escritos sobre problemas metodológicos.*
- 2 LÉVI-STRAUSS, C. *Elogio de la antropología.*
- 3 BARAN, P. A. *Excedente económico e irracionalidad capitalista.*
- 4 ALTHUSSER, L. *La filosofía como arma de la revolución.*
- 7 CERRONI, U./MAGRI, L./JOHNSTONE, M. *Teoría marxista del partido político. Vol. 1.*
- 8 BADIOU, A./ALTHUSSER, L. *Materialismo histórico y materialismo dialéctico.*
- 9 GORZ, A. Y OTROS. *Sartre y el marxismo* [ed. corregida y aumentada].
- 10 SANTI, P. Y OTROS. *Teoría marxista del imperialismo.*
- 12 LUKÁCS, G./LENIN, V. I./LUXEMBURG, R. *Teoría marxista del partido político. Vol. 2.*
- 13 LUXEMBURG, R. *Huelga de masas, partido y sindicatos.*
- 15 KRASSÓ, E./MANDEL, E./JOHNSTONE, M. *El marxismo de Trotski.*
- 16 PIANA G. Y OTROS. *El joven Lukács.*
- 19 PIZZORNO, A. Y OTROS. *Gramsci y las ciencias sociales.*
- 20 MARX, K./HOBSBAWM, E. J. *Formaciones económicas precapitalistas.*
- 21 BUJARIN, N. I. *La economía mundial y el imperialismo.*
- 23 COLOTTI PISCHEL, E. Y OTROS. *La revolución cultural china.*
- 24 AMIN, S./PALLOIX, CH./EMMANUEL, A./BETTELHEIM, CH. *Imperialismo y comercio internacional.*
- 25 LENIN, V. I. *Contra la burocracia* | *Diario de las secretarías de Lenin.*
- 27 TROTSKI, L. *El nuevo curso* | *Problemas de la vida cotidiana.*
- 28 *Los bolcheviques y la Revolución. Actas del Comité Central del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (bolchevique): agosto de 1917 y febrero de 1918.*
- 29 BUJARIN, N. I. *Teoría económica del periodo de transición.*
- 30 MARX, K./ENGELS, F. *Materiales para la historia de América Latina.*
- 31 BUJARIN, N. I. *Teoría del materialismo histórico.*



impreso en editorial galache, s. a.
privada de dr. márquez núm. 81 col. doctores
delegación cuauhtémoc - 06720 méxico, d. f.
tres mil ejemplares y sobrantes para reposición
18 de febrero de 1983.

- 32 PANZIERI, R. Y OTROS. *La división capitalista del trabajo.*
- 33 GERRATANA, V. Y OTROS. *Consejos obreros y democracia socialista.*
- 34 TROTSKI, L./BUJARIN, N. I./ZINÓVIEV, G. *El gran debate (1924-1926).* Vol. 1: *La revolución permanente.*
- 35 LUXEMBURG, R. *Introducción a la economía política.*
- 36 STALIN, J./ZINÓVIEV, G. *El gran debate (1924-1926).* Vol. 2: *El socialismo en un solo país.*
- 37 MARX, K./ENGELS, F. *Sobre el colonialismo.*
- 38 LUPORINI, C. Y OTROS. *El concepto de "formación económico-social".*
- 40 ASSADOURIAN, C. S. Y OTROS. *Modos de producción en América Latina.*
- 41 LUKÁCS, G. *Revolución socialista y antiparlamentarismo.*
- 42 PANNEKOEK, A. Y OTROS. *Lenin filósofo.*
- 43 *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista.* Primera parte.
- 44 MALLET, S. Y OTROS. *Economía y política en la acción sindical.*
- 45 KORCH, K. *¿Qué es la socialización? Un programa de socialismo práctico.*
- 46 SWEEZY, P. M. Y OTROS. *Teoría del proceso de transición.*
- 47 *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista.* Segunda parte.
- 48 POULANTZAS, N. *Hegemonía y dominación en el Estado moderno.*
- 49 HILFERDING, R./BOHM-BAWERK, E./BORTKIEWICZ, L. *Economía burguesa y economía marxista.*
- 50 MOSZKOWSKA, N. *Contribución a la crítica de las teorías modernas de las crisis.*
- 51 LUXEMBURG, R. Y BUJARIN, N. I. *El imperialismo y la acumulación de capital.*
- 52 SCHLESINGER, R. *La Internacional Comunista y el problema colonial.*
- 53 RUBIN, I. I. *Ensayos sobre la teoría marxista del valor.*
- 54 GRAMSCI, A. *Escritos políticos.*
- 55 *El V Congreso de la Internacional Comunista.* Vol. 1.
- 56 *El V Congreso de la Internacional Comunista.* Vol. 2.
- 57 BUJARIN, N. I. *La economía política del rentista.*
- 58 KAUTSKY, K. *Ética y concepción materialista de la historia.*
- 59 ENGELS, F./PLEJÁNOV, G. *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana.* Notas al Ludwig Feuerbach.
- 60 VARIOS. *Mariátegui y los orígenes del marxismo en América Latina* (compilación de JOSÉ ARICÓ).
- 61 LAGARDELLE, H. *Teoría y práctica de la acción obrera.* Vol. 1: *Huelga general y socialismo.*
- 62 PARVUS Y OTROS. *Teoría y práctica de la acción obrera.* Vol. 2: *Debate sobre la huelga de masas* (Primera parte).
- 63 LUXEMBURG, R./KAUTSKY, K./PANNEKOEK, A. *Teoría y práctica de la acción obrera.* Vol. 3: *Debate sobre la huelga de masas* (Segunda parte).
- 64 MEHRING, F. *Sobre el materialismo histórico y otros escritos filosóficos.*
- 65 MAO TSE-TUNG/STALIN, J. *La construcción del socialismo en la URSS y China.*
- 66 *El VI Congreso de la Internacional Comunista.* Vol. 1. *Tesis, manifiestos y resoluciones.*
- 67 *El VI Congreso de la Internacional Comunista.* Vol. 2. *Informes y discusiones.*
- 68 KAUTSKY, K. *El camino del poder. La revolución social.*
- 69 MARX, K./ENGELS, F. *La cuestión nacional y la formación de los estados.*
- 70 ROSENBERG, A. *Historia del bolchevismo.*
- 71 LUXEMBURG, R. *El desarrollo industrial en Polonia y otros escritos sobre la cuestión colonial.*
- 72 MARX, K./ENGELS, F. *Imperio y colonia. Escritos sobre Irlanda.*
- 73 KAUTSKY, K., Y OTROS. *La II Internacional y el problema nacional y colonial.* Vol. 1.
- 74 KAUTSKY, K., Y OTROS. *La II Internacional y el problema nacional y colonial.* Vol. 2.
- 75 LENIN, V. I., Y OTROS. *Clausewitz y el pensamiento marxista.*
- 76 *El VII Congreso de la Internacional Comunista.*
- 77 MOSZKOWSKA, N. *El sistema de Marx.*
- 78 KORSCH, K./MATTICK, P./PANNEKOEK, A. *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?*
- 79 GROSSMANN, H. *Ensayos sobre la teoría de las crisis.*
- 80 CABALLERO, M. *La Internacional Comunista y América Latina. La sección venezolana.*
- 81 LUXEMBURG, R. *La cuestión nacional y la autonomía.*
- 82 GAREGNANI, P. Y OTROS. *Debate sobre la teoría del valor.*
- 83 BOROJOV, B. *Nacionalismo y lucha de clases.*
- 84 KORSCH, K. *Teoría marxista y acción política.*

- 85 CLAUDIN, F. Y OTROS. *La crisis del capitalismo en los años veinte.*
- 86 ROSENBERG, A. *Democracia y socialismo.*
- 87 MARX, K./ENGELS, F. *Escritos sobre Rusia. I. Relaciones sobre la diplomacia secreta del siglo XVIII.*
- 88 ROSDOLSKY, R. *Friedrich Engels y el problema de los "pueblos sin historia".*
- 89 DE GIOVANNI, B. Y OTROS. *Teoría marxista de la política.*
- 90 MARX, K./ENGELS, F. *Escritos sobre Rusia. II. El porvenir de la comuna rural rusa.*
- 91 MOSZKOWSKA, N. *Contribución a la dinámica del capitalismo tardío.*
- 92 PARIS, R. *La formación ideológica de José Carlos Mariátegui.*
- 93 MARX, K. *Progreso técnico y desarrollo capitalista.*
- 94 CHAYÁNOV, A. Y OTROS. *Chayánov y la teoría de la economía campesina.*
- 95 MARRAMAO, G. *Lo político y las transformaciones.*